

**ARRIBADAS DE NORMANDOS
Y CRUZADOS A LAS COSTAS
DE LA PENÍNSULA IBÉRICA**

JAIME FERREIRO ALEMPARTE

ARRIBADAS DE
NORMANDOS Y CRUZADOS
A LAS COSTAS DE LA
PENÍNSULA IBÉRICA



MADRID, 1999

© JAIME FERREIRO ALEMPARTE
© SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS MEDIEVALES
I.S.B.N.: 84-930496-0-3
Depósito Legal: M. 4.052 - 1999
Fotocomposición e impresión:
TARAVILLA
Mesón de Paños, 6 • Tel. 91 548 05 16 • 28013 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	11
I. ^a PARTE: PRIMERAS INCURSIONES. SIGLOS IX, X Y XI	17
II. ^a PARTE: «TOPOGRAPHIA ET EVENTUS» DEL DERROTERO FRISÓN A TIERRA SANTA EN 1217 BORDEANDO LA PENÍN- SULA IBÉRICA, SEGÚN EL RELATO ANÓNIMO CONTENIDO EN LA CRÓNICA DE EMÓN, ABAD DEL MONASTERIO PREMONS- TRATENSE DE «FLORIDUS HORTUS» (HOLANDA).....	73
Introducción	73
Traducción	93
Texto latino y glosas, en estrecha relación con otras expediciones a Tierra Santa, en espe- cial con las de 1147 (Conquista de Lisboa) y 1189 (Conquista de Silves)	93
REPRODUCCIÓN DEL MANUSCRITO DE GRONINGEN <i>TOPOGRAPHIA ET EVENTUS</i> , 1217	225
APÉNDICES	233

PRÓLOGO

La publicación del presente trabajo apareció anunciada como «en prensa» en el Repertorio de Medievalismo Hispánico (1955-1975), I, A-F, Edic. «El Albir», Barcelona, 1972. Fue, pues, escrito hace bastantes años, a raíz de un estipendio concedido por la «Sociedad Alemana de Investigación» (Deutsche Forschungs Gemeinschaft) en 1972. Por causas ajenas al autor, que ahora no viene al caso traer a cuento, la publicación se fue postergando «sine die». Otros estudios emprendidos entretanto ocuparon nuestra atención por tiempo ilimitado. El estipendio previsto por la DFG fue empleado en recorrer los lugares de arribo de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica antes y después de su conversión al cristianismo. Antes de la conversión, las víctimas de sus rápidas y sangrientas depredaciones fueron las ciudades litorales, cristianas y musulmanas. Después, casi exclusivamente las poblaciones árabes y mozárabes sin distinción.

Los normandos en su condición de cruzados, aun cuando la meta impuesta por los papas de manera casi exclusiva era la recuperación y mantenimiento de los Santos Lugares para la cristiandad, contribuyeron decisivamente a la Reconquista, sobre todo en Portugal. La expugnación de Lisboa en 1147 fue el acontecimiento que tuvo mayor repercusión en el mundo cristiano. Como hábiles nautas y ejercitados guerreros fueron utilizados no menos hábilmente por los representantes de la Iglesia, obispos, predicadores y abades, para debi-

litar el poder del Islam ya durante la travesía a Palestina. La futura potencia marítima de Portugal, precursora de la expansión ultramarina hispano-lusitana no se puede explicar satisfactoriamente sin esta aportación de los pueblos nórdicos en la época de las Cruzadas. Camõens evoca en este sentido «a grande armada nova» anglo-normanda que en el otoño de 1147 abatió la fortaleza lisboeta, que se consideraba inexpugnable. A la toma de Lisboa sucedió en 1189 la ocupación y destrucción de Silves, y en 1217 la rendición de Alcácer do Sal con su importante arsenal.

Detenida la invasión árabe en España, Europa pudo pasar a la ofensiva. Los expedicionarios que se alistaban en la Cruzada para dirigirse por vía marítima al Oriente eran también peregrinos en acción, «milites Christi», y no se olvidaban de hacer escala en el puerto de Faro, la actual Coruña, o en la ría de Muros y Noya, para desde allí, a pie y a caballo, encaminarse al santuario del Apóstol y presentar la consabida ofrenda ante su altar; y el clero compostelano estaba bien instruido para fortalecer los ánimos de los peregrinos frente a los peligros y privaciones que debían arrostrar antes de llegar a San Juan de Acre. Las peregrinaciones a Santiago, camino de Tierra Santa, constituyen un complemento importante de las peregrinaciones jacobeanas por vía terrestre. La misión guerrera asumida por Santiago no se agotó, pues, en la Península Ibérica, sino que se extendió a toda Europa hasta los países nórdicos más alejados. Sin la dimensión bélico-religiosa de Santiago frente al Islam, impuesta sin duda por el enemigo en su fase de mayor expansión, no es posible entender la universalidad y transcendencia cultural de la veneración alcanzada por el Apóstol Santiago en los confines de Occidente. Tal dimensión culminaría, como consecuencia natural, con el descubrimiento del Nuevo Mundo protagonizado por España. Las necesidades de la vida económica creadas en el Occidente por el contacto con el Oriente fueron un estímulo poderoso en la apertura de nuevas rutas marítimo-intercontinentales. Pero el móvil principal y la suprema justificación siguió determinada por el carácter religioso y teológico del catolicismo medieval.

Hay que presuponer, y no con escaso fundamento, que en este mismo contexto debió de concebirse la Historia Karoli Magni et Rotholandi inserta en el Codex Calixtinus o Liber Sancti Jacobi, fraguado muy probablemente en/o desde la corte imperial de Federico I Barbarroja de Aquisgrán, secundado eficazmente por su canciller Rainaldo von Dassel, arzobispo de Colonia.

Nuestro estudio es, pues, desde este punto de vista, una contribución al tema de las peregrinaciones por vía marítima. Como el lector podrá apreciar en seguida, su núcleo está constituido por la Topographia et Eventus o relato de la expedición de 1217 a Tierra Santa escrita por un cruzado culto testigo ocular de los hechos, tal vez familiar del abad premonstratense Emón, quien al redactar la Crónica en forma de anales de su monasterio de «Floridus Hortus», al norte de Groninga (Holanda), lo intercaló, llegando al año de 1217, con tan expresivo título. Lo damos traducido por primera vez al español según el manuscrito que se guarda en la Biblioteca de la Universidad groninguense. El texto latino va recogido y comentado en el extenso cuerpo de glosas. Como esencial complemento, entre otras informaciones histórico-geográficas de carácter suplementariamente ilustrativo, damos preferencia a las noticias referentes a la conquista de Lisboa y de Silves, y, claro está, al hecho mismo del asedio y rendición de la fortaleza del Sado. Los cruzados alemanes y frisonos de 1189 y 1217 conocían al dedillo los accidentes de la ruta y los hechos memorables llevados a cabo por sus compatriotas de 1147. Era, pues, indispensable referirse a este complejo de datos y acontecimientos en estrecha vinculación. No nos limitamos sin embargo a una mera enumeración o descripción de los mismos. Más de una vez hemos tomado también posición ante ellos sometiendo a consideración crítica y científica los puntos de vista que los propios sucesos nos revelan de manera inmediata.

Un conocimiento circunstanciado de la contribución anglo-normanda y germano-frisona a la reconquista de Portugal es hoy quizá más que nunca una tarea que atañe también de cerca al lector no especializado. La liberación de la Lusitania cristianizada no fue por consiguiente una empresa al margen de la del resto de la Península Ibérica, como no lo fue tampoco la de España sin el concurso del resto de Europa. Cuando se den a conocer todas las actas del Vaticano relativas a España y Portugal y con ellas se sepan las ingerencias de los legados pontificios en los asuntos internos peninsulares, entonces tendremos también una visión ultranacional de nuestra historia medieval en consonancia con la totalidad europea. Sin la contribución espiritual, y también material, de la Iglesia, particularmente a través del Císter y de las Ordenes Militares, de cuño supranacional, la recuperación del espacio ibérico para el orbe cristiano se hubiese prolongado indefinidamente, y el destino de la Europa cristiana hubiera transcurrido por cauces muy distintos.

En un estudio inédito paralelo a éste, aunque más circunscrito al área germánica, trato el tema jacobeo en su reflejo a través de la literatura alemana escrita en latín y en medio alto alemán. Con él espero coronar toda una serie de trabajos que, como medievalista, vengo desarrollando desde hace varios lustros en torno a las relaciones mutuas entre España y Alemania en la Edad Media.

Como se podrá ver a simple vista, nuestro método puesto en práctica en publicaciones anteriores consiste predominantemente en ceder la voz a las fuentes, no desglosadas de sus contextos, sino ofreciéndoles, en honor al lector, amplio espacio para que por sí y ante sí cuenten y canten en su doble sentido testimonial y poético.

Agradezco a la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS MEDIEVALES la asunción de este trabajo que, sin su generosa iniciativa, habría vuelto a quedarse probablemente, no sabemos por cuanto tiempo, inédito.

JAIME FERREIRO ALEMPARTE

I

PRIMERAS INCURSIONES.
SIGLOS IX, X Y XI

En la historia legendaria atribuida al arzobispo Turpín, cuya última redacción se sitúa en la mitad del siglo XII, se dice que cuando Carlomagno conquistó España, «dio la tierra de los portugueses a los daneses y flamencos»¹. La frase, aunque de fecha más tardía, es sin embargo reveladora, pues nos permite entrever aproximaciones y contactos entre estos pueblos que se remontan a épocas anteriores a las fuentes conocidas². Mucho antes de que surgieran relaciones marítimo-comerciales entre el futuro reino de Portugal y los pueblos cristianos del noroeste de Europa, ya los normandos habían hecho objeto de sus incursiones las costas de la Península. Estos pueblos norteeuropeos, más o menos cristianizados, aparecen muy pronto comprometidos en la lucha contra el Islam, sin duda no tanto por motivos religiosos como por ansias de botín. Alberto o Alberico de Aquisgrán, cronista de la primera Cruzada, cuenta la llegada a Tarso en 1097, y su incorporación a las tropas de Balduino, de un gran número de embarcaciones de diversa magnitud y construcción, cargadas de despojos y cuyos mástiles, recubiertos de oro purísimo, refulgían a los rayos del sol. Sus tripulantes, al ser interrogados por los cruzados de la fortaleza acerca de su procedencia y religión, contestaron que procedían de Flandes, de Amberes, Frisia y otras partes de la Galia, que eran

¹ «Terram Portugallorum Dacis et Flandris dedit». *Historia Karoli Magni et Rotholandi ou Chronique du Pseudo Turpín*. Ed. de C. MEREDITH-JONES, Gênevè, 1972, pp. 168-169.

² Según Kurth, la palabra «Portugalli», para designar a los habitantes del pueblo vecino, no aparece documentada antes de 1069. Friedrich KURTH: *Der Anteil niederdeutscher Kreuzfahrer an den Kämpfen der Portugiesen gegen die Mauren*, en VIII Ergänzungsband der Mitteilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung, 1915, p. 131. Véase igualmente MEREDITH-JONES, *op. cit.*, p. 72.

cristianos y que hasta entonces, desde hacía ocho años, habían estado dedicados a la piratería («piratas annis octo usque ad hanc diem se fuisse»). El jefe y guía de todos ellos («caput et magister universorum consodalium») se llamaba Winemaro, y era oriundo de la comarca de Boulogne sur-mer («de terra Bolonae et de domo comitis Eustachi») ³. Es muy posible que una buena parte de esos ocho años de pirática navegación la hubiesen pasado en las costas de la Península Ibérica. Guillermo de Tyro, en su *Historia* de los acontecimientos de Ultramar, atestigua también la incorporación de esta escuadra pirática a los cruzados de Balduino y de su hermano Godofredo, pero acentuando la motivación religiosa de su decisión, pues aunque reconocen, y confiesan haberse dedicado por espacio de ocho años a aquel género de vida, sin embargo, llevados del remordimiento y en penitencia de sus delitos, habían navegado hasta aquella costa, para desde allí, emprender la marcha a Jerusalén. Este autor llama al jefe de los piratas «Guinemaro»: «Erat autem quidem eorum primicerius Guinemarus nomine, de pago Boloniensi, de terra comitis Eustachii». Añade que era sumamente rico, si bien, gracias a la práctica de aquella abominable actividad, se había enriquecido mucho más ⁴.

Algunos años más tarde, en 1102, nos encontramos con otro pirata, el inglés Godrico, al servicio igualmente del rey de Jerusalén Balduino. El cronista ya citado Alberto de Aquisgrán nos dice que «el rey, dejando Arsuf a bordo de una nave llamada “buza”, puso rumbo a Jaffa, llevando consigo al pirata Godrico» ⁵. La nave regia, sorprendida y perseguida por naves enemigas, pudo burlar la persecución gracias a la habilidad náutica de Godrico. Más tarde abandonó la vida de corsario, distribuyó sus riquezas entre los pobres y se retiró a hacer vida de eremita en Finchal, muriendo probablemente ya centenario en 1170, en el mismo año en que fue asesinado Tomás Becket (29, XII, 1170) o al año siguiente, si, como se supone, llegó a predecir la muerte del obispo de Canterbury. La fiesta del eremita de Finchal, elevado a los altares como el obispo

³ *Hist. Hierosolym.*, ALBERICI AQUENSIS, lib. III, cap. XIV, Migne, P.L., 166, pp. 415-16. Para la posterior actuación y suerte de Winemaro, véase lib. III, pp. 472-73 y Lib. VI, p. 524 y 565.

⁴ GUILLELMI TYRENSIS archiep. *Hist. rerum Transmarin.*, lib. III, cap. XXIII, p. 297, Migne, P.L. 201.

⁵ *Op. cit.*, lib. IX, p. 629.

mártir, se celebra el 21 de mayo. Según su biógrafo Reginaldo de Durham, Godrico estuvo dos veces en Jerusalén. Debió de ser al regreso del primer viaje cuando hizo escala en Galicia para dirigirse al sepulcro del Apóstol Santiago: «atque regrediendo Beati Jacobi Apostoli limina adiit»⁶. Es lástima que las «Vitae», encaminadas a la beatificación y santificación de los protagonistas, sean tan parcas en datos sobre la vida real de estos personajes. Las noticias que echamos de menos hubieran sido de gran valor para situar tan interesantes figuras a la verdadera luz de los acontecimientos. En este sentido la hagiografía viene a ser casi como un falseamiento premeditado de la historia en aras de la edificación, no siempre piadosa en sentido estricto. Pero generalmente los datos hagiográficos constituyen la única fuente puesta a nuestro alcance.

Concretamente, por lo que se refiere a las costas españolas y sobre todo gallegas, al principio los cristianos, lo mismo que los árabes tuvieron que defenderse de los piratas normandos. De dar crédito a un autor anónimo contemporáneo, el primer arribo, y no intencionado, sino forzado, de los normandos a Galicia, habría acaecido ya en el año 843. Dice esta fuente, un fragmento tomado de un manuscrito procedente de la Cartuja de Val-Dieu y publicado por Martene bajo el título de *Fragmentum Historiae Britanniae Armoricae*, que los normandos después de destruir la ciudad de Nantes (en junio de 843) y asolar los pueblos y castillos comprendidos en su territorio, de regreso, bajando por el Loira con las naves cargadas de cautivos, de oro, plata y otros objetos preciosos, arribaron a la isla Noirmoutier, para repartir allí el enorme botín obtenido. Pero al darse cuenta de su verdadero valor y magnitud, se apoderó de ellos tal codicia que, olvidándose de todo respeto y jerarquía, se lanzaron como perros hambrientos a cobrar cada uno la mejor tajada. Los prisioneros en las naves, viendo el tumulto en que estaban enzarzados los normandos, consiguieron huir aprovechándose de la marea baja. Cuando al fin aquellos «hombres diabólicos» se apaciguaron y volvieron a las naves tristes y abatidos, por la virtud de Dios y el miedo al conde Lamberto, no sólo no se

⁶ El *Libellus de Vita et Miraculis S. Godrici*, de REGINALDO, tomado de un manuscrito, fue impreso por primera vez en 1845 en la Biblioth. Bodleiana, bajo los auspicios de la Surtees Society. Véase también James BRODRICK, SJ., *A procession of Saints*, London, 1949, pp. 57-70.

atreveron a recobrar a los evadidos, sino que se decidieron a regresar a su país. Pero un fuerte viento los empujó contra su voluntad hacia Galicia. Los gallegos se defendieron empero con gran valentía y los mataron a todos, a excepción de treinta naves, a las que el viento del oeste llevó de nuevo a Burdeos. Allí prosiguieron sus acostumbradas devastaciones, para regresar por último, cargados de riquezas, a su ansiado país. W. Vogel ha aducido razones de peso para descartar la veracidad de esta información. Parece sin embargo como el antecedente precursor de la expedición que tendrá lugar un año después, y con la cual dan comienzo todas las otras que, de manera más o menos periódica, se van a suceder por espacio de tres siglos⁷.

La tesis de Melvinger acerca de la supuesta llegada de los normandos a España en el siglo VIII, como ya ha señalado Sánchez Albornoz, se basa en una interpretación errónea de un pasaje, por lo demás confuso, de la *Crónica Mozárabe del 754*, y en otra demasiado genérica de los *magūs* en dos pasajes de Ibn al-Atir y de Ibn Idari⁸. Estas fuentes tan vagas y así interpretadas, condujeron al

⁷ E. MARTENE, *Thesaurus novus anecdotorum*, Lutetiae Parisiorum, 1717, t. III, col. 833. El fragmento fue reproducido por M. BOUQUET en *Rerum Gallicarum et Francicarum scriptores*, t. VII, p. 47 (Paris, 1870). Véase la crítica al fragmento en Walther VOGEL, *Die Normannen und das Fränkische Reich bis zur Gründung der Normandie (799-911)*, Heidelberg 1906, pp. 92-95. La relación se encuentra también en el *Chronicon Namnetense*, ed. MERLET, c. 7. Y en la obra de Johannes C.H.R. STEENSTRUP, *Normannerne*, t. 2: *Vikingetogene mod Vest I det 9^{de} Aarhundrede*, XI Kapitel: *Vikingetog til Spanien, Africa og Italien*, pp. 287-302. 4 vols. Kjøbenhavn, 1876-1882.

⁸ Arne MELVINGER, *Les premières incursions des Vikings en Occident d'après les sources arabes*, Uppsala 1955. Y la reseña de SÁNCHEZ ALBORNOZ de este libro en «Cuadernos de Historia de España», 1957, Miscelánea, con el título *¿Normandos en España durante el siglo VIII?*, pp. 304-316. La *Crónica Mozárabe de 754* o *Continuatio Hispana*, de SAN ISIDORO, publicada por el P. FLÓREZ con el título de *Crónicon del Pacense (Esp. Sgr.*, 8, 282-325, pasaje en cuestión, 76, p. 322, está en un latín tan bárbaro y tan plagado de erratas, debidas o no a los copistas, que Juan Vaseo dijo que más parecía escrita en gótico que en latín. El texto más aceptable del pasaje parece ser el dado por MOMMSEN en *MGH. Auct. Antiq.*, XI, p. 366, que reproduce fielmente SÁNCHEZ ALBORNOZ en la reseña citada, con la traducción correspondiente, p. 305, n. 6, y que Melvinger alteró con una variante (*partes Hispanie*, en vez de *patrie Hispanie*) que difi-

autor sueco a desechar lo cierto por lo dudoso. Pues ni el término *Angeli* de la *Crónica Mozárabe* significa «Angles» (aun suponiendo que los anglos pudieran confundirse con los normandos), sino *ángeles*, como se desprende del contexto, ni los *mağūs*, que esos autores árabes hacen acudir en auxilio de Alfonso II en 795, juntamente con los vascones, significan normandos en sentido estricto, sino sencillamente «paganos», es decir, no cristianos. Un asentamiento normando en el país vasco o en sus aledaños, ni los vascones lo hubieran consentido, ni estaría en el cálculo de los normandos establecerlo. Pero Melvinger, sugestionado por la novedad de sus datos, no sólo desecha las afirmaciones precisas y unánimes de los cronistas asturianos, que nos refieren la llegada en el 844 del pueblo normando, desconocido en España hasta entonces («En aquel tiempo [Ramiro I] llegaron los primeros normandos a

culta el sentido normal. Y en este sentido es el que da Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA al interpretar la *Crónica Mozárabe* o al reproducir otro texto o versión de la misma. He aquí el pasaje del obispo D. Rodrigo: «...hora prima, secunda, et tertia, omnes Cordube habitantes tres soles lucis mirificae conspexerunt, et quasi psallentes cum fascibus igneis et smaragdineis praecedebant, ex quarum ortu Angeli devastantes fines Hispaniae, nuti Dei fame intolerabili affecerunt» (*Hist. Arab.*, cap. XVII) (= «Durante las horas de prima, segunda y tertia, todos los habitantes de Córdoba vieron en el cielo tres soles de mirífica luz, y, desde su aparición, los ángeles devastadores, que les precedían a manera de salmistas con haces ígneos entre rojo y esmeralda, por mandato de Dios, castigaron con un hambre intolerable los confines de España»). La sustitución de *Angeli* por la variante defectuosa de *angli* es irrelevante. MELVINGER en las *Corrections et Additions* a su obra, pp. 4-6, aunque haciendo hincapié en la forma *angli*, con la que cree que el toledano entendió «Angles», admite sin embargo la interpretación de *fame intolerabili* como ablativo instrumental, y por esta razón reconoce que «le sens de ce passage ne peut être fixé avec certitude». Y concluye, sin dar no obstante el brazo a torcer: «Il est certes possible que le mot *Angeli* de la *Crónica Mozárabe*, malgré l'interprétation de Rodrigo, signifie "anges"; dans ce case, le passage ne peut plus servir a l'appui de la date que je propose, laquelle toutefois ne dépend pas de l'interprétation de ce passage». No es posible alargar más esta nota, pero quiero advertir que los conceptos *ordenati* y *vastantes*, en la *Crónica Mozárabe*, están aludiendo intencionadamente a la jerarquización y función de los ángeles encargados de llevar a cabo el castigo de la divinidad representada trinitariamente por los tres soles, idea por otra parte muy cara a la iglesia mozárabe. Este texto teológico excluye de manera categórica la interpretación de Melvinger.

Asturias») ⁹, sino que incluso, a causa de sus dichosos *ang(e)li*, pero en contra de las más antiguas y autorizadas fuentes árabes, se ve obligado a adelantar en un siglo el asalto y saqueo de Nacor por los normandos del 858/59. Y una vez entrado por ese camino ya no hay obstáculo para admitir y dar por buena la leyenda del monje de San Gall sobre la aparición de normandos en el Mediterráneo hacia el 790: «Sucedió», dice el de San Gall, «que habiendo llegado Carlomagno de incógnito a una ciudad marítima de la Galia Narbonense, al tiempo que desayunaba, entraron en aquel puerto unas naves misteriosas». Se dijo si aquellas naves eran de mercaderes. Pero el emperador, mucho más avisado, exclamó: «No están esas naves repletas de mercancías, sino preñadas de tenacísimos enemigos». No se pudo comprobar tal afirmación, porque cuando los servidores, rivalizando en celo, se apresuraron a averiguar lo que había de verdad en ella, ya los astutos piratas habían desaparecido. Carlomagno, al que estos extraños huéspedes confunden con Carlos Martel, se levantó entonces de la mesa y fue a verter amargas lágrimas durante un rato frente a una ventana. Y las justificó diciendo a sus fieles servidores: «Me duele y me tortura que se hayan atrevido a poner el pie en esta costa antes de mi muerte, y me entristezco pensando en la terrible prueba que aguarda a mis sucesores y a sus súbditos» ¹⁰. Piratería siempre existió tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo, e Hydacio nos informa de piratas hérulos, procedentes del sur de Suecia, que hacia el 456 y 459 depredaron cruelmente las costas cántabras y galaicas, llegando incluso hasta la Bética ¹¹. Aunque los *Annales Lindisfarnenses* y la *Crónica Anglo-Sajona* nos hablan de la presencia por primera vez en Inglaterra de normandos daneses hacia el 787, de esto a admitir su arribo a Andalucía en el 750 o su asentamiento en Vasconia ya desde el 790, hay una gran diferencia. La aventurada tesis de Melvinger resulta también por este lado muy improbable, por no decir imposible. De hecho la profecía puesta en boca de Carlomagno, que evidentemente era una profecía «a sabiendas», inter-

⁹ «Eo tempore Lordomani primi in Asturias venerunt». *Esp. Sagr.*, 13, p. 453.

¹⁰ *Monachi Sangallensis. De gestis Karoli Imperatoris lib. duo.* MGH., SS., p. 757, 14.

¹¹ HYDACIO, ed. crítica de MOMMSEN en *MGH. Auct. Antiq.*, XI, pp. 28, 31.

preta bien la verdad, porque salvo las «naves paganas», sarracenas o normandas, que en 799 depredaron las islas situadas en las costas de Aquitania ¹², hasta después de la muerte del emperador en 814, no se volvieron a registrar más desembarcos en esta parte de sus dominios.

Así pues, la primera expedición normanda en España de que tenemos noticia segura es la ocurrida en el 844, que intentó desembarcar en La Coruña y fue rechazada por Ramiro I (842-850). He aquí el informe escueto según la *Crónica de Alfonso III*: «Las naves de los normandos, a través del Océano septentrional, llegaron a la costa de la ciudad de Gijón, y desde allí, al lugar llamado *Farum Bregantium*. Ramiro, ya rey, cuando lo supo, mandó contra ellos un ejército al frente de sus duques y condes, y les mató muchos hombres y les incendió las naves. Los que sobrevivieron atacaron la ciudad de Sevilla, y la pillaron, pasando a cuchillo a muchos árabes» ¹³. La *Historia Silense*, que hace ascender a 60 ó a 70 el número de las naves destruidas, añade que hasta entonces en nuestro país no se había tenido noticia de este pueblo cruelísimo ¹⁴. En términos parecidos se expresa el Tudense en su *Chronicon mundi*. Habla de 70 naves incendiadas, limitándose a decir tan sólo que las embarcaciones de los normandos llegaron a la costa de la ciudad de León? ¹⁵ Don Rodrigo Jiménez de Rada nos da esta versión un poco más explícita: «En tiempo de Ramiro los normandos,

¹² *Ann. Lindisfarn.* An. 777: «Dani primitus venerunt in Anglia» An. 793.6 Iduum Jun: «vastata est a paganis Lindisfarnensis ecclesia» (Holy Island). «Sed sequenti anno omnes perierunt». MGH. SS., XIX, p. 505. La *Anglo-Saxon chronicle* habla de tres embarcaciones con *noromanna of Haereoolande*. Según A. JOHANNSSON, *Die erste Westwikingen* (Acta philologica scandinavica, 9, 1934/35, pp. 2, 62 ss.), citado por MELVINGER, la llegada de estas tres naves tuvo lugar en 789. Sobre el desembarco en Aquitania, véase la carta de Alcuino escrita en 799 al obispo de Salzburgo, Arno: «Paganæ vero naves, ut audistis, multa mala fecerunt per insulas oceani partibus Aquitaniae... Castigatio est magna horum eruptio antiquis ignota temporibus populo christiano». MGH. *Epist.* 4. Karolini aevi II, Nro. 184, p. 309. Véase *Ann. Einharto tributos 800*. Vita Karoli M. c. 17.

¹³ *Esp. Sgr.*, Ap. 7: *Chronicon Sebastiani*, p. 489.

¹⁴ *Hist. Sil.*, ed. J. PÉREZ DE URBEL y A. GONZÁLEZ RUIZ-ZORRILLA. CSIC, Madrid, 1939, p. 143.

¹⁵ «ad littus Legionis ciuitatis aduenerunt». LUCAE TUDENSIS, *Chron. Mundi en Hisp. Illust.*, IV, p. 77. Sin duda por «ad littus Gegionis ciuitatis...».

pueblo cruelísimo y pagano, arribaron con muchas naves y trirremes a Faro de Galicia. El rey Ramiro, al tener noticia de esto, reunió un ejército al frente de sus condes y magnates, y en dicho Faro de Galicia, les hizo frente, y con la ayuda de Dios, aquel pueblo normando, aunque fiero, fue vencido, 70 de sus naves incendiadas y muchos de ellos muertos. Los que sobrevivieron se retiraron a las restantes naves, dejando muchos despojos en poder de los vencedores. Sin embargo, después de haber emprendido la huida, pusieron rumbo a Sevilla, y, con depredaciones y matanzas, irrumpieron en la propia ciudad. En el término de un año regresaron a sus lares»¹⁶. Este mismo historiador, en su *Historia de los árabes*, amplía sus noticias sobre la llegada de los normandos a Andalucía en el año 844. Dice: «En el año 229 de los árabes y en el 23 de su reinado (o sea de Abd al-Rahman II, en 844) le trajeron la noticia de que 54 naves y otras tantas galeras se habían acercado a la costa de Lisboa, y Abd al-Rahman dio orden de que se tomaran las medidas necesarias para la defensa. Al año siguiente, muchas más naves y de mayor potencia llegaron a la costa de Sevilla, y asediaron la ciudad durante trece días, y libraron combates con los árabes, causándoles muchos muertos y llevándose muchos cautivos y despojos. Desde allí se dirigieron con sus flotas a Algeciras, Cádiz y Sidonia, y tras reñidos combates devastaron a sangre y fuego las tierras de los árabes. Y por segunda vez tornaron a Sevilla, y pasaron a la isla de Captel (Isla Menor), y la expugnaron por espacio de tres días, y una vez desvalijada, la incendiaron. Luego, por huertos y viñas, cruzaron los términos de Sevilla y los arrasaron, sembrando la muerte entre los árabes y llevándose todo lo que les pareció aprovechable. Por la mañana llegaron a la capital de Sevilla, y en una batalla campal librada con los árabes, éstos tuvieron tantos muertos que apenas podrían contarse. Y los que quedaron con vida, desbaratados por uno y otro lado de la ciudad, se apresuraron a buscar refugio en el ámbito de la muralla. Pero los enemigos que habían venido embarcados afligieron a la ciudad durante todo el día y toda la noche, y al otro día se retiraron a sus bases con multitud de despojos... Cuando estos sucesos llegaron a oídos de Abd al-Rahman, mandó reunir un gran ejército para acudir en auxilio de los sevillanos, y al llegar se

¹⁶ *De rebus Hispaniae*, lib. III, cap. XIII.

enfrentó con los enemigos que estaban en las naves, pero ni unos ni otros salieron vencedores. Los normandos entraron después en la villa llamada Tablada, cerca de Sevilla, pero los árabes atacándoles con ingenios de guerra consiguieron arrojarlos de allí. En la contienda los normandos tuvieron cerca de 400 muertos, pero no fueron inferiores las bajas de los árabes, que además perdieron cuatro naves. Los invasores se detuvieron allí algunos días, y durante este tiempo asolaron los confines de Sevilla. Pero cuando oyeron que Abd al-Rahman preparaba una escuadra de 15 naves y otro ejército para acabar con ellos, se volvieron a Lisboa, y desde allí, junto con otros que se le habían incorporado, regresaron a su patria»¹⁷.

Como se ve, este acontecimiento, totalmente nuevo, tuvo una gran repercusión en la España cristiana. También los escritores árabes hablan muy circunstanciadamente de la presencia en este mismo año de los *Mağūs* (= magos o idólatras adoradores del fuego) frente a las costas de Lisboa con 54 naves y otras tantas embarcaciones menores, y poco después en Sevilla con cerca de 80. Pero estos relatos sobre las correrías de los normandos por diversos puntos de Andalucía, juntamente con el saqueo de Sevilla, fueron reunidos y traducidos por Dozy y completados por Lévi-Provençal¹⁸.

¹⁷ *Historia Arabum*, cap. XXVI. Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA dispuso de fuentes árabes fidedignas, a las que sigue y compendia seguramente con imparcialidad. Su relato, como parte neutral, debe considerarse como el más cercano a la verdad. El término latino «gentes», para designar a los normandos, es probablemente la traducción del árabe *Mağūs*. El relato del toledano en líneas generales e incluso en el número de las naves, está muy en consonancia con el del *Muqtabis*, de IBN HAYYAN, según el extracto dado por LÉVI-PROVENÇAL en la *Hist. de Esp.*, de R. MENÉNDEZ PIDAL, t.IV, p. 154 y ss. Según la cronología establecida por Lévi-Provençal, el desembarco en Lisboa tuvo lugar el 20 de agosto de 844 (1.º dhu-l-hich 229) y en Sevilla el 29 de sept. (12 muharram 230). Por lo tanto la expresión del toledano «sequenti anno» se refiere al 230 de los árabes.

¹⁸ R. DOZY, *Recherches sur l'Histoire et la Littérature de L'Espagne pendant le Moyen Age*, t. II, Amsterdam Oriental Press 1965. Réimpression de l'édition Leyde 1881, p. 552 y ss., con los textos árabes en los apéndices. Las fuentes nórdicas fueron más circunstanciadamente expuestas por Paul Riant en su obra *Expéditions et pèlerinages des Scandinaves in Terre Sainte au temps des Croisades*, Paris, 1865. Véase también A. M. FABRICIUS, *Forbindelserne mellem Norden og den spanske Halvö*, Kjobenhavn, 1882, p. 19 y ss. Así como la comunicación de este mismo autor en la Société

Los ataques normandos a Galicia y la zona atlántica de Andalucía están atestiguados igualmente por un escritor de origen español y

de Géographie de Lisbonne con el título *La Première invasion des Normands dans l'Espagne Musulmane en 844*. Mémoire destiné à la 10^{ème} Session du Congres International des Orientalistes, Lisbonne 1892, 22 pp. La versión sobre la primera invasión normanda, según BEN AL-QUTIYA en la trad. esp. de RIBERA, fue reproducida por SÁNCHEZ ALBORNOZ en *La Esp. Musulm.*, I, pp. 183-84, Espasa Calpe, Madrid 1974. El recuerdo de esta primera incursión excitó más tarde la fantasía de los escritores árabes, hasta el punto de imaginar una embajada normanda a Córdoba, y otra enviada como respuesta por Abd al-Rahman II al rey de los normandos presidida por el poeta y hábil diplomático al-Gazal. Esta supuesta embajada, puramente fantástica y surgida al respaldo de otra verdadera encabezada por el propio al-Gazal a la corte de Bizancio, contiene sin embargo datos muy curiosos sobre costumbres matriarcales de los normandos y vagas noticias geográficas sobre la situación de la patria de los *Magus*, concebida como una gran isla en el Océano rodeada de otras muchas grandes y pequeñas y separada del Continente por una distancia de 300 millas equivalentes a tres días de viaje. La reina de los normandos, dice a al-Gazal: «Los celos no existen en nuestras costumbres. Entre nosotros las mujeres no están con sus maridos sino mientras que ellas lo tienen a bien, y una vez que sus maridos han dejado de agradecerles los abandonan». El relato oral de al-Gazal transmitido por Tammam ben Alqaam, puede verse en el *Matrib* de BEN DIHYA, trad. de PONS BOIGUES: *Historiadores y Geógrafos*, 39, y reproducido por SÁNCHEZ ALBORNOZ en *Esp. Musul.*, I, pp. 187-191. Estos rasgos matriarcales proceden tal vez del relato del viaje de Ibrâhîm Ibn Jakûbs, transmitido por BEKRÍ (m. en 1094) en su *Libro de los caminos y de los países*, escrito en Córdoba, relato recogido también más tarde por QUAZWINI (m. en 1283) en los *Monumentos de los reinos*. Se trata, en este último, de una descripción del país de Mieszko (= Polonia), para la cual Quazwini no trae ningún testimonio en su apoyo, mientras que en la referente al país de las Amazonas aduce la autoridad de un habitante de Tortosa (At-Turtuši). Quazwini invoca también la autoridad del dertosano al hablar de las ciudades de Fulda, Rouen, Schleswig y Maguncia. Tan sólo en la noticia sobre Lorca en España da como fiador a Ibrâhîm Ibn Ahmed. He aquí la noticia de la ciudad de las mujeres según Bekrí: «Al Oeste del Rus está la ciudad de las mujeres. Estas poseen tierras y siervos, de los cuales quedan embarazadas, y cuando una de ellas da a luz un muchacho, lo mata. Cabalgan en caballos y hacen la guerra con valor y valentía. Ibrâhîm ibn Jaqûb, el judío, dice: la noticia sobre esta ciudad es verídica, Hûto (Ottón), el rey de Rum, me ha informado sobre este particular». Y según Quazwini: «Es una gran ciudad con un extenso territorio sobre una isla en el Mar Occidental. At-Tartuschi dice: sus habitantes son mujeres, sobre las que los

bien informado de las cosas de su país nativo: Prudencio Galindo, obispo de Troyes desde 843/44 y muerto el 6 de abril de 861. En

varones no tienen ningún imperio. Cabalgan en corceles y hacen ellas mismas la guerra. En los encuentros muestran gran arrojo. Tienen también esclavos. Cada uno de estos pasa, por riguroso turno, una noche entera con su dueña, y la deja secretamente con el alba. Cuando de estas relaciones nace un niño la madre lo mata en el acto, pero si es una niña la deja vivir. At-Tartuschi dice: «la ciudad de las mujeres es una realidad sobre la que no cabe la menor duda» (*Arabische Berichte von Gesandten an germanische Fürstenhöfe aus dem 9. und 10. Jahrhundert ins Deutsch übertragen und mit Fußnoten versehen*, von Georg JACOB, en «Quellen zur Deutschen Volkskunde» 1.Heft, Berlin u. Leipzig 1927, pp. 14 y 28-29). Desde 1890 Jacob, en distintos trabajos, sostiene que Ibn Jakub, el israelita, era un tratante de esclavos que en el año 973 se encontró con el enviado del Califa de Córdoba Ibrâhîm Ibn Ahmed at-Tartuschi en la corte del emperador Ottón I en Merseburg (véase *op. cit.* Introducción, pp. 3-5). Pero Kowalski, con auxilio de un manuscrito nuevamente descubierto del Bekrí, pudo demostrar que Ibrâhîm Ibn Jakûb, el israelita, en este autor, e Ibrahim Ibn Ahmed at-Turtusi, en Quazwini, son una y la misma persona. En este manuscrito, en la p. 245, se da el nombre completo: Ibrâhîm Ibn al-israili at-Turtusi. La única mención de un nombre típicamente mahometano inimaginable para un israelita: Ahmed como padre de Ibrahim, en Quazwini, a propósito del deseo manifestado por Ottón de obtener ciertas reliquias existentes en Lorca, como Kowalski pudo demostrar igualmente, por medio de la comparación del mismo apartado sobre Lorca en Himjari (finales del XIII y principios del XIV), se trata de un error de escritura de Quazwini. Partiendo del mismo pasaje de Himjari fija Kowalski el viaje de Ibrahim a los países eslavos en el año 335 de la Hégira (= 965-966), fecha señalada ya por A. A. Kunik y V. von Rosen, de Goeje y Westberg, y que coincide con el regreso de la campaña de Roma de Ottón y su estancia en 966 en Merseburg antes de volver de nuevo a Italia (T. KOWALSKI, *Relacja Ibrahima Ibn Jackuba z podróży do Krajów stowiańskich w przekazie Al-Bekriego*, Mon. Pol. Hist., N.S.1, Kraków 1946). El judío dertosano Ibrâhîm Ibn Jakûb, como se desprende de los itinerarios reproducidos por Bekrí y Quazwini, recorrió Bohemia y el país de Nakon, es decir, la región aborigen de los Obotriten, de la que, aunque con otras fronteras, habría de surgir Mecklenburg. Las noticias sobre los búlgaros, el país de Mieszko, sobre Krakau etc., no parecen descansar en observaciones directas, sino más bien en referencias y narraciones oídas. Lo cierto es que estuvo en Rouen, la capital de Normandía, y desde allí probablemente por mar, se dirigió al centro comercial wikingo de Schleswig/Haithabu. He aquí la descripción de la ciudad wíkinga transmitida por Quazwini según el informe del judío de Tortosa: «Es una ciudad muy grande situada en el último extremo del Océano. En su interior

sus *Anales* nos dice: «Los normandos, entrando por el Garona, llegaron hasta Tolosa, y pillaron impunemente todo lo que encontra-

hay fuentes de agua dulce. Sus habitantes son adoradores de Sirio, con excepción de un reducido número de cristianos que tienen allí una iglesia. El Dertosano cuenta: «Celebran una fiesta a la que concurren todos para honrar al dios comiendo y bebiendo. El que sacrifica un animal, clava estacas en el patio delante de la puerta de su casa y cuelga en ellas al animal sacrificado, ya sea un novillo, un carnero, un macho cabrío o un cerdo, con el objeto de que la gente sepa que sacrifica en honor de sus dios. La ciudad no es rica en bienes ni bendiciones. El principal alimento de sus habitantes consiste en pescado, que es allí abundante. Si a alguno de ellos le nacen niños, los echa al mar para ahorrarse gastos. At-Tartuschi cuenta además que las mujeres tienen derecho a divorciarse. Y eso lo deciden ellas mismas cuando les parece. Se fabrica allí también un cosmético para los ojos, que no sólo conserva permanentemente su belleza, sino que la aumenta, tanto en los hombres como en las mujeres. Dice también: Jamás oí un canto tan horrendo como el canto de los habitantes de Schleswig: es como un gruñido, como el ladrar de los perros, sólo que todavía más bestial». Por muy fantástico que parezca este relato hay en él ciertos detalles que parecen confirmados en otras fuentes, por ej. la fiesta del sacrificio de un animal seguido del banquete, que recuerda las fiestas gremiales más tardías. Se tiene, pues, la sospecha de que el judío de Tortosa está aludiendo en este pasaje a una fiesta de un gremio de comerciantes. Las fuentes son sin duda estanques o *Teiche*, tan típicos de la región, de los que, según parece, se conservaban todavía ocho en el siglo XVII. La iglesia, según Adam DE BREMEN, I, cap. 27, había sido levantada en la zona portuaria alrededor del año 850 por San Ansgar, misionero de la región: «Is statim ecclesiam in portu maritimo erexit apud Sleswig» (véase G. JACOB, *op. cit.*, p. 29. Sobre Haithabu, plaza comercial de la época de los vikingos, véase el excelente libro de Herbert Jankuhn: *Haithabu. Ein Handelsplatz der Wikingerzeit*, 6. ergänzte Auflage, 1976, especialmente las pp. 172-173 y 180-186). Queda sin aclarar la localización de la ciudad de las mujeres. Tal vez se trate de una leyenda que Ottón les colocó a los embajadores del rey de los búlgaros, con los que Ibrâhîm coincidió en la ciudad de *Mazinburg*, probablemente Merseburg, referente a Magdeburgo, en la que quizá no entraron. En el cap. 3 de la *Vita* de SAN ADALBERTO se traduce el nombre de Magdeburgo por la «ciudad de las vírgenes» (*civitas virginum*). Pero por la descripción que le antecede sobre la situación de los prusianos cerca del Océano, podría pensarse en Finlandia, relacionando quizá el nombre con el antiguo alemán *Frouwa* (= señora). Sobre la difícil tarea de reconstruir el itinerario de Ibrahîm por el país de los eslavos, puede verse el trabajo de Charlotte WARNKE, *Bemerkungen zur Reise Ibrahim Ibn Jakubs durch die Slawenländer im 10 Jahrhundert*, en «Giessener Abhandlungen zur Agrar und

ron. Vueltos de allí atacaron Galicia, donde fueron aniquilados, parte por la resistencia que les opusieron los ballesteros, parte por

Wirtschaftsforschung des Europäischen Ostens». Band 32, 1965, pp. 393-415. No sabemos si Ibrahim de Tortosa hizo el viaje solo o acompañado ni cuáles fueron exactamente los móviles del mismo. Es de suponer que el primer objetivo fue de carácter comercial, si bien respaldado por el cumplimiento de un encargo diplomático de Al Hakam, como parece deducirse de la visita al emperador Ottón. La meta del viaje sería Praga, el centro más importante del mercado de esclavos, aunque es posible que desde allí haya alargado el viaje hasta Krakau, cuya duración cifra en tres semanas. De todos modos es el aspecto de Praga, y la baratura de los productos que allí pueden comprarse, lo que atrae su atención: «La ciudad de Praga está construida de piedra y cal, y es la plaza comercial más grande de aquellos territorios. A ella vienen de la ciudad de Krakau los rusos y los eslavos con mercancías, y a éstos, de los países de los turcos (¿húngaros?), mahometanos, judíos y turcos, igualmente con mercancías y moneda contante y sonante, e importan de ellos esclavos, objetos de peltre y distintas clases de pieles. Su país es el mejor de todos los del Norte y el más rico en productos alimenticios. Por un pfennig se vende el trigo para el consumo de una persona durante un mes, por un pfennig el pienso de cebada para sostener un caballo de montura durante 40 noches, y por un pfennig se pueden comprar también 10 gallinas. En la ciudad de Praga se fabrican sillas de montar, bridas y gruesas corazas, que se usan en aquellas regiones. En Bohemia se tejen también pañuelos finos y ralos como redes que no tienen ningún uso práctico. El precio es invariable: 10 pañuelos un pfennig. Con estos pañuelos formalizan sus tratos y abonan sus cuentas. Tienen sus arcas llenas de tales pañuelos, son su riqueza, y con ellos se pueden adquirir las cosas más estimadas: trigo, esclavos, caballos, oro, plata y todas las demás cosas. Una nota curiosa es que los habitantes de Bohemia son morenos y tienen el pelo oscuro, y el tipo rubio no es muy frecuente entre ellos» (según la traducción alemana de G. Jacob, *op. cit.*, pp. 12-13).

Como es sabido, los geógrafos árabes de la Edad Media llamaban a los habitantes situados entre Constantinopla y la Gran Bulgaria *skālība*, es decir, eslavos. Pero en España la palabra se empleó para designar a los esclavos, cualquiera que fuera su categoría y condición, procedentes del centro de Europa, y que llegaban a la España musulmana por mediación de mercaderes, generalmente judíos. Y en esta significación, la palabra pasó luego a la mayoría de las lenguas europeas, mientras entre los árabes sirvió tan sólo para designar a los eunucos. Praga era, pues, el centro más activo de este comercio de esclavos. Sabemos por la *Vida de S. Adalberto*, obispo de Praga, que los bohemios tenían costumbre de vender cristianos a los infieles y judíos. Y Brunon su biógrafo, afirma que una de las razones de la renuncia del Santo a su obispado en 969 se debió a no poder redimir a tantos cautivos cristianos reducidos a servidum-

las inclemencias del mar. No obstante algunos alcanzaron y asaltaron las regiones de la España Ulterior, sosteniendo reñidos com-

bre con el dinero infeliz de los mercaderes judíos: *propter captivos et mancipia christianorum quos mercator iudaeus infelici auro emerat, emptos que tot episcopus redimere non potuit* (MGH.SS., IX, p. 444). Por los valles del Mosela y del Maas los tratantes de esclavos llegaban con su mercancía humana a Verdun, donde, como nos atestigua LUITPRANDO en su *Antapadosis*, de 958-962, existía una verdadera y lucrativa manufactura de eunucos con destino a España: *Carzimasium autem greci vocant amputatis virilibus et virga puerum quod Verdunenses mercatores ob immensum lucrum facere et in Hispaniam ducere solent* (MGH.SS., III, p. 338). Todo ello hace suponer que el judío Ibrahim de Tortosa no era ajeno a semejante negocio (sobre la esclavitud en la España musulmana, puede consultarse la obra copiosa de datos de Ch. VERLINDEN, *L'esclavage dans l'Europe Médiévale*, t. I, 1955, especialmente el cap. III, párrafo IV, pp. 211-225). No conocemos el itinerario de regreso de Ibrahim a España. De vuelta de Bohemia pasó por Fulda y Maguncia. Pero probablemente no sería muy distinto al que siguió Juan de Gorz hacia 950, cuando Ottón le confió la embajada a la corte de Abderrahman III. El monje de Gorz, cerca de Metz, se hizo acompañar por un habitante de Verdun conocedor de la geografía española: *Viridunensis quidam gnarus partium Hispaniarum*. Desde la Champaña se dirigió a España por Langres, Beaune, Dijon y Lyon. Allí se embarcó rumbo a España. Y desde Barcelona a Córdoba, pasando por Tortosa, la primera ciudad musulmana. En 953, mientras Juan de Gorz continuaba en Córdoba en espera de ser recibido por el Califa, éste nombra al jefe de su Cancillería, al mozárabe Recemundo, el Rabí ben Zayd, para desempeñar la contraembajada a la corte de Ottón. En pago de este servicio Recemundo fue nombrado obispo de Elvira (Granada). Al año siguiente, a principios de marzo, Ottón recibió a Recemundo en su corte de Frankfurt. Allí se conocieron y entablaron amistad Luitprando de Cremona y Recemundo de Elvira. En 958 LUITPRANDO dedica a su amigo la *Antapodosis*. También esta vez acompaña a Recemundo a su regreso a Córdoba un práctico de Verdun llamado Dudo. Este cambio de notas entre Ottón y Abderrahman III retrasadas años enteros por interminables formalidades protocolarias obedecían al deseo de Ottón de poner fin a la piratería sarracena practicada en las costas de Provenza y en el Valle del Ródano, especialmente desde que un grupo de piratas andaluces había conseguido establecer, entre 891 y 894, un reducto permanente de correrías en la montaña llamada el Fraxinetum (actualmente Garde-Freinet, en la comarca de Frejus, no lejos de Saint Tropez). Ottón, al que los piratas de Fraxinetum causaron no pocos quebraderos de cabeza durante todo su reinado, no pudo verse libre de ellos hasta 972, un año antes de su muerte.

Pero no deja de ser muy significativo que hacia 968 en que tienen lugar las expediciones normandas a las costas gallegas y portuguesas, un judío

bates con los sarracenos, pero finalmente fueron vencidos y rechazados»¹⁹.

En tiempo de Ordoño I (850-866), nos dice la *Crónica Albedense*, «aparecieron de nuevo en las costas de Galicia los normandos, que fueron aniquilados por el conde Pedro²⁰. Pero este aniquilamiento no debió de ser tampoco muy efectivo, pues la versión de la *Crónica de Alfonso III*, refiriéndose a este mismo hecho, agrega que, tras de depredar toda la España marítima a sangre y fuego, pasaron el Estrecho e invadieron la ciudad mauritana de Nacor (Mezemma), donde pasaron a cuchillo a todos los habitantes que no pudieron huir. Desde allí se dirigieron a las islas de Mallorca, Formentera y Menorca, a las que despoblaron por el mismo procedimiento, y por último llegaron a Grecia, en la que se demoraron por espacio de tres años antes de volver a su país²¹. Lo mismo afirma Jiménez de Rada, que añade la toma de Ibiza²². El *Chronicon Iriense* da el número de 100 naves y señala también que pasaron tres años antes de regresar a sus lares²³. Pérez de Urbel supone que este conde Pedro que derrotó a los normandos en Galicia hacia el año 958 se llamaba Pedro Theon, el magnate que aparcerá en primer lugar al lado de Alfonso III, al comienzo de su reinado²⁴. Según los

de Tortosa, probablemente tratante de esclavos y eventual comisionado del Califa de Córdoba, se dirigiera a Normandía, y desde allí a la ciudad wikinga de Haithabu, para continuar luego hasta muy al interior de los pueblos eslavos. En todo caso las costas andaluzas apenas se vieron afectadas por los normandos durante el gobierno de Al-Hakam (961-976). En el año 967 llegó a Cataluña, acompañando al conde Borrell II, el joven monje Gerberto de Aurillac, pronto famoso matemático y más tarde elevado al solio pontificio con el nombre de Silvestre II. Según el serio y bien informado cronista Ademaro Cabanense, Gerberto, llevado de su pasión por el saber, desde Cataluña, parte integrante entonces del imperio franco, se trasladó a Córdoba. El viaje a Córdoba de Gerberto pudo, pues, coincidir con el de regreso de Ibrahim de Tortosa a la misma capital, después de su entrevista con Ottón I en 966 en Merseburg por encargo del califa cordobés.

¹⁹ *Sancti Prudenti Trecensis Episcopi Annales sive Annalium Bertinianorum*. MGH.SS., I, p. 441; y en MIGNE, P.L.: 115, p. 1397. Véase también M. BOUQUET, f. VII, p. 63, anno 844, Paris 1870.

²⁰ *Esp. Sagr.*, 13, p. 454.

²¹ *Esp. Sagr.*, 13, ap. 7. *Chronicon Sebastiani*, 26, p. 492.

²² *De rebus Hisp.*, lib. III, cap. XIV.

²³ *Esp. Sagr.*, 20, p. 602.

²⁴ *Hist. de Esp.* de R. MENÉNDEZ PIDAL, t. VI, p. 67.

testimonios árabes aducidos por Dozy, II (p. 279 y ss.), estas incursiones tuvieron lugar entre 854 y 861. Después de apoderarse de Algeciras e incendiar la mezquita mayor, pasaron al Africa. Jiménez de Rada, traduciendo deficientemente una fuente árabe, dice: «En este tiempo se presentaron los normandos con 60 naves, los cuales robando a diestro y siniestro, destruyeron Algeciras y su mezquita». Así hay que entender el texto «et Gelzirat alhadra et Mezquitas», pues Algeciras era llamada en árabe *Aldjezira al-Khadra* (la Isla Verde)²⁵. Según BecrÍ, el saqueo de Nacor tuvo lugar en 858/59. Vuelto a la Península, desembarcaron en el reino de Todmir (Murcia), y llegaron hasta la fortaleza de Orihuela, que se les rindió. A continuación se dirigieron a Francia, «donde invernaron en una ciudad que todavía lleva su nombre (Camargue). Después retornaron a la costa de España; pero cuando ya habían perdido más de 40 de sus naves, se vieron comprometidos en un combate con la flota del emir Mohammed, frente a la costa de Sidonia, y perdieron otras dos que iban cargadas de grandes riquezas. Las otras naves continuaron su ruta»²⁶. El obispo Prudencio Galindo, en sus *Anales* ya citados, nos dice que en el año 859, «los piratas daneses, haciendo un gran circuito entre España y Africa, entraron por el Ródano, y tras devastar ciudades y monasterios, se establecieron en la isla de Camaria (Camargue, en el delta del Ródano). Desde el Ródano se dirigieron a Italia, donde tomaron y depredaron Pisa y otras ciudades»²⁷. Según el relato de Nowairi, los *Magūs* llegaron hasta la ciudad de Pamplona, y allí cautivaron al rey de Navarra García Iñigo, que sólo pudo ser rescatado mediante la entrega de 90.000 dinares (Dozy, II, p. 279). La penetración hasta Pamplona fue realizada probablemente por Irún a través del Valle de Baztán, al regreso de una parte de la expedición en 861. La otra, que había continuado por el Mediterráneo, regresó a Bretaña un año más tarde²⁸. Según Steenstrup, la afirmación de que estos normandos llegaron a Grecia se debe, al parecer, a una confusión con los varegos suecos que aproximadamente por este mismo tiempo, habían alcanzado Constantinopla a través de Rusia²⁹.

²⁵ *Hist. Arab.*, cap. XXVIII.

²⁶ Ibn-Adhari, cit. por DOZY, II, 280-81.

²⁷ MGH.SS., I, 453; MIGNE, P. L., 115, 1417.

²⁸ W. VOGEL, *op. cit.*, p. 178.

²⁹ Johan C. H. R. STEENSTRUP, *op. cit.*, I, p. 127.

En consonancia con los relatos de Becrí y de Ibn-Adhara, citados por Dozy, II, p. 179 y ss., sobre la ocupación y saqueo de Nacor, sitúa Steenstrup el de una fuente irlandesa publicada por M. D'Donovan en antiguo irlandés con traducción inglesa. Se lee allí: «En esta época (865-866) aparecieron delante de York los Aunites (daneses) con una numerosa escuadra, y se apoderaron de la ciudad y la destruyeron. Esto fue el comienzo de grandes sufrimientos y desdichas para los ingleses. Porque poco antes había habido guerras y disturbios en Lochlann, cuya causa fue la siguiente: los dos hijos más pequeños de Albda, rey de Lochlann, habían expulsado a su hermano el primogénito Raghmall ante el temor de que sucediera a su padre en el trono de Lochlann. Raghmall se dirigió con sus tres hijos a las Orcadas y allí se quedó con su hijo más joven. Pero los dos mayores, imbuidos de arrogancia y ambición, marcharon a las Islas Británicas, para atacar a los francos y a los sajones. Después de su partida creyeron que su padre había vuelto a Lochlann. Entonces su orgullo y ardor juvenil les empujó hacia el Cantábrico, el mar entre Erin y España, rumbo a las costas españolas, a las que arribaron causando mucho mal y depredando todo el país a sangre y fuego. Después pasaron el Estrecho Gaditano (Gibraltar) y llegaron a las costas de Africa, y allí sostuvieron un combate contra los moros, que fueron muertos en medio de una espantosa carnicería. Pero uno de los hijos, al tiempo que se preparaba para la lucha, dijo a su hermano: "Hermano, ¿no es una gran locura y necedad ir así de un país a otro, recorriendo todo el mundo y exponiendo la vida, en lugar de defender nuestra patria y seguir la voluntad de nuestro padre? Ahora está solo, lejos de su patria, en un país que no es el suyo. El hijo que ha quedado a su lado, tal como se me ha revelado en un sueño, ha sido muerto, y un otro sucumbió sobre el campo de batalla". Y así había sido en efecto. Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando vio avanzar a los moros en orden de batalla. Bruscamente se lanzó en medio de la refriega, y llegó hasta donde estaba el rey de Mauritania, y de un solo golpe, con su larga espada, le tajó una mano. El combate continuó hasta el fin con gran bravura por una y otra parte, pero sin inclinarse la victoria por ninguno de los combatientes. Muchos guerreros hallaron la muerte; finalmente los adversarios se retiraron cada uno a su campo. A la mañana siguiente se provocaron de nuevo al combate, pero el rey de Mauritania,

habiendo perdido la mano, se dio a la fuga durante la noche. Al romper el día, los de Lochlann, revestidos de sus armaduras se dispusieron a reanudar el combate llenos de ardor y esperanza. Pero cuando los moros se percataron de que el rey los había abandonado, se dieron ellos también a la fuga. Y así cayeron la mayor parte de los enemigos, y fueron pasados a cuchillo. A continuación los de Lochlann corrieron y saquearon el país, y llevaron a Erin un gran número de moros cautivos. Son los hombres atezados de Erin, pues los moros se semejan a los negros en atención al color de la piel. Pero las dos terceras partes de los de Lochlann perecieron en la lucha o naufragaron en el Estrecho Gaditano, y si los demás pudieron salvarse, ello se debió más bien a un milagro»³⁰. En vista de la semejanza y paralelismo de esta narración irlandesa con los informes árabes acerca de los *Magūs* en Nacor y la pérdida de la mayor parte de su escuadra frente al Estrecho y ante la costa de Sidonia, Steenstrup se inclina a fijar la gesta de los hijos de Ragnall durante la invasión normanda del 858 al 860.

Antes de pasar a las invasiones normandas de 968 en España, queremos traer aquí una noticia que, aunque aislada, o quizá precisamente por eso mismo, no deja de tener interés, pues eleva la sospecha de que las correrías normandas en nuestro país probablemente nunca se determinen del todo. Los vestigios que de ellas nos han conservado las crónicas y las sagas nórdicas parecen confirmarlas. La cronología de los reyes noruegos (*series regum*) fija el hecho hacia 954, en que, según parece, sucumbió el protagonista. Dice la *Historia Norwegiae*, con su característico laconismo, que el primogénito del rey Haraldo el de la hermosa cabellera (860-933), Erico, el Hacha sangrienta, sucedió a su padre en el reino (930 ó 934), y que se casó con Gunnilda, mujer maléfica y perversa, hija del insensatísimo rey danés Gorms y de su prudentísima mujer Thyri. De esta Gunnilda engendró seis hijos, a saber: Haraldo el de la piel gris (961-965), Gamla, Siwardo el gigante, Gunrodum, Erlingo y Gora. Erico reinó un año (según otra cronología, cinco), pero habiéndose granjeado la antipatía de todos a causa de la insolencia de su mujer fue desposeído del reino por su hermano

³⁰ O'DONOVAN, *Three fragments copied from ancient Sources*, pp. 159-163, cit., en trad. francesa por J. STEENSTRUP en *Les invasions normandes en France*, 1969, pp. 69-71.

Haacón (935-940), adoptado y criado en la corte inglesa por el rey Etelstano (925-940), donde el mismo Erico, por consejo de los primates noruegos, encontró asilo. Allí fue bien recibido por el preceptor de su hermano (*a paedagogo fratris*), y, después de lavado en la fuente del bautismo (*fonteque baptismatis lotus*), se le nombró conde de Northimbria (Northumberland), en donde fue muy querido de todos, hasta que se le juntó su mujer. Entonces los de Northimbria, que no soportaban el furor maldito de Gunnilda, decidieron sacudir su intolerable yugo. Erico, al verse desposeído, se dirigió a los confines de España, donde ejerció la piratería hasta su muerte en acción de guerra (*Hispaniae finibus cum piraticam, bello tentatus occubuit*). Gunnilda, causa de todas sus desgracias, tras la muerte de Erico regresó con los hijos a la corte de su hermano Haraldo, rey de Dinamarca ³¹. No sabemos exactamente dónde el Hacha sangrienta ejerció la piratería, si en la España musulmana o en la cristiana, o en ambas. Su reciente bautismo, como era corriente entre los normandos, no le impediría a buen seguro el ejercicio de una costumbre antiquísima aceptada y practicada como algo normal por todos los pueblos septentrionales.

Tres lustros más tarde, la *Historia Compostelana* nos cuenta la muerte, ocasionada por una saeta, del obispo Sisnando en 968, junto a un predio denominado *Fornellos*, en lucha con los normandos que habían desembarcado en el puerto de *Iuncaria* (¿Porto Xunqueiras?) y marchaban sobre Iria ³². Se trata de la expedición danesa compuesta de 100 naves llegada a Galicia en el reinado de Ramiro III (966-985), y de la que la *Crónica de Sampiro* habla en estos términos: «En el año segundo de su reinado una armada de 100 naves normandas, al frente de su rey Gunderedo, entró en muchas ciudades de Galicia e hizo muchos estragos en toda la redonda de Santiago, matando al obispo Sisnando y depredando toda Galicia hasta los montes Pirineos del Cebreiro (*Ezebreri*). Pero al tercer año (de su reinado), cuando se disponían a regresar a su patria, Dios, al que las cosas ocultas no se le ocultan, les propinó la venganza merecida. Y así como ellos habían reducido a cautiverio al pueblo cristiano y matado a muchos al filo de la espada, así también, antes de abandonar los confines de Galicia,

³¹ *Historia Norwegiae*, en «Mon. Hist. Norw.», ed. de Gustav STORN, 1880, pp. 105-106.

³² *Esp. Sagr.*, 20, lib. I, cap. II, 6, p. 13. El *Chron. Iriense* llama a estos invasores «Normani, et Frandenses», p. 606.

tuvieron un fin trágico. Pues el conde Guillermo Sánchez, en nombre de Dios y en honor de Santiago, cuya tierra habían devastado, saliendo a su encuentro con un gran ejército les dio batalla, y Dios le otorgó la victoria, y toda aquella gente, junto con su propio rey, fue pasada a cuchillo y su flota quemada con auxilio de la divina providencia»³³. Compaginando la información de la *Crónica de Sampiro* con la de la *Compostelana*, deducimos que los nomandos merodearon a sus anchas por Galicia, por lo menos un año entero, si no dos o más, hasta 970 ó 971. Jiménez de Rada recoge esta misma noticia de Sampiro, suprimiendo «ad montes Pireneos», y traduciendo «Ezebrari» por «mons dicitur Onagrorum»; y al conde Guillermo se le llama ahora «Gundisalvus Sancii»³⁴. A pesar de la muerte de Sisnando en 968, o como sostiene el P. Flórez, en 970, Santiago no cayó en poder de los normandos, sin duda debido a las fuertes murallas torreadas, separadas por profundos fosos llenos de agua, con que el propio obispo, siguiendo el consejo del rey Sancho, había mandado construir en torno a la ciudad del Apóstol³⁵. Con la última fecha coinciden los *Annales Complutenses*, que se limitan a decir: «Sub Era MVIII (970) venerunt Lodormani ad Campos»³⁶. Se trata aquí verosímilmente de la designación territorial de Santiago, designación que, a juzgar por un pasaje de Osberno, todavía se conservaba en 1147: «Provincia a sinistra in continente vocatur Campis»³⁷. Rudesindo (S. Rosendo) sucedió en el obispado a Sisnando y según la *Vida de San Rosendo*, ya antes de la muerte de Sisnando por los normandos. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que en la *Vida de San Rosendo* se atribuye al Santo la expulsión de los normandos de Galicia: «En este tiempo, ausente el rey, Galicia fue invadida por los normandos, y Portugal devastado por los moros. Rosendo, reunido un ejército, pero confiando más en la misericordia divina... hizo frente a los normandos y a los moros. A los normandos, con el favor de Dios, los expulsó de Galicia, y a los moros los hizo retroceder a sus fronte-

³³ *Hist. Sil.*, ed. cit., p. 171.

³⁴ De reb. Hisp., lib. V, cap. XI.

³⁵ *Esp. Sagr.*, 20, *Chronicon Iriense*, 9, pp. 604-605.

³⁶ *Esp. Sagr.*, 23, p. 312.

³⁷ *De Expugnatione Lyxbonensi - The Conquest of Lisbon*. Edited from the unique manuscript in Corpus Christi College, Cambridge, with a translation into English by Charles Wendell DAVID. New York: Columbia University Press 1936, p. 66.

ras³⁸. Se alude probablemente a la derrota que les infligió el ejército mandado por el conde Guillermo (o Gonzalo) Sánchez, y de la que nos informa la *Crónica de Sampiro* ya citada, aunque podría indicar otra entrada de normandos posterior a 971.

Si hemos de creer a Dudón, deán de Saint-Quentin, nacido hacia 960 en la región de Vermandois, probablemente en Saint-Quentin, y muerto tal vez antes de 1043, estas bandas de piratas daneses se dirigieron a España por indicación del duque de Normandía Ricardo I, quien, de este modo, pudo deshacerse de unos huéspedes que, si bien en un principio le habían prestado buenos servicios en sus luchas contra el conde de Chartres Thibaldo y el rey Lotario, ahora, una vez hecha la paz, le resultaban extremadamente incómodos. A los que se resignaron a asentarse como cristianos y a vivir en paz en Normandía, les premió con largueza. Y a los que deseaban seguir merodeando con arreglo a sus antiguas costumbres, a éstos, después de aprovisionarlos de lo necesario para la navegación, con guías o prácticos procedentes de Coutances, los encaminó hacia España. En el derrotero los expedicionarios normandos, nos dice el cronista Dudón de S. Quintín, «sometieron 18 ciudades y se apoderaron de todo lo que encontraron en ellas. Y entrando a rapiña por todas partes, hostilizaron España y la afligieron duramente con incendios y saqueos». No se especifican las regiones ni los lugares devastados. El término «Hispania» comprende aquí sin duda tanto la España árabe como la cristiana. Galicia, como ya hemos visto, fue seguramente la más afectada. Por último, prosigue el cronista de los duques de Normandía, después de las matanzas cometidas contra la población rural, los hispanos, con un ejército, se dispusieron a hacer frente a los normandos. Pero fueron derrotados y puestos en fuga, dejando el campo lleno de cadáveres. Al tercer día, cuando los normandos volvieron al lugar de la batalla para despojar a los muertos de sus prendas, comprobaron que ciertas partes del cuerpo de los oscuros etíopes (*nigellorum Aethiopumque*), en contacto con la tierra se habían puesto de una nivea blancura, mientras el resto del cuerpo conservaba el primitivo color³⁹. Por esta descripción del color de la piel de los

³⁸ *Esp. Sagr.*, 19, p. 377.

³⁹ DUDONIS S. QUINTINI DECANI, *De moribus et actis primorum Normanniae Ducum lib. III*, Migne, P. L., 141, p. 747.

muestran que hay que suponer, como ya lo supuso Dozy, que este encuentro no pudo tener lugar en Galicia, sino en territorio musulmán. Dozy cree identificar este combate, al parecer indeciso, con el relato de Ibn Khaldun: «En este año (966) los *Mağūs* aparecieron en el Océano y pillaron la plana alrededor de Lisboa; pero después de librado un combate con los musulmanes, se retiraron a las naves»⁴⁰. Según los testimonios árabes presentados por Dozy, gracias a la intervención de la escuadra de Hakam II, los daneses de 966, procedentes de Normandía, no pudieron desembarcar en Alcacer do-Sal, y al fin fueron aniquilados a la entrada de Silves por la flota musulmana que el califa había mandado contra ellos desde Sevilla⁴¹. Tampoco tuvieron mejor éxito, al parecer, los intentos de desembarco de 971 en las costas andaluzas. Los árabes estaban bien preparados contra los normandos, pues, además de las obras de fortificación construidas por orden de Abd al-Rahman, tenían en la España cristiana del noroeste confidentes que les prevenían del peligro. Así el conde de Galicia, Gonzalo Muñoz, mandó un emisario a Córdoba con una carta para Hakam II fechada en Astorga el domingo de ramadán (9 de julio de 971), comunicándole que el sábado anterior, a medio día, los *Mağūs* habían hecho una incursión por el Duero y llegado hasta Santaver y su llanura, pero de la que se habían retirado, según el informante, con las manos vacías⁴².

Dozy, II, pp. 292-94, no vacila en fijar durante estas incursiones el milagro del Obispo Santo de S. Martín de Mondoñedo, relativo a un suceso no conservado en ningún documento, pero sí en la tradición oral. Según ella, estando un día el obispo S. Gonzalo reunido con la clerecía y sus partidarios sobre una colina, desde la cual se dominaba una gran extensión de mar abierto, vieron como una flota normanda se disponía a llegar a la playa. El obispo pidió entonces al cielo que confundiera a aquellos bárbaros, y en efecto, poco después todas las naves se fueron yendo al fondo, salvo la del jefe, que se salvó para llevar a los suyos la noticia del desastre. Pero

⁴⁰ DOZY, II, pp. 289 y 290. Según Dozy con la fecha errónea de 354 de la hégira, en lugar de 355 (= 966).

⁴¹ DOZY, II, pp. 288-289.

⁴² Del *Muqtabis*, de IBN HAYYAN (trad. de E. GARCÍA GÓMEZ, *Anales palatinos de Isa al-Razi*), cit. por Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ en *La Esp. Musulm.*, t. I, p. 408, Espasa Calpe, Madrid, 1974.

en el episcopologio de S. Martín de Mondoñedo no figura por esta época ningún obispo de ese nombre, cosa que resulta tanto más extraña, tratándose de un prelado de tal santidad y favorecido con tan feliz suceso para su diócesis. Según el Madoz, 11, p. 493, a la capilla del *Obispo Santo* de San Martín de Mondoñedo, en el lugar de Mourente, «concurren en romería multitud de navegantes en grata conmemoración del naufragio de la escuadra normanda acaecido en alta mar... por los años 846 siendo S. Gonzalo obispo de la iglesia de San Martín de Mondoñedo». Pero por espacio de más de siglo y medio, desde 693 a 866, no conocemos los nombres de ninguno de los obispos, si es que los hubo, al frente de la sede, destruida durante la invasión árabe y, al parecer, denominada entonces Britoniense. Puede referirse sin embargo al suceso real del año 844 en que, efectivamente, como ya sabemos por el obispo Prudencio Galindo, algunos contingentes de normandos llegados a Galicia fueron víctimas de las inclemencias del mar: «quidam Galliciamque adgressi... partim tempestate maris intercepti dispreunt». Más tarde pudo atribuirse quizá este hecho a la intervención del obispo San Gonzalo, que estuvo al frente de la silla de Mondoñedo desde 1070 a 1112, y en tal caso podría referirse a alguna de las incursiones piráticas «inglesas o normandas» (*Anglici vel Normanigenae*) de que nos da noticia *La Compostelana*, ocurridas hacia 1111, es decir, hacia el final de su largo gobierno, y que, en opinión de Dozy (II, p. 312 y ss.), provenían de las Islas Orcadas. Pero es inútil pretender fijar un relato transmitido tan sólo a través de la leyenda, susceptible por lo tanto de ser asociado a cualquier otro entre los muchos de esta naturaleza, y de los que no nos ha quedado ninguna huella, ni oral ni escrita. El P. Flórez dice que «en el año 1611 dio el obispo noticia al Rey D. Felipe III de la Ermita que se havia fundado en el sitio donde el Santo oró y destruyó la armada, en cuyas paredes estaba pintado aquel milagro. Gil González dice haber visto la carta original⁴³.

Según el pseudo Luitprando, el hundimiento de las naves normandas, en virtud de las oraciones del obispo San Gonzalo, tuvo lugar en el año 850: «In Asturibus prope Balobrigam in mari oceano residerunt *Naves Normannorum*, quae precibus Gundisalvi Sancti, Episcopi Mindoniensis vel Balobrigensis, submersae sunt

⁴³ *Esp. Sagr.*, 18, p. 289.

anno 850»⁴⁴. El P. Flórez, XVIII, p. 288, hizo notar la poca confianza que merece esta fuente, pues hasta el año 866, con el obispo Savarico I, no tenemos noticia del traslado de la sede de Dumio a S. Martín de Mondoñedo (*Mindunieto*). La *Crónica Albeldense* confirma en 871 la residencia en Mondoñedo del obispo de Dumio Rudesindo I: «Rudesindus Dumio Mindunieto degens». Si hemos de dar crédito al documento de S. Vicente de Almerozo, Rudesindo era ya obispo de Mondoñedo el 7 de mayo del 867. Y la sede Vallibriense, a la que alude, sin duda, el falso Luitprando, no tomó este nombre hasta 1112, en que el obispo Nuño Alfonso, sucesor de S. Gonzalo, probablemente por iniciativa de Dña. Urraca, trasladó la sede de San Martín de Mondoñedo a Villamayor de Brea, la actual Mondoñedo. Pero la falta de datos concretos no nos autoriza a negar su existencia en una época anterior al 866. Parece que la sede de Britonia, de la que Mondoñedo se considera sucesora, ya no existía realmente en 830, y Alfonso II el Casto (791-842), con las iglesias de Asturias pertenecientes a Britonia, fundó la sede de Oviedo: «Ovetensem ecclesiam facimus pro sede Britoniense destructa». Y en el año 866, Alfonso III el Magno (20 de mayo de 866-910), con las iglesias de Galicia pertenecientes a Britonia, la restauró, al asentar en San Martín de Mondoñedo al supuesto Savarico, huido de Dumio, cerca de Braga, destruida también por los árabes. El 10 de febrero de 877, por concesión de Alfonso III a Rudesindo, la iglesia de Dumio pasó a depender de San Martín de Mondoñedo. De ahí también los títulos de Britoniense y Dumiese que Mondoñedo ostenta. Por los años de las primeras incursiones normandas, la sede Britoniense, a la que es muy probable que estuviera asociada otra desconocida llamada *Laniobrense* (su último obispo conocido *Sumigisidus* se coloca en 693), era una sede fantasma, sin residencia fija, regida por un obispo fugitivo, no registrado en la documentación, aunque sí recogido por la tradición. Se supone incluso, aunque no haya argumentos concluyentes para probarlo, que la llegada de obispos-abades de Dumio a Mondoñedo debió de producirse ya en fecha muy anterior a 866, «muy probablemente a la mitad del

⁴⁴ *Scrip. rerum Danic. Medii Aevi*, editi Jacobus LANGEBECK, t. I, p. 535, Hafniae 1772. Kraus Reprint. Neudeln/Liechtenstein 1969 (Luitprandi Fragm. p. 17).

siglo VIII⁴⁵. Entre 844 y 866 pudo, pues, existir muy bien en San Martín de Mondoñedo un obispo llamado Gonzalo, autor del milagro perpetuado por la tradición. Prudencio de Sandoval, en su obra los *Cinco Obispos*, refiere la derrota operada contra una escuadra sarracena en 888 por intercesión de D. Gonzalo, Obispo Santo de Mondoñedo. Si esta fecha corresponde a la Era Hispánica, entonces vendría a coincidir exactamente con la dada por el falso Luitprando, y no se referiría a los sarracenos, sino a los normandos. Bajo este supuesto podría conciliarse también la afirmación del mismo Sandoval de que fuese D. Gonzalo quien trasladó la sede de Britonia a San Martín de Mondoñedo, siendo papa Nicolás I (854-867)⁴⁶. Los datos que poseemos no confirman la tradición, pero tampoco la niegan. Hay, pues, que admitir la veracidad del hecho, aunque siga siendo oscura su fijación cronológica.

A las incursiones normandas del tiempo del obispo Sisnando o de su sucesor San Rosendo hay que atribuir sin duda la destrucción del monasterio de Santa Eulalia de Curtis, restaurado más tarde por San Pedro de Mezonzo, obispo de Iria-Santiago desde el año 985. La noticia aparece en un documento publicado por el P. Flórez, y que nuestro sabio historiador, a juzgar por el gobierno de los obispos confirmantes, data alrededor del año 995, fecha de

⁴⁵ MADDOZ, XI, p. 488, y *Diccion. de Hist. Ecles. de Esp.*, I, p. 281 y III, p. 1716. Instituto E. Flórez, Madrid 1972-73. El recuerdo de la *Ecclesia Daniobriensis* parece haberse conservado en «la insignificante aldeita de Lañobre... en donde se supone por razones toponímicas, que estuvo emplazada la vieja sede y ciudad» (Rubén GARCÍA ÁLVAREZ, *Galicia y los gallegos en la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela, t. I, 1975), p. 62.

⁴⁶ Cit. por Francisco MAYÁN FERNÁNDEZ en su opúsculo *Gonzalo, el Obispo Santo*, Mondoñedo 1955, pp. 19 y 25-26. Este autor, frente al P. Flórez, considera que el «fingido Luitprando estaba bien enterado de que la sede de San Martín de Mondoñedo era la misma que años antes había estado en Tierra de Bría y por eso la llama *claramente* Mindoniense o Valobrigense, como queriendo expresar mejor el significado y la exacta situación geográfica de la Sede Britoniense; que es la misma que la Laniobrense y tan de la Tierra de Bría como la de Vallibria». Siguiendo a REIGOSA, *La antigua sede episcopal de Britonia*, en «Bol. de la Com. Prov. de Monum. Histór. y Artís. de Lugo», Lugo 5 (1952), 19-25 e *ib. Cuáles fueron los orígenes del obispado mindoniense*, *ib.* 4 (1950), 7-11, cree que Laniobria significa *Tierra de Bría*. Sin embargo el topónimo Lañobre parece más convincente.

la reedificación. Refiriéndose a su fundador Placencio (finales del IX), bisabuelo de Martín, padre de San Pedro de Mezonzo, dice esta escritura: «Creó de su como de ajena progenie muchos sacerdotes y levitas, y una congregación no pequeña de abades, la cual siempre floreció allí, hasta que... llegaron a esta tierra los normandos (*gentes Lotimanorum*) y destruyeron esta iglesia y otras iglesias vecinas, y sus sacerdotes, reducidos a cautiverio, fueron pasados a cuchillo⁴⁷. Pedro de Mezonzo era entonces abad («ego... Petrus, qui tunc eram Abbas»). Sabemos que fue abad de Sobrado por lo menos desde 966 a 978, y después, de San Payo de Antealtares hasta su proclamación como obispo en 985. La destrucción del monasterio de Santa Eulalia de Curtis debió, pues, de ocurrir durante su abadiato en Sobrado, que coincide con el tiempo de los obispos Sisnando y San Rosendo. La misma suerte, tal vez por la misma época o quizá algunos años más tarde, cupo al antiguo monasterio de monjas de San Esteban de Boiro: «Consta esto, dice Yepes, por una escritura del obispo D. Pedro (S. Pedro de Mezonzo) hecha por la Era de mil y veinte y ocho (990) e que cuenta esta historia y une el monasterio con su coto y aldeas al de San Pedro de Antealtares»⁴⁸. Otra iglesia destruida por los normandos fue la de Boente, pues en un documento fechado en 992 se recoge el pleito sobre dicha iglesia, que poseyó D. Munio «usque ad dies normanorum»⁴⁹. También la ciudad de Lugo se vio seriamente amenazada por los normandos, que habían assolado ya su territorio. Ante el inminente peligro y para su defensa (*in ejusdem civitatis adversus Lothomanos defensionem*), los habitantes de los suburbios y cercanías, tanto eclesiásticos como seculares, en virtud de un pacto de mutuo apoyo concertado con el obispo Hermenegildo (951-985), deciden buscar refugio dentro de los muros de la ciudad, para, desde allí, ofrecer valerosa resistencia a la crueldad del pueblo normando (*et simul ibidem habitantes et dimicantes contra sevientem gentem Lothomanorum*). La medida era urgente, pues fijan un plazo de diez días, desde el primero de noviembre hasta el once, día

⁴⁷ *Esp. Sagr.*, 19, 384 y ss. Ahora también en *Tumbos del Monasterio de Sobrado de los Monjes*, de Pilar LOSCERTALES DE G. DE VALDEAVELLANO. A.H.N., Madrid, 1976, I, 137, pp. 177-178.

⁴⁸ Fray Antonio de YEPES, *Crón. Gen. de la Orden de S. Benito*, en BAE, 124, II, p. 66, ed. de J. Pérez de Urbel, 1960.

⁴⁹ A.H.N., Clero, Códices, 976-B, fols. 51^v y 52^r.

de S. Martín, para trasladar los ganados y todos los demás enseres a las casas levantadas para este efecto en el interior del recinto. Rubén García, aunque no alude a la motivación de tal medida, cree que el pacto es del 1.º de noviembre de 968⁵⁰. Alrededor de este mismo año de 968, una señora noble llamada Mumaduna mandó erigir un castillo en Guimaraes, para poner la villa a cubierto de futuras incursiones normandas⁵¹.

Tuy, por su fácil situación de acceso, fue una de las ciudades más castigadas por las acciones de sarracenos y normandos. Así se dice expresamente en un documento del año 1112 que hace memoria del obispo Naustio (c. 926-932): «La ciudad episcopal de Tuy, situada junto al Miño, por el que los sarracenos y normandos solían entrar con frecuencia, hubo de soportar por todas partes muchas guerras. Por esta causa el venerable Naustio, obispo de Tuy por la gracia de Dios, para ponerse a salvo de los ataques de sarracenos y normandos, huyó al monasterio de Lebruxe (*Labrugiae*), donde por miedo permaneció, conservando sin embargo íntegramente sus derechos al episcopado»⁵². La invasión normanda de 970 obligó al obispo Viliulfo (c. 952-1003) a refugiarse en el monasterio de Ribas de Sil, desde donde siguió gobernando su diócesis. Por este mismo año llegaron los normandos a Orense, y hasta tal punto destruyeron y arruinaron la ciudad, que la sede

⁵⁰ *Tumbo viejo de Lugo*, fol. 35^v, n. 82, bajo el título «Privilegium quod fecerunt comites et abbates domno Ermegildo episcopo Lucensi». Publi. por RISCO: *Esp. Sagr.*, XL, ap. XXIII, pp. 403-404; y por AMOR MEILÁN en su *Hist. de la prov. de Lugo*, V, ap. II, pp. 195-196, cit. por M. Rubén GARCÍA ALVAREZ, *Galicia y los gallegos en la Alta Edad Media*, I, p. 46. Véase igualmente L. SAAVEDRA MACHADO, *Expedições normandas no Ocidente da Hispania*, en «Boletim do Instituto Alemão», III, Coimbra, 1930, pp. 53-54.

⁵¹ L. SAAVEDRA MACHADO, *op. cit.*, pp. 51-52, nota 1: «Post non multo vero temporis quod hunc series testamenti in conspectu multorum est confirmatum persecutio gentilium irruit in hujus nostro religionis (i.e. regionis) suburbium et ante illorum metum laboravimus castellum quod vocitant sanctum Mames in locum predictum», etc., in P.M.H. *Diplomata et Chartae*, I, 61 e *Vimaranis Monumenta*, já transcrito e traduzido por Gaspar ESTAÇO, *Varias antiguidades de Portugal*, p. 18 e citado também por VITERBO, *Elucidario*, s.v. «Laudomanes»; SAMPAIO, *As povoas marítimas*, etc., en *Portugalia*, II, 230; G. BARROS, *Hist. da administ.*, II, 7; LEITE DE VASCONCELLOS, *Origem histórica*, etc. p. 6.

⁵² *Esp. Sagr.*, 22, pp. 250-251.

quedó abandonada, pasando a depender de la de Lugo hasta 1071 en que fue restaurada por Sancho II. En vista de las sucesivas incursiones marítimas y los estragos consiguientes, la de Tuy fue agregada a Dumio desde 1022 a 1024, año en que pasó a depender de la Apostólica de Santiago hasta 1074. La incorporación de Tuy a Santiago la conocemos gracias a una carta de Alfonso V de León fechada el 24 de octubre de 1024. De ella entresacamos el siguiente trozo relacionado con nuestro objeto: «Pero no mucho tiempo después, a causa del incremento de los pecados de los hombres, la región marítima fue asolada por los normandos (*gens Leodemanorum*). Y como la sede de Tuy fue la última y la menos importante de todas, y el obispo que en ella residía llevado cautivo con todos los suyos por estos enemigos, los cuales a unos vendieron y a otros mataron, la propia ciudad, reducida a la nada, permaneció durante muchos años viuda y de luto. Más tarde sin embargo, propicia la misericordia de Dios, la cual dispone todas las cosas con suavidad, y las gobierna, nosotros, con ayuda de la divina gracia, quebramos la cerviz de muchos de estos enemigos y los arrojamos de nuestro suelo. Transcurrido mucho tiempo, convocados y reunidos los preladados, los condes y todos los magnates de nuestra corte, que no son pocos, quisimos poner un obispo en cada sede, tal como lo prescriben los cánones. Pero viendo la sede de Tuy destruida, contaminada de inmundicias y despojada de su rango episcopal, consideramos necesario, y así buenamente lo dispusimos, que fuera incorporada al Aula Apostólica, a cuya provincia pertenecía»⁵³. A tenor de los datos biográficos que poseemos del rey Alfonso V (994-1028, rey bajo la tutela de su madre la reina Elvira en 999 y declarado mayor de edad en 1007-8), supone Dozy que esta invasión de los normandos a que se refiere el documento no pudo tener lugar antes de 1008. Sabemos que al obispo Viliulfo le sucedió Pelayo y a éste, Alfonso I, de cuya muerte se habla en el documento ya citado de 1112: «Pero muerto el obispo Alfonso, tuvieron lugar en el país sediciones y muchas guerras, y la sede tudense permaneció largo tiempo sin pastor»⁵⁴. Estas guerras (*proelia multa in terra evenerunt*), según el P. Flórez, «corresponden a invasiones de los normandos, que como dice el documento entraban por el río

⁵³ *Esp. Sagr.*, 19, p. 385.

⁵⁴ *Esp. Sagr.*, 22, p. 251.

Miño, y cebaban su furia en la ciudad. Sus entradas fueron muchas en diferentes tiempos: y así por ellas no se podrá inferir la Chronologia del suceso presente» (22, p. 60). Pero se inclina a creer que el obispo que, según el documento de 1024, llevaron cautivo los normandos, y del que no se dice el nombre, fue el obispo Alfonso, a juzgar por la declaración del de 1112, que afirma que la sede después de su muerte quedó vacante durante mucho tiempo (*Sedes Tudensis longo tempore sine Pastore permansit*), declaración que coincide con la contenida en el documento de 1024: *plurimis annis vidua atque lugubris permansit*. El *Chronicon Lusitanum* da el 6 de septiembre de 1016 como la fecha de la llegada de los normandos al castillo de Vermoin, en la región de Vila Nova de Famalição: «Era 1054, Octavo Idus Septembris venerunt Lormanans ad Castellum Vermudij, quod est in Provincia Bracharensi. Comes tunc ibi erat Alvitus Nuniz»⁵⁵.

Pero gracias a un documento original publicado por Rui Pinto de Azevedo, sabemos que ya un año antes, en julio de 1015, los normandos habían entrado por el Duero y devastado la región comprendida entre este río y el Ave. Allí, demorados por espacio de nueve meses, hicieron gran número de cautivos que vendieron después. El corroborador del documento, Amarelo Mestáliz, cuenta cómo, previa la autorización de doña Loba Alóitez, su protectora, hubo de hipotecar a Froila Trueteséndiz una heredad que poseía en Guilhabreu (*in uila Vilabredi subtus castro de Boue urbio Portugal*), a cambio del préstamo de 15 sueldos de plata, cantidad que le exigieron los normandos (*Leodemanes* o *Lotmanes*) por el rescate de sus tres hijas cautivas Sesili, Ermesenda y Faquilo⁵⁶. Este documento es de singular importancia, pues está fechado tres años

⁵⁵ *Esp. Sagr.*, 14, p. 404.

⁵⁶ *In Era MLII^a mense Iulio ingressi fuerunt filius et neptis* (tal vez, dice AZEVEDO, «por filii et nepotes no sentido de “grande número”, “multidao”, a pesar do pleonástico *multis* que lhe segue») *Lotnimis* (sic por *lotmanes*) *multis in Doiro, predans et captiuans de Doiro in Aue per Viii^a menses. Ibi captiuarunt tres filias de me ipso Amarelo et remansi mesquino, pasarunt Leodemanes illos catiuos a uindere totos, ipsas filias de Amarelo nominibus Serili* (sic por Sesili) *Ermesinda Faquilo*,... Rui PINTO DE AZEVEDO, *A expedição de Almançor a Santiago de Compostela em 997, e a de piratas normandos a Galiza em 1015-16*, en Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra. Instituto de Estudos Históricos Doutor António de Vasconcelos. Coimbra 1973, p. 85 ss. Transcripción del doc. pp. 91-93.

después de los hechos, el 3 de abril de 1018. Si la fecha del 6 de septiembre de 1016 dada por la *Crónica* para la llegada de los normandos al castillo de Vermoin fuese correcta, habría que admitir dos correrías normandas en este mismo año de 1016: la de julio de 1015 hasta marzo o abril de 1016 y otra cinco meses más tarde. Pero como el propio Azevedo supone es posible que haya un error de un año por parte de la *Crónica*, y que se trate de los mismos normandos estacionados durante nueve meses en el territorio del Duero. Otro documento de 1026, que probablemente se hace eco de las mismas incursiones, refiere cómo una mujer (?) llamada Meitilli hubo de vender a un cierto Octicio la cuarta parte de dos propiedades que poseía de sus padres en Cabanões y Muradães situadas «subtus mons castro rekaredi territorio ciuitas Sancta Maria discurrente rio ouar», en pago de haberla rescatado junto con su hija Guncina del cautiverio de los normandos, mediante la entrega a éstos de «uno manto lobeno e una spada e I kamisso et III lenzos et una uaca et III modios de sal finto», todo valorado en 70 modios⁵⁷. Como se ve, los normandos vendían a los prisioneros unas veces por dinero y otras por vituallas, armas y prendas de vestir.

Sería, pues, factible que de las varias incursiones que debieron de tener lugar entre 1012 y 1016, una de ellas, hacia 1014, la que probablemente llevó cautivo al obispo de Tuy, estuviese mandada, como quiere Dozy, por el famoso vikingo Olaf, quien, tras rápida carrera, fue proclamado rey de Noruega en 1016, y, un año después de su muerte ocurrida el 29 de julio de 1030 en la batalla de Stilestadt, canonizado con el título de *Rex perpetuus Norvegiae*, convirtiéndose así en el símbolo de la unidad política y religiosa de su país. Sobre los hechos importantes y decisivos de su vida, tal como han sido recogidos en la *Passio Olavi*, del siglo XII, y en la *Saga* de Snorri Sturluson, del XIII, aunque aderezados con rasgos legendarios, no existe la menor duda. Debió de nacer hacia 995. Como capitán de una nave y de un grupo de guerreros que su madre y su padrastro le habían entregado, comenzó ya a la edad de 12 años su carrera de vikingo con incursiones a las costas del

⁵⁷ L. SAAVEDRA MACHADO, *op. cit.*, pp. 55-56. Véase P. M. H., *Dipl. et Chartae*, I, 161, ya citado por VITERVO, *Elucidario*, s.v. «Kemiso» e por G. BARROS, *Hist. da administ.*, II, 8.

Báltico, Holanda e Inglaterra. Estuvo varias veces al servicio del rey inglés Ethelredo, y en 1011, conjuntamente con fuerzas danesas, atacó Canterbury, que fue incendiada y muchos de sus habitantes, que habían buscado refugio en la catedral, asesinados en presencia del arzobispo Elphego, quien hecho prisionero y encarcelado, fue lapidado el 19 de abril de 1012 por haberse negado a pagar el rescate que le pedían. Después de la muerte de Elphego, Olaf reanudó su vida de pirata. Osberno, monje de la iglesia de Canterbury y biógrafo de S. Elphego, dice que los asesinos del prelado fueron cruelmente castigados por el cielo, pues apenas se dieron a la mar, llevados por vientos adversos, 160 naves fueron precipitadas al fondo del mar, y las restantes de la flota, divididas en dos bandas, una de 40 y otra de 25 naves, arribaron a regiones lejanas y desconocidas, donde encontraron un fin miserable⁵⁸. Es muy posible que estas dos bandas, aunque en etapas diferentes, llegaran a las costas gallegas. Sobre la incursión de Olaf a las costas españolas, la *Historia Norwegiae* se limita a decir que Olaf, después de haber debelado a los bretones, llegó hasta las partes de España, y dejando allí título muy claro de sus victorias, regresó a Dinamarca, donde fue recibido con gran honor por su compañero el rey de los daneses⁵⁹. Pero la *Saga* de Snorri, cuya veracidad ha sido reconocida por la investigación histórica, es mucho más explícita sobre este punto. He aquí su relato: «En la tercera primavera murió el rey Ethelredo y heredaron el reino sus hijos Edmundo y Eduardo. El rey Olaf navegó hacia el sur y luchó en *Hringsfirði*, y se apoderó del castillo de Holonom (*Høli*), defendido por wikingos (= guerreros) y lo arrasó (viene a continuación la estrofa del escalda Sighvath, que había acompañado a Olaf en la expedición). Desde allí marchó el rey Olaf con su ejército hacia *Grislvpolla* y contentió con wikingos frente a *Vilhialmsbø* (*Grislopollom* y *Vialhialms* en Sighvath). De nuevo ganó Olaf otro combate (sigue la estrofa de Sighvath). Poco después libró un combate en el oeste, en *Fetlafirði*, del que dice Sighvath:

⁵⁸ *Acta Sant.*, Aprilis II, p. 641, Antverpiae, 1675.

⁵⁹ *Hist. Norw.*, p. 121: «Olavus interin Britones debellat et usque Hispaniae partes profectus ibique clarissimos suae victoriae titulos relinquens rediit in Daniam et a socio suo tum Danorum rege multum honorifice susceptus est».

Con sangre enrojació el príncipe Olaf
 en Fetlafirdi el diente de la loba,
 cuando allí su doce combate dio,
 pues muchos sucumbieron por su mano.

Entonces continuó Olaf su viaje hacia *Seliopolla*, y allí tuvo lugar otro combate. Y conquistó *Gunnvallz*, una ciudad (*borg*) antigua e importante, y en ella hizo cautivo a su gobernador, el conde *Geirfidr*. Luego convocó el rey Olaf a los moradores, y, en castigo, impuso una suma a la ciudad, y por el rescate del conde exigió doce mil chelines de oro. Y la suma impuesta a la ciudad fue satisfecha (a continuación la estrofa de *Sighvath* glosando la misma acción, con mención de los mismos nombres, pero sin otras indicaciones más precisas). Después marchó el rey Olaf con su flota al Río Karl (*Karlsár*), y, dando allí otro combate, devastó ambas riberas. Mas cuando el rey Olaf estaba en el Río Karl, y esperaba viento próspero para pasar el Estrecho de Gibraltar (*Norvasund*) y dirigirse a Palestina (*Jorsalaheim*) tuvo un extraño sueño: vio acercársele un hombre de noble estatura, mas cuyo rostro imponía temor. Y le habló en estos términos: «No prosigas tu viaje a un país lejano, vuelve a tu patria, para ser rey en ella eternamente»⁶⁰.

La identificación de los topónimos que aparecen en los antiguos textos nórdicos ha puesto a prueba la perspicacia de los especialistas de las *Sagas*, sin llegar por ello a resultados plenamente convincentes o satisfactorios. Los normandos bautizaban los lugares o accidentes geográficos, teatro de sus correrías, con nombres que responderían a criterios o puntos de vista diferentes: quizá trasponiendo a su lengua, con sentido, sonidos que creían oír en la extraña; quizá traduciendo al propio idioma la significación que les proporcionaran sus informantes indígenas, y sobre todo, por alusión, dando nombres expresivos que les recordarían la topografía de su tierra natal. Puesto que Olaf guerreó con los bretones, algún nombre relacionado con alguna de estas hazañas, quizá ha-

⁶⁰ *Saga Olafs Konungs ens Helga*, ed. de P. A. MUNCH y C. R. UNGER. Christiania, 1853, pp. 22-23. Hemos tenido delante la trad. alemana de F. NIEDNER en la Colec. «Thule», vol. 15, pp. 38-39. *La Saga de S. Olaf* contenida en el *Heimskringla* (= Globo terráqueo) o *Historia de los reyes de Noruega* hasta 1170, atribuida al erudito islandés Snorri Sturluson (1179-1241), fue escrita entre 1220 y 1230.

bría que buscarlo en la costa de Bretaña ⁶¹. Pero como se dice que continuó la ruta hacia *Seliopolla*, es comprensible que se trate de localizar este topónimo en la costa atlántica española, concretamente en Galicia. Ya Paul Riant, p. 74, interpretó *Seljuipolli* como «estuaire du Sil, nom transporté de l'affluent principal du Minho au Minho lui-meme», como si ya los normandos de Olaf conocieran el proverbio de «el Miño lleva la fama y el Sil el agua». Efectivamente *pollr* significa «bahía pequeña, redondeada», *poll* en noruego, holandés *polder*, inglés *pool* ⁶². Siendo así, la ciudad de *Gunnvallz*, antigua e importante (*mikil borg oc forn*) no podría ser más que Tuy. La posible e incluso quizá deliberada identificación por la *Saga* del obispo (¿Alfonso?) de Tuy, que, como sabemos, había sido llevado cautivo por los normandos, con el conde (*iarll*) *Geirfidr*, vendría a fortalecer esta interpretación. El nombre *Geirfidr* es islandés, y no sabemos qué motivación tendrían para llamarle así, ¿acaso un apodo con sentido irónico? Pero quizá haya algo todavía que venga a abonar la identificación del obispo con el conde. Dice la *Saga* que la ciudad pagó la contribución de guerra señalada por Olaf. No dice en cambio que hayan sido satisfechos los doce mil chelines de oro exigidos por el rescate. La estrofa de *Sighvath*, desgraciadamente, es aún menos explícita en este punto. Tal silencio parece delatar que ni la ciudad ni ningún amigo o familiar se preocupó de su suerte. Y, naturalmente, si identificamos al conde con el obispo, tampoco se preocupó «el familiar o criado llamado Nuño Suárez, a quien el obispo había dado en préstamo la *Villa de Vinea*», y que, aprovechándose de la desaparición o muerte del prelado, Nuño y sus hijos retuvieron como propia ⁶³. El destino del obispo de Tuy pudo ser, pues, semejante al del arzobispo Elphego de Canterbury, éste por negarse a pagar el rescate exigido, aquél por no haber tenido quién se lo pagara. Si no lo mataron lo habrán vendido como esclavo en alguna parte. Pero tampoco el rey parece haber mostrado mucho interés por el cautivo, pues el documento regio de 1024 ni siquiera da su nombre, limitándose tan sólo a decir que fue llevado cautivo junto con todos los suyos:

⁶¹ Véase a este respecto Paul Riant, *op. cit.*, p. 74.

⁶² Alexander JOHANNESSON, *Isländisches Ethnologisches Wörterbuch*, Bern, 1951, p. 587 y 1120.

⁶³ *Esp. Sagr.*, 22, pp. 59-61.

ejus episcopus qui ibi morabatur, cum omnibus suis ab ipsis captivus ductus est, et alios occiderunt, alios vendiderunt.

Hemos dado la traducción del texto de Snorri, en el que se refieren los cinco combates librados por Olaf (desde el décimo al décimo cuarto, ambos inclusive), porque A. K. Fabricius, en contra de otras hipótesis anteriores, cree que hay que situar todos estos hechos en la Península Ibérica. Como esas cinco incursiones de Olaf, o por lo menos las cuatro últimas, parecen formar un complejo unitario, y puesto que *Karlsár* es necesario localizarlo no lejos de Gibraltar, es lógico que se piense para los otros nombres que le preceden dentro de dichas acciones, en lugares situados en las costas del Cantábrico y de Galicia. La dificultad reside en la identificación de esos nombres exóticos con los verdaderos. Claro que su exotismo parece descartar ya su localización en Francia, país bien conocido por los normandos. Por otra parte, los ataques de Olaf a la costa francesa del Poitou y de la Touraine descritos en el combate décimoquinto, tuvieron lugar a su regreso de España, y están por lo demás bien identificados. Y como la *Saga* nos dice que Olaf puso rumbo al sur, ese «Ringsfjord» (= fiord circular), opina Fabricius sin concretar más, se correspondería mejor con el Golfo de Vizcaya que con cualquier otro en Normandía o en Bretaña. Sugiere la identificación de *Grislepolle* con Castropol, acaso en virtud de un antiguo castro, porque la fundación de la ciudad es más reciente. *Vilhemsby* sería Villameá, a orillas del Eo. Más al oeste está *Fetlafjord*, que podría ser Faro, en lugar de Betanzos como quiere Fabricius. *Seliepolle*, al igual que Riant, lo sitúa en la desembocadura del Miño, pero no por el nombre del Sil, sino en La Guardia, como una posible traducción de «Cilenorum aquae», y porque *pollr*, en antiguo nórdico, significa «hoyo de agua», designación que coincide muy bien con la ensenada casi cerrada que forma el río en su desembocadura. Tal localización le lleva, como a Riant, a admitir la identidad de *Gunnvalz* con Tuy⁶⁴.

Otro topónimo que necesita ser objeto de comentario, aun cuando ya lo fuera por parte de Dozy, es *Karlsár*. Pero veamos antes, si

⁶⁴ Adam Kristoffer FABRICIUS, *Forbindelserne mellem Norden og den Spanske Halvo*, Kjobenhavn, 1882, pp. 100-101. Véase igualmente su comunicación presentada a la Sociedad de Geografía de Lisboa en 1892 con el título *La connaissance de la Péninsule Espagnole par les hommes du Nord*, pp. 5-6, Lisbonne, 1892.

bien brevemente, las consecuencias del sueño de Olaf. Siguiendo el consejo de la visión, Olaf renuncia a continuar el viaje y regresa a Noruega. La fecha de su estacionamiento en la bahía de Cádiz, como opina Dozy, o más concretamente en el Guadalquivir, como parece lo más probable, se fija en 1014. Efectivamente, después del asalto de Canterbury y de la muerte de S. Elphego, Olaf trasladó el escenario de sus operaciones al Continente, al país que la *Saga* designa con el nombre bastante vago de *Valland*, que en este caso, como sabemos por la *Historia Norvegiae*, se refiere concretamente a la Bretaña. Aquí pasó «dos veranos y un invierno», o sea los de 1012 y 1013, hasta finales de este último año. La *Saga* precisa todavía más: «habían transcurrido entonces trece años desde la muerte de Olaf I Trygvasson» (ocurrida en el año 1000). La expedición de Olaf a la Península Ibérica hay, pues, que situarla en la primavera de 1014, y el regreso de *Karlsár*, al término del verano de este año, pues la *Saga* dice que en el otoño llegó a Normandía, donde pasó todo el invierno. De vuelta entró por el Loira en el Poitou y la Touraine, e incendió el centro comercial de Guérande (Varrandi) en Bretaña. Se cree, y es lo más probable, que en 1015 recibió el bautismo, en la corte de Ricardo II, duque de Normandía. Así lo dice Guillermo de Jumieges, llamado *Calculus*, en su *Historia Normannorum*: «El rey Olaf... apartado del culto de los ídolos, con algunos de los suyos, en virtud de las exhortaciones del arzobispo Roberto, se convirtió a la fe de Cristo, y una vez lavado por el bautismo, y fortalecido con el sagrado crisma, alegre por la gracia recibida, regresó a su reino»⁶⁵. Cuando reanudó el camino de Noruega llevaba ya consigo, junto con 220 seguidores, un obispo y varios sacerdotes⁶⁶. En la batalla de Nesjar, en 1016, venció a su rival el conde Svein Hakonarson, y, allanadas otras dificultades, pudo al fin someter todo el país. El descontento del pueblo por la implantación violenta del cristianismo, sumado al de la nobleza por la imposición de un sistema de organización rigurosamente centralista, estalló en abierta rebelión, y Olaf hubo de refugiarse en Rusia. Desde Suecia intentó recobrar el trono sin conseguirlo, muriendo, como ya queda dicho, en la batalla de Stilestadt. Pero gracias a la visión que frente a Gibraltar le impulsó a volver a su patria, dejó sentadas las bases de la futura

⁶⁵ Guillelmus GEMETICENSIS, *Hist. Norm.*, Migne, P.L., 149, 839.

⁶⁶ J. N. RASMUSSEN, *Die Heiligen*, p. 311-313, Mainz, 1975.

monarquía noruega, hasta el punto de que ya hacia 1170, el rey Magnus Erlingsor se hizo llamar, en un privilegio solemne, «feudatario de San Olaf». El hecho de la visión de 1014 es inseparable del problema acerca de la verdadera localización de ese río que la *Saga* llama *Karlsár*. Dozy, II, p. 311, cree que se trata de la bahía de Cádiz. «A nuestro parecer» —dice este autor— «ese término no significa sino *las aguas del hombre, las aguas del hombre grande*, porque la palabra *Karl* significa en todas las lenguas germánicas *un hombre grande, fuerte, robusto*. Por eso una nave de Olaf, cuya proa estaba adornada con una cabeza de rey, llevaba el nombre de *Karlhoefud, cabeza de hombre, de hombre grande* (Saga Olafs, p. 38, ed. de 1853); y si se traduce *Karlsár* de esta manera fácilmente se explicará por qué los normandos han dado este nombre a la bahía de Cádiz». Esta identificación obedece a la creencia de Dozy de que la visión soñada no es más que el correlato de la supuesta visión real experimentada por Olaf delante de la gigantesca estatua que se alzaba a nueve metros de altura sobre las Columnas de Hércules, y que existió hasta 1145. Aunque la figura de la visión se ha identificado, muy verosímilmente y de acuerdo con una finalidad político-religiosa bien determinada, con el rey Olaf Trygvasson, que reinó de 995 a 1000 y fue el iniciador de la cristianización de Noruega, con todo, el estímulo del sueño bien pudiera haber partido de la impresión de la estatua, que con la mano extendida, según los propios autores árabes, parecía estar diciendo: «¡Vuelve por donde has venido!». De la existencia de esta estatua también se tenía noticia, al parecer, en Noruega, pues en el *Itinerario a Tierra Santa*, desgraciadamente incompleto, escrito entre 1274 y 1275 por el hermano Mauricio «de ordine minorum», que acompañó, en calidad de capellán, al barón noruego Andreas Nikolassön en su viaje a Palestina, iniciado el 17 de enero de 1271, se dice que, «tras de pasar el Cabo de San Vicente, la ciudad de Silves, el castillo de Albufeira y Santa María de Faro, se llega a *Gades*, o sea la Isla de Hércules, que por otro nombre se llama Sevilla (*Sibilia*). Hasta esta entrada se prolonga el Algarbe (*Algarbia*). En esta isla está la estatua de Hércules, que tiene en la mano una llave y una clava (*clavem et clavam*), con el rostro mirando al Africa, como significando que la Isla de Gades es la llave de España desde aquella parte»⁶⁷. Un autor árabe, Ibn el Wardhi,

⁶⁷ *Itinerarium in Terram Sanctam*, en *Mon. Historica Norvegiae*, ved Dr. Gustav STORM, Kristiania, 1880, p. 165.

afirma que había tres estatuas: una con el brazo extendido hacia oriente, para avisar a los navegantes del Mediterráneo a dar la vuelta; otra con la mano dirigida hacia sí mismo, como dando la señal de detenerse; y la tercera, con el brazo hacia Occidente, para indicar peligro. La primera, que coincide en cierto modo con la descripción de Mauricio, y que debía de estar más próxima a Gibraltar, vino precisamente a señalar a los hombres del norte la dirección que habían de seguir para pasar el Estrecho, una vez superado el terror que les hubieran podido infundir las otras dos. Y en efecto, un geógrafo anónimo de Andalucía del siglo XII confirma que los *Magūs* conocían esta estatua, y que por ella se guiaban para penetrar por cualquier época en el Mediterráneo y pillar las costas andaluzas y las islas adyacentes. Por tal motivo el almirante Ibn Is ibn Maimoun, que mandaba en Cádiz, ordenó retirar la estatua en 1145. Se imaginaba además que era de oro, pero resultó ser de bronce, si bien con un baño de oro que le produjo doce mil dinares⁶⁸. Las columnas, aunque sin sus estatuas, existían todavía en el tiempo de la redacción del libro anónimo de Skálholt (Islandia), donde se dice que «Hércules llegó a la isla de Cádiz (*Gadis*), y explorando aquella región, creyó que había llegado al final del mundo. Y para señalar el límite de su viaje, erigió dos columnas, las llamadas *Columnas de Hércules* (*Erkúles stólper*), que aún están allí»⁶⁹.

Pero aparte de todos estos conocimientos fantaseados, que llegaron sin duda a Noruega más tarde, con las traducciones de los

⁶⁸ Paul Riant, *op. cit.*, pp. 76-77. Para la leyenda de las tres estatuas, véase IBN EL-WARDHI, *Margarita Mirabilium*, éd. Tornberg. I, p. 121 (cit. por Riant). Para las Columnas de Hércules cita Riant, además de los *Recherches*, de DOZY, *Grandezas y Antigüedades de la ciudad de Cádiz*, de SUÁREZ DE SALAZAR, y la disertación de M. REDSLOB sobre *Thule*, ch. I, así como MÖVERS, *Die Phönizier*, II, ii, p. 1, 525, etc. Sobre el conocimiento de la estatua por los «Madjus» (scandinavos), véase el autor de *Kitābul-ja'rafiyah*, en MAKKARI, I. I. ch. VI; ed. Gayangos, I, pp. 78-80, 381-383.

⁶⁹ *Fornmanna Sögur*, VI, 416, texto en antiguo islandés citado por Riant, p. 77, n. 4. Y en *Script. rerum Danic.*, t. II, p. 37: «Nunc autem ad Europam revertamur, et incipiamus, unde paululum digressi sumus, in eam scil. insulam, Gadis nomine, quam ante memoravimus, venisse Herculem, qui ad explorandum mundum longe lateque vagabatur, et tum dicebatur ille ad finem mundi venisse. Ubi ad extremum progressus est, duas statuas in signum erexit, quae Hercules dicuntur, et adhuc ibi columnae apparent» (XXXIX Fragmentum vetus Islandicum Historico-Geographicum de rebus Dano-Norvegicis).

relatos franceses y latinos del ciclo carolingio, es evidente que Olaf tenía una noticia más exacta que Mauricio de la verdadera situación geográfica de Sevilla, y que *Karlsár* no se refiere con toda seguridad a la bahía de Cádiz, sino al Guadalquivir, pues la terminación *á* en islandés como en los demás idiomas escandinavos es parte integrante del nombre de río. Y así lo ha interpretado el traductor alemán de la *Saga* mediante la forma *Karlsach*. E igualmente los bolandistas al verter al latín el pasaje de Snorri: «inde Austrum versus ad fluvium Karlsa procinctum movit; utramque ripam infestabat»⁷⁰. Quizá pueda tratarse de una traducción más o menos literal, o interpretativa, del nombre árabe del Guadalquivir (= Río Grande). Si es que no les sonó así. Pero existe también la posibilidad de que implique una referencia a Carlomagno y al límite occidental de su imperio. Ademar de Chabannes (988-1034), rigurosamente coetáneo de Olaf, en su obra histórica terminada en 1028, dice que Carlomagno tuvo bajo su potestad toda la tierra desde el Monte Gargano hasta Córdoba, ciudad de España⁷¹. Y como es bien sabido el Guadalquivir era llamado también el río de Córdoba. También el monje minorita Mauricio, en su *Itinerario* ya citado, conoce la leyenda, según la cual Carlomagno, terminada la conquista de España, arrojó la lanza al mar, porque no le permitió pasar más adelante: «et projecit Karolus magnus lanceam suam in mare acquisita tota Hispania, cum propter mare ulterius progredi non posset». Lo curioso es que este acto no tiene lugar en Iria (*ad petram = ad Petronum*), con motivo de la visita del emperador al sepulcro del Apóstol, como se dice en el Pseudo Turpin, sino en Gibraltar: «castrum maximum et fortissimum, quod dicitur Gibeltare, alio nomine Vulcan»⁷².

⁷⁰ *Acta Sancti Julii* 29, t. VII, p. 93.

⁷¹ «Tenuitque domnus Carolus, Deo largiente, in potestate sua omnem terram de monte Gargano usque in Cordubam civitatem Hispaniae», en MGH.SS. IV, 116.

⁷² La *Karlamagnús Saga ok kappa hans* (*Historia de Carlomagno y sus paladines*), colección anónima de relatos en antiguo nórdico traducidos principalmente de las *chansons de geste* y de fuentes latinas, probablemente a mediados del siglo XIII en la corte del rey Hákon Hákonarson. Pero esta versión procede de la *Hist. Karoli Magni*, pues la acción de la lanza tiene lugar en «la pequeña ciudad de Compostela, situada en la parte occidental de Galicia, muy cerca del mar, llamada *Perocium mare*» (= *ad Petronum*). Fjórði Partur Karlamagnús Sögu. Af Agulando Konungi, II, 2, p. 260, 1954. El monje Mauritius no utilizó, pues esta fuente.

Pero de las supuestas incursiones de Olaf a lo largo de la costa asturiana quizá sea testimonio un documento de la reina Velasquita, fechado el 15 de agosto de 1028. La reina, casada con Vermudo II desde antes de 981 y repudiada por el rey en 989, se retiró al monasterio de San Pelayo de Oviedo donde murió entre la fecha del documento y el año 1036. Se trata de una carta de permutación otorgada por Velasquita a favor de Félix Agelazi, por la cual éste recibe la villa de Eiras «in territorio Asturiense, super flumine maris», en el puerto que llaman «Bonnua», en sustitución de la de «Ripella, subtus monte Longo». Con este motivo nos informa que Félix, estando en posesión legítima de la villa de Ripella, incurrió en la ira del rey Alfonso V de León, y para ponerse a salvo tomó la determinación de desterrarse huyendo en las naves de los normandos: «et tenente ila vila in suo iure uenit ili a Felix iram de Rex domno Adefonso, et exhibit de terra et fuit ad alias terras in barcas de Lodmanos». La reina Velasquita se apropió entonces de la villa de Ripella, cambiándola después por la de Eiras con Scemena, que la había heredado de su padre Ariulfo Gondulfi y de su madre Godina. Félix Agelazi alcanzó más tarde el perdón del rey: «uenit in gratiam de rex domno Adefonso», y reclamó a Velasquita la propiedad incautada. En compensación la reina le entregó la villa de Eiras, junto con otras heredades. Estos topónimos se hallan enclavados en el territorio de Gozón. El puerto de *Bonnua* se identifica con Bañugues, en la Ensenada de este nombre, y la villa de Eiras, con el actual Heres. Con el lugar llamado Gelad pervive tal vez el nombre de su antiguo propietario Félix Agelaz⁷³. El docu-

⁷³ Alfonso SÁNCHEZ CANDEIRA, *La reina Velasquita de León y su descendencia*, «Hispania» XL, pp. 449-505. La transcripción del documento en las pp. 502-504. Otra transcripción en *Colección Diplomática del monasterio de S. Vicente de Oviedo*, por Pedro FLORIANO LLORENTE, en Instituto de estudios Asturianos del CSIC, 1968, pp. 72-74. Estos dos autores dan una lectura distinta del pasaje en cuestión. Donde el primero lee *ad alias terras in partes Lodmanos*, lee el segundo *ad alias terras in barcas de Lodmanos*. C. FLORIANO CUMBREÑO en *Estudios de Historia de Asturias. El territorio y la monarquía en la Alta E. M. Asturiana*, Oviedo, 1962, p. 79, dice que «en el año 1010 el Rey leonés se vio obligado a hacer frente a una expedición capitaneada por S. Olaf, que destruyó Tuy y saqueó la comarca bracarense, corriendo después por el Norte para amenazar la costa del territorio astur». Estos supuestos desembarcos normandos en 1010 no pudieron estar capitaneados por Olaf. De ser los de Olaf tuvie-

mento no nos dice la causa que motivó la ira del rey, ni cuánto duró el extrañamiento de Félix Agelazi. La determinación de ausentarse del país en casos semejantes era practicada también con frecuencia por los nobles normandos. Las «barcas» de las que aquí se hace mención eran verdaderas naves destinadas a la navegación oceánica, aunque su diseño nos es desconocido⁷⁴. La fuente ocasional, y por lo tanto somera, de la escritura de Velasquita es, sin embargo, importante, pues alude a desembarcos normandos en el Cantábrico relacionados probablemente con los ocurridos en Tuy y en otros puntos de Galica por la misma época bajo el mando de Olaf.

La *Historia Compostelana* nos informa del completo aniquilamiento por el obispo Cresconio (1037-1067) de los normandos que habían invadido sus tierras: «Normanos, qui hanc terram invaserant, funditus extinxit»⁷⁵. Y para defender la ciudad de Compostela de futuras incursiones, reforzó los muros y las torres. Por último mandó levantar con el mismo objeto el *Castellum Honestum* (Torres de Oeste), a la desembocadura del Ulla, en la Ría de Arosa, a donde Cresconio se retiró poco antes de morir en 1067/68⁷⁶. El Castillo Honesto siguió conservando su valor estratégico, pues en tiempos de Gelmírez, para que ingleses, normandos u otras naciones bárbaras (*Anglici vel Normanigenae, sive aliae barbarae gentes*), no consiguieran desembarcar por esta parte, que se consideraba la «clave y sello de Galicia», previa la reconstrucción de los muros, que amenazaban ruina, el obispo lo rodeó de una muralla firmísima y lo fortificó con elevadas torres⁷⁷. En la *Knytlinga Saga* (*Historia de los reyes de Dinamarca*) se habla de un «jarl» o príncipe danés llamado Ulfo, gran guerrero, el cual, habiendo emprendido incur-

ron que ocurrir en la primavera o verano de 1014. Debo a amable comunicación de Marcos G. MARTÍNEZ la identificación del puerto de *Bonnua* y la de la villa de *Eiras*. Véase también su trabajo *El alfoz de Gozón en los siglos IX y XIII*, en el Bol. del Instit. de Est. Asturianos, Oviedo, 1969.

⁷⁴ Sobre los distintos tipos de embarcaciones usados en la E. M., véase Archibald A. LEWIS, *Le commerce et la navigation sur les côtes atlantiques de la Gaule du V^e au VIII^e siècle*, en «Le Moyen Age», *Revue d'Histoire et de Philologie*, t. LX, nros. 3-4, 1953, pp. 291 ss.

⁷⁵ *Esp. Sagr.*, 20, lib. I, cap. 2, 10.

⁷⁶ *Esp. Sagr.*, 20, lib. I, cap. 2, 10.

⁷⁷ *Esp. Sagr.*, 20, lib. II, cap. 23.

siones piráticas al Occidente, invadió y devastó Galicia, y, en virtud de las sonadas acciones de guerra llevadas a cabo en esta región, mereció el sobrenombre de el Gallego (*Galizu-Ulfr*)⁷⁸. Ulf, que perteneció al séquito del rey Kanuto el Grande (1018-1035), debió de nacer, al igual que el rey, hacia el año 1000, de modo que las incursiones normandas de la época de Cresconio bien pudieron estar capitaneadas por el «Jarl» danés apodado el Lobo de Galicia. *La Compostelana*, escrita casi un siglo después de estos hechos, exagera sin duda el éxito obtenido sobre los normandos por las disciplinadas y aguerridas tropas del obispo⁷⁹.

Las arribadas de los normandos a Galicia a lo largo del siglo XI debieron de considerarse, por su frecuencia, como una plaga irremediable. En un documento de Vermudo III (1027-1037) fechado el 30 de agosto de 1032 se nos habla incluso del servicio prestado por los normandos al conde Rodrigo Romániz para aniquilar un reducto de vascones, quienes, después de haber ayudado al conde en su rebelión contra Vermudo III, se habían hecho fuertes en Lapio, un lugar cercano a Lugo, desde donde corrían la tierra cometiendo toda clase de atropellos y fechorías. Los abades, monjes y pueblo de Santa María se querellaron ante el conde por los desmanes de los vascones, y éste no tuvo más remedio que convocar a todos sus barones y, con el auxilio de los normandos, los cercó y atacó, quemándoles y arrasándoles la fortaleza⁸⁰. Pérez de Urbel, *Hist. de Esp.*, t. VI (710-1038), dice que estos normandos eran los daneses mandados por el wikingo Ulfo. Esta fuente hace suponer una estancia más o menos permanente de los normandos en las costas gallegas.

La toma de Jerusalén en 1099, con la fundación del reino cristiano de Palestina un año más tarde, como consecuencia de la pri-

⁷⁸ *Ex Hist. Reg. Danorum*, MGH.SS., 29, pp. 286-87. Trad. alemana de W. BAETKE en la Colec. «Thule», t. 19, pp. 232-234 y 315.

⁷⁹ *Esp. Sagr.*, 20, lib. I, cap. II, 10: «...suae militiae circumspecta strenuitate Normanos..., funditus extinxit, ...».

⁸⁰ *Esp. Sagr.*, XL, 410: «...Tunc vero coadunavit seipse Comes cum omnes suos Barones, et cum gens Leodomanorum, et cerravit ipsa penna, et pressit ea per fortia, et cremavit, et solauit ea». Texto cit. también por L. SAAVEDRA MACHADO, *op. cit.*, pp. 56-57, n. 2. Este auxilio prestado por los normandos contra los vascones podría ser el antecedente del que prestarán a los cristianos contra los árabes.

mera Cruzada, integrada y dirigida sobre todo por fuerzas flamencas y normandas, tuvo gran repercusión entre los pueblos nórdicos. De este eco en Occidente, y concretamente en Noruega, nos informa el autor o compilador anónimo de *La Gran Conquista de Ultramar*, obra surgida durante el reinado de Sancho IV (1284-1295), donde se dice: «No tardó mucho después que las nuevas sonaron por todo el mundo en cómo los cristianos de Ultramar conquistaron e guerrearon los enemigos de la fe. Mas cuando lo supieron en Occidente, en la tierra de Noruega, hobo muchos caballeros e otras muchas gentes que hobieron deseo de ir en romería al sepulcro. E luego aparejaron sus naves e otros navios e entraron sobre mar»⁸¹. Snorri Sturluson, en su *Heimskringla* nos habla de la expedición a Palestina de los Arnunges de Giske entre 1102 a 1103. El viejo Skopti Ögmundarson, jefe de esta poderosa e influyente familia, se había atraído la enemistad del rey Magnus III el Descalzo (1093-1103). Las causas de la discordia, aunque no bien conocidas, parecen estar en relación con un asunto de herencia (*Danarfe*) que la *Saga* no especifica. El rey, poseído de violenta cólera, ordenó la presencia inmediata ante él de Skopti y sus hijos. Pero los Arnunges, temiendo una celada y el exterminio de un golpe, decidieron presentarse cada uno por separado. Primero lo hizo el padre y luego, sucesivamente, los hijos Finn y Ogmund. Estos expusieron sus razones y derechos, pero el rey no depuso su actitud, alegando que el derecho era cosa suya. Entonces Ogmund, con un proverbio, le reprochó su ingratitud en recompensa por haberle salvado la vida en cierta ocasión en un combate. Ante el rompimiento con el rey no les quedaba más que un recurso, recurso al que acudían con frecuencia los nobles escandinavos en desgracia con el soberano: el exilio. Vueltos a Giske, nos dice la *Saga*, «Skopti Ögmundarson se dispuso a abandonar el país en la primavera próxima. Tenía cinco naves de guerra, todas bien equipadas. Se aparejaron para el viaje

⁸¹ *La Gran Conquista de Ultramar*, lib. III, cap. CXLIII, p. 389, ed. de Pascual de GAYANGOS en BAE, t. 44, Madrid, 1951. Y Guillermo DE TIRO (c. 1130-1186) en su *Historia* dice: «Eodem anno quidam populus de insulis occidentalibus egressus, maximeque de ea occidentis parte quae Noraegia dicitur, audientes quod a Christi fidelibus capta esset civitas Sancta Hierosolyma, volentes illuc devotionis gratia proferare, classem sibi paraverunt oportunam» (*Hist. rerum transmarin. gest.*, lib. XI, Migne, P.L., 201, 5617).

sus hijos Ogmund, Finn y Thord. Zarparon bastante tarde, poniendo rumbo a Flandes en el otoño, y allí pasaron el invierno. En los comienzos de la primavera navegaron hacia Francia, y en el verano, prosiguiendo su ruta, pasaron el Estrecho de Gibraltar, llegando finalmente a Roma en el otoño. Allí murió Skopti. Todos, el padre y los hermanos, murieron en el viaje. Thord fue el último en morir, murió en Sicilia. La gente dice que Skopti fue, de los noruegos, el primero que atravesó el Estrecho de Gibraltar, acción por la cual ganó eterna fama»⁸². Skopti sucumbió quizá acosado por la pena y los años. No sabemos cómo murieron sus hijos, si de enfermedad o en lucha al servicio de los condes de Sicilia contra los sarracenos. Se sabe tan sólo que el jefe desconocido de la quinta nave asumió el mando de la expedición, que al fin llegó a Palestina, donde permaneció hasta 1103. En 1102, al mismo tiempo que Skopti y sus hijos marchaban exiliados hacia Tierra Santa, el rey Magnus partía a hacer la guerra en las costas de Irlanda. Después de apoderarse de Dublin, marchó sobre el Ulster, donde cayó víctima de una emboscada cuando se disponía a reembarcarse, de regreso a Noruega. Los supervivientes de la expedición de Skopti, al llegar a su patria, aún tuvieron ocasión de asistir a la elección de los hijos de Magnus. Entre los expedicionarios figurarían sin duda miembros de la estirpe de los Arnunges, implicados en el desafecto del rey o que habían optado por seguir la suerte del viejo Skopti. Sus relatos despertaron en el ánimo del joven rey Sigurd el deseo incontenible de repetir aquella empresa, la cual realizó efectivamente cuatro años más tarde. A este respecto, y en consonancia con la relación española de *La Gran Conquista de Ultramar*, dice la *Saga* de Snorri Sturluson: «Cuando los hijos de Magnus fueron elegidos reyes, llegaron de Jerusalén, parte también de Bizancio, los hombres que con Skopti Ögmundarson habían dejado el país. Eran hombres famosos que venían contando más de una nueva. Sus noticias despertaron en una gran multitud de noruegos el deseo de realizar aquel viaje»⁸³. La *Saga* en la que Snorri

⁸² *Heimskringla (Historia del rey Magnus el Descalzo)*, según la versión alemana de F. NIEDNER en la Colec. «Thule», t. 16, p. 200. Véase también Paul Riant, *op. cit.*, pp. 166-171. Sobre la *Saga*, ediciones, traducciones y bibliografía, véase *Kindlers Lit. Lexikon*, t. 10, pp. 4334-35.

⁸³ *Heimskringla. Historia del viaje a Jerusalén del rey Sigurd*, versión alemana de F. NIEDNER, «Thule», t. 16, p. 209.

Sturluson relata los hechos del rey Sigurd, pudo ser conocida en España con motivo del viaje a nuestro país de la princesa Cristina, hija del rey de Noruega Haakon, para casarse con el hermano de Alfonso X el Sabio el infante D. Felipe. Las bodas tuvieron lugar el 31 de marzo de 1257. El viaje de Cristina a España aparece circunstanciadamente descrito en la *Historia de la vida y gobierno del rey Haakon Hakonarson* (1214-1284), compuesta entre 1264 y 1265 por el islandés Sturla Thordarson (1214-1284), sobrino de Snorri Sturluson ⁸⁴.

Se ha querido ver en la palabra islandesa *Njörvasund*, con que fue designado el Estrecho de Gibraltar, una reproducción del nombre de un pequeño estrecho llamado Nöffisund, entre la isla de Norfi y el continente, a seis kilómetros de Giske. De la residencia de los Arnunges en la isla de Giske, a 62º,30 de latitud Norte, en el Departamento de Romsdad, distrito de Sunnmör, no se conserva, al parecer, más que la capilla y los vestigios del puerto de donde salieron las cinco naves de Skopti en 1102 ⁸⁵. En el *Itinerario* anónimo desde Ribe (Dinamarca) hasta Acre, incluido en el escolio 96, a propósito de la *Descripción de las Islas Septentrionales*, de la obra de Adam de Bremen sobre la *Gesta de los pontífices de la iglesia de Hamburgo*, y reproducido en los *Annales Stadenses*, se llama al Estrecho de Gibraltar *Narvese*. El escolio, fruto sin duda de una interpolación posterior, debe de ser también del comienzo del siglo XII ⁸⁶. En el siglo XIII esta designación parece haber caído ya en desuso, pues en el *Itinerario* del minorita Mauricio (p. 166), el Estrecho recibe el nombre de *Strictus Marrochitanus*.

Llegamos así a la famosa expedición noruega del rey Sigurd a Tierra Santa, y por la cual el hijo de Magnus mereció el sobrenombre de el Hierosolimitano (*Jórsalafari*). Consideramos, por el tiempo invertido, casi tres años hasta su arribo a Palestina en julio o agosto de 1110, que su objetivo no se cifraba tanto en la llegada a Jerusalén como en las vicisitudes del viaje mismo. Los expedicionarios se demoraron mucho tiempo sobre todo en Apulia, en la corte del normando Rogerio II Bursa, donde fueron fastuosamente

⁸⁴ *Hakonar Saga Hákonarsonar*, versión alemana de F. NIEDNER, «Thule», t. 16, p. 209.

⁸⁵ Paul Riant, *op. cit.*, p. 167, n. 2.

⁸⁶ MGH.SS., VII, p. 368; MGH.SS., XVI, p. 340.

recibidos y agasajados con innumerables festines. Las fuentes de esta hazaña son numerosas, y todas fueron tenidas en cuenta por Paul Riant para escribir uno de los mejores capítulos de su libro⁸⁷. La flota, compuesta de 60 naves, salió de Bergen en el otoño de 1107 con dirección a Londres, y allí pasó el primer invierno. A comienzos de la primavera de 1108 pusieron rumbo a Francia, donde, al parecer, se detuvieron bastante tiempo, pues hasta el otoño no llegaron a Galicia, la Tierra de Santiago, como la llama el escalda Einar Skulissohn, al celebrar este hecho. La *Saga* no nos da el nombre del puerto al que arribaron. Sigurd, con sus diez mil guerreros conocedores de la ruta, y los numerosos «Lendirmen» o altos barones, determinó pasar el segundo invierno en Galicia, y a tal efecto convino con el conde, gobernador de la provincia, que se le abriría un mercado donde los expedicionarios pudieran, mediante el pago en dinero, abastecerse de todo lo necesario. Por su parte Sigurd se comprometía a respetar los bienes de los naturales. El pacto se observó hasta la Navidad, pero el país, a causa de las continuas guerras y depredaciones, atravesaba una gran escasez. Snorri dice que «el suelo era pobre, y la región mala para el avituallamiento». Ante la carencia de víveres, Sigurd decidió atacar el castillo del conde, defendido por una pequeña guarnición. El conde huyó y Sigurd se apoderó de las provisiones allí guardadas y de un considerable botín, que fue inmediatamente transportado a las naves. Probablemente fue el castillo de Faro (La Coruña), que Riant, equivocadamente, confunde con el Ferrol. Acto seguido pusieron rumbo a Portugal; en el camino, Sigurd atacó una flota árabe de 70 trirremes, y capturó ocho de ellas cargadas de riquezas. Poco después asaltó Cintra, y pasó a cuchillo a todos sus moradores, «por negarse», dice la *Saga*, «a abrazar el cristianismo». En Lisboa, «una ciudad poderosa, mitad cristiana mitad pagana, y a partir de la cual ya no hay sino paganos», no pudieron apoderarse, al parecer, más que de uno de sus fortines, donde encontraron sin embargo gran botín. Pero tomaron y saquearon con increíble crueldad un fuerte llamado *Alkasse*, probablemente Alcácer do-Sal, en el que cobraron inmensas riquezas. El escalda Halldor dice que las «mujeres paganas harto motivo de pena tuvieron, pues en la destruida fortaleza

⁸⁷ Paul Riant, *op. cit.*, ch. IV, pp. 175-215. Y para nuestro tema, las pp. 180-183.

apenas quedó un solo habitante con vida». Desde allí prosiguieron su navegación hasta el Estrecho de Gibraltar (*Nörvasund*), donde Sigurd obtuvo nueva victoria contra otra flota sarracena. Bordeando luego, probablemente, la costa de Marruecos, arribaron a las Baleares. En Formentera, mediante una ingeniosa y audaz estratagemata, Sigurd asaltó una guarida de piratas negros y sarracenos, cuyo acceso daba a un acantilado cortado a pico sobre el mar. Acosados por el fuego en su reducto, los piratas, al intentar huir, unos fueron asaetados y otros murieron retorciéndose de dolor entre las llamas. De todas las acciones, ésta fue la que les proporcionó mayor botín. A continuación saquearon Ibiza y Menorca ⁸⁸. El traductor o compilador de *La Gran Conquista de Ultramar*, a continuación del pasaje ya citado, añade a propósito del paso de la flota bordeando la Península Ibérica: «e pasaron por la mar de Inglaterra e por la mar de España e por los estrechos de Cepta, e entraron en la mar de Mayorgas (Mallorca) e de Cecilia, hasta que arribaron al puerto de Jaffa, en Suria». No da el nombre de Sigurd, limitándose a decir: «e era señor e cabdillo de aquella flota un caballero muy fermoso e muy apuesto, e grande e bien hecho, hermano del rey de Noruega ⁸⁹. Gayangos, el editor de esta obra, no tiene razón al corregir en nota: «Hijo no hermano, como aquí se dice», pues se trata ciertamente del rey, hermano mayor de Sigurd. A la muerte de Magnus en 1103, sus hijos Eystein, de 14 años, Sigurd, de 13, y Olaf, de 3, fueron elegidos conjuntamente reyes por la asamblea nacional de Gula (*Gulathing*). Eystein ejerció, pues, las funciones de rey en representación propia y en la de su hermano ausente, así como en la de su hermano más pequeño, puesto bajo la tutela de ambos. Y así lo afirma también Guillermo de

⁸⁸ Snorri STURLUSON, *op. cit.*, versión alemana, «Thule», t. 16, pp. 209-215. No sabemos que el rey Sigurd con su numeroso ejército haya estado en la ciudad del Apóstol. El silencio de las fuentes en este sentido es harto elocuente para descartar tal hipótesis. Tampoco es factible, como conjetura Cordero Carrete, que los «piratas ingleses» al servicio de los nobles gallegos, de que nos habla la *Compostelana*, «procediesen de alguna de las naves rezagadas de la numerosa armada de Sigurd a su retorno de Jerusalén», pues los expedicionarios regresaron por tierra a Noruega. F. R. CORDERO CARRETE, *Datos para la Historia Compostelana en una Saga del siglo XII*, en «Cuadernos de Estudios Gallegos», 16 (fasc. 48), 1961, pp. 80-86.

⁸⁹ *La Gran Conquista de Ultramar*, lib. III, cap. CXLIII.

Tiro⁹⁰. La expedición, aunque tomó parte principal en la conquista de Sidón, no permaneció mucho tiempo en Palestina, pues a finales de diciembre de 1110 estaba ya de regreso hacia Noruega. Pasaron por Bizancio, donde Sigurd fue objeto de un pomposo recibimiento por parte del emperador Alejo. Sigurd hizo donación de todas sus naves al emperador, y la suya, que ostentaba en la proa una cabeza revestida de oro, fue trasladada a la iglesia de San Pedro como recuerdo. Con una escolta de protección para atravesar el territorio del imperio y con muchos caballos, Sigurd y el resto de los suyos emprendieron el camino de regreso a la patria cruzando Bulgaria, Hungría, Panonia, Suabia y Baviera. Por Schleswig alcanzaron Dinamarca, y desde Jutlandia, en un barco perfectamente equipado, puesto a disposición por el rey Nicolás, pasaron a Noruega. La expedición, dice la *Saga* de Snorri, duró tres años. Sigurd tenía entonces 20 años. El viaje de Sigurd a Jerusalén y su paso sangriento por las costas españolas habitadas por mozárabes y musulmanes, quedó fijada en los anales de Noruega como modelo y punto de referencia de todos los otros emprendidos posteriormente fuera del país. Y así lo recuerda Sturla Thordarson al encarecer el extraordinario recibimiento tributado a la princesa Cristina a su llegada a España en 1257: «Nunca desde el viaje del rey Sigurd a Jerusalén, se había emprendido otro desde Noruega que fuera objeto de tan grandioso recibimiento por príncipes extranjeros»⁹¹.

⁹⁰ «Erat autem praedictae clasis primicerius, et praeceptor supremus, quidem juvenis, procerus corpore et forma decorus, Noroegiae regis frater». Migne, P. L., 201, 501.

⁹¹ El viaje de la princesa Cristina a España descrito por Sturla Thordarson puede verse en la trad. alemana de F. NIEDNER, «Thule», t. 18, pp. 322-324 y 330-334. Está traducido al español en el libro de Erich RICHTHOFEN, *Estudios épicos medievales*, Gredos, Madrid, 1951, pp. 195-200, a propósito de las posibles vías de influencia de las leyendas nórdicas, especialmente de la *Thidrecksaga* sobre la de los *Infantes de Lara*. Cristina murió cinco años más tarde, cuando contaba tan sólo 28, tal vez de pena por no ser reina y por verse alejada de su patria. No se sabe dónde descansan sus restos, aunque se cree que está enterrada en la iglesia de Covarrubias. Lo más probable es que lo esté en la que D. Felipe le prometió fundar, si es que llegó a cumplir la promesa, en honor de S. Olaf, rey patrono de Noruega. Sturla dice literalmente en este sentido: «El primer ruego que Cristina formuló en presencia de su esposo D. Felipe fue que éste mandara levantar una iglesia dedicada al rey S. Olaf. No fue

Las operaciones de limpieza realizadas por la flota de Sigurd en el Mediterráneo facilitaron probablemente la conquista del archipiélago balear en 1114-1115 por el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, secundado por contingentes pisanos y genoveses. Según Guillermo de Malmesbury, Sigurd cedió las islas a Guillermo V de Montpellier, que acababa de hacer un segundo viaje a Tierra Santa ⁹². Pero para nuestro objeto, la expedición de Sigurd es ya reveladora de las relaciones mantenidas ahora por los hombres del norte con el mundo cristiano del sur. Galicia, víctima durante tanto tiempo de sus depredaciones, tras la conversión de los normandos al cristianismo, se convirtió en una especie de antesala de Tierra Santa. La Tierra de Santiago (*Jakobsland*) fue como un símbolo diestramente manejado por la propaganda eclesiástica para afrontar la empresa de Ultramar. Y así estos descendientes de los piratas vikingos, y piratas ellos mismos cuando la necesidad lo exigía o la ocasión se le brindaba, se nos presentan ahora pactando con las autoridades cristianas y colaborando con ellas en la lucha contra los sarracenos. Un ejemplo muy significativo en este sentido nos lo ofrece la *Historia Compostelana*. Se habla allí circunstanciadamente de unos piratas procedentes de Inglaterra (*ab Angliae partibus*) que hacia 1111 se dirigían como cruzados a Tierra Santa, y a los que dos nobles gallegos llamados Pelayo Gudesteiz y Rabinado Núñez, habían tomado a sueldo para perpetrar toda clase de fechorías. Capturados por las tropas de Gelmírez, éste los dejó en libertad bajo la promesa juramentada de que no inquietarían más a los cristianos ⁹³.

menester gastar muchas razones. porque todo lo que ella le pedía, él se lo cumplía» (STURLA THORDARSON, *Hist. de los reyes noruegos*, «Thule», t. 18, p. 333).

⁹² Guillermo de MALMESBURY, *De gestis regum Anglorum*, V, cap. CDX, p. 630, cit. por Paul Riant, p. 182.

⁹³ «Eodem tempore P. Godesteides, et R. Nunides piratas pretio conductos sibi in auxilium assumpserant, qui ab Angliae partibus venientes causa adeundi Hierosolymam, Hesperiam attigerant, et hac de causa eos sibi assumpserant, ut illorum auxilio muniti, ipsi adjacentes partes depraedando et depopulando inquietarent, et Anglici piratae, utpote gens nullius pietatis melle condita, et remota et mari finitima persundarent, et atrocitatis suae rabiem exercerent: quod haud aliter accidit: equidem Anglici ex improvise cursu velifero maris confinia invadentes, hos trucidabant, illos denudantes, omnibus bonis suis privabant, alios, acsi essent Moabitarum, captos et catenatos ad redemptionem cogebant, quin etiam nimia

Poco se sabe históricamente sobre el verdadero itinerario de otra expedición integrada por quince naves y un número indeterminado de pequeñas embarcaciones que, según la *Saga Orkneyinga* (*Historia de los habitantes de las Orcadas*), escrita probablemente por un islandés hacia 1200, partió en el otoño de 1152 con rumbo a Palestina bajo el mando de Rögnvald, conde de las Orcadas. Parece haber seguido la misma ruta de Sigurd, cuyas peripecias en cierto modo repite. He aquí el relato de la parte que a nosotros nos interesa: «El jarl Rögnvald se dispuso a zarpar de las Orcadas en el verano, pero el viaje no quedó ultimado hasta bastante tarde, porque tuvieron que esperar mucho tiempo por Endridi, pues la nave que éste había mandado construir en el invierno, no acababa de llegar de Noruega. Al fin, cuando todo estuvo listo, salieron de las Orcadas en quince grandes naves. Los nombres de los que las mandaban eran: el jarl Rögnvald, el obispo Wilhelm, Erling Schief, Aslak Erlendsson, Gudorm Mjölukoll, Magnus Havardsson, Svend Hroaldsson, Endridi y cinco más que no se nombran. Navegaron hacia el sur, en dirección a Escocia e Inglaterra, y después de bordear la costa inglesa, pusieron rumbo al *Valland* (= *Welschland* = país románico, aquí probablemente Francia). De esta etapa nada se dice hasta que llegaron a un castillo en la costa llamado *Narbón*». Se inserta aquí el romántico idilio del «jarl» con Ermingard, la hija del conde de aquel distrito llamado *Germanus*, hacía poco fallecido, y que parece aludir a los personajes históricos de Aymer II de Narbona (m. en 1134 y a su hija la vizcondesa Ermengarda, casada dos veces, pero sin hijos. Se trata empero a todas luces de una interpolación de carácter trovadoresco, favorecida por la semejanza del topónimo *Narbón* o *Nerbón* con la ciudad mediterránea de Narbona⁹⁴. Dozy, dando por bueno el idílico relato, se imagina a

pecuniae cupiditate obcaecati, proh nefas! Ecclesias violabant, tantique sacrilegii rei quaecumque necessaria ibi inventa, et etiam homines, inde abstrahabant». A pesar de tan graves delitos, no exigió, como parte que le correspondía en el botín, más que a los prisioneros, y una vez en su poder, los dejó en libertad: «Acceptis itaque in portionem captivis, ipse Episcopus eos juramento astrinxit, ne amplius Christianorum inquietatores essent, aut tale quid quod superius dictum est in Christianos facere praesumerent, sicque solvens eos a vinculis liberos abire permisit» (*Esp. Sag.* 20, lib. I, cap. 76, pp. 133-134 y 135).

⁹⁴ Sobre este problema, véanse los dos artículos de Hugo GERING, *Die Episode von Rognvaldr und Ermingardr in der Orkneyinga Saga* en

los expedicionarios remontando el Garona hasta Toulouse, para desde allí dirigirse por tierra a Narbona, y esto con el único objeto de rendir homenaje caballeresco a la bella vizcondesa, cuyos encantos celebra Peire Rogier al decir «que quien no la ha visto no se puede imaginar que exista tal belleza»⁹⁵. Desde el castillo de Narbón, que podría estar en la Ría de Bilbao, prosiguieron su ruta hacia el oeste, y bordeando el *Thrasnes* (¿Cabo de Peñas?), el 20 de diciembre llegaron a Galicia, donde determinaron pasar las fiestas de Navidad. La *Tierra de Santiago* tampoco se libró esta vez de las antiguas costumbres depredatorias de los cruzados nórdicos. Pero ahora al menos, la *Saga* trata de justificarlas en forma bastante novelesca, aunque con un fondo ciertamente verdadero. En el castillo del puerto en donde anclaron las naves de Rögnvald, se había hecho fuerte un señor extranjero llamado *Gudifrey*, el cual tiranizaba a los habitantes de la comarca. Estos, pobres y esquilados por el tirano, se comprometieron sin embargo a abrir un mercado hasta la Cuaresma, con tal que Rögnvald les librara de las violencias y crueldades a que estaban sujetos por parte del señor y de los moradores del castillo. Rögnvald, previo el consejo de los demás jefes, aceptó la proposición y determinó asaltar el castillo. Erling, como el más sabio, indicó el procedimiento de asedio, hartamente conocido, por otra parte, de los normandos: «Vayamos al bosque y durante tres días acarreemos cada uno de nosotros hasta el pie de la muralla tres cargas de leña. Cuando el mortero haya visto el fuego, yo creo que el castillo no tardará en rendirse». Y así se hizo. Los haces fueron amontonados alrededor de la muralla, pero el obispo no consintió el asalto hasta pasadas las fiestas de Navidad. Gudifrey, que hablaba varias lenguas, aprovechó esta tregua para, disfrazado de mendigo, deslizarse desde lo alto de la muralla y presentarse al «jarl», al que le habló en «lengua románica» (*welsch*, probablemente en francés). No tardó en darse cuenta de la discordia que reinaba entre los cruzados de Rögnvald y Endridi. Se fue, pues, secretamente a éste último y le prometió

«Zeitschrift für deutsche Philologie», 43 (1911), pp. 428-434, y 46 (1914), pp. 1-17.

⁹⁵ R. MEISSNER, en un largo artículo sobre *Ermengarde, Vicegräfin von Narbonne, und Jarl Rögnvald*, publicado en «Arkiv» 41, Lund 1925, pp. 140-192, acumula erudición para hacer verosímil la desviación admitida por DOZY.

entregarle todos sus tesoros si le garantizaba la salida y el regreso sano y salvo a su país. Entre tanto, el tres de enero, el «jarl» ordenó el ataque al son de las trompetas, se puso fuego a los haces amontonados y cada uno de los jefes se apostó con su gente en el lugar convenido alrededor de la fortaleza: el «jarl» al mediodía; Erling y Aslak, al poniente; Jon y Gudorn, al oriente; y Endridi, al norte. Los atacantes entonaron sus cantos bélicos al tiempo que atizaban el fuego. No tardó el mortero en caer pulverizado. La muralla, resquebrajada, amenaza con desplomarse, y los defensores se retiran precipitadamente al interior de la ciudadela. El «jarl» manda echar agua sobre las piedras ardientes, e inicia el asalto precedido de Sigmund, un muchacho todavía, hijastro de Svend Asleifsson. Penetran en la ciudadela, matan a algunos de sus defensores y los otros se rinden al «jarl». Se apoderaron de gran botín, pero de Gudifrey y sus tesoros, ni rastro. Todos acusaron a Endridi de haberle dejado escapar al amparo del humo que el viento empujaba en aquella dirección. Poco después los expedicionarios abandonaron Galicia, y a lo largo de la costa portuguesa todavía en poder de los árabes, como era de rigor, se dedicaron al pillaje, cobrando copioso botín. Pero la *Saga* no registra más que una acción contra una aldea (*Thorp*), cuyos habitantes les ofrecieron sin embargo fuerte resistencia. Pasado el Estrecho de Gibraltar, la nave de Endridi se separó de la flota del «jarl» para dirigirse a Marsella, justificando así las sospechas de haber facilitado la huida de Gudifrey. Rögnvald continuó la navegación a lo largo de la costa de Africa ⁹⁶.

Es curiosa la semejanza de fondo entre el relato de la *Saga* sobre Gudifrey y el episodio de la *Historia Compostelana* sobre los

⁹⁶ *Orkneyinga Saga*. Historia de los habitantes de las Orcadas escrita por un autor anónimo, probablemente islandés, en antiguo nórdico hacia 1200. Trad. alemana de la *Historia del Jarl Rögnvald Kali* por W. BAETKE en «Thule», t. 19, pp. 150-169. El relato del abordaje y captura de una grande y pesada nave de carga árabe, usada en el siglo XII en el Mediterráneo y conocida con el nombre de «dromund», ocupa una buena parte del viaje de Rögnvald hacia Bizancio. Después de desvalijarla la incendiaron. Pero parece que no la registraron a fondo, porque en el momento de hundirse vieron los destellos de una masa de metal fundido deslizarse entre las olas. Les quedó, pues, la pesadumbre de haber perdido una respetable presa de oro y plata.

piratas al servicio de los dos nobles Pelayo Gudesteiz y Rabinado Núñez. Aquí el héroe es Gelmírez que vence a los piratas a sueldo de los magnates. En la *Saga* son los normandos los que ayudan a los pobres campesinos gallegos a librarse del tirano que los explota y oprime. El retrato tan vivo del tiranuelo ultrapirenaico que nos ofrece la *Saga* no puede estar tomado sino directamente de la realidad. En la época en que la sede compostelana estaba bajo la influencia omnímoda de Cluny, la figura de Gudifrey responde con toda seguridad a un personaje histórico. Pero aparte de la realidad subyacente, la *Saga* pretende justificar una acción contra un burgo cristiano, mientras que la conducta benevolente de Gelmírez con los prisioneros revela una situación nueva, en virtud de la cual los hombres del norte, en su genérica denominación, ya cristianizados, pero conservando enteramente las habilidades náuticas y depredatorias de sus antepasados, van a contribuir de un modo muy eficaz durante los siglos XII y XIII a la tarea de la Reconquista. Sin esa contribución, la de Portugal no hubiera sido posible. Pero aparte del papel militar preponderante que las expediciones normandas desempeñaron en el conflicto político-religioso de la cristiandad europea contra el Islam, al hacer próximo lo lejano, sentaron también las bases de las futuras relaciones comerciales entre los pueblos del Norte y la Península Ibérica.

Con la conquista de Lisboa en 1147, gracias a la decisiva contribución humana y técnica de los cruzados ingleses y alemanes, y al consiguiente asentamiento de colonos franco-germanos, así como a la fundación cisterciense-claravalense de Alcobaça en 1152/53, consecuencia inmediata de esta victoria, de la que se hacen lenguas todas las fuentes de la época, comienza un nuevo período de intensas relaciones económicas entre los países europeos y el joven reino de Portugal. Estas relaciones se consolidan y acrecientan en virtud de la no menos eficaz contribución de los cruzados alemanes y flamencos en el asedio y expugnación de las plazas fuertes de Silves en 1189 y Alcácer do-Sal en 1217. En la segunda parte de este trabajo, al tratar monográficamente de la expedición frisona de 1217 a Tierra Santa, tendremos ocasión de referirnos de manera global a estos tres grandes acontecimientos sobre los que las crónicas y anales nos dan cumplidas y minuciosas noticias. Ello prueba ya que los contemporáneos veían estos hechos no tan sólo como episodios más o menos sobresalientes, sino también como

integrantes de un mismo complejo de sentido y significación. Dos años después de la toma de Alcácer do-Sal, tuvo lugar en Burgos, el 30 de noviembre de 1219, el casamiento de doña Beatriz de Suabia con Fernando III. Por un privilegio extendido el 5 de junio de 1222 en Burgos, el rey autoriza a su mujer para, de algunos lugares y vasallos que le cupieron en dote, hacer donación a la Orden Teutónica de la villa de Santa María de Castellanos de la mota de Toro (actualmente Mota del Marqués). La carta donacional de doña Beatriz, fechada también en Burgos, es del 20 del mismo mes y año. Y el 20 de septiembre de 1231, en Santo Domingo de Silos, el Gran Maestre de la Orden Teutónica, Hermann de Salza, recibe personalmente de manos de Fernando III la donación del lugar de Higuera, a orillas del Tajo, cerca de Toledo. En 1233 se inicia la gran ofensiva cristiana que culminará con la conquista de Córdoba en 1236, la de Jaén entre 1243 y 1246, la de Carmona en 1247, y la de Sevilla en 1248. La participación de la Orden Teutónica en estas empresas militares de Fernando III, no debió de ser pequeña. En recompensa, los caballeros teutónicos recibieron posesiones y rentas en estas ciudades⁹⁷. A estos éxitos militares, terrestres y marítimos, siguieron acto seguido las relaciones comerciales de los pueblos bálticos y del norte de Europa con la Península. Un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París nos informa sobre las mercancías llegadas a Flandes en 1253 procedentes de Castilla: grana, cera, *corduans* (cordobanes), hilado, lana,

⁹⁷ Véase en este sentido nuestro estudio bajo el título general *España y Alemania en la Edad Media*, publicado en el Bol. de la Real Ac. de la Hist., CLXX (1973), pp. 319-376, 467-573, y CLXXI (1974) pp. 77-91, 267-295, 479-521. Así como *Asentamiento y extinción de la Orden Teutónica en España. La Encomienda de Santa María de Castellanos de la Mota de Toro* (1222-1556), en el mismo Bol. de la Real Ac. de la Hist., CLXVIII (1971), pp. 227-274. El documento fundacional de doña Beatriz, precedido del privilegio de don Fernando, sobre el asentamiento de los Teutónicos en Santa María de Castellano de la Mota, aunque nos era conocido en forma resumida por los *Índices* o *Registros* descubiertos por nosotros en el Archivo parroquial de la Mota del Marqués, se encuentra, como por fortuna hemos podido comprobar más tarde, reproducido, según el traslado hecho por Alfonso X el Sabio del 20 de mayo de 1258, en la obra manuscrita de Tomás LÓPEZ DE VARGAS MACHUCA (1731-1802), *Valladolid y Reino de León*, existente en la Bibl. Nac. con la signatura 7310, fols. 147-148v.

pieles, mercurio, sebo, vinos, cominos, anís, almendras y hierro⁹⁸. Los paños fabricados en Flandes eran ya conocidos en Portugal por lo menos desde 1253. Y por las cortes de Valladolid, de 1258, los tejidos flamencos eran ya conocidos también en Castilla por esas fechas⁹⁹. Gracias al desarrollo de nuevos tipos de embarcaciones de más capacidad o de curso más rápido y seguro, como la ventruda y abombada *Kogge* hanseática, la *Hulk* o *Holk*, todavía más espaciosa que la *Kogge* y más idónea para el transporte de mercancías de mucho volumen, o la veloz carabela (*Krawel*), de tres mástiles, el tráfico marítimo por el Atlántico se incrementó de manera considerable durante los siglos XIV y XV. Representantes de la Hansa se asentaron en España y Portugal, y mareantes españoles y portugueses, en los Países Bajos. Los barcos de la Orden Teutónica navegaban desde Danzig a Lisboa y volvían cargados de sal, vino, corcho y frutas. Esta actividad comercial parece haber sentado la base de los grandes descubrimientos oceánicos que los hispanos estaban llamados a realizar a finales del siglo XV y comienzos del siguiente¹⁰⁰.

⁹⁸ J. FINOT, *Étude historique sur les relations commerciales et maritimes entre la Flandre et l'Espagne au moyen âge*, Paris, 1889, p. 303, cf. E. VAN DEN BUSSCHE, *Memoires sur les relations entre les Flamands et les Portugais*, La Flandre 4 (1872-83), p. 124, autores cit. por Simon A. VOSTER, *Los Países Bajos en la Literatura Española*, parte I *La Edad Media*. Albatros Ediciones, 1978, p. 65. Véase también Ch. VERLINDE, *Paños belgas en fuentes literarias españolas medievales*, en Cuadernos de Hist. de Esp., B. Aires, 1959, pp. 218-230.

⁹⁹ Simon A. VOSTERS, *op. cit.*, p. 63. Sobre la «blanca frisa» mencionada por Berceo en la *Vida de Santa Oria*, como posible equivalencia de *saga fresonica* y *panni frisonum*, véase este mismo autor, pp. 60-62.

¹⁰⁰ Véase para esta época el trabajo muy completo, si bien harto comprimido, pero con extensa bibliografía, de Hermann KELLENBENZ, *Der Norden und die Iberische Halbinsel von der Wikingerzeit bis ins 16. Jahrhundert*. Germanisch-Romanische Monatsschrift. Neue Folge. Band XII, Heft 2. April (1962), pp. 114-138.

II

«*TOPOGRAPHIA ET EVENTUS*» del derrotero
frisón a Tierra Santa en 1217 bordeando
la Península Ibérica, según el relato anónimo
contenido en la Crónica de Emón,
abad del monasterio premonstratense
de «*Floridus Hortus*» (Holanda)

INTRODUCCIÓN

Consecuentes con nuestro propósito de traer a cuento las fuentes, dejando que ellas mismas refieran y reflejen por extenso los hechos en sus diversos aspectos y connotaciones, nos hemos propuesto trasladar aquí, en nuestra traducción, el itinerario marítimo de los frisones a Tierra Santa en 1217 bajo el mando, hasta Lisboa, de dos de sus jefes, el conde Guillermo de Holanda y el conde y mariscal de Colonia Jorge de Wied. No sabemos quién tomó el mando de la flota frisona a partir de Lisboa, si es que tuvo alguno, pues más bien parece que no, aun cuando hay harto motivo para suponer que el autor anónimo de nuestro relato debió de asumir un papel importante en todas las deliberaciones y resoluciones que tuvieron lugar durante la navegación. Los datos y antecedentes de la expedición preferimos agruparlos en las glosas correspondientes, no sólo con miras a ilustrar cada uno de los pasajes, sino también para situarlos en relación con los acontecimientos históricos de la época, o en consonancia con otros semejantes ocurridos anteriormente, y determinados por el mismo espíritu que informó el movimiento general de las Cruzadas. Con este objeto, y por parecernos de sumo interés para el estudio de las relaciones marítimas de los pueblos norte-europeos con la Península Ibérica en la Edad Media, traeremos a colación las noticias que sobre nuestro país aparecen en los informes escritos por testigos oculares y que, mediata o inmediatamente, fueron incorporados a las crónicas latinas de Inglaterra y Alemania a raíz de las conquistas de Lisboa¹ y Silves² en 1147 y 1189 respectivamente.

¹ Sobre la conquista de Lisboa se nos ha conservado, por parte alemana, un relato epistolar en tres versiones casi iguales: la carta de Winando, sacerdote de Colonia, editada por Ernst Dümmler (Viena, 1851); la de Duodechino, sacerdote de Lahnstein, a Cuno, abad del monaste-

Estos dos sucesos, de gran significación para la cristiandad medieval y para la reconquista portuguesa, especialmente el prime-

rio de San Disibodo (Disibodenberg), en *Annales sancti Disibodi*, MGH.SS., XVII, 27-28; y la de Arnulfo, probablemente un sacerdote flamenco, a Milo, obispo de Thérouanne, editada por E. Martène et U. Durand en *Veterum scriptorum... amplissima collectio*, Paris, 1724-33, II, 800-02, y por Martin Bouquet en *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, Paris, 1738-1904, XIV, 325-327. Reproducida también en *PMH., Scriptores*, I, 406-407. Véanse igualmente los *Ann. Magdeb.*, MGH.SS., XVI, 189-90. La carta según Duodechino fue traducida por nosotros en *España y Alemania en la E. M.*, «Bol. de la R. Aca. de la Hist. (1974), pp. 482-486, y reproducida ahora en *La leyenda de las Once mil Vírgenes*, pp. 153-156, Univ. de Murcia, 1991. Aunque los tres autores, Winando, Duodechino y Arnulfo, participaron con seguridad en la expedición y conquista de Lisboa, dadas las mínimas diferencias de las tres redacciones, se supone que las tres han utilizado una versión original común, aunque ésta podría ser también la de Winando, pues su presencia en el asedio está atestiguada por el autor del *Indiculum foundationis monasterii B. Vincentii Ulixiboni*, compuesto en 1188, donde se le cita «con el nombre de Roardus, o, como otros dicen, Winandus». La redacción epistolar fue utilizada luego por la *Chron. reg. Coloniense*, ed. Waitz en «Scrip. rer. German. in usum schol.», 1880, 84 sq.

Por parte inglesa tenemos el extenso relato atribuido sin mucho fundamento a Osberno u Osberto y conservado en un solo manuscrito, el de la biblioteca del Corpus Christi College, Cambridge, nro. 470, folios 125^r-146^r. Fue publicado por primera vez en 1861 en los *PMH. Scriptores* I, 391-405 por A. Herculano según la transcripción de N. E. Hamilton. Y en 1864, por W. Stubbs en la introducción a su *Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi*, pp. CXLII-CLXXXII, con el título *Osbernus de expugnatione Lyxbonensi* (Rerum Britannic. Medii Aevi Script. 38/1). Extractos *De expugnatione Lyxbonensi* fueron publicados también por Reinhold Pauli en 1885 en MGH.SS., XXVII, 5-10. Pero la edición crítica, a la que nosotros tendremos siempre ocasión de referirnos, es la publicada por el Prof. Charles Wendell David con traducción inglesa, erudita introducción y copioso aparato de notas, bajo el título *De Expugnatione Lyxbonensi / The Conquest of Lisbon*, New York, Columbia University Press, 1936. Más recientes investigaciones paleográficas sitúan el manuscrito alrededor de 1200, no anterior a 1180 ni posterior a 1220. El relato no tiene título expreso y va precedido tan sólo de la siguiente dedicatoria: *OSB. de baldr. R. sal.*, que Ch. W. David transcribe y traduce así: *OSB(ERTO) de Baldr(eseia) R. salutem / To Osbert of Bawdsey, R., greeting*. Frente a la lectura tradicional, que suponía a Osberto u Osberno como autor y a R. como destinatario, se han aducido razones muy de peso para suponer lo contrario. Véase sobre este problema el estudio de Rui de Azevedo *A carta ou memória do cruzado inglês R. para Osberto de Bawdsey sobre a conquista de Lisboa em 1147*. «Faculdade de Letras da Univ. de Coimbra». Coimbra

ro, que coincide paralelamente con la toma de Almería por Alfonso VII con ayuda de naves pisanas y genovesas, culminaron con el

1962. Pierre David, en su trabajo *Sur la relation de la prise de Lisbonne (1147) rédigée par un clerc anglo-norman*, en «Boll. des Études Portugaises et de l'Institut Français au Portugal» (Coimbra, 1947), t. XI, p. 242, se decidió también por esta interpretación. Rui de Azevedo, en el apéndice de su trabajo, en el que reproduce también en facsímil el manuscrito del «Corpus Christi College», hace diversas correcciones a la lectura de Ch. W. David, así como a la de J. A. de Oliveira, dando de nuevo la razón, en otros casos, a N. E. Hamilton, el paleógrafo de la edición de Herculano. Ch. W. David identifica al autor del relato con un *clericus de Bladreseia* (= Bawdsey, pequeña población inglesa del condado de Suffolk) que aparece suscribiendo un documento en 1171 al lado de tres miembros de la familia Glanvill, uno de los cuales se llama Hervey de Glanvill, que es precisamente el nombre del jefe de los cruzados anglonormandos, bajo cuyas órdenes estaba el relator y combatiente de la expugnación de Lisboa en 1147. El relator, pues, que se oculta tras la R. inicial de su nombre, pudo ser tal vez capellán de Hervey de Glanvill. En todo caso era hombre de letras que, en ocasiones, llega a anteponer a sus propias observaciones, las referencias que le suministraban los *Collectanea rerum memorabilium*, de Solinus, obra muy difundida en la E. M., y que llevaba en su equipaje o que tuvo ocasión de consultar en Portugal.

Las noticias de parte portuguesa sobre la conquista de Lisboa contenidas en el *Indiculum* ya citado y en la *Chron. Goth.* son muy parcas. Entre los estudios monográficos sobre el tema, aparte del trabajo de Kurth, merecen lugar especial, a pesar de su antigüedad, la tesis doctoral de Ulrich Cosack, *Die Eroberung von Lissabon im Jahre 1147*, Halle-Wittenberg 1875/76, y los *Beiträge zur Geschichte der Kreuzzüge*, de R. Röhrich, repr. de la ed. de Berlín de 1878 en «Scientia Verlag Aalen» 1967. Sigue siendo clásica la aportación de fuentes verificada por A. Herculano en su conocida *Hist. de Portugal*. J. A. de Oliveira publicó el texto latino con traducción portuguesa: *Conquista de Lisboa aos Mouros (1147). Narrações pelos Cruzados Osberno e Arnulfo, testemunhas presenciais do cerco*, 2.^a ed. mejorada Lisboa 1936. J. A. de Oliveira, aunque tuvo noticia de la ed. de Ch. W. David, aparecida en este mismo año, como hace constar en la «Nota final». Sin embargo no la utilizó. En España, con motivo de esta edición portuguesa, Juan Uría y Riu escribió un breve artículo: *Los cruzados del Norte en las costas de Asturias en 1147*, «Rev. de la Univ. de Oviedo», Año I, 1940, Nro. III, pp. 27-37. Y J. E. Casariego, en «Bol. del Insti. de Est. Asturianos», XIX, 1965, otro: *La costa Astur-Galaica a mediados del siglo XII. Relaciones de dos cruzados cronistas del año 1147*. Casariego traduce al final la parte del relato referente a España y reproduce el correspondiente texto latino, así como la carta de Arnulfo, siguiendo la ed. de J. A. de Oliveira. Menciona la ed. de Ch. W. David, pero no parece haberla tenido tampoco en cuenta.

asedio y expugnación de Alcacer do Sal en 1217 por los cruzados renanos y flamencos, decididamente apoyados por las Ordenes

² Sobre la expedición de cruzados renanos, flamencos, frisonos y daneses que conquistó Silves en 1189, nos informa un itinerario naval llegado hasta nosotros en un solo manuscrito descubierto y publicado por Costanzo Gazzera en 1840 bajo el título *Narrazione storica contemporanea della avventure e delle imprese di una flotta di cruciati (De Itinere Navali, de Eventibus, deque Rebus, a Peregrinis Hierosolyman petentibus, MCLXXXIX, fortiter Gestis, Narratio)*, en las «Memorie della Reale Accademia delle Scienze di Torino», ser. II, t. II, pp. 177-207. Esta impresión, con algunas mejoras, fue repetida en *la Relação da derrota naval, façanhas, e successos dos cruzados que partirão do Escalda para a Terra Santa no anno de 1189. Escrita em Latim por hum dos mesmos cruzados*. Traduzida e anotada por João Baptista da Silva Lopes. Lisboa 1844. Y en 1928, la edición de Anton Chroust: *Narratio Itineris Navalis ad Terram Sanctam*, en «Quellen zur Geschichte des Kreuzzuges Kaiser Friederichs I». *MGH. Scriptores rerum Germanicarum*, nueva serie, vol. V, pp. 179-196. Nosotros nos referiremos a la edición de Ch. W. David: *Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silviam capientium, A.D. 1189*, en «Proceedings of the American Philosophical Society», 81, 1939. Introducción (pp. 591-609), texto latino con copiosas notas (pp. 610-642), Apéndices A y B (pp. 643-666) e Index (pp. 667-675). Ch. W. David califica de insatisfactoria la edición de A. Chroust, y elogia, en cambio, el trabajo de Kurth, quien, a pesar de no tener a su disposición más que las ediciones de Gazzera y de Silva Lopes, ni haber visto el manuscrito, supo dar con la verdadera interpretación y localización de algunos topónimos problemáticos. En la «Bibliographical Note», pp. 608-609, reseña Ch. W. David otras fuentes latinas, y, por lo que respecta a la toma de Silves, las fuentes árabes. Véanse especialmente los dos Apéndices al final de la edición. Pero sigue siendo clásica la reseña crítica que Kurth hace de las fuentes en su trabajo, pp. 161-170. No conozco ningún estudio español sobre este interesantísimo derrotero de 1189. La relación (*Narratio*) no lleva título, pero va precedida de un breve texto introductorio que se cierra con esta frase «...itinere navalis multiformes eventus qui peregrinis Ierosolimam tendentibus occiderunt simpliciter explicare decrevi». Y de ella han intentado extraer el título los editores modernos arriba nombrados. El más largo, y más inexacto, es el de Silva Lopes, porque los cruzados no salieron de Walcheren (falsa interpretación de Gazzera de *Blecrente*) en la desembocadura del Escalda (Schelde), sino de Blexen, a la orilla izquierda de la desembocadura del Weser, frente a Bremerhaven. El título más breve es el de Chroust, pero es también en cierto modo inexacto, porque la relación, al menos como la poseemos hoy, se interrumpe en Marsella. Nos parece, pues, más acertada la titulación de Ch. W. David, ya que la toma de Silves ocupa la mayor parte del relato (pp. 617-631). El autor anónimo, sin duda

Militares y otros contingentes de tropas lusitanas y leonesas. Hemos aducido ya en otro lugar el relato sobre la conquista de Alcacer do Sal³. Queremos traer ahora a escena el de la expedición de los frisones que se negaron a participar en la rendición de la fortaleza del Sado, los cuales, separándose de casi la mitad de la escuadra, siguieron rumbo a Palestina. Al éxito dudoso y a plazo incierto sobre una plaza tan bien fortificada como era Alcacer do

clérigo, y, por las comparaciones que hace con su patria, oriundo de Alemania, de la región de Sajonia o de la Baja Renania, no se distingue, como era corriente en esta clase de relatos, por la afición a lo maravilloso, sino que prefiere la escueta objetividad de los datos geográficos y estadísticos.

La conquista de Silves, con el Alentejo todavía en poder de los árabes, era prematura, y a la larga no podía consolidarse. Y efectivamente, el califa Al-Mansur recuperó la plaza dos años más tarde. Los cruzados que se dirigían por vía marítima a Palestina la seguían hostilizando. Sobre la expedición del emperador en 1197 a Tierra Santa en 44 naves, y en la que participaron Enrique, conde palatino del Rin, el duque Enrique de Brabante, el landgrave Hermann de Thuringia, el conde Walerano de Limburgo, el conde Adolfo de Schaumburg, el duque de Austria Federico, el arzobispo de Bermen Hartwico y Rodulfo obispo de Verden, con otros muchos, así como un destacamento de cruzados prepotentes de Lübeck, nos informa someramente el cronista Arnolfo de Lübeck (MGH.SS., 203-204). Los *Ann. Stad.*, MGH.SS., XVI, 353, mencionan el recibimiento de que fue objeto el arzobispo de Bremen a su llegada a Lisboa por parte del obispo de la ciudad: *Archiepiscopus Hartwicus circumnavigans ab episcopo Ulixisbonae civitatis honorifice est receptus*. Y el cronista inglés Rogerio de Hoveden se refiere expresamente a la destrucción de Silves llevada a cabo en este año de 1197 por los cruzados alemanes del emperador Enrique VI: «Exercitus autem imperatoris, qui de Alemania et ceteris terris eius iter Ierosolimitanam per mare susceperat, transsitum fecit in Normanniam et Angliam, et sic rectum cursum tenens usque in Hispaniam, eripuit civitatem Silvie de manu paganorum, quam penitus destruxerunt, non relinquentes lapdiem super lapidem; timebant enim, quod, si eam tradidissent regi Portugalensi, ipse eam amitteret, sicut prius fecerat» (MGH.SS., XVII, 174). Véase nuestra glosa 27, p. 184.

³ Sobre la expedición de 1217, con el asedio y rendición de Alcacer do Sal, según Oliverio de Paderborn, Cesario de Heisterbach, el poema de Goswino *De expugnatione Salaciae* y la *Chronica regia Coloniensis*, véase la 1.ª parte de nuestro estudio *España y Alemania en la E. M.*, «Bol. de la R. Aca. de la Hist.» (1973), pp. 332-336. En la 3.ª parte de este mismo estudio (1974), pp. 487-489, dimos la traducción española del relato *De obsidione castri Algazer*, según el texto latino, pp. 341-343, ed. de G. Waitz en «Script. rer. Germa. in us. schol.», 18, Hannoverae 1880.

Sal, prefirieron las rápidas incursiones y audaces golpes de mano que llevaron a cabo con inaudita crueldad y violencia contra las ciudades litorales de Faro, Rota y Cádiz.

Pero antes de invitar a la lectura del relato en nuestra traducción, con su texto original latino y glosas, quisiéramos anteponer aquí algunas noticias biográficas sobre el autor de la *Crónica* en la que se contiene el informe de la expedición naval, así como otras indicaciones histórico-bibliográficas referentes a la *Crónica* misma. El relato de este derrotero frisón a Tierra Santa fue intercalado en la *Crónica* del monasterio premonstratense de «Floridus Hortus» (Bloemhof) compuesta por los abades Emón y Mencón, y va precedido de la siguiente nota introductoria: «En este año de Gracia de 1217, el ejército cristiano contra sarracenos se dirigió a Acre (Acón). Y en honor de los expedicionarios plugo intercalar aquí esta topografía y los eventos que los peregrinos soportaron virilmente por Cristo en su navegación a Tierra Santa». La *Crónica* declara que la relación fue escrita durante el viaje por un «familiaris» del abad Emón cuyo nombre se calla, limitándose el abad a transcribirla tal y como la había recibido: Quos (= topographia et eventus) quidam familiaris suus in uia peregrinationis sue scripsit et ei (= Emoni) transmisit in hunc modum». Si Emón se limitó, como asevera, a reproducir el texto sin ninguna modificación o retoque, hay que concluir con buen fundamento que el relator anónimo, amigo o allegado del abad de «Floridus Hortus», era persona de sólida formación, que escribía con cierta elegancia y podía citar más o menos de memoria a los clásicos e imitar sus procedimientos retóricos. Pero es muy posible que Emón haya acicalado el informe para ponerlo a tono con el estilo general de la *Crónica*. Las alusiones clásicas pueden ser, pues, de su cosecha.

Sobre Emón no tenemos más noticias que las que nos suministran los soliloquios con que frecuentemente se interrumpe la *Crónica*, redactada en tercera persona, y las transmitidas por Mencón, prior del monasterio, continuador de la *Crónica* de Emón y, finalmente, desde 1243, abad también de «Floridus Hortus». Recogidos, pues, los datos autobiográficos y biográficos contenidos en las dos partes de la *Crónica*, la vida del abad Emón puede bosquejarse, en líneas generales, en estos términos: Debió de nacer hacia el año 1175, pues en 1237, en que murió, se hallaba ya entrado en la vejez («ad annos senectutis sue»). Hijo de nobles padres

frisonas de Fivelgonia o tal vez de Hunesgonia, recibió desde muy niño educación esmerada, hecho que le permitió, aún no rebasada la adolescencia, enseñar elementos de gramática en la escuela de un monasterio, probablemente en el cluniacense de Feldwerd en Holwierde. Sus aficiones al estudio le llevaron, junto con su hermano Addo, a París, donde oyó teología, y a Orleans, donde frecuentó las aulas de jurisprudencia. Con veinte años se trasladó a Inglaterra, y en la famosa escuela de Oxford adquirió sólidos conocimientos de derecho legal y canónico. Ejercitado en la lectura de Ovidio y Virgilio, y en las obras de gramáticos y dialécticos, regresó a su patria natal con el título de «magister», y con él enseñó en Westeremden, cerca de Stedum. Hacia 1206, de manos de Tietmaro, obispo de Minden (a. 1185-1206), recibió las órdenes sagradas, y por sufragio popular de los feligreses fue elegido párroco de Huizinge, aldea cerca de Middelstum, distrito de Hunesgo. Pero las actividades al frente de la parroquia y de sus feligreses no llenaron su espíritu, inclinado por naturaleza al estudio y a la vida contemplativa. Resolvió, pues, consagrarse por entero al régimen monástico, y para ello se juntó con un primo suyo llamado también Emón, el cual ya en 1204, impulsado por idénticos deseos, había fundado en Fivelgo, en una finca de su propiedad denominada Romerswerf, cerca de Appingedam un oratorio, y aspiraba en vano desde hacía tiempo a levantar en aquel mismo lugar un claustro conventual. Para realizar estos planes entraron ambos en la Orden benedictina, pero ya durante el noviciado se resolvieron a tomar el hábito de la regla premonstratense, hábito que les fue otorgado en 1209 por el abad de Varlar. En este mismo año, Ottón I, obispo de Münster, confiere al sacerdote Emón el cuidado de la nueva fundación de Romerswerf, que fue designada con el nombre de *Novum Clastrum* (Nijeklooster), para distinguirlo del Oudeklooster o de Feldwerd, ya citado y perteneciente a los monjes negros. La nueva planta estaba concebida para monasterio dúplice. En 1211, la comunidad recibió en donación la iglesia de Wierum (debajo de Ten Boer), y en 1213 pudo asentarse en este lugar, que desde entonces, y en razón al hábito blanco de los monjes, se llamó Wittewierum. Pero el monasterio fue bautizado oficialmente con el nombre de «Floridus Hortus» o Bloemhof. El convento de monjas, que permaneció en el primitivo emplazamiento de Romerswerf recibió también el poético nombre de «Campus Rosarum» (Roozem-

kamp). A partir de este momento, Emón asumió como prior o prepósito la dirección de ambos monasterios, aunque por una carta del abad Gervasio de Prémontré datada en 1214 se le reconoce tan sólo como «Floridi Horti provisor». Los asuntos de la comunidad y el reconocimiento de la nueva dotación, denegado por el obispo Ottón I de Münster, llevaron a Emón a emprender varios viajes. El primero, a Roma, ya en 1212/12, en compañía de un amigo llamado Enrique. A la ida, para solicitar la recomendación de la Orden y para informarse más de cerca de las reglas y estatutos de los norbertinos, se detuvo en Prémontré, donde el abad Gervasio le dispensó una benévola acogida. Siguió luego el camino por Troyes, Bar-sur-Seine, Lyon, la Maurienne, Piacenza, Lucca y Viterbo. Obtenida, según parece, la protección de la Santa Sede, retornó a pie por Bolonia, Milán, Como, Basilea, Maguncia, Estrasburgo y Colonia. Emón estuvo tres veces más en Prémontré: en 1214, 1217 y 1224. En la visita de 1214 se dedicó a copiar cuidadosamente, para la biblioteca de su fundación, todos los libros relativos a la Orden. En 1217 obtuvo oficialmente la dignidad de «prepositus Floridi Horti». Pero en 1225 hubo de hacer frente a las intrigas que contra él desplegó Herdrico, prior de Schildwold, el cual, protegido por el obispo de Münster Teodorico III, cometía, según Emón, muchas irregularidades «multas commitebat enormitates». Emón hizo que intervinieran en el asunto el abad de Prémontré, el cardenal y legado apostólico Conrado de Urach, obispo de Porto y Santa Rufina, e incluso el propio Honorio III. El pleito se concluyó con la excomunión de Herdrico y con un pacto suscrito por el obispo Teodorico de Münster. En consecuencia, el 23 de mayo de 1225, por Pentecostés, el obispo fue recibido honrosamente y en calidad de amigo («sicut amicus») en «Floridus Hortus», y en el mismo día Emón recibió de la mano del prelado, y en presencia de toda la comunidad, el título y cargo de abad («nomen et officium abbatis suscipit»), dignidad que conservó hasta su muerte ocurrida el 13 de diciembre de 1237, fiesta de Santa Lucía ⁴.

⁴ Para otros datos relacionados con Emón, su *Crónica* y la historia del monasterio, véase la tesis doctoral de J. Gelhorn, *Die Chronik Emos und Menkos zu Floridus Hortus*, Göttinger Diss., Danzig 1872. Sobre Emón y Menkón en relación con la Orden premonstratense en Frisia, véase Alph. W. van den Hurk, O. Praem., *De betekenis van Reguliere Canonie voor*

Su natural modestia no le impidió sin embargo defender con energía y tenacidad los derechos e intereses de su monasterio. Las reclamaciones que elevó a Roma, al legado apostólico y al Sínodo de Colonia se vieron más de una vez coronadas por el éxito. Sabía prevenir los acontecimientos con tal sagacidad que no faltó quien le atribuyera visiones y revelaciones nocturnas. Al morir, su cuerpo, envuelto en las ropas sacerdotales, como era costumbre entre los preladados, fue llevado procesionalmente a la iglesia, y después de unos solemnes funerales acompañados de las voces de las monjas y de los monjes, fue conducido de nuevo a la abadía y sepultado en el capítulo, en el sitio que él mismo había elegido. Sobre su tumba no tardaron en producirse milagros: una mujer ciega recobró la vista, un mudo el habla, y una parálítica, el uso de sus miembros. Emón no fue con todo canonizado, pero los habitantes de Bélgica y Batavia le honraron con el título de bienaventurado.

Emón mantuvo relaciones de amistad con las personalidades más relevantes de la vida política e intelectual de su tiempo, en especial con el famoso escolástico y canciller de Colonia Oliverio, predicador de la Cruzada en Frisia y obispo de Paderborn. No sabemos cuándo comenzaron estas relaciones entre el autor de la *Historia Damiatina* y el abad cronista de «Floridus Hortus». Pero es probable que se hayan conocido en Colonia al regreso de Emón de Roma en 1212. Más tarde se encontrarían de nuevo, por ejemplo en 1214, con motivo de la gira de Oliverio por Frisia y su predicación allí de la Cruzada. La *Crónica* nos informa de la visita del primero de junio de 1224 a «Floridus Hortus», donde celebró la fiesta de Pentecostés en compañía de Emón.

De la formación clásica de Emón nos convencen las numerosas citas que hace de Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Séneca y

Friesland in de Middeleeuwen, en «Analecta Praemonstratensis» XXX, 1955, 32-62. E igualmente el artículo sobre *Emón*, de H. Heijman, O. Praem., en «Dictionnaire d'Histoire et Géographie Ecclesiastiques», t. 15, Paris 1963, pp. 434-437. Para datos de archivo, fuentes y bibliografía, la obra del P. Norberto Backmund, O. Praem., *Monasticon Praemonstratense id est Historia circariarum atque canoniarum candidi et canonici Ordinis Praemonstratensis*, Straubing 1949, 1952, 1956, especialmente el tomo II, pp. 231-233. Y sobre todo, su obra más reciente *Die Mittelalterlichen Geschichtsschreiber des Prämonstratenserordens*, tesis doctoral en la Ludwig-Maximilians Univ. in München, y publicada en la «Bibliotheca Analectorum Praemonstratensium», Fasc. 10, 1972, pp. 169-182.

Cicerón, con las cuales adoba su prosa. De los escritores eclesiásticos aduce con frecuencia a San Agustín, San Jerónimo y Boecio. Lo mismo que Cesario de Heisterbach, se muestra sumamente interesado por conocer el curso y las mutaciones del sol y de la luna, y otros fenómenos naturales semejantes. A veces se extiende en disquisiciones sobre esta materia con palabras que denotan tener conocimientos de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, aun cuando no coincidan absolutamente con ellas. Más seguro se muestra de las obras de Beda: *De natura rerum* y *De tempore ratione*, las cuales tuvo ocasión de estudiar durante su estancia en Inglaterra. Pero sobre todo demuestra estar versado en el estudio de los tratadistas de derecho canónico: Prisciano, Gratiano, los *Decretales* de Gregorio IX, etc. Aunque el estilo de Emón sea a veces ambiguo y aparezca oscurecido por acumulaciones de palabras y expresiones anacolúticas, no resulta sin embargo aburrido, pues la heterogeneidad de asuntos y sucesos que salen a colación, no sólo mantienen vivo el interés de la *Crónica*, sino que hacen de ella una de las fuentes más copiosas y variadas para el estudio de la época. Los treinta años que abarca su *Crónica*, es decir, desde 1204 a 1234, le brindan la oportunidad para insertar y aducir informes y documentos relacionados con el monasterio o con los acontecimientos político-eclesiásticos en los que él mismo tomó parte como testigo y actor: las cartas del abad Gervasio de Prémontré sobre las observancias y prescripciones de la Orden en «Floridus Hortus», la predicación de la Cruzada antislámica por Oliverio en Frisia, los anatemas de Inocencio III contra el emperador Ottón y contra el rey Felipe Augusto de Francia, la penetración del cristianismo en ciertos países del Norte, la toma de Constantinopla por los cruzados, la derrota del conde de Tolosa protector de los albigenses, la batalla de las Navas⁵, algunos detalles relativos al 4.º Concilio Latera-

⁵ No sabemos si algún historiador español de la batalla de las Navas de Tolosa ha aducido ya esta fuente. En todo caso, por parecernos de sumo interés, nos permitimos darla aquí íntegra en nuestra traducción. Dice así: «La arrogancia del rey de Cartago Ammiramolino subió hasta el extremo de provocar a la lucha, mediante una carta llena de injurias, a todos los seguidores de Cristo. Por ello, y a causa de las indulgencias concedidas por el papa Inocencio, se congregaron cerca de Toledo innumerables multitudes procedentes de los dos reinos de Francia e Inglaterra. Pero los provocados no fueron dignos de esperar el día de la batalla.

nense de 1215, la muerte de su primo Emón de Romerswerf, etc., son otros tantos temas de su *Crónica*. La expedición de los frisonos

Al parecer no plugo a Dios que la victoria, como venida del cielo para los cristianos, le fuese adjudicada a aquella multitud de combatientes, y aunque el generosísimo rey de Castilla, y esforzado guerrero por el vigor de su edad, había repartido pagas con gran largueza, no obstante, los que habían concurrido se volvieron a sus lares, y pocos fueron los que se quedaron. El duque de Austria, a causa del largo camino, no pudo llegar a tiempo para participar en la batalla. Pero los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, en trinitaria fe y bajo las enseñas de la unidad, atravesaron el puerto e hicieron frente al príncipe de la infidelidad, el cual, aunque había ocupado un lugar más elevado y el número de sus tropas aventajaba con mucho al de los cristianos, con todo, gracias a la divina virtud, fue derrotado y puesto en fuga. Los sarracenos dejaron muchos miles de muertos y perdieron gran cantidad de poblaciones y fortalezas».

Sobre la batalla de las Navas de Tolosa poseemos tres informes de testigos oculares: una carta de alfonso VIII al papa impresa por Raynald en *Annales ecclesiastici* I,324; otra del cisterciense Arnaldo, arzobispo de Narbona, al Capítulo General de la Orden, reproducida en la *Gallia Christiana* VI, Instrum. 53; y el relato del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada en *De rebus Hispaniae*, lib. VIII, cap. II al X; así como una carta de la hija de Alfonso a su hermana Blanca, publicada por Martene et Durand en *Thesaurus novus anecdotorum* I, 826-828. El relato de Emón, a pesar de su brevedad, parece ser el más objetivo, y seguramente es el más imparcial. Por lo pronto hallamos en él tres noticias que no se encuentran en las fuentes citadas, a saber: la presencia de fuerzas inglesas en Toledo, la carta injuriosa y provocativa del sultán almohade Muhammad an-Nasir, y la llegada, aunque después de la batalla, del duque Leopoldo VII de Austria. La partida del duque con su mesnada hacia España está corroborada por los *Annales Colonienses maximi* en estos términos: «quidam cum duce Austriae Lutpoldo ad Hispanias contra ethnicos pugnatori progrediuntur» (MGH.SS., XXVII, 826). En cuanto a la supuesta carta del Sultán, se trata probablemente no de una leyenda, como cree Hurter, *Geschichte Papst Innocens III*, II, p. 377, n. 92, sino de una invención o falsificación bien concebida y calculada por los responsables encargados de la propaganda y reclutamiento de los cruzados extranjeros para esta empresa. Cesario de Heisterbach, que pone la carta en relación con supuestos contactos de los albigenses con los mahometanos, dice a este respecto: «Los albigenses, antes de que fuera contra ellos el ejército del Señor (1211), llamaron al rey de Marruecos Miralimomelino para que acudiese en su auxilio. Este, pasando de Africa a España con una inmensa multitud de guerreros, esperaba poder sojuzgar toda Europa. Pues mandó decir al papa Inocencio que quería estabular sus caballos en el pórtico de la iglesia de San Pedro y clavar en ella su estan-

a Tierra Santa en 1217, objeto de nuestro estudio, por su extensión y contenido, puede considerarse como una parte autónoma de la *Crónica*. A partir de este relato, las páginas que siguen están llenas de reflexiones puramente morales y ascéticas. Las terribles inundaciones de Frisia, que se suceden desde 1220, le dan pie para sacar a relucir toda una serie de disquisiciones sobre el nombre y orden de los días de la semana, los límites del conocimiento humano, la posición de los astros y su relación con el destino de los mortales, las posesiones e inmunidades eclesiásticas, las fronteras del poder secular, etc. Una parte considerable de la *Crónica* está dedicada a relatar el conflicto de Emón con el prior Herdrico de Schildwold.

parte. Lo cual en cierto modo se cumplió, aunque de un modo un tanto distinto a como él había pensado. Y porque Dios aniquila toda soberbia, en aquel tiempo, el 16 de julio del año de Gracia de 1212, fueron muertos 40.000 combatientes de su ejército. El rey se retiró a Sevilla y murió allí de pena por la derrota sufrida. Su estandarte, capturado por los vencedores, fue remitido a Inocencio, que lo mandó izar en la dicha iglesia de San Pedro para gloria de Cristo» (*Dialogus mirac.* V, 21). Abu 'Abd Allah Muhammad, llamado Al-Nasir Li Din, hijo de madre cristiana, no murió de pena en Sevilla, pero sí envenenado al año siguiente, el 27 de diciembre, en Africa, a donde había marchado inmediatamente después del desastre. En cuanto a la presencia de cruzados ingleses en la corte de Alfonso VIII, Gelhorn, *op. cit.*, pp. 61-64, basándose en una cita de las *Flores Historiarum* de Rogerio de Wendover escrita en 1213, según la cual el Sultán había invadido España «non sine, ut dicitur, Regis Johannis assensu» (*Flores Hist.*, ed. Coxe 1841-1844), cree que se trata de un error de Emón. Pero tal pasaje no permite rechazar el testimonio del cronista de «Floridus Hortus». Al contrario, la excomunión lanzada contra Juan sin Tierra por Inocencio III pudo favorecer, más bien que impedir, el reclutamiento de cruzados ingleses. Jiménez de Rada habla del gran concurso de pueblos «discrepantes en costumbres, lenguas y ritos», que, espoleados por el celo de la cruzada, habían acudido a Toledo procedentes «de casi todas las partes de Europa» (*op. cit.*, lib. VIII, cap. I, *De Adventu Regum ad urbem regiam*). No sería, pues, extraño que entre esta variedad de gentes se encontraran también cruzados de Inglaterra, los cuales, por fidelidad a la causa religiosa, se considerarían desligados de la obediencia de un rey excomulgado. También sobre las pérdidas en hombres de los árabes, que Jiménez de Rada hace subir a la fabulosa cifra de 200.000; el rey, a 100.000; la carta a Blanca, a 70.000; y Cesario de Heisterbach, sin duda todavía más cerca de la verdad, a 40.000, Emón, incrédulo de las cifras, utilizadas entonces como hoy para mentir, so pretexto de exactitud, se limita a hablar de «muchos miles», en el sentido de cuantiosas bajas, sin salir fiador de ninguna cifra.

Con tal motivo y en apoyo de su causa inserta las cartas del abad de Prémontré, del Capítulo de Colonia, del legado apostólico Conrado de Urach y del papa Honorio. La *Crónica* nos informa también de las malas cosechas, de la escasez de víveres, de la mortandad de las bestias y otras calamidades no desprovistas de interés histórico. No hay duda tampoco que la *Crónica* de Emón reviste especial interés para el conocimiento de la historia de Frisia y de sus habitantes: las luchas civiles y religiosas de 1231 a 1232 en el territorio de Groningen, al que termina de asolar la inundación de 1233. A esto se añade la campaña de Cruzada dirigida contra los Stedingos, un pueblo semisalvaje en la región de Oldenburgo, que se había declarado enemigo de Dios y de los hombres. Después del flaco éxito obtenido por los dos monjes misioneros enviados por el obispo de Bremen, llegaron otros muchos que, como dice Emón, no sin velada protesta, volaban como nubes sobre el Rhin, Westfalia, Flandes y Brabante incitando a los príncipes y al pueblo contra la tribu proscrita, que fue aniquilada en 1234 en Altenesch. Esta acción militar decretada contra los paganos y rebeldes Stedingos fue considerada como obra de Cruzada, y Emón la pone en tercer lugar, después de las emprendidas contra los sarracenos y los albigenses⁶. Las últimas páginas de la *Crónica* de

⁶ «Et hec est tertia cruz contra inobedientes quasi ydolatras. Nam prima fuit contra Sarracenos, secunda contra hereticos Albigenses, tertia contra Stedingos». Pero aunque Emón menciona la inobediencia, entre otras cosas reprobables, como la causa principal de la acusación que se lanzó contra los Stedingos, e incluso trae el pasaje del Libro de Samuel, *Reg. I*, cap. 15, ver. 23, de la Vulg., según el cual «no querer obedecer, crimen es de idolatría»: *Nolle obedire scelus est ydolatriae*, con todo, sus simpatías van hacia este reducido pueblo primitivo a la orilla izquierda del Weser, al este de Oldenburgo, y reconoce que los Stedingos, a causa de las violencias y vejaciones de que eran objeto por parte de la soldadesca y los servidores del arzobispo de Bremen que entraban en sus tierras, se vieron obligados a defenderse y a expulsar a los intrusos. Víctimas de tales excesos, se negaron a pagar los tributos al arzobispo y a sus respectivas iglesias, y por esta actitud fueron privados de los sacramentos y de la asistencia sacerdotal. Hacía ya casi cinco años que el arzobispo de Bremen había elevado sus quejas contra los Stedingos ante Gregorio IX, y así, con la aprobación eclesiástica e imperial, el 27 de mayo de 1234 se lanzó contra ellos un ejército imponente de cruzados. En primer lugar el del conde de Holanda, embarcado en muchas naves. A continuación menciona Emón las tropas de los condes de Güeldres y de

Emón se reducen a consideraciones morales y a disertaciones filosóficas y teológicas sobre el alma y el cuerpo, sobre la resurrección, el infierno y el purgatorio.

La Crónica del monasterio norbertino de Wittewieron iniciada por el primer abad Emón y continuada desde 1237 hasta 1273 por Mencón, prior de «*Floridus Hortus*» y tercer abad desde 1243, se conserva en dos códices actualmente en la Biblioteca de la Universidad de Groningen: El código A, del siglo XIII, consta de 50 folios en pergamino escritos por las dos caras a doble columna con un total de 193 columnas, a las que siguen 12 folios en papel. Desde la primera columna hasta la 96 (...*nec feminis reverentiam exhibuerunt*) es una copia de la *Crónica* del abad Emón, el resto, hasta el final, procede muy verosímilmente de la propia mano del abad Mencón. El manuscrito contiene anotaciones marginales que van desde el siglo XIII hasta el XIX, la mayor parte de ellas debidas al humanista Ubbon Emmio, que utilizó el código para su obra titulada *Rerum Frisicarum Historiae*, escrita entre 1596 y 1598. Según una anotación de la última página, hoy ilegible, el código fue propiedad del último abad de Wittewierum Cornelio Hermann («*Sum Cornelii Ho... quondam abbatis in Wittewierum*»). Hasta 1561, fecha de la extinción del monasterio, debió de permanecer, pues, en

Cleves, y por último el duque de Brabante con una multitud increíble de combatientes. ¿Qué podían hacer, comenta Emón, los Stedingos, estos pocos inobedientes entre tantos y tantos católicos? Condenados ya de antemano a morir, pero resueltos (*premortui et obstinati*), no quisieron abandonar su terruño nativo (*gleban patriam*) y se aprestaron a la lucha. En el primer encuentro halló la muerte el conde de Oldenburgo al caerse del caballo. Pero al fin, extenuados y cercados por el ejército del duque de Brabante terminaron por sucumbir al filo de la espada. Según opinión recogida por Emón, el número de los Stedingos combatientes era de 11.000. Se cree que muchos hombres y mujeres pudieron salvarse escondiéndose o deslizándose por entre las turberas y pantanos, tan abundantes en esta comarca. Al parecer algunos de ellos encontraron asilo entre los frisones, pero sobre esto Emón no dice nada, quizá intencionalmente, para que no dieran con su escondrijo (MGH.SS., XXIII, 516). Emón no oculta tampoco su repulsa contra el fanatismo religioso de los dominicos en esta insidiosa campaña, quienes se arrogaban la autoridad de atar y desatar como espada en mano de furioso: «*sine discrezione usi sunt auctoritate ligandi et solvendi, quasi gladio in manu furentis*». Véase Gelhorn, *op. cit.*, pp. 70-74, y Norbert Backmund, *Die Mittel. Geschichtschreiber des Präm.*, pp. 175-176.

la biblioteca conventual. El código B consta de X y 70 págs. en papel, del siglo XVI. Contiene la *Crónica* de Emón y Mencón en forma abreviada, añadiendo al final una continuación anónima. Por las mutilaciones e incorrecciones este código es de poca utilidad.

La *Crónica* fue impresa por primera vez en 1699 por Antonius Matthaeus en *Analectis veteris aevi* (Lugdun. Batav. 8.^o), t. III, edición repetida por Harkenroth en el t. II *Recensionis secundae Analectorum* (Hag. Comit. 1738, 4.^o). Una segunda edición es la de Carolus Ludovicus Hugo en 1725, en el t. I *Sacrae antiquitatis monumentorum* (Stivagii in folio), p. 49 sq. La edición moderna se debe a H. O. Feith y G. Acker Stratingh, Groningen, 1866 en «Werken uitgegeven door het Historisch Genootschap te Utrecht. Nieuwe Reeks. Nr. 4 Utrecht 8.^o». A la que siguió la de Ludewicus Weiland en MGH.SS. t. XXIII, Hannoverae, 1874, con el título *Emonis et Menkonis Werumensium Chronica*. El texto de la expedición frisona a Tierra Santa contenido en la *Crónica* de Emón fue publicado por R. Röhricht con el título *De itinere Frisonum* en *Quinti Belli Sacri Scriptores Minores*, Genovae, 1879. Hay una traducción neerlandesa hecha por W. Zuidema en J. Douma, *Kronieken van de abdij Bloemhof*, Utrecht, 1938.

En los comentarios a la expedición naval frisona que ofrecemos al lector, junto con nuestra versión española, pasamos por alto los errores de identificación topográfica cometidos por L. Weiland, puesto que ya fueron señalados y corregidos por Friedrich Kurth en su documentadísimo estudio *Der Anteil niederdeutscher Kreuzfahrer an den Kämpfen der Portugiesen gegen die Mauren* en «VIII Ergänzungsband der Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung», 1911, pp. 131-251, trabajo al que nos referimos con frecuencia en nuestras notas.

Para la descripción de los dos manuscritos de la *Crónica*, además de la introducción de L. Weiland, pp. 454-466, véase H. Brugmano, *Catalogus codicum manuscriptorum Universitatis Groninganae bibliothecae* 1898, pp. 44-45 y 19. En esta introducción hemos tenido en cuenta también el estudio que sobre Emón figura en el vol. XVII, pp. 117-184, de la *Histoire littéraire de France*.

TRADUCCIÓN

En el último día del mes de Mayo del año de la Encarnación del Señor de 1217, el segundo del pontificado del papa Honorio (1), dejando los amenos campos de la tierra natal (2), ofrecimos las primicias de la peregrinación a aquel que al ausentarse de la patria distribuyó todos los bienes a los suyos, para recuperarlos acrecentados a su regreso (3). Con este pensamiento salimos, pues, al mar por la desembocadura del río Lauwer, y con vientos favorables para la realización de nuestros deseos, el 2 de Junio divisamos Inglaterra a la derecha, y llegamos a la isla de Wight, la cual, aunque desprendida de la costa, conserva sin embargo su debida obediencia a Inglaterra (4). Al día siguiente, sábado 3 de Junio, arribamos a Dartmouth, que nos acogió en su sinuoso puerto enclavado entre dos altos montes (5), y donde encontramos al Conde de Holanda y al Conde de Wied con muchos nobles varones en 212 naves (6). Allí, después de más maduro consejo, se promulgaron las leyes por las que se había de regir el ejército, y se adaptaron todas las medidas convenientes para la salud de las almas y la paz y buen entendimiento de los miembros de la expedición (7). El Conde de Wied fue elegido jefe principal de la flota, y como lugarteniente se designó al de Holanda, a quien todo el ejército consideraba ya como jefe y señor (8).

Así, pues, el domingo 4 de Junio, con el tiempo un tanto revuelto, como es corriente en los días de entre lunas, siempre sospechosos a los navegantes, el Conde de Wied, con persuasivos vientos, se hizo a la mar con muchas naves. Pero separadas por un viento contrario, en medio de nieblas y lluvia, una de las naves fue a dar contra los escollos de la costa bretona, y aunque se salvó la tripulación, la nave se perdió, con mucho del cargamento que fue preciso arrojar por la borda (9). Nosotros, con el Conde de Holanda, al día siguiente 5 de Junio, nos dirigimos a la Bretaña, y el

miércoles día 7 alcanzamos el puerto de San Mateo, donde, leídas de nuevo las constituciones, todo el ejército se comprometió mediante juramento a respetarlas (10). Al domingo siguiente 11 de junio, cambiados los mandos, el Conde de Holanda se hizo cargo de la jefatura de la armada, recayendo la subjefatura en el mariscal de Colonia. Después, dejado el puerto de San Mateo, soltamos las velas al aquilón, el cual, con sus colaterales, es el más adecuado para los que se dirigen a Lisboa (11). Con vientos, pues, prósperos, pero demasiado débiles, el viernes 16 de Junio llegamos a Faro (La Coruña), que es una ciudad de Galicia, muy rica y abundante (12), y con un puerto tortuoso flanqueado por una altísima torre construida por Julio César, según acredita la inscripción (13). Puestas las naves en seguro, al día siguiente, 17 de Junio, emprendimos el camino a Compostela, trayecto que a duras penas pudimos salvar andando sin descanso un día y una noche (14). Hechos los sacrificios y entregadas las ofrendas a Dios y al Santo Apóstol, regresamos al puerto. Pero a causa de los vientos adversos nos vimos obligados a permanecer allí nueve días. A ruegos del Conde de Holanda, que se había informado por los naturales de que no podríamos salir de aquel puerto con vientos que nos llevaran a Lisboa, nos volvimos en dirección a Bretaña por espacio de una milla aproximadamente, y entramos en un puerto llamado *Tuj* (¿Tuy?), comprendido entre dos aéreos montes. Salimos de aquí el 29 de Junio, fiesta de San Pedro y San Pablo, y, llevados por vientos inestables, fuimos juguetes de las olas tres días y tres noches, hasta que al cuarto pudimos arribar a Oporto (15). Este puerto, de entrada estrecha y erizada de escollos, prestó cabida, no sin gran peligro, a algunas de nuestras naves; las demás, ancladas fuera del puerto, a la vista de los escollos, pasaron toda la noche con el alma en vilo (16). A la mañana siguiente, con vientos que invitaban a navegar, mas defraudados de nuestro deseo, reanudamos el viaje y llegamos a Salir do Porto, y allí, en una granja próxima al puerto, encontramos al Abad de Alcobaça, de la Orden Cisterciense (17). Por este abad nos enteramos de muchas cosas referentes a la situación de los distintos lugares del país y a las dificultades de sus puertos. Nos contó también, entre otras cosas, cómo un maestro del rey de Marruecos, convertido a nuestra fe, predicó públicamente delante del soberano, anunciándole que su reino se extinguiría en un plazo muy corto. Muerto por orden del rey, su hijo, muy docto

en la ley, profesó también públicamente la fe cristiana, y, disputando con mucho tino contra la ley mahometana, invocó una sentencia muy probable tomada de los profetas, según la cual el acabamiento de su reino era inminente. Al otro día, lo mismo que a su padre, lo mataron a lanzazos, y el rey mandó arrojar su cuerpo a un sitio inmundo. Pero fue voluntad de Dios que por ningún medio lo pudieran mover del lugar donde había sido muerto. Por cuyo milagro el rey quedó confuso, y los cristianos fortalecidos por tal prodigio, desde aquel día comenzaron a celebrar el sacrificio de la misa en público y a edificar iglesias en la ciudad de Marruecos (18). Con estas y otras cosas oídas al abad, el martes 11 de Julio, después de la fiesta de San Alejandro mártir, dejamos Salir do Porto, y el viernes 14 entramos en Lisboa. Y en este puerto, lo mismo por su situación que por las comodidades que nos brindaba, se reunió toda la escuadra (19).

Es Lisboa una ciudad de España, último término de la Iglesia y frontera con los árabes. Emplazada en un monte, según costumbre antigua, fue fundada por Ulisis y Aquiles, como lo prueban los antiguos edificios llamados Torres Vedras, y la aldea vecina de Achele, derivada de Aquiles (20). La cabeza de esta ciudad, llenando un círculo con muro y altas torres, corona hermosamente la cumbre del monte, donde está la sede y el palacio episcopal. Pero el cuerpo, descendiendo por la falda del monte hasta las orillas del río, está ceñido hacia el mediodía por una muralla torreada. Allí, construida con admirable geometría, se contempla la iglesia levantada en honor de la Beata Virgen María, en cuyo interior descansa el cuerpo de San Vicente mártir, en sarcófago de plata (21). Al oriente, ya fuera de la ciudad, se halla el venerable cenobio, donde actualmente se ve la airosa palmera que se yergue del sepulcro del mártir de Cristo Uluinga, príncipe de la milicia cristiana, el cual, habiendo cambiado su nombre por el de Enrique, hace setenta años terminó su vida en Cristo en este mismo lugar, junto con su escudero; y ahora, canonizado por divina revelación, goza de la gloria temporal y eterna (22). Luego el río Tajo, descendiendo hacia el austro, se recoge en un largo seno que sirve de refugio segurísimo a innumerables embarcaciones. Es de notar a este respecto que las naves que quieren entrar en el puerto lo hacen con rapidez y seguridad bajando por la parte izquierda de la costa, y una vez recibidas en las bocas del río ascienden al monte de la parte opuesta,

salvando así un escollo de 50 codos oculto bajo el agua situado en la orilla izquierda (23).

Congregadas, pues, en este puerto muchas naves y reunido el consejo de todo el ejército y el pueblo de la ciudad, el obispo de Lisboa les dirigió la palabra, intentando persuadirles de que se quedasen en España para expugnar la fortaleza de Alcácer a los enemigos de la Iglesia, asegurando con gran acopio de razones que sería una empresa útil y honrosa. Les ofreció el apoyo de sus propias mesnadas y el auxilio de los reyes de aquella tierra, asegurándoles ganancias sin cuento y haciéndoles ver que aun sin ellas la demora en el país les sería en todo caso ventajosa, no sólo a causa de la abundancia de todo género de cosas que allí podrían comprarse, sino también debido al retraso de los reyes y príncipes que habían emprendido el camino por tierra, los cuales en aquel año no llegarían a Tierra Santa. Añadió a estas razones otras no menos plausibles. Pero a todas ellas se opuso una gran parte del ejército, principalmente los frisonos, alegando otros argumentos en contrario, sobre todo haciendo hincapié en el hecho de que el papa Inocencio, en el Concilio, había rechazado la petición formulada por aquel mismo obispo de que les fuera permitido a las tropas expedicionarias detenerse en España, al tiempo que le hizo saber que la defensa y recuperación de la Iglesia había de comenzar por la cabeza (24).

Dividido el ejército en dos bandos, el jueves 27 de Julio, después de la festividad del Apóstol Santiago, salimos todos juntos del puerto de Lisboa, y mientras la mitad de las naves ponía rumbo a Tierra Santa, la otra mitad se dirigió a expugnar la ciudad de Alcácer (25). Nosotros, dejando por lo tanto la ciudad a nuestra izquierda, pasamos el Cabo de S. Vicente y el Cabo de Segres (26). Alvor y también Silves, ciudades conquistadas en otros tiempos por los nuestros (27), así como las plazas fuertes de Almadena y Albufeira (28). Y enfilando a la izquierda, delante del puerto de Santa María, que ahora se llama Hairin, faltos de viento, arrojamos las anclas de 25 naves. Allí pasamos la noche, y a la mañana recibimos con alegría a los compañeros que, durante la noche, se habían dispersado y separado de nosotros. Reunidos de nuevo izamos las velas con el propósito de continuar nuestra ruta, pero de pronto, defraudados en nuestro deseo por la falta de viento, nos decidimos a echar otra vez en la arena las anclas. Luego llevamos a tie-

rra las embarcaciones de menor calado y deliberamos sobre la manera de asediar la ciudad. Y como estuvieran divididos los pareceres, al atardecer, los frisones, ignoro si llevados de su natural impetuosidad o si inflamados por divina inspiración, alzando sus estandartes al cielo e invocando en sus cantos a la bienaventurada Virgen María para que viniese en su ayuda, atacaron audazmente a los enemigos apostados en los campos y se lanzaron contra la ciudad. Sorprendidos por tan repentino ataque, los enemigos se dieron a la fuga, y en el momento que los nuestros se acercaban a las puertas, vieron a un sarraceno descolgándose por la muralla. Muerto al instante por una saeta que le arrojó un frisón, éste, con aquella misma cuerda pasó sobre el muro, y, clavando una enseña en lo más alto de una torre, recibió a sus compañeros con las puertas abiertas de par en par. Pasaron toda la noche ocupados en el saqueo, y a la mañana, abandonando la ciudad, regresaron a las naves con enorme botín. Aunque aquella noche había cubierto el cielo de negras y espesas nubes, sin embargo muchos declararon haber visto en el aire la imagen de la Virgen congratulándose y felicitándoles por tal castigo. Estaba no obstante esta ciudad muy bien fortificada, circundada de agua por todas partes, y toda ella defendida por una muralla torreada, tan ancha y sólida que en su parte superior podrían contender cómodamente dos jinetes a caballo. Esta desolación aterrorizó de tal modo al vecindario que nadie se atrevió a buscar la salvación en la defensa (29).

Después de esta acción, el primero de agosto, día de San Pedro «ad vincula», reanudamos nuestro derrotero, dejando a la izquierda todas aquellas ciudades y plazas fuertes, a saber: Olhao (?), Armona (?), Cacela, Saltes, así como Arena de Santa Eulalia con la Gran Hispalis. Al día siguiente, 2 de Agosto, llegamos a Rota. Echadas las anclas, saltamos prestos a tierra. Dándose a la fuga sus ciudadanos, los nuestros invadieron el castillo, y, después de desvalijarlo e incendiarlo permanecieron allí toda aquella noche. Al amanecer muchos regresaron a las naves con los despojos, mientras otros, con esperanza de lucro, se dispersaron imprudentemente por entre las viñas, de modo que los sarracenos, que se habían reunido en el transcurso de la noche en gran cantidad, los atacaron. Y en estas escaramuzas hubo algunos muertos por ambas partes, hasta que, con los refuerzos, los nuestros, aun siendo pocos, pudieron hacer frente durante todo aquel día a gran número

de atacantes. Con algunos de los nuestros murieron muchos enemigos alcanzados por los disparos de los arqueros y de los balistas. Cuando el sol se acercaba ya al ocaso, los sarracenos, congregados en gran número y tras larga deliberación, levantando estruendosa algarabía, como si estuvieran dispuestos a confiarlo todo a la fortuna, nos atacaron con gran ímpetu, pero rechazados y puestos en fuga muy pronto, recibieron por la espalda un vergonzoso castigo. Luego los nuestros se replegaron a las naves confiando la retirada a los balistas. Estos, después de rechazar el acoso de los bárbaros, fueron los últimos en embarcarse, mereciendo así la primera y última corona de la victoria. Concluida la operación, mientras los victoriosos modestamente se rebajaban encareciendo el valor de sus camaradas, en la gloria se acrecentaba, entre los más cobardes, la audacia de la lengua (30).

Al amanecer del día siguiente, viernes 4 de Agosto, levantamos el sitio y enfilamos las proas contra la isla de Cádiz, y una vez entrados en el puerto, con la arrogancia que siempre nace de las cosas prósperas, saltamos a tierra, y a la ciudad de este nombre, defendida por una muralla y múltiples torres, la asediamos. Sus habitantes se refugiaron en el extremo de la isla, y así la ciudad desolada recibió a sus enemigos como consuelo de su soledad. Y nos apoderamos de sus espléndidos edificios, tanto por su arte como por los materiales con que estaban contruidos, de sus viñas y pomares. A continuación nos dedicamos a talar las huertas y las cepas, las higueras, los olivos y todas las otras clases de árboles frutales. Y la mezquita, levantada con tantos dispendios y ejecutada con tanto ingenio, la demolimos hasta los cimientos, y las vistosas maderas policromadas, una vez despojadas de sus floridos ornamentos, las destinamos a satisfacer nuestras necesidades. Permanecimos allí hasta el lunes 7 de Agosto, y repletos de botín, lo que restaba de la ciudad lo condenamos al fuego (31).

Izamos luego las velas, y a la vez con viento y vela volamos hasta las angostas fauces del mar del Estrecho, donde, oponiéndonos el viento solano, pasamos la noche sobre las anclas. Por la mañana, obligados por vientos furiosos a volver a la isla de Cádiz, sufrimos muchos daños y pasamos grandes peligros y zozobras. Hasta que, tras cuatro días continuos de ascender al cielo y descender a los abismos, juguetes de las olas en frente de la isla, no tuvimos más remedio que dejarnos llevar de los vientos y encomen-

darnos al proceloso mar, pues en el extremo de nuestro temor resolvimos que lo más seguro era atenernos a aquello de Séneca a Lucilo: «En las tempestades nada hay más terrible para los navegantes que la tierra». Así, al amanecer del sábado 12 de Agosto, recogidas las anclas, pero dejando muchas cosas en el fondo, nos decidimos con 86 naves a abandonar la rada, y, rompiendo con la unidad de propósito, forzados por el artículo urgente de la necesidad, nos dejamos ir adonde quiso llevarnos el espíritu de los vientos y el ímpetu de la borrasca. Pero no sin peligro entramos en el puerto de la gran Hispalis, que ahora se llama Sevilla. Sin embargo el Señor, que abate y levanta, que humilla y sublima, en aquel mismo día mudó los vientos en nuestro favor y condujo el resto de las naves y a nuestros compañeros por el camino que ellos deseaban. Pero sin ánimo para abandonar el puerto, pasamos allí dos noches. Por fin al tercer día desplegamos las velas y, en aquel mismo día, oscureciendo ya, entramos en las horribles fauces del Estrecho, allí donde, con montes que casi tocan al cielo, fácilmente se divisan, a uno y otro lado, Europa y Africa (32). Allí está Mutemuda, ciudad de Africa, y por la parte occidental de los montes, en el lado opuesto, Tarifa, plaza fuerte de España. La distancia que las separa es tan pequeña que el tránsito de una a otra se verifica en muy corto tiempo. Al oriente, en Africa, se divisa la ciudad de Ceuta, a la que se opone, en el lado opuesto de España, Málaga (33).

Abandonamos al fin aquella vasta cárcel, y el 15 de Agosto, día de la Asunción, asumidos en las alas del céfiro, no tuvimos la sensación de navegar, sino de volar, hasta el punto de que los que estaban acostumbrados al mar y a sus trabajos, juraban no haberse visto nunca con tan airados elementos ni arrebatados por tan horribles temporales. Y así, aunque a Barcelona se llega navegando siempre sin perder de vista las costas de España, nosotros sin embargo, impulsados por vientos tan apremiantes, nos apartamos demasiado, y al cuarto día fuimos a parar a la isla de Ibiza, donde, al darnos cuenta de la desviación, vueltas las proas, pusimos de nuevo rumbo a la costa, y al tercer día llegamos a la ciudad de Tortosa, en la desembocadura del Ebro, río que señala el límite de los árabes y el término de los cristianos, y que penetrando con sus aguas dulces en las salobres, las suaviza y hace bebibles. Allí, pues, dejando a los sarracenos a nuestra espalda, conseguimos la liber-

tad y el agua potable, y con la nunca mejor probada verdad del viejo proverbio de que agua y libertad se aprecian tan sólo cuando faltan, alabamos al que lo inventó. Pues nos había faltado el agua; y muchos de los nuestros, abrasados por el calor de la sed, de las fiebres y de las disenterías, tentados estuvieron a saciarla en el agua amarga del mar. Unos habían rastreado un poco de humedad en los posos de las vasijas; otros habían exprimido con las manos alguna clase de fruto, buscando cada uno remedio a su necesidad; otros habían chupado las heces del vino y de la cerveza; y hasta hubo algunos que, a causa de la mala compañía del hambre y de la sed, habían llegado, en la amargura de sus almas, a comer amarguísimos panes amasados con agua del mar (34).

Después de haber pasado dos días disfrutando de las aguas dulces, nos aparejamos para la partida, y con vientos prósperos dejamos Tarragona a la izquierda, además de otras muchas fortalezas, y el 23 de Agosto, víspera de San Bartolomé, llegamos a Barcelona, donde nos regocijamos con el encuentro de otros compañeros, y a pesar de la fatiga de nuestros cuerpos, con vientos que nos invitaban a continuar la navegación, salimos de allí y tocamos en el puerto de San Feliu de Guixols, a ocho millas de distancia, en territorio de Cataluña (35). Reunidos con los compañeros que habían hecho también escala en este puerto, proseguimos todos juntos en dirección a Marsella. Pero rechazados de la costa por los duros vientos del septentrión, nos acogió en su seno el puerto de San Mendrian, distante un día de Marsella. Este puerto, comprendido entre dos montes altísimos, tiene a su derecha la ciudad de Tolón. A la izquierda se ve la capilla del santo mártir, la cual, aunque de grosera arquitectura, es sin embargo de mucha santidad (36). Transcurridos quince días allí, reanudamos nuestra ruta, y, dejando a la izquierda las ciudades de La Garde, Giens y Antibes, el 17 de Septiembre, festividad de Sal Lamberto, entramos en el puerto que llaman de Oliva, separado de Niza por un monte interpuesto en la parte occidental y con una fortaleza construida en su altísima cumbre (37). Aquí pasamos ocho días, al cabo de los cuales, dejando a la izquierda las famosas ciudades de Génova y Pisa, e innumerables fuertes, y a la derecha las islas de Cerdeña, Córcega, Capraia, Gorgona y Elba, y muchas otras, llegamos a la frotaleza que llaman Piombino, en el territorio pisano. Desde allí, transcurridos otros ocho días, pusimos rumbo a Messina, pero acuciados por

vientos contrarios, el 9 de Octubre, fiesta de San Dionisio mártir, entramos, no sin gran peligro, en el puerto de Civitavechia, que en otro tiempo se llamó Centumcollis. Desde aquí, por lo limitado del tiempo y de la multitud de embarcaciones, las cuales, a causa de la estrechez del puerto, chocaban unas con otras, salimos con 18 naves y fondeamos en el puerto cornetano. Corneto, llamado así por sus ciruelas silvestres, es una plaza fuerte del Papa, fundada sobre el territorio perteneciente al patrimonio de San Pedro, distante tres millas del mar y a dos de Roma. Así, pues, los ciudadanos de Corneto nos hicieron un honroso recibimiento, y nosotros, protegidos con el salvoconducto de seguridad que nos dieron, procuramos disponer de todo lo conveniente para el alivio del invierno. El Papa nos recibió con afabilidad y se regocijó no poco al enterarse del valor y audacia de los frisonos en la destrucción de las ciudades de España. Y accediendo a nuestros ruegos, su santidad nos permitió ver por dos veces en el espacio de pocos días la Verónica del Señor. Además con mucha diligencia y bajo amenaza de excomuniación, en sus cartas dirigidas a los habitantes de Corneto, Biterbo, Toscana, Vetralla y otras ciudades vecinas, les ordenó que nos trataran con lealtad en todo lo tocante al comercio, contratos y demás necesidades. Y esto fue respetado estrictamente por todos (38).

Transcurrido que fue el invierno, en el inicio de la primavera, víspera de San Benito (20 de Marzo de 1218), con el beneplácito de los cornetanos y en presencia del corregidor, del senado y de toda la comunidad de los ciudadanos, sacamos del puerto las naves al mar. Y los que con tanta honra nos habían recibido, queriendo poner a este buen principio mejor fin, nos despidieron con mucha más. Para este efecto, una infinidad de personas de uno y otro sexo, con aparato y gloria, portando 48 banderas y estandartes, bajaron hasta la orilla del mar, y allí, reunidos en asamblea, formando un círculo, el corregidor cornetano, hombre prudente y muy instruido en leyes, habló con mucha elocuencia de la fidelidad y valentía de los frisonos, ofreciéndonos espontánea e inmediata satisfacción si en algo nos habían faltado. Y a los de Corneto, Biterbo, Toscana, Siena, Vetralla, Montalto, Montefiasconi y otros, que se habían apresurado a alistarse como cruzados y se disponían a embarcarse con nosotros camino de Tierra Santa, los confió a nuestra seguridad y les mandó que se mantuvieran en todo bajo nuestras órdenes. A continuación, el mismo senador, extendiendo

con su mano el estandarte mayor, en señal de autoridad y dominio, hizo que todos los latinos prestasen juramento, para que en todos los asuntos de la paz y de la guerra nos obedecieran como a sus padres.

Nosotros por nuestra parte, al tomar la palabra para responder, le manifestamos nuestro agradecimiento por todos los beneficios recibidos y por el afecto con que nos habían tratado hasta el último momento, por la ecuanimidad que habían mostrado al consentir que cortáramos madera y leña en sus bosques, cosa por lo demás vedada a sus propios ciudadanos. Les agradecimos también su hospitalidad y la gran sinceridad y nobleza con que nos habían tratado en las cosas relativas al comercio, la humanidad con que habían visitado a nuestros enfermos, procurando remediar sus dolencias, ya fuera con remedios caseros ya fuera recurriendo a la pericia de sus médicos, ofreciéndoles asilo en sus casas o distribuyendo a cada cual lo que necesitaba. Recordamos con cuánta piedad habían llorado a nuestros muertos, como si se tratara de sus propios hijos, honrando sus sepulcros como si fueran los de sus santos (39).

Finalmente, pidiendo a Dios que les retribuyera todos estos beneficios y a nosotros, en nuestros trabajos, no nos desamparara, no sin lágrimas nos separamos de ellos, y el 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación, izamos las velas y navegamos sin contratiempo durante el día y la noche, hasta que vientos adversos nos hicieron retroceder de nuevo al puerto de Civitavechia. Desde allí, el martes 27, hinchadas las velas bajo el soplo del aquilón, dejamos a la izquierda Ostia Tiberina, Gaeta, Bayas, Nápoles, el Principado, Apulia, Calabria y Sicilia, a donde nos dirigíamos. Después de seis días de navegación, el lunes 2 de Abril, fatigados por los muchos peligros a causa de la ignorancia del práctico que llevábamos, conducidos más bien por Cristo que por otro, llegamos a una isla llamada Lampedusa, distante tan sólo 50 millas de Berbería. Allí por suerte encontramos una galera de corsarios genoveses, los cuales venían de razziar en Berbería y llevaban a bordo cautivos sarracenos, pero sorprendidos por una tempestad se habían visto obligados a buscar refugio en aquel puerto, mientras esperaban a los demás compañeros, de los que se habían separado. Informados por ellos de nuestro error y del peligro que nos amenazaba, el miércoles 4 de Abril, con trescientas millas a nuestra espalda, enfilamos las proas

en dirección a Sicilia. Después de haber recorrido ciento veinte millas llegamos a la isla de Malta, y dejándola a nuestra derecha, el viernes día 6, alcanzamos felizmente la ciudad de Siracusa, distante ciento sesenta millas de Malta. Es Siracusa sede episcopal, al oriente de Sicilia, entre Marsala y Catania. Allí celebramos la festividad del Domingo de Ramos (8 de Abril) de acuerdo con los cánones de esta iglesia, los cuales se atienen en todo al rito latino (40).

El miércoles 11 dejamos Siracusa, y con vientos prósperos pero demasiado fuertes, el día 15, domingo de Pascua, echamos anclas frente a la isla de Creta por la parte occidental, y allí nos mantuvimos toda la noche, juguetes de las olas y las borrascas, protegidos, más allá de toda esperanza, por la misericordia de Dios. Por la mañana nos acercamos a la isla llamada Sikilon tan sólo con tres naves, dos de las cuales permanecieron en el puerto con las anclas tenazmente sujetas. Pero nosotros, no pudiendo anclar y arrojados del puerto por vientos contrarios, buscamos refugio en la parte septentrional de Creta, a donde llegamos hacia el atardecer. Desde allí, navegando toda la noche con viento próspero, al segundo día llegamos, a la caída de la tarde, a la ciudad de Candía. En esta ciudad recibimos diligentes y precisas instrucciones por parte de los guardacostas de la isla, con el objeto de saber por cuáles estrellas y por qué zona del cielo habríamos de orientarnos para llegar a San Juan de Acre. Poco después de la puesta del sol dejamos el puerto de Candía, y, halagados más por los vientos y por el mar que por el propio deseo, tras siete días de navegación, el 26 de Abril de 1218, un día después de la festividad de San arcos Evangelista, entramos alegres en el puerto de Acre. Dimos gracias a Dios, no las que debíamos, sino las que pudimos, pues aunque nos vimos apartados de la humana sociedad, El, con el auxilio de su amor, no sólo no nos privó de su consuelo, sino que, habiéndonos otorgado al fin el descanso del cuerpo tras muchos trabajos, pareció que nos había querido dar a entender claramente lo que será el descanso futuro de las almas bienaventuradas una vez superados los peligros del mundo. Y así nos ayudó también a conservar siempre presentes en la memoria los peligros que entonces hubimos de arrostrar (41).

TEXTO LATINO Y GLOSAS

(1) ANNO DOMINICE INCARNATIONIS M.CC.XVII PONTIFICATUS DOMNI
HONORII PAPE SECUNDO, ULTIMO DIE MENSIS MAII,

Honorio III (1216-1227), sucesor de Inocencio III (1198-1216). Inocencio había encomendado la predicación de la Cruzada fuera del distrito de Colonia al maestro Oliverio. En cumplimiento de este encargo, Oliverio recorrió, desde finales de 1213 hasta el verano de 1214, las diócesis de Lieja y Utrecht, la región de Brabante, Flandes y Frisia. En su *Historia Damiatina*, ed. de Hoogeweg, p. 174, nos habla de las cruces maravillosas que aparecieron en el cielo con ocasión de las clamorosas predicaciones que hizo en Bedum, Surhuizen y Dokkum. La dirección en que se movía una de estas cruces venía a confirmar y señalar la meta hacia la que habrían de dirigirse los cruzados. En el Concilio Lateranense de 1215, en el que Oliverio tomó parte, se acordó que en el verano siguiente las fuerzas expedicionarias se reunirían en determinados puertos del Reino de Sicilia (Potthast, *Reg. Pont.* I, 5012. Bula 14 Dic. 1215). El 8 de enero de 1216 repite la orden, encargando a los cruzados de las provincias de Colonia, Maguncia y Tréveris que estuvieran preparados para reunirse el 1.º de junio en los puertos de Brindis, Messina y otras partes vecinas (Potthast, *Reg. Pont.* I, 5048). La muerte de Inocencio el 16 de julio de 1216 puso un pequeño paréntesis en los planes del incansable papa, los cuales fueron reanudados inmediatamente con no menos ardor por Honorio. El 27 de enero de 1217, este papa exhorta ya a los cruzados de Colonia para que en el próximo mes de abril se dirijan a los puertos señalados en el Concilio (Potthast, *Reg. Pont.* I, 5435). La orden fue cumplida casi sin dilación. Los de Tréveris estaban ya dispuestos a partir por Pascua (26 de marzo) o el 1.º de mayo (MGH.SS., XVI, 675). Tomaron parte en esta expedición, además de los cruzados reclutados en la región del Maas y del Rhin, otros procedentes de las regiones de Westfalia y Sajonia, amén de los frisones de nuestra expedición, enardecidos por la elocuencia de Oliverio.

(2) *NATALES FINES ET ARUA DULCIA LINQUENTES,*

Alusión casi literal al tercer verso de la *Egloga primera* de Virgilio: «nos patriae fines et dulcia linquimus arua».

(3) *PRIMICIAS PEREGRINATIONIS NOSTRE LIBAUMUS EI, QUI PEREGRE PROFICISCENS SUIS BONA SUA QUANDOQUE CUM USURIS REPETERE DISTRIBUIT.*

Texto alusivo a Cristo en la «parabola talentorum», Math. 25,14-30: «Sicut enim homo peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua» (= Porque es como si uno al emprender un viaje llama a sus siervos y les entrega su hacienda, etc.). Véase también *Evang. secund. Luc.* 19,23: «ut ego veniens cum usuris...». Con este texto se alude a la protección y seguridad de bienes pertenecientes a aquellos que, en servicio de cruzada, se ausentaban de su patria. El autor anónimo, que parece hacer las citas de memoria, se complace en agrupar simultánea o paralelamente pasajes clásicos y bíblicos. La palabra «peregrinatio» tiene también, como aquí, el sentido de expedición militar a un país foráneo. Los peregrinos alistados en la Cruzada (*cruci signati*) son los soldados o guerreros (*milites*) que participan en una expedición (*expeditio*) contra sarracenos (*sarraceni*) o paganos (*pagani*).

(4) *PER HOSTIUM ITAQUE LAUICE FLUMINIS IN ALTUM EMISSI, VENTIS USI PRO UOTO SECUNDIS, DIE TERCIO ANGLIAM UIDIMUS. QUAM PRE OCULIS ET A DEXTRIS HABENTES, INSULAM QUE DICITUR WICH VENIMUS, QUE MARI EXCEDENTE DIUISA AB ANGLIA PER SE FACIT INSULAM, SED DEBITAM ANGLIE SERUAT OBEDIENTIAM.*

El Lauwer desemboca en el Lauwerszee, frente al grupo de las islas de la Frisia Occidental, en Holanda, no lejos de las ciudades de Leeuwarden y Groningen. La mayor parte de estos peregrinos procedía de la comarca frisona al Este del Flie, «gente indomable» (MGH.SS., XVI, 702), que se regía independientemente o que estaba bajo el dominio de una nobleza originaria del mismo territorio. Otros cruzados procedían de la diócesis de Bremen (Kurth, *op. cit.*, p. 220). El día 2 de junio divisaron las costas inglesas y alcanzaron la isla de Wight, sujeta a Inglaterra. La flota renana y flamenca congregada en Vlaardingen, por debajo de Rotterdam, se había dado ya a la vela el 29 de mayo y llegado a Dartmouth el 1.º de junio, dos días antes de los frisonés.

(5) *SEQUENTI AUTEM DIE SABBATI DEUTENMUTHA PERUENIMUS, UBI PORTUS INTER DUOS MONTES ALTOS SINUOSO NOS COLLEGIT AMPLEXU,*

Los frisones, embarcados el 31 de mayo, después de hacer escala en la isla de Wight, entraron en el puerto de Dartmouth el 3 de junio. A su salida hasta llegar al puerto inglés no iban mandados probablemente por ningún jefe supremo, o al menos el relato no lo nombra. Todos eran peritos y audaces navegantes. Tampoco se menciona jefe alguno cuando, determinados Guillermo de Holanda y Jorge de Wied a detenerse en Portugal para el asedio de Alcacer do Sal, los frisones prefirieron continuar el viaje a Palestina.

(6) *UBI HOLLENDIE COMITEM ET COMITEM DE WETHA CUM MULTIS VIRIS NOBILIBUS CC ET XII NAUIBUS ADUECTOS INUENIMUS.*

Guillermo I (1165-1223), hijo de Florencio III. Tomó parte en la Cruzada de 1189, y en 1203 se proclamó Conde de Holanda, en contra de los derechos de Ada, hija de su hermano mayor Teodorico VIII de Holanda, muerto en 1201, a la que éste había designado como heredera. En el curso de las sangrientas disputas surgidas por esta herencia, Guillermo fue excomulgado por el arzobispo de Tréveris Teodorico. Parece que el conde se determinó a participar en la Cruzada de 1217 con el objeto de hacer abortar los planes reivindicativos de su adversario Ludovico de Looz, casado con Ada. Como se sabe, nadie podía entrar en las posesiones de un participante en la Cruzada. Por orden de Oliverio, el abad de Werden en el Ruhr, Heriberto de Büren, le levantó la excomuni6n, no se sabe si antes de la expedici6n o en el curso de la misma. Honorio le absolvi6 el 4 de diciembre de 1218 (Kurth, *op. cit.*, p. 219). El Conde de Wied ostentaba el t6tulo de «mariscal de Colonia» (*marscallo Coloniensi*). Se llamaba Jorge y era hermano del arzobispo de Tréveris Teodorico. Entre los varones nobles que iban en la expedici6n figuraban, seg6n la Cr6nica de los cruzados renanos (*Gesta cruci genorum Rhenanorum*, ed. de R. R6hrich en *Scrip. min.* 37), los hermanos del conde de Wied («fratres suos»), uno de los cuales, al parecer, se llamaba Gerardo, y al que esta fuente confunde, sin duda, con Jorge, llam6ndole «comite Gerardo semper duce» (*Rhen.*, 33). Otra personalidad destacada era Heriberto de Büren, abad de Werden en el Rhur desde 1196 a 1228. Había sido partidario de Ott6n IV, con el que se le encuentra a menudo. La abadía de Werden tenía ricas posesiones en Frisia, y de ahí sus buenas relaciones con los Países Bajos (Kurth, *op. cit.*, p. 219). Las fuentes sobre la expedici6n no nos dan más nombres. En cuanto al número de 212 naves de que se componía la flota renano-flamenca reunida en Dartmouth, el manuscrito que poseemos de la *Cr6nica* de Em6n no deja lugar a dudas. Así lo leyó también Ubbon Emmio: «Praecesserat vero eos classis alia ingens ducentarum et duodecim omnis

generis navium ex omni ora maritima collecta» (*Rerum Frisicarum Historiae*. Franekeræ, apud Aegidium Radaeum, 1605, lib. octavus, p. 313). No comprendemos, pues, el error o lapso cometido a la vez por Weiland y Röhrich, que transcriben tan sólo «112». Esta equivocación llevó a Kurth a dar por buena la cifra errónea e incluso a defenderla con varias razones frente al testimonio unánime y concorde de las restantes fuentes (Kurth, *op. cit.*, p. 219, n. 7). Así *Rhen.*, 29: «peregrini se et sua Deo commendantes, oppansis velis, cum trecentis fere navibus leti mare conscendunt». Y lo mismo Cesario de Heisterbach, VIII, 66: «trecentis fere navibus». Esta cifra procede con toda seguridad de Oliverio, que estaba por lo demás bien informado. Pues en su *Hist. Dam.*, pp. 172-173, da aproximadamente ese mismo número: «A principio predicationis crucis Christi provincia Coloniensis... fere trecentas naves preparavit, quorum quedam remanserunt, quedam vi tempestatis perierunt, sed maior pars pervenit Ulixbonam cum magna virtute bellatorum». En realidad fueron muy pocas las naves que se perdieron. Ese número parece que era el que estaba previsto para la diócesis de Colonia, puesto que en la carta de Oliverio al conde de Namur en 1214 ya había dado ese número redondo: «Sciatis autem, tot naves preparari ad expeditionem Jesu Christi, quos credimus de sola provincia Coloniensi amplius quam trecentas naves onerarias profecturas, replendas viris bellatoribus, armis et victualibus ac instrumentis bellicis» (*op. cit.*, p. 286). Ciertamente el número de las naves reclutadas en la provincia y que llegaron por el Maas al puerto de Vlaardingen para dirigirse desde allí a Dartmouth, si hemos de creer al relator de «Floridus Hortus», no llegaba a trescientas. Pero si a las 212 que da se le suman las 80 u 86 que componían la flota frisona: «cum octoginta navibus vel paulo plus» (*Rhen.*, 31), se redondea casi exactamente la cifra aproximada de 300 dada por Oliverio.

(7) *UBI CONSILIO PRUDENTIORE PROMULGATIS LEGIBUS IN EXERCITU SERUANDIS, OMNIBUS QUOQUE AD SALUTEM ANIMARUM ET PACEM PERTINENTIBUS RITE DISPOSITIS,*

No conocemos el contenido de estas disposiciones encaminadas a mantener la salud del alma y el orden y disciplina en el ejército. Pero no debieron de ser muy distintas a las que se promulgaron en este mismo puerto de Dartmouth con motivo de la expedición y toma de Lisboa en 1147: «insuper leges severissimas sanxerunt, ut mortuum pro mortuo, dentem pro dente. Pretiosarum vestium omnimodum apparatus interdixerunt. Ne item mulieres in publico prodirent. Pacem servandam omnibus nixi ex indicto iniurias. Ut singulis hebdomadibus capitula serventur, seorsum a laicis, seorsum a clericis, nisi forte magna quedam utrorumque coniunctionem exigent. Ut singule naves singulos presbyteros haberent, et eadem que in parrochiis observari iubentur. Ut nullus alterius nautam vel servientem in convictu suo retin[er]et. Ut singuli

singulis hebdomadibus confiterentur et die dominico communicarent. Et sic per cetera capitula usui nostro necessaria, singule singulis observationum sanctiones. Constituti sunt preterea de unoquoque milleno duo electi, qui iudices et coniurati dicerentur, per quos ex indicto constabulariorum causarum terminatio peccuniarumque distributio fieret» (*De expugn. Lyxbonensi*, ed. Ch. W. David, p. 56). (=Se dictaron además leyes severísimas, como por ej. muerte por muerte, diente por diente. Se prohibió lucir vestidos costosos, así como que las mujeres apareciesen en público. Se mandó que nadie alterara la paz, salvo en caso de injuria manifiesta. Que todas las semanas hubiese reuniones de laicos y de clérigos por separado, a no ser que las circunstancias exigieran que se tuviesen en común. Que cada nave llevara un sacerdote, y que en cada una de ellas rigieran las mismas normas que rigen en las parroquias. Que nadie retuviera marinero o criado de otro en su servicio. Que todos se confesasen una vez por semana, y el domingo comulgasen. Y así sucesivamente se fueron estableciendo las sanciones correspondientes a los restantes artículos cuya observancia habíamos de guardar. Por cada mil hombres fueron elegidos dos, para que como jueces y jurados, dirimieran los litigios y visaran la distribución del dinero de acuerdo con las órdenes emanadas de los condestables). Sobre las *leges pacis*, véanse algunas cartas municipales de Flandes, Francia y Alemania citadas por Ch. W. David en la nota 5, pp. 57-59 a este objeto. En el *Carmen Salaciae* de Goswino se alude también a las disposiciones juramentadas de nuevo por el ejército en San Mateo: ..., *Faram* (¿Francia?) / *Venerunt plures, dampna tulere prius. // Hic mora fit, naves coeunt, iuratur in unum, / Dux legitur; statuit iura tenenda suis* (v. 29-32).

(8) *COMES DE WETHA PREDUX TOCIUS CLASSIS EST ELECTUS, POSTERIORE CUSTODIA COMITE ⁽¹⁾ HOLLANDIE DEPUTATA, QUEM DUCEM ET DOMINUM IAM TOTUS SIBI DELEGERAT EXERCITUS.*

En el códice B se corrigió «comiti Hollandie». En el A se repara la lectura con admiración sobre la «e» y subpuntuación de la «r». La elección del conde de Wied como «predux», y la del conde de Holanda como segundo de a bordo, así como la promulgación de las ordenanzas que quedan referidas, todo eso debía de estar preparado ya con antelación a la llegada de los frisonos a Dartmouth (3 de junio), pues, como se dice a continuación, el conde de Wied se hizo a la mar al día siguiente. Aunque aparece aquí como jefe principal de toda la escuadra, de hecho no mandaba, cuando salió de Dartmouth el 4 de junio, más que las naves de la provincia de Colonia, mientras que el mando del resto de la flota, incluida la frisona, lo llevaba el conde de Holanda, que zarpó al día siguiente. En realidad se puede comprobar aquí la rivalidad existente entre los colonienses por una parte, y los flamencos y frisonos por otra. Pues mientras la *Gesta Rhen*, 33, llama al conde de Wied frente a las murallas de

Alcacer do Sal «semper duce» de los westfalianos, sajones, renanos y nussiensens, nuestra fuente le otorga ya al principio este título al conde de Holanda: «quem ducem et dominum...». Como se dice más adelante, al llegar las dos escuadras al puerto de San Mateo el 11 de junio, sin duda por decisión de los frisonos, se leyeron de nuevo las disposiciones y el ejército juró acatarlas; se invirtieron los mandos y el conde de Holanda pasó a ser legal y definitivamente el jefe supremo de la armada, mientras el conde de Wied, que asume la sub Jefatura, aparece ahora con el título de mariscal de Colonia. En una carta dirigida al Papa desde Lisboa, Guillermo de Holanda se da el título de «cruce signatorum comestabulus» (*MG. Epis.* I, nro. 36).

(9) *DIE IGITUR DOMINICO ALIQUANTUM AERE PERTURBATO PROPTER DIES INTERLUNARES SEMPER NAUJ-(col. 26) GANTIBUS SUSPECTOS, COMES DE WETHA VENTIS SUADENTIBUS SE MARI COMMISIT CUM MULTIS NAUIBUS. QUIBUS VENTO OPPOSITO, NEBULIS ET IMBRE DISIECTIS UNA IN SCOPULOS INCIDIT BRITANNIE, QUE SALUIS HOMINIBUS CUM MULTA RERUM IACTURA DEPERIIT.*

Los frisonos, buenos conocedores de la meteorología marítima, retrasaron un día la salida de Dartmouth. Sobre la pérdida de esta nave del conde de Wied nos informa exactamente la *Chron. reg. Colon*, p. 340: «Tercio Non. eiusdem mensis perveniunt ad mare Britannicum, ubi inter rupes in mari latentes navis de Monnheim confracta est. Unde reliquis navibus anchoras in Fine-posterne apud Sanctum Matheum figentibus, homines naufragi per batos de rupe, quam ascenderant, sunt educti». En la otra versión, el nombre del Cabo Finisterre de la Bretaña francesa se traduce así: «in finibus terrarum, quod vulgari nomine Fineposterne dicitur». El término «batos» equivale a «botes», embarcaciones pequeñas y ligeras, al. «Boot», in. *boat*. La nave rota en los escollos ocultos a flor de agua o no visibles a causa de la niebla, en la costa bretona, procedía de Monheim, lugar de la Baja Renania entre Worringen y Zons (Kurth, *op. cit.*, p. 221, n. 5). La fecha «Tercio nonas» = 3 de junio, adelantando un día la salida, es sin duda falsa, pues es la de la llegada de la flota frisona al puerto inglés.

(10) *NOS IGITUR SEQUENTI DIE CUM COMITE HOLLANDIE BRITANNIAM ADVERTENTES, QUARTA FERIA PORTUM SANCTI MATHEI ATTIGIMUS, UBI SECUNDO PERLECTIS CONSTITUTIONIBUS, TOTUS EISDEM LEGIBUS SERUANDIS SE ASTRINXIT EXERCITUS.*

Las naves con rumbo a la Península Ibérica se dirigían primeramente al Finisterre bretón, para desde allí enfilarse en línea recta al Finisterre galaico, o mejor dicho, al puerto de Faro en La Coruña. Según Adam de Bremen, desde el Cabo Prawle, entre Dartmouth y Plymouth, se llegaba

a San Mateo en un día; desde aquí a Faro, la navegación duraba tres días y tres noches («inde ad Far iuxta Sanctum Jacobum tribus diebus et tribus noctibus»). Desde Faro a Lisboa, dos días y dos noches («inde ad Leskebona duobus diebus et duabus noctibus, et est processus iste angularis totus inter austrum et occidentem»). El trayecto de Lisboa al Estrecho se navegaba en tres días y tres noches («De Leskebone ad Narvese tribus diebus et tribus noctibus, angulariter inter orientem et austrum»). *Narvese*, el Njoerva Sund, es el nombre que los vikingos daban al mar del Estrecho de Gibraltar o «mare strictum». Desde aquí a Tarragona, cuatro días con sus noches («De Narvese ad Arragum quattuor diebus et quattuor noctibus, angulariter inter aquilonem et orientem»). Otro día desde Tarragona a Barcelona («De Arragun ad Barzalun uno die similiter inter aquilonem et orientem»). De Barcelona a Marsella, un día y una noche («fere versus orientem, declinando tamen parvum ad plagam australem»). Desde Marsella a Messina, en Sicilia, cuatro días con sus noches («angulariter inter orientem et austrum»). De Messina a Acre, catorce días con sus correspondientes noches («inter orientem et austrum, magis appropiando ad orientem»). En total 33 días desde Dartmouth a Acre, «caso que tengas» —como dice Alberto Stadense— «siempre viento próspero», cosa que no sucedería nunca. Este itinerario desde Ribe, en Dinamarca, hasta Acre, en Palestina, figura en el escolio 96 del libro IV y último (*Descriptio insularum aquilonis*) de la *Gesta Hammurgensis ecclesiae Pontificum*, del maestro Adam, canónigo de Bremen. Esta obra sobre la sede de Hamburgo fue compuesta entre 1072 y 1076. Si el escolio fuera del propio autor, habría que datarlo entre 1076 a 1080 (MGH.SS.VII, p. 368, ed. de M. Lappenberg). Pero no es probable, pues ello supondría un itinerario a Tierra Santa ya conocido y difundido antes de la primera Cruzada (1096-1099). Hay que suponer, pues, que se trata de una interpolación. La edición y traducción más reciente es la de Werner Trillmich en «Quellen des 9. und 11. Jahrhunderts der Hamburgischen Kirche und Reiches», Darmstadt, 1961, que «repite con algunas simplificaciones la edición de Schmeidler», 1917. Trillmich repite también el error, que ya había subsanado Kurth (*op. cit.*, p. 221), de traducir *Far* por «Kap Váres bei Santiago», p. 437, no tan cerca de Santiago. El *Itinerario* se halla repetido casi literalmente en la *Crónica* o *Annales Stadenses* de Alberto, abad desde 1236 en el convento benedictino de Santa María de Stade, y muerto el 5 de febrero después de 1264, el año hasta donde alcanza su *Crónica* (MGH.SS. XVI, p. 340).

La *Crónica* del rey Ricardo Corazón de León, en la versión atribuida al abad Benedicto de Peterborough, y en la de Rogerio de Hoveden, nos informa del viaje a Tierra Santa de la escuadra compuesta de diez naves del monarca inglés que, con cruzados procedentes de distintos puntos de Inglaterra, Normandía, Bretaña y el Poitou, había salido también del puerto de Dartmouth rumbo a Lisboa el 25 de marzo de 1190. Dice así: «...; y pasaron la Bretaña, dejando a su izquierda San Mateo de *Finibus terrae* [veá. de *Fine Posterne*, en R. de Hov.], y a su derecha, el *mare*

Magnum, por el que se va a Irlanda (*Hiberniam*). Y rebasada ya toda la región del Poitou y la Gascuña (*totam Pictaviam et Gasconiam*) [*et Biscay*, en Rog. de Hov.], cuando llegaron al *mare Hispanicum*, el día de la Ascensión del Señor (6 de mayo), les sorprendió una fuerte y horrorosa tempestad, que en un momento dispersó las naves. Pero mientras la tempestad arreciaba y todos clamaban al Señor en su tribulación, he aquí que el B. Tomás de Canterbury, arzobispo y mártir, se les apareció bien visible por tres veces a tres personas que iban en la nave londinense, y en la que figuraban Guillermo, hijo de Osberto, y Guafrido, orifice de Londres, y les dijo: No temáis, pues yo y el B. Edmundo mártir y el B. Nicolás confesor, hemos sido designados por el Señor para custodiar la flota del rey de Inglaterra, y si sus hombres renuncian a sus depravaciones presentes y hacen penitencia por las pasadas, el Señor les concederá un viaje próspero y los guiará por Su camino. Cuando hubo repetido por tres veces estas palabras, el bienaventurado Tomás se desvaneció de su vista, y al instante cesó la tempestad y el mar quedó tranquilo». Esta nave, al parecer la más zarandeada por la borrasca, después de pasar Lisboa y el Cabo S. Vicente, entró en Silves, conquistada un año antes a los árabes. Los expedicionarios, al darse cuenta que era de cristianos, se acercaron a la ciudad, donde fueron recibidos con agrado por el obispo, la clerecía y el pueblo. Pero como los habitantes de Silves esperaban con temor el ataque del rey de Marruecos para recuperar la plaza, no permitieron que los 80 jóvenes londinenses bien armados continuaran el viaje, y la nave fue desguazada y sus maderos utilizados en obras de fortificación. Pero el rey de Portugal Sancho I les recompensó con otra nave y les indemnizó las pérdidas ocasionadas (*Gesta Regis Henrici II et Ricardi I*, vol. II, pp. 116-118, en *Rer. Britan. Medii Aevi Scrip.*, by W. Stubbs, London 1867, 99/2; y *Chron. magistri Rogeri de Hovedene*, vol. III, pp. 42-44 en *Rer. Britan. Medii Aevi Scrip.*, by W. Stubbs, Cambridge 1870, 51/3).

(11) *SEQUENTI VERO DIE DOMINICO MUTATIS CUSTODIIS COMITI HOLLANDIE PREDUCATUS ET MARSCALLO COLONIENSI POSTDUCATUS COMMITTITUR. PORTUM SANCTI MATHEI LINQUENTES AQUILONI VELA LAXAUMUS, QUI ULIXIBONAM TENDENTIBUS CUM OMNIBUS SUIS COLLATERALIBUS EST UTILIS.*

La navegación rumbo a Lisboa con las velas desplegadas al aquilón y sus colaterales fue feliz, aunque, por la flojedad del viento, demasiado lenta, pues invirtieron seis días en llegar a La Coruña. La *Recensio prior* de la *Chron. reg. Colon.*, ed. Waitz, p. 238, da siete días: «et 7. die navigationis sue prosperante Deo in portum Pharan applicuerunt», sin duda incluyendo en el cómputo el día transcurrido en San Mateo. Los frisonos, reunidos ya con el conde de Holanda, llegaron a San Mateo el día 7 de junio y partieron de allí el día 11, después de haber leído de nuevo e íntegramente las leyes a las que los expedicionarios habrían de ajustarse y haber prestado juramento todo el ejército. Gracias al decidi-

do apoyo de los frisonos, Guillermo de Holanda asumió el mando principal de toda la flota. La travesía del Golfo de Vizcaya, que hicieron sin novedad, era sin embargo una de las más difíciles y peligrosas. En la *Expugnatio*, p. 58, nos ha quedado una descripción estremecedora de los miedos que pasaron los peregrinos y la tripulación en la primavera de 1147 durante esta travesía. Después de dos días de plácida calma, en los que no pudieron avanzar casi nada, el miércoles 28 de mayo se levantó un viento propicio, pero tan fuerte que llevados por la magnitud de las olas y por la agitación del mar podían ver las cumbres de los montes costeros, a los que el autor de la *Expugnatio* llama de una manera muy imprecisa «Balearicam maiorem, scilicet montium Pyreneorum capita», y que, como opina Ch. W. David, p. 59, se trata de alguna parte de los Picos de Europa, o las escarpadas crestas de Los Urriales, que se levantan directamente al sur de Llanes y de los cuales las puntas más visibles son la Torre de Cerredo y el Naranco de Bulnes. A la caída de la tarde rompió con tal violencia la tempestad que las naves se dispersaron en todas direcciones; luego, cerrada ya la noche, a causa de la excesiva oscuridad reinante y de los embates del mar, los marineros, incluso los más osados, empezaron a perder la esperanza de salvarse. «Se oía a trechos», dice el relator inglés, «el horripilante sonido de las sirenas, primero como de llanto, después como de risas y carcajadas, a manera casi de insultos lanzados desde un campamento que hiciese mofa de nosotros» («Audite sunt interim Syrene horribilis sonitus, prius cum luctu, postea cum risu et cachino, quasi insultantium castrorum clamoribus»). Por fin, gracias a la divina clemencia, en el día de la Ascensión del Señor (29 de mayo), aplacada poco a poco la tempestad, los expedicionarios pudieron reagruparse y entrar al otro día (30 de mayo) en el puerto de san Salvador llamado Peña Mala (*apud portum Sancti Salvatoris, qui dicitur Mala Rupis*). Y continúa el texto: «Pues en aquel mismo lugar había una iglesia que fue destruida poco ha por los moros, celeberrima por un cenobio de monjes. Dista 10 millas de la ciudad de Oviedo, donde está la iglesia del Salvador, que guarda las reliquias más valiosas de toda España. En sus cercanías se extiende una provincia montañosa muy celebrada por sus cacerías de animales silvestres y por la diversidad de frutos de su suelo. Sería, pues, placentera, si no se viera afeada por sus propios moradores». Se refiere tal vez a la vida y costumbres primitivas de los asturianos de entonces. Serían poco más o menos idénticas a las de los navarros y vascos, acerca de las cuales el anónimo autor, sin duda francés, del *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*, lib. V, cap. VII, nos ha dejado una pintura bien poco favorable e incluso hostil. La exacta localización de ese puerto bautizado con nombre tan aciago entraña, hoy por hoy un problema insoluble. Kurth, p. 138, cree que pudo ser Gijón.

Pero a través del informe epistolar alemán (Introd. nota 1), sabemos que los peregrinos alemanes y flamencos, que habían arrostrado la misma tempestad, tras ocho días y ocho noches de navegación, entraron en el mismo día viernes 30 de mayo de 1147 en el puerto de Gozón. El

nombre de este puerto aparece reproducido con las variantes de *Gozin*, *Gozzim* y *Gozzem*. No es, pues, Gijón, sino Gozón (Véa. Ch. W. David, *Introd.*, p. 49 y p. 60). En el informe de Duodechino se dice: «allí (en Dartmouth) nos detuvimos tres días, y el viernes antes de las Rogaciones (23 de mayo) continuamos viaje navegando esforzadamente y sin descanso en alta mar por espacio de ocho días y ocho noches. En la víspera y en el mismo día de La Ascensión (28 y 29 de mayo) tuvimos que hacer frente a una violentísima tempestad. Por fin el día 30, con casi 50 naves, y las demás dispersas por doquier, entramos en un puerto de España llamado Gozón, donde permanecemos tres días para reponernos de las fatigas del mar». Objetivamente, el relato del informador alemán coincide con el del relator inglés. Por esta razón supone Ch. W. David que el puerto de San Salvador, con el apodo de «Mala Rupis», debe de referirse también al de Gozón, que tal vez pueda identificarse con el actual puerto de Luanco. El nombre de Gozón, que sobrevive aún para designar el distrito municipal de Luanco, aparece unido al de la fortaleza construida por Alfonso III en el siglo IX para defender a Oviedo de los ataques normandos, y en cuyo interior había una iglesia dedicada al Salvador. Así lo dice la escritura de donación de 875 otorgada por el rey a la catedral de Oviedo. «Castellum etiam concedimus Gauzonem cum ecclesia S. Salvatoris, quae est intra, cum omni sua mandatione, et cum ecclesiis quae sunt extra illud castellum, videlicet ecclesiam Sanctae Mariae sitam sub ipso castro; monasterium S. Michaelis de Quitonio per suos terminos et locos antiquos...» (*Esp. Sagr.*, XXXVII, 330), que Ch. W. David comenta así: «La iglesia del Salvador dentro del castillo o castro parece explicar la designación *portus Sancti Salvatoris*, y Santa María es precisamente el nombre de la parroquia de Luanco, que aparece perfecta y propiamente descrita *sub ipso castro*». La *Primera Crónica General*, que traduce el texto latino de la *Historia Silense*, de comienzos del XII, dice sobre Gozón: «Otrossi fizo esse rey Alfonso el Magno para defendimiento de la eglezia de Sant Salvador de Oviedo et de toda esta tierra el castiello que dizen Gozon en las marismas de Asturias (*maritimis partibus Asturiae*), ca se temie que vernien por ventura de aquella parte algunos navios de moros e que destruyrien estos santuarios. Et fizo otrossi en esse castiello de Gozon a servicio de Dios una eglezia de grand obra con pilares et arcos de piedra marmol, et pusol nombre Sant Salvador. Despues envio por tres obispos que la consagrassen et fueron estos Sisnando de Sant Yague, Nausto obispo de Coimbra et Recaredo obispo de Lugo. Et dio ell y muchas buenas donas, et entre todas las meiores donas fue una cruz muy grande toda de oro puro llena de piedras preciosas que mandara fazer». Según Gómez Moreno, la famosa Cruz de la Victoria de la catedral de Oviedo, del año 908, procede del «taller real de Gauzón» (G. Moreno, *Iglesias Mozárabes*, t. I, p. 379). La expresión de «moros» es evidentemente una especificación tardía de la traducción romance, pues la fortaleza no había sido erigida para defenderse de los moros, sino más bien de los normandos. Y así la *Historia Silense* se limita a decir: «Timebat enim quod

navigio locum Sanctum hostes attingerent» (*Hist. Sil*, ed. de J. Pérez de Urbel y A. González Ruiz Zorrilla. CSIC, Madrid, pp. 151-52). Ch. W. David recoge el interesante dato de que en el siglo XV el puerto de Gozón era conocido por los navegantes con el nombre de «Peñas de Gozón» (Konrad Kretschmer, *Die italienische Portolane des Mittelalters*, Berlin, 1909, p. 574).

El traductor portugués de la *Expugnatio*, J. Augusto de Oliveira, cree igualmente que el puerto de San Salvador es Gijón, influido sin duda por la mala variante de *Gollim*, en la carta de Arnulfo, aunque en este caso deje la identificación con Gijón en interrogante. Con motivo de la edición bilingüe del profesor portugués, Juan Uría Ríu se decidió también por la identificación de *Mala Rupis* con Gijón (Peña de Santa Catalina, primitivo núcleo urbano de la villa). Aduce «la propia etimología de Gijón derivado de *saxum*, peña, pasando por saixo, seijo y luego Gijo Gijón». Y aunque no se le escapa que las formas *Gijia* y *Gigione* ya existían antes de 1147, no descarta la posibilidad de que los asturianos de entonces pronunciasen el nombre de la villa de Jovellanos de manera todavía muy próxima a su etimología, y que el autor de la *Expugnatio* pudo traducir por *rupis*, añadiéndole de su cosecha ese aciago calificativo, probablemente no infundado. Uría pasa a comentar inmediatamente el texto que viene a continuación: «Ibidem enim ecclesia a Mauris ante parum temporis fuerat destructa, monachorum cenobio celeberrima. Distat autem a civitate Oveti miliaria X». Y se pregunta: ¿Qué iglesia y convento de monjes serían estos que en Gijón, o en sus inmediaciones, fueron víctimas de los pillajes de los musulmanes? ¿Contiene un *lapsus loci* esta referencia del cronista sajón? Como no consta de la existencia de ningún monasterio dentro de la villa, piensa Uría que pudo ser el de San Salvador de Deva, el más próximo a Gijón, del que Jiménez de Rada nos habla en estos términos: «Licet autem Gegio civitas sit deserta, Giion terra vulgariter appellatur, in qua est monasterium Sancti Salvatoris» (*De rebus Hispaniae*, lib. IV, cap. IIII). Y aunque no seguiría desierta como en los tiempos de la invasión musulmana y de su gobernador Munusa, al que se refiere el Toledano, pudo tratarse muy bien de una devastación más reciente, y de la que en efecto se hace eco la *Expugnatio*. En el siglo XII, como atestigua *La Compostelana* (lib. I, cap. 103), las incursiones sarracenas a las costas gallegas eran tan frecuentes que los moradores se retiraban al interior, dejándolas desiertas y despobladas desde mediados de abril hasta mediados de noviembre (*ibid.*, lib. II, cap. 21). Esto sucedería también en la costa astur, y la destrucción observada por el relator inglés responde probablemente a la misma causa. La expedición de estos cruzados coincidía con esa época crítica señalada en la crónica de los hechos de Gelmírez.

Al artículo de Uría sucedió (¡25 años más tarde!) el de J. E. Casariego sobre el mismo tema. Este autor da la traducción castellana del relato hasta la frontera portuguesa, así como el de Arnulfo durante el mismo trayecto. Para su trabajo dice haber manejado la edición de Ch. W. David, pero no hace la menor referencia a las numerosas notas de la edi-

ción del profesor norteamericano. Y así llevado de la sola lectura, y sin duda de la mala, de *Gollim* en la epístola de Arnulfo, no sabe si decidirse por Gijón o Gozón. Y en cuanto al cenobio de la «celeberrima» iglesia, quizá una exageración retórica del autor de la *Expugnatio* debida a la aliteración, Casariego, apoyándose en una obra inédita de Floriano Llorente sobre los *Monasterios asturianos en la Alta Edad Media*, se inclina por el de San Juan de Abonio (Aboño), aunque no figura bajo la advocación del Salvador.

Ahora bien, no hay duda que las casi 50 naves renano-flamencas (a las que se irían sumando poco a poco las demás dispersas a la redonda, hasta completar el resto de esta flota cuyo número se acercaba al centenar) entraron el 30 de mayo en el puerto de Gozón. En esto están de acuerdo por lo menos las dos versiones: la de Winando y la de Duodechino. Sólo discrepa un tanto la de Arnulfo, quien al dar tan sólo 7 días de navegación desde el puerto inglés de Dartmouth al de Asturias, la fecha de arribada no sería el 30, sino el 29, es decir, el mismo día de la Ascensión. Pero debe de ser una errata de esta redacción, al parecer la más descuidada, porque las otras dos hablan de 8, de acuerdo con la relación inglesa cuando afirma que la noche entera de la Ascensión la pasaron bien atareados bregando con el mar (*Per totam igitur dominice ascensionis noctem laborantibus*), y no se ha de pensar en la noche que precedió a la Ascensión, como imaginó U. Cosack, p. 25, error ya corregido por Kurth, p. 135, porque la frase de los tres informadores alemanes, es decir, incluso Arnulfo: *In vigilia ascensionis et in ipsa sollempnitate sevissima quassati tempestate*, viene a confirmar los ocho días y no siete. La tempestad duró, pues, toda la noche que precedió a la fiesta y a la de la fiesta misma, y aunque cediera su furor en la segunda, sólo a la mañana siguiente (*postera igitur die*, dice la *Expugnatio*) tuvo lugar la arribada al puerto del Salvador; una vez aplacada poco a poco la tempestad (*paululum sedata tempestate*), o a Gozón, según las otras tres versiones. Se ha de concluir, pues, que en la primera etapa, toda la flota concentrada en Dartmouth se dio a la mar en el mismo día, arrostró los mismos peligros y todos se vieron forzados a buscar refugio en la costa asturiana en la misma fecha. Sin duda no arribaron todos a la vez al mismo puerto. Tanto la versión inglesa como las tres alemanas hablan de que la tempestad los dispersó a todos indistintamente *circumquaque*. Luego se fueron agrupando como convenía. Pero tampoco se dice expresamente que las naves inglesas fondearan en un puerto y las alemanas en otro. La única razón que movió a Kurth para suponer que las primeras lo hicieron frente a Gijón y las segundas frente a Gozón, es la llegada de los ingleses un día más tarde que los alemanes al puerto de Noya, hecho que atribuyó a haber tenido una travesía más larga. Olvida que los de la flota anglo-normanda tocaron en más puertos, y por las noticias que su informador da sobre la Torre de Hércules y de una conversación mantenida con un habitante muy longevo de La Coruña, hay que suponer que en este puerto se detuvieron por lo menos un día. En cambio, y a pesar de la impor-

tancia del puerto de Faro, la relación alemana no lo menciona, prueba de que no hicieron escala en él.

Después de lo que queda expuesto hay que suponer que todos se reunieron, no diríamos en un solo puerto, que tampoco tendría capacidad suficiente para dar cabida a la totalidad de las embarcaciones (unas 190 tomando la cifra intermedia y más verosímil dada por el *Indiculum fund. monast. S. Vinc.*), pero sí en trayectos no muy distantes unos de otros, y que podrían estar comprendidos entre la Punta del Castillo y el Cabo Torres. No podemos precisar más, porque la localización exacta del castro de Gozón y su puerto es cuestión que está todavía en tela de juicio. Un diligente y concienzudo conocedor de la geografía de este territorio y de su historia, Marcos G. Martínez, después de examinar todas las opiniones aducidas con más o menos fundamento, llega a fijar los siguientes lugares idóneos del emplazamiento: a) La «Punta del Castillo» con *las altas rocas* que hacen el borde acantilado y protegen el puerto de Luanco por el nordeste (coincide con Ch. W. David); b) San Salvador de Perlora, también sobre la costa, en la margen del río Perán, que lleva la advocación de Nuestro Señor; c) el lugar de Arquella...; y d) los mismos acantilados del Cabo Torres (Véa. su trabajo *Gauzón: punto oscuro en la Geografía e Historia Astures en el Medievo*. Symposium sobre cultura asturiana de la Alta Edad Media, Ayuntamiento de Oviedo 1967). En amable comunicación me señala que desde San Salvador de Perlora hasta Oviedo hay un «camino antiguo» de 28 Km. aproximadamente. El río Perán, en el que desemboca el Espasa, que riega Perlora, se halla flanqueado también por acantilados abruptos (rupis). La distancia de este trayecto se aproxima, pues, a las seis leguas que da la *Narratio* entre Gozón y Oviedo. Nuestra opinión se inclina por las dos primeras localizaciones. Tal vez las naves alemanas fondearon en la ensenada de Luanco y las inglesas en la de Candás.

Un testimonio para rechazar la identificación de Gijón con el puerto de San Salvador de la *Expugnatio* nos lo suministra tal vez el Silense, que escribió su crónica hacia el segundo decenio del siglo XII. Al contar el traslado secreto de las famosas reliquias desde Toledo a Asturias, primero por caminos ocultos hasta el mar y desde allí en una nave hasta Asturias, nos informa que desembarcaron el arca en el puerto de Asturias que se llama Subsalas, por estar al pie de la fortaleza regia de Gijón, que lo domina y defiende (*ad portum Asturie cuius nomen Subsalas vocatur, quod Gegion regia ciuitas desuper immineat...*) (*Hist. Sil.*, ed. P. de Urbel, p. 138). Hay también una razón inmanente que nos obliga a tomar con cierta prevención crítica las noticias de la carta-reportaje del autor inglés. Atraído por la nota pintoresca e incluso sensacionalista, este reportero medieval no parece poner mucha atención en la exactitud de los datos o de los informes recibidos, los cuales configura y acicala probablemente a su manera.

En la *Narratio*, compuesta probablemente por un eclesiástico de Sajonia hacia 1191, y en la que se cuenta la expedición y toma de Silves e 1189 por los cruzados alemanes, flamencos y frisonos, se habla también de la

llegada de dicha flota a las costas de Asturias el 18 de junio de 1189, después de una navegación de nueve días desde La Rochele, durante algunos días a la deriva y una noche con fuerte temporal acompañado de gran aparato de truenos y relámpagos. («una nocte fulminibus et tronituis terribili in summitate mali nostri plures de sociis duas candelas per longam moram ardere viderunt»). Junto a ese fenómeno, que no era sino una muestra de los llamados fuegos de San (T)elmo, al relator, sin duda poco familiarizado con el mar, le impresionó la «innumerable multitud de peces semejantes a los esturiones (*rumbi*) de 6 ó 7 pies de largo, que con admirable velocidad atravesaban muy a menudo por delante de nuestras naves con sus cuerpos totalmente visibles». Eran con toda seguridad delfines o marsopas. El 18 de junio desembarcaron en un puerto cerca del cual está el castro de Gozón y la ciudad de Avilés: *Nono die portum intravimus, prope quem castrum est regis Galicie Gozeum et opidum Abilen*. A. Chrust, en su ed. de la *Narratio*, MGH.SS. Rer. Germ., Nova Series, t. V, p. 181, leyó equivocadamente *Goyeun*, identificándolo con Gijón. Pero según Ch. W. David en su ed. de la *Narratio*, p. 613, el manuscrito dice *Gozeun*, equivalente por tanto también a Gozón. Probablemente el puerto de Bañugues. «Al día siguiente», nos dice, «dejando las naves en el puerto, nos dirigimos a San Salvador (Oviedo), ciudad distante del puerto 6 leguas». Allí visitaron las reliquias del Arca Santa, contándonos con este motivo la curiosa historia de sus diferentes traslados hasta Oviedo: «Ibidem invenimus archam repletam diversis magna veneratione dignis et sanctarum reliquiis qua tempore persecutionis...? propter metum hostilem ab Iherosolima translata sunt in Affrica, inde in Ispalim, que nunc Sibia, ab Ispali in Tolletum, a Tolletum in Ovetum, quod nunc Sancti Salvatoris nomine pretitulatur» (pp. 614-615). Esta historia sobre la odisea de las reliquias la oyeron seguramente los expedicionarios en Oviedo, pues coincide con la versión recogida o forjada por el obispo de Oviedo D. Pelayo, y que, con alguna modificación, aparece también en la *Crónica* del Silense. He aquí el relato del monje anónimo: «Adefonsus rex... arcam, diversas sanctorum reliquias intra continentes, a Domino obtinere meruit. Que nimirum arca, gentili terrore cominante, ab Ierosolimis olim nauigio delata, per aliquot temporum spacia Yspali, deinde per C annos Toleti permansit. Rursus cum a *Mauris* nullo iam resistente opprimeretur arcam Dei christiani clam rapuerunt, atque per abdita loca ad mare usque peruenerunt, inpositaque in naui, ad portum Asturie cuius nomen Subsalias vocatur, eo quod Geygion regia ciuitas desuper imineat, Deo gubernante, apulerunt» (*op. cit.*, p. 138). La semejanza de este texto con el de la *Narratio* salta a la vista, hasta el punto de que el término ilegible a continuación de «persecutionis» puede subsanarse ahora casi con certeza, como ya sopechó Ch. W. David, con la palabra «gentilium». La *Narratio* dice vagamente que desde Jerusalén el arca fue llevada al Africa, tal vez por Cartagena, como dice el obispo D. Pelayo, que a su vez no menciona Sevilla.

La *Expugnatio*, que cuenta, como ya queda dicho, la arribada de los expedicionarios anglo-normandos al puerto de San Salvador, alias *Mala*

Rupis, con motivo de la excursión que hicieron a Oviedo, sin duda con el mismo objeto, nos habla igualmente del valiosísimo tesoro de las reliquias que guarda la iglesia: *in qua est ecclesia Salvatoris et totius Hispanie preciosissime reliquiarum*, p. 62. Los expedicionarios de la *Expugnatio*, desde *Mala Rupis* llegaron a Ribadeo (*ad ripam Ovies*), «veinte millas de la ciudad de Lugo» (*miliaris xx. a civitate Lucana*). Desde allí, reanudando la navegación, llegaron a Ortigueira (*hinc iterum navigantes devenimus Ortigiam*). Y desde allí a La Coruña (*Exin ad turrem Faris*). Los alemanes, en cambio, según el relato transmitido en las tres cartas, llegaron a Vivero desde Gozón (*in portum eiusdem littoris qui Viver dicitur*). Y no se detuvieron en La Coruña, sino que, continuando viaje, entraron en la Ría de Muros y anclaron en la desembocadura del Tambre (*feria 6. ante penthecostes (= 6 de junio) in portum Galicie qui Thamara dicitur*), distante 8 millas de Santiago (*qui portus a Sancto Iacobo octo miliaribus distat*).

También los expedicionarios de la *Narratio*, que salieron del puerto asturiano cerca de Gozón el 22 de junio de 1189, cerca del amanecer (*circa crepusculum*), entraron ya al atardecer del día siguiente y en el mismo de la festividad de San Juan Bautista en el puerto del Tambre en una navegación rapidísima (*et ipso festo valido flatu velis turgentibus in vespera diei sancti ad portum venimus Tambre, que est aque fluens per Galiciam*). Sobre la costa gallega de las rías altas se limita, pues, a decir el relator anónimo que no vieron sino abruptas rocas, pues toda ella es muy montuosa, y por esta razón, estéril; no produce vino, pero sí mucho garbanzo (*in costa Galicie non nisi arduas rupes vidimus, nam et tota valde montuosa est, et ideo sterilis, et non vinifera, cicera maxime utens*). Hoy en Galicia no se producen garbanzos (*cicera*), y probablemente tampoco se produjeron en el siglo XII. El informador anónimo de la *Narratio* debió de referirse, pues, al *cicer arietinum*. Por la construcción y sentido de la frase creo más bien que se trata de un error del texto o de la mala lectura del mismo. La *Expugnatio*, refiriéndose a los productos de la región cercana a Santiago, dice: *Provincia adiacens feris abundat, sagete sterilis, vite arida, pom[is ab] und[ans]*, que Ch. W. David traduce: «The adjacent province abounds in wild animals but is unproductiv of corn and sparing of vines, though abounding in fruit trees». Con estos árboles frutales se entiende ante todo manzanos, cuyos huertos, llamados pomares, son bien característicos todavía hoy de toda la región del Cantábrico y de Galicia. La escasez de viñas y por lo tanto en vino, se contrarresta por la abundancia en pomares, y, por consiguiente, en sidra. El *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*, lib. I, cap. II, dice del Apóstol Santiago que «no bebió vino ni sidra». *Sicera*, del hebreo *sekar*, según Isidoro de Sevilla, es toda bebida embriagadora que no sea vino: «*omnis potio quae extra vinum inebriare potest*». En este contexto, la palabra *sicera* aparece dos veces más en el *Calixtinus*. Al hablar del País Vasco, entre otras cosas no muy halagüeñas a los vascos, dice: «*Hec terra lingua barbara habetur, nemorosa, montuosa, pane et vino omnibusque corporalibus alimentis*

desolata, excepto quia malis et sicera et lacte est consolata» (= Esta tierra es bárbara por su lengua, llena de bosques, montuosa, desolada de pan, vino y de todo alimento del cuerpo, salvo el consuelo de las manzanas, la sidra y la leche). Y más adelante hablando ya más favorablemente de la tierra gallega: «hec est nemorosa fluminibusque pratis et malariis optimis, fructibusque bonis et fontibus clarissimis apta, urbibus et villis et segetibus rara, pane triticeo et vino stricta, pane siliginensi et sicera larga, pecoribus et jumentis, lacte et melle, piscibusque marinis immanissimus et paucis (seguramente por *paruis*) abilis, auroque et argento et palleis pellibusque silvestribus ceterisque opibus felix, ymmo gazis sarracenicis copiosa». (= Abunda en bosques, es agradable por sus ríos, sus prados y riquísimos pomares, sus buenas frutas y sus clarísimas fuentes, es rara en ciudades, villas y sembrados. Escasea en pan de trigo y vino, abunda en pan de centeno y sidra, en ganados y caballerías, en leche, en miel y en grandísimos y pequeños pescados de mar, es rica en oro y plata, y en tejidos y pieles silvestres, y en otras riquezas, y sobre todo en tesoros sarracenos). El pan de centeno es todavía hoy típico en Galicia. Y linares los hubo hasta no hace mucho. Nuestras abuelas hasta comienzos del siglo presente aún escardaban e hilaban en el hogar toda la ropa blanca de la familia y de uso casero. Bajo el nombre de tesoros sarracenos hay que entender probablemente tesoros prehistóricos, pero que la tradición popular atribuye todavía a tesoros escondidos por los moros o durante la invasión árabe (véa. texto latino con trad. francesa en Jeanne Vielliard, *Guide du Pelerin de Saint-Jacques de Compostelle*, Macon 1950, pp. 20-21, 32-33. Y *Liber Sancti Jacobi / Codex Calixtinus* en la trad. esp. de A. Moralejo, C. Torres y J. Feo. Santiago de Compostela 1951, pp. 39, 516 y n. 17, y 523). Con estos textos a la vista creo que estamos nosotros más autorizados a corregir el término *cicera* de la *Narratio* por *sicera*, como lo pide el sentido y la sintaxis, que lo estuvo el P. F. Fita al corregir en el *Codex Calixtinus*, *sicera* por *cicera*.

(12) *VENTIS ITAQUE PROSPERIS SED NIMIS LENIBUS USI, SEXTA FERIA PROXIMA PHARE PERVENIMUS, QUOD EST OPPIDUM GALICIE DIUES ADMODUM,*

En la *Historia Compostelana* se habla de una *Villam* que Cresconio Pérez cede en 1108 sita *in Farensi pago* (*Esp. Sagr.*, 20, lib. I, cap. XXXI, 7). En 1121 esta misma fuente habla de la recuperación del *Castellum Pharum*, perteneciente a Santiago y en posesión fraudulenta de un primate de la reina D.^a Urraca que lo tenía en calidad de *Decurio*. A la fortaleza le da también el nombre de *Municipium* (lib. II, cap. LI, 1, 2). En 1126 el arzobispo Gelmírez cede al rey Alfonso VII, a cambio de la tierra de Tabeirós, el castro de Faro con todas sus dependencias. Si hemos de creer a la *Hist. Comp.*, las razones que determinaron al arzobispo a desprenderse de la fortaleza fueron su lejanía de Santiago y su escaso valor económico para la sede, pues incluso le producía pérdidas a causa de los

gastos que anualmente ocasionaba su vigilancia y conservación («nimum remotum erat et nihil fere utilitatis ipso Compostellano, excepto solo nomine, conferebat, immo pro eo custodiendo et vigilando plurima stipendiariis militibus unoquoque anno erogabat»). Si bien no se silencia la razón de prestigio que rodeaba el nombre de la fortaleza (lib. II, cap. LXXXII, 1). Más tarde, en 1130, lo volvió a adquirir de manos del conde Rodrigo, hijo de Pedro Fróilaz, conde de Traba, y de su mujer la condesa D.^a Mayor: «Comes Rudericus... castrum quod Faro nuncupator, B. Jacobi Apostoli Ecclesiae in Dei obsequium et suorum excessum remissionem Domini Compostellani exhortatione, monitione, et praedicatione, cum totis suis appenditiis contulit» (lib. III, cap. XIX, p. 506). En el *Chronicon Iriense*, a propósito de las parroquias adjudicadas a Iria en el concilio de Braga de 572, se menciona *Farum* después de *Bregantinos* (*Esp. Sagr.*, 20, p. 599).

En los documentos del monasterio de Sobrado de los Monjes publicados por Pilar Loscertales, el nombre de Faro aparece mencionado con frecuencia entre 1153 y 1202: I, 113, s.f.: *in terra de Faro*; 147, A. 1169: *in Faro*; 174, A. 1168: *in Faro*; 215, A. 1200: *in Balia de Faro*; 283, s.f.: *in territorio Faro*; 417, A. 1190: *in Burgo de Faro*; 438, A. 1195: *in Faro*; 472, s.f.: *et maiorino suo Petro Caluo de Faro*; 489, A. 1158: *in Faro*; 603, s.f.: *in terra de Faro*; II, 2, A. 1185: *in Portu Fari*; 17, A. 1153: *de omni portatico illo quod ad Burgum de Faro pertinet* (Karta donationis quam fecit D. Adefonsus imperator Superado de decima parte portadigo de Burgo Fari); 18, A. 1153: *de omni reddito illo quod ad Burgum de Faro pertinet*; 20, A. 1179: *de decimis totius Burgi de Faro* (confirmación); 37, A. 1186: *illas zenias quas fecistis iuxta Burgum de Faro - et alias hereditates que iacent iuxta Burgum*; 473, A. 1202: *a domno Garsia Roderici de Faro* (P. Loscertales de G. de Valdeavellano, *Tumbos del Monasterio de Sobrado de los Monjes*, 2 vols., A.H.N., Madrid, 1976). En cambio el nombre de La Coruña (Crunia), según los registros de esta obra, sólo aparece dos veces: I, 412, s.f.: *in Crunia* (en un inventario, según la ordenación de P. Loscertales, tal vez posterior a 1218); y II, 360, A. 1226: *notarius Crunie*. La supuesta mención de *Crunia* en 1153, señalada por A. Martínez Salazar (*Antiguallas de Galicia. Los nombres de La Coruña*, 1889, p. 401, n. 29), es un lapso de este autor; pues el documento de donación de esa fecha publicado ahora por Pilar Loscertales, se refiere a *Burgo de Faro* y no a La Coruña (véa. doc. II, 17, A. 1153). La cita del *Códice Calixtino o Liber Sancti Jacobi*, en el libro IV, que contiene la *Historia de Carlo Magno*, no ofrece ninguna base cronológica segura. Se enumera allí, entre otras «urbes et maiores villae» que Carlo Magno había ganado en Galicia, y así vulgarmente llamadas («ita vulgo dicuntur»), *Crunia*, seguida de «Compostella quamvis tunc temporis parva». A la inseguridad cronológica del *Códice Calixtino* hay que añadir la inseguridad o vacilación del nombre mismo de *Crunia*, pues en el manuscrito A.6 de dicha *Historia*, y que según Meredith-Jones «représente la forme la plus ancienne et la plus proche de l'originale que nous connoissions», en lugar de *Crunia* se lee

Ervinna (C. Meredith-Jones, *Historia Karoli Magni et Rotholandi ou Chronique du Pseudo-Turpin*, Genève, 1972, pp. 94-95). ¿Acaso S. Vicente de Elviña, a la izquierda del camino que desde Santiago va a La Coruña y perteneciente al arciprestazgo de Faro? (Madoz, 7, p. 470). En la colección documental de Pilar Loscertales, I, 603, s.f., encuentro *Elvinam* (villa), in terra de Faro. Es muy probable que la lectura *Ervinna* sea corrupción de *Crunia*, lo mismo que la lectura *Erunia*, del manuscrito A.1,10. Pero como quiera que sea, la vacilación toponímica prueba que el nombre *Crunia* no era todavía corriente en la época en que se hizo la compilación de la *Crónica de Turpín*. La *Historia Compostelana*, que termina bruscamente su narración en 1137/38, no conoce, como hemos visto, más que el nombre de Faro. Tampoco se menciona en ella el *Códice Calixtino*, al referirse a los libros y otros ornamentos que la catedral poseía, y de los que nos informa en el lib. II, cap. LVII, capítulo escrito posteriormente a 1128 (*Hist. Comp.*, trad. de Manuel Suárez, Santiago, 1950, p. 343, n. 3). Este silencio de la *Compostelana* parece indicar que el *Códice Calixtino*, tal como lo conocemos, aún no existía por esas fechas. La época de la composición del *Liber Sancti Iacobi*, entre 1140-1150 por los monjes de Cluny, dada por Bédier, no es en modo alguno incommovible. A este respecto dice Meredith-Jones: «Sur les seize manuscrits antérieurs à la fin du XIII^e siècle que nous avons examinés, neuf ne contiennent aucune allusion au Livre de saint Jacques. De plus, tout en acceptant le *Codex Calixtinus* comme le manuscrit le plus ancien que nous connaissions, nous avons la certitude que la version de la Chronique qu'il renferme, loin d'être la plus ancienne, n'est qu'une transcription locale particulière, faite en vue de besoins spéciaux» (*op. cit.*, pp. 54-55). De hecho los testimonios ciertos de la existencia de la *Crónica* se sitúan entre 1165, fecha aproximada de la *Vita Karoli*, y 1173, fecha de la carta de Arnaldo del Monte al abad de Ripoll, donde se dice haber encontrado el manuscrito que hoy llamamos *Codex Calixtinus*: «Reperi volumen ibidem, quinque libros continens de miraculis apostoli» (Bibl. Nat. Coll. Baluze, 372). La frase con que se caracteriza a Compostela: *quamvis tunc erat parva*, parece delatar también que el libro IV fue escrito en un tiempo muy posterior al que allí se nos quiere hacer creer. Para fijar la historicidad cronológica del nombre de La Coruña, el libro IV del *Códice Calixtino* no tiene más que un valor muy relativo. Hay, pues, que volver a los documentos, y el primero conocido parece ser el llamada *Foro dos Cregos*, una copia en gallego hecha en 1574 de una presunta carta latina de 1180 otorgada por Fernando II de León a favor de los clérigos *da Cruña* (Angel Castillo López, *Notas a la historia antigua de La Coruña*, La Coruña, 1948, pp. 42-43). El testimonio directo no aparece hasta 1208. En este año Alfonso IX funda una nueva población en el lugar denominado *Crunia*, junto a la torre de Faro: «pro utilitate reini mei novam construo populationem in loco qui dicitur Crunia apud turrim de Faro» (López Ferreiro, *Iglesia de Santiago*, V, Ap. pp. 24-25). Como antecedente de esta fundación dice el historiador Luis G. de Valdeavellano: «En La Coruña, cerca de la llamada Torre de Hér-

cules o Castillo de Faro (*castellum Farum*), que era del señorío de los obispos compostelanos, había una población que desde mediados del s. XII se llamaba «*burgum de Faro*» o «*novu burgo de Faro*» y en la que Alfonso VII mandó construir un nuevo puerto, al propio tiempo que concedía a la sede de Compostela la mitad de dicho «burgo» y la de los ingresos del portazgo de las naves que al mismo arribasen, tanto de franceses como de otros (*tam francorum quam aliorum omnium*), lo que fue, sin duda, el impulso inicial de la prosperidad del burgo de Faro como puerto comercial y debió de decidir años después a Alfonso IX a fundar en 1208, junto a ese «burgo», llamado ahora «*Burgo uetere de Faro*», una nueva población en el lugar llamado «*Crunia*» o Coruña, nombre que se haría extensivo a la totalidad del conjunto urbano así formado» (*Sobre los burgos y los burgueses de la España medieval*. Real Aca. de la Hist., Madrid 1960, pp. 126-127. Los documentos, en López Ferreiro, *op. cit.* IV, Ap. pp. 80-81 y V, Ap. pp. 24-25).

La «nueva población» de 1208 explica sin duda también la razón por la cual el autor de nuestro derrotero, ocho años más tarde, la describe y encarece como *oppidum Galicie dives admodum*. La *Chron. reg. Colon.*, a propósito de los mismos expedicionarios de 1217, le adjudica el mismo título: «*in portum civitatis Pharan applicuerunt*» (ed. G. Waitz, p. 238). Como se ve, para los extranjeros que hacían escala en su puerto, la ciudad seguía llamándose Faro. Y todavía a mediados del siglo XIII seguía siendo Faro el nombre oficial de la ciudad: «*turres in Pharo Gallaeciae*» y «*ad Pharum Gallaeciae*» (*De rebus Hispaniae*, lib. I, cap. VII y lib. III, cap. XIII). El nombre de *Crunia* como derivación, por ej. de un supuesto *Clunia*, no está, pues, documentado históricamente antes de las fechas que quedan indicadas. ¿Se trata de un nombre antiguo que no ha llegado a nosotros, algo así como **Clunia Brigantium*, o en la época Flavia una **Clunia Flavia*? ¿Se trata de una población procedente de Coruña del Conde traída a *Flavio Brigantio* por Alfonso I (739-756) hacia el año 750? (Huerta y Vega, *Anales de Galicia*, t. II, p. 242). La *Crónica de Sebastián* dice tan sólo que este rey, entre otras muchas ciudades, tomó *Clunia*, y que entre otras poblaciones se pobló la parte marítima de Galicia (*pars maritima Gallaeciae*) (*Esp. Sagr.*, 13, pp. 484-85). Lo malo es que nada nos digan las fuentes documentales por espacio de más de cuatro siglos. Martínez Salazar (*op. cit.*, p. 404 y ss.) conjetura si no se podría derivar «la *Crunia* gallega del latino apocopado *Clunia-cum*, propio de la famosísima abadía de Cluny o de este último nombre ya romanceado en francés y modificado por el gallego arcaico de *Crunya* o *Crunia*... conmutando la *l* en *r* y agregándole la *a* paragógica». La conjetura de M. Salazar no sólo es viable filológicamente, sino que está en cierto modo atestiguada también históricamente, pues en una *carta cambiationis* de Alfonso VII con el monasterio de S. Zoilo, fechada el 19 de Nov. de 1129, nos encontramos con este pasaje: «*ut in toto regno meo nullus nusquam monachus ordinis cruniacensis de propriis rebus suis uel mercatoris det portaticum nec prioratus uestri nec decanie ad ipsos per-*

tinentes (A.H.N., Clero, Carp. 1700, Nro. 19, lín. 11-13, citado por Peter Segl en su tesis *Königtum und Klosterreform in Spanien*, 1974, p. 124). Esta forma «cruniacensis» es probablemente un lapsus del escriba, pero un lapsus revelador; porque denota que esa era la forma oral o vulgarmente usada para designar la Orden de los monjes de Cluny. Una población de Cluny cerca de Faro no tendría, pues, nada de extraño. Pero de admitirla, ésta quizá pudo tener lugar incluso un poco más tarde, coincidiendo tal vez con el segundo viaje a España del abad de Cluny, Pedro el Venerable, en 1142-43, para mantener conversaciones con Alfonso VII, en las cuales, además de otros importantes privilegios obtenidos por el abad, se acordó la cesión a Cluny de San Pedro de Cardaña (julio de 1142). En agosto del mismo año se confirmó la donación a Cluny del monasterio de San Salvador de Budiño, en la diócesis de Tuy, cerca del Porriño (M. Th. d'Alverny, *Deux traductions du Coran au Moyen Age*, en «Archives d'histoire doctrinale et litter. du M. A.», 1947-48, p. 69). No hay prueba documental de que Pedro el Venerable haya estado en Galicia, pero el viaje a Santiago era obligado, y por tanto más que probable, y así lo cree también C. J. Bishko (*Peter the Venerable's Journey to Spain*, Herder. Romae, 1956, pp. 167-175). Según Meredith-Jones, *op. cit.*, p. 271, «el monasterio cluniacense de La Coruña, situado sobre una colina a tres kilómetros del emplazamiento de la ciudad moderna, fue muy célebre en estos siglos».

La frase adicional acerca de la *Hispania trigona* en la *Crónica del Moro Rasís*: «E este canto terçero es a par de una villa que agora llaman *la Curuna* (con las variantes de *la Curuena* y *la Curuña*), o esta otra a propósito de la lid de Hércules con Geryon: «E esta lid fue a tres migeros de la *cibdat* (*lugar*, en otra variante) que agora llaman *la Coruña*». Por el «agora» y por la forma ya muy modernizada que reviste el topónimo, esas dos frases delatan claramente una interpolación ajena al texto original de al-Razí. Probablemente ni siquiera es una interpolación introducida hacia 1300, en que se hizo la versión del árabe al portugués por mandato del rey D. Dionís, sino más tardía aún, de hacia mediados del siglo XV, en que surgieron las redacciones castellanas, las únicas que se conservan de la *Crónica* árabe de al-Razí escrita en la primera mitad del siglo X. En la traducción árabe de los libros de Orosio, ampliamente interpolados (*Hurūšyūš*), hecha por el cadí de los cristianos y por Ibn Asbag, contemporáneo de al-Razí, se habla tan sólo de «la ciudad de *Birgancia* en Galicia donde está el monte alto en el cual está el faro que mira al país de Britania». En la *Chronica Gothorum Pseudo-Isidoriana*, probablemente del último cuarto del siglo XI, editada por Mommsen en la *Chron. Minora*, se menciona únicamente «Gallitiam, ubi altum petrum dicitur, quod auctores Gades Herculis vocant, Britanniam advergens». Y en al-Maqqari, que sigue muy de cerca a al-Razí, leemos tan sólo: «fíjase el tercer ángulo entre el Septentrión y el Occidente, en la tierra de Chaliquiya (Galicia), allí donde los montes se acercan a la mar; y sobre las cumbres de uno de ellos se levanta un alto edificio parecido al ídolo

de Cádiz, el cual sirve de atalaya a la tierra de Bretaña». Tampoco Ibn Idari (s. XIII) es más explícito: «le second (angulus) en Galice sur la meme ligne que l'ile de Bretane (Bertaniya), la ou se trouve une colonne semblable a celle de Cadix». De todo esto se deduce que la forma literaria más antigua, con excepción de la simple y todavía vacilante que hemos visto en el *Codex Calixtinus*, es la que nos da la *Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio, y se continuaba bajo Sancho IV* en 1289: «E quando Gerion lo sopo, fuesse con sus huestes pora aquel logar o fue despues poblada la cibdat que dizen *Crunna*, que era estonce yermo... E lidiaron tres días que non podien uencer; en cabo uencio Hercules, e cortol la cabeça. E mando en aquel logar fazer una torre muy grand e fizo meter la cabeça de Gerion en el cimient, e mando poblar y una grand cibdat»... (Véase la ed. de la *Crónica del Moro Rasis* de Diego Catalán, pp. 14-15 y 127, además de su meticuloso estudio de las fuentes, pp. XI-CX). Paralelamente con el engrandecimiento de la *civitas* en *gran cibdat* aparece su mítica dignificación. Y este engrandecimiento, como ya hemos visto, era reciente, pues tuvo lugar a partir de 1208. Antes no sería, pues, más que un «yermo». Con la población o repoblación pudo reafirmarse también el nombre hasta llegar a prevalecer sobre la antigua denominación de *Farum Brigantium* o *Castellum Farum*. Gabriel Rodríguez de Escabias, en el siglo xvii, autor, según Diego Catalán, de la versión facticia de la *Crónica del Moro Rasis* existente en Copenhague, interpreta la verdad al añadir, a la consabida expresión «a par de una villa que llaman aora la Coruña», el dato histórico: «e que los antiguos llamaron Puerto Brigantino», para pasar a renglón seguido a la explicación arqueológica del texto epigráfico: «a onde por memoria de Otauiano Cessar los omes que en aquella era hi moraban lebantaron una torre muy fermosa e se la consagraron como a Dios, e pusso en ella su nombre el que la fizo a una parte de la torre, ca era español, fijo de Aulo Dorense, de la Lusitania, e se llamaba Cayo Lope el que la fizo» (ed. de D. Catalán, en Apéndice, p. 289).

Digamos finalmente, a propósito de la importancia de Faro, que se halla representado y nombrado en el *mappa mundi* del «Beato», de la catedral de Burgo de Osma, de 1086 (Timoteo Rojo, *El Beato de la catedral de Osma*, en «Art Studies», VIII, 1931, Pt. 2, 106, 123). Véa. Konrad Miller, *Mappae mundi* (Stuttgart, 1895-98, Heft I, pp. 34-35, Heft 2, Tafel 3). E igualmente (*alfaru*) en el mapa del mundo árabe de 1192 («the Small Idrisi-Map»: K. Miller, *Mappae Arabicae* (Stuttgart, 1926-31), Heft 3, p. 71, y mapa separado, II, 104-106. En la *Geografía* del Edrisí se subraya la importancia de «Faro», que está sobre el mar ánglico»: «el castillo del Faro, que es muy importante y mantiene vestigios de una iglesia notable» (*La Geografía de España, del Edresí*, Eduardo Saavedra, Madrid, 1881, pp. 77 y 81).

(13) *PORTUM HABENS FLEXUOSUM, TURRE SUBLIMI PRESIGNATA A IULIO CESARE CONSTRUCTA.*

No sabemos el lugar exacto donde la flota de nuestra «Topographia et eventus» ancló sus naves a su arribo a La Coruña el 16 de junio de 1217. Parte, tal vez en la playa conocida con el nombre del Parrote, no lejos «do Castelo», donde por los restos arqueológicos hallados existió una población romana. Según comunicación de Luis Monteagudo, esta playa estaba defendida por una muralla cuya infraestructura aparecía en las mareas bajas equinocciales, y que fue enterrada hacia 1965 por el relleno para la construcción de «La Solana». Pero la mayor parte debió de anclar en el Burgo de Faro, ya mencionado, donde, como sabemos por el documento de Fernando II de León (1157-1168), de 1161, su padre Alfonso VII (1126-1157) había mandado construir un nuevo puerto (*nouus portus in nouo Burgo de Faro*) (L. Ferreiro, *Iglesia de Santiago*, IV, Ap. pp. 80-81).

Por la expresión *turre presignata* parece que el relator anónimo leyó o vio la inscripción grabada que existe en la roca al pie de la torre, aunque no supo interpretarla. La inscripción declara el nombre del arquitecto lusitano Gaio Sevio Lupo, natural tal vez de Aeminio, la actual Coimbra, que dedica el monumento al dios Marte: MARTI / AVG. SACR / G. SEVIUS / LUPVS / ARCHITECTVS / AE[MIE?]NSIS / LVSITANVS. EX. V. (Véase Luis Monteagudo, *Restos romanos en España*. Noticiario turístico, Suplemento nro. 193, pp. 13-15, 1966). La Torre, que se llama de Hércules a partir de la *Crónica General*, de Alfonso X el Sabio, se llamaría primeramente, en atención a su cometido preponderantemente de faro militar, de Marte. Según Mérida, «las letras son de principios del siglo II, lo que da fuerza al supuesto de que fuese Trajano (98-117 d.C.) quien mandara construir el faro en aquel extremo noroeste de la Península» (*El Arte en España durante la época romana*, en *Historia de España*, de R. Menéndez Pidal, t. II, p. 587). Pero el hecho de que no sea mencionado por Mela (hacia el 44 d.C.) ni por Ptolomeo (entre 90 y 168 d.C.) inclina a pensar en una fecha posterior.

Ahora bien, nuestro informador atribuye su construcción a Julio César, atribución que quizá no deje de tener cierto fundamento. Es muy posible que recogiera esta noticia de la tradición local durante los nueve días que los expedicionarios permanecieron en la ciudad. En todo caso coincide con otro testimonio anterior en setenta años. Cuando la flota anglo-normanda, después de haber hecho escala en Ortigueira, llega *ad turrem Faris*, a principios de junio de 1147, el autor de la *Expugnatio* agrega: «la torre, obra admirable, construida en otro tiempo por Julio César, para que fuera como el centro por donde circularan las rentas o beneficios, y se dirimieran los interminables pleitos de toda la Bretaña, Irlanda y España. Pues está emplazada en efecto en medio de la región occidental y meridional, de modo que es el primer puerto del litoral a

donde arriban las naves que vienen derechamente de Bretaña» (que olim a Iulio Cesare constructa, admirandi operis, ut ibidem reditus et cause interminabiles totius Britannie et Hybernie et Hispanie quasi in meditullio commearent. Est enim adeo sita inter meridionalem et occidentalem plagam ut prima sit littoris appulsio recto tramite a Britannia venientium). (*Expug.*, ed. Ch. W. David, pp. 62-64).

Este pasaje de Osberno se hace eco sin duda de una antigua tradición de navegantes irlandeses y bretones. Al parecer, ya desde el principio del siglo IV, los bretones occidentales sostuvieron relaciones marítimas con España, pues sus naves llegaban hasta el puerto británico de La Coruña (Archibal A. Lewis, *Le commerce et la navigation sur les côtes atlantiques de la Gaule du V^e au VIII^e siècle*, en la Rev. «Le Moyen Age», t. LX (1953), p. 260). Este autor habla de una talasocracia celta hacia el año 450 alrededor del mar de Irlanda, sostenida principalmente por elementos bretones. Hoy ya no se está inclinado a creer que los bretones hayan buscado refugio en la Galia presionados por los anglo-sajones. Parece más bien que se trató de una expansión conjunta de irlandeses y bretones, y que no se circunscribió tan sólo a la Armórica, sino que incluyó también una parte del litoral galaico astur. La antigua diócesis de Britonia, cuyos obispos participaron, durante los siglos VI y VII, en los concilios de la iglesia visigótica, y que más tarde, en la segunda mitad del IX, dio origen a las de Oviedo y Mondoñedo, es un buen testimonio de esta invasión o colonización bretona, asentada ya firmemente en Galicia hacia la mitad del siglo V. El concilio de Braga de 572 nos transmite el nombre, de origen celta, del primer obispo conocido de la sede de Britonia: *Mahiloc, Britoniensis ecclesiae episcopus*. La interpretación de este nombre revela que pertenecía a una estirpe aristocrática de príncipes bretones (A. Tovar, *Un obispo con nombre británico y los orígenes de la diócesis de Mondoñedo*, en «Habis», 3-1972, p. 157). El *Parroquial suevo* menciona *ad sedem Britanorum ecclesias que intro Britones una cum monasterio Maximi et que in Asturiis sunt*. La ruta atlántica, por el Cantábrico (*Mare Britannicum*), bajo el control de la talasocracia celta, se prolongó al Mediterráneo y llegó hasta el Oriente. La siguieron los piratas hérulos, precursores en cuatro siglos de los vikingos. Según el historiador gallego Hydacio, una incursión de los hérulos, compuesta de 400 hombres en siete naves, llegó en 456 al litoral lucense (*in lucensi litore*). Rechazados tan sólo con dos bajas, al retornar a sus lares, depredaron cruelmente las comarcas costeras de los cántabros y vándulos (MGH. Auct. Antiq., XI, p. 28). Tres años más tarde, camino de la Bética, los hérulos repitieron sus intentos, e «invadieron cruelmente algunas zonas marítimas del convento lucense» (ibd., p. 31). Pero estas incursiones hérulas no llegaron a interrumpir el tráfico marítimo de los bretones. La utilización de la ruta atlántica se halla confirmada por la tradición, que relata la traída del cuerpo de Santiago hasta Iria por vía marítima desde Palestina, y las reliquias de S. Amador hasta Médoc, por el mismo camino (Lewis, p. 264). El año 550, dice Lewis, p. 269), señala el comienzo de una nueva era de la ruta atlántica.

Caen las barreras de la talasocracia celta, y la Galia merovingia establece nuevas y más amplias relaciones con el Mediterráneo. Gregorio de Tours nos informa que el rey visigodo Leovigildo interceptó las naves galas que se dirigían a Galicia, tal vez con un cargamento de vino, pues se sabe de un *fiscus vinitor* mantenido por los merovingios en la desembocadura del Garonne. Numerosos objetos arqueológicos y numismáticos del sur de España y del Oriente hallados en las Islas Británicas, la Galia, Frisia e incluso en Suecia, prueban la existencia de una vía atlántica de gran actividad comercial durante los siglos VI y VII. Los intermediarios de este comercio fueron sin duda los griegos bizantinos asentados en la Bética. Por un pasaje de la Vida de San Juan, Patriarca de Alejandría, tenemos noticia de una nave de gran tamaño procedente de dicha ciudad, o, según otra versión más tardía, de Constantinopla, que arribó cargada de trigo al *Portus Britanniae*, donde dejó su carga por otra de oro y estaño. (Para más datos y bibliografía, véa. el artículo de Lewis, pp. 249-298). Se está de acuerdo en admitir que este puerto no hay que buscarlo en Cornouailles, donde no había oro, sino en Galicia, donde las minas romanas de este metal seguían aún en explotación en el siglo VII (O. Davies, *Roman Mines in Europe*). Era, con toda probabilidad, el puerto de la antigua ciudad de *Brigantium*, llamada *Farum Brigantium* o simplemente *Farum* en los siglos posteriores.

La relación de *Brigantion* con Julio César se encuentra en Dion Casio (c. 150, m. después del 229). Este autor cuenta la llegada de César en el año 60 a.C. a *Brigantium* con una escuadra imponente. Los naturales aterrados por el estrépito y magnitud de una armada como nunca habían visto antes, le entregaron la ciudad sin ofrecer resistencia: «Inde Brigantium Galeciae urbem adventus (κάντευθεν ες Βριγάντιον πολιν Καλλαικίς παραπλευσας), homines qui classem ante hac nunquam vidissent, territis vehementi adnavigantium per fluctus illissos strepitu, in suam potestatem regedit». (Cassii Dionis Cocceiani *Historiarum Romanorum quae supersunt*, lib. XXXVII, 53, 13-15, p. 424. Edi. Ursulus Phil. Boussevain, vol. I. Berolini, 1895). Un recuerdo de esta expedición marítima de César parece haber quedado en el topónimo de las Islas Sisargas, derivación de «Caesaricas» (L. Monteagudo), cerca de Malpica, en la comarca de Bergantiños, supervivencia del antiguo *Brigantium*. No sabemos la importancia que tendría *Brigantion* a la llegada de César, pero el hecho de que Dion Casio le llame ciudad (πόλις), indica por lo menos la que tenía en tiempo del historiador. Por Ptolomeo, que vivió hacia 140 d.C., sabemos que la ciudad, agraciada con el *ius Latii*, concedido por Vespasiano (69-79 d.C.) antepuso a su nombre el del fundador de la dinastía Flavia (aunque quizá no con el propio Vespasiano, sino en tiempo de su sucesor Domitiano (81-96), pues Plinio, muerto en el 79, nada dice sobre esto): *Flavíon Brigantion*: «Callaicorum Lucensium in Magno portu Flavium Brigantion» (Claudii Ptolemaei *Geographia*, lib. II, cap. 6, 4, p. 45, ed. Carolus Müllerus, pars prima, Parisiis, 1883). Este *Magnus portus* de Ptolomeo parece corresponderse con el seno de los ártabos de Mela: «In

Artabris sinus ore angusto admissum mare non angusto ambitu excipiens»,... (Pomponii Melae *De situ orbis*, *Lib. III*, pp. 238-39, ed. de Abraham Gronovio, Lugduni Batavorum, 1722), llamado también puerto de los ártabros por Strabón (entre 63/64 a.C. y 23/24 d.C.), p. 154-175 (A. Schulten). Paulo Orosio, que vivió en la segunda mitad del siglo IV y cuya obra histórica contra gentiles fue escrita entre 415 a 417, es el primero de los escritores por nosotros conocidos que menciona el faro de la ciudad de *Brigantia*: «Secundus angulus circium intendit; ubi Brigantia Gallaeciae ciuitas sita altissimam pharum et inter pauca memorandi operis ad speculam Britanniae erigit» (Pauli Orosii *Historiarum adversum paganos libri VII*. Carolus Zangemeister, en CSEL, vol. V, I 2, 71, y I 2, 81, Vindobonae, 1882). En la *Cosmografía* de Julio Honorio (s. IV-V) aparece *Brecantium* entre las ciudades (*oppida*) de las provincias correspondientes al Océano occidental, y más adelante: *Brigantium oppidum maritimum* (*Geographi latini minores*, ed. de Alex. Riese, Heilbronn 1878, reprod. Hildesheim 1964, pp. 35 y 37). En la *Cosmografía* anónima, atribuida al llamado Aethicus Ister (tal vez Virgilius de Salzburg, m. en 784?), que utiliza a Julio Honorio y a Orosio, aparece igualmente *Bregantium* entre las ciudades famosas (*famosa oppida*), p. 79, y en las pp. 98 y 99 el texto de Orosio con leves modificaciones: «ubi Brigantia civitas sita est Galliciae et ad altissimum farum et inter pauca memorandi operis ad speculam Britanniae erigitur» (Riese, op. cit.). Y *Bricantia*, en el anónimo de Ravenna (*Rav. Geogr. libri V*, lib. IV, XLIII, p. 729, ed. A. Gronovio, 1722). La función de atalaya o punto de observación que le asigna Orosio, parece guardar cierta relación con la que le da la *Expugnatio*, como una especie de casa de contratación de la antigüedad. Una reminiscencia clara del texto de la *Expugnatio* con el de Orosio es esa expresión de «admirandi operis», que parece reproducir la de «memorandi operis». Quizá estén relacionados con semejante cometido las dos aras que un recaudador de impuestos llamado Regino Virna consagró a los emperadores Lucio Aureliano Vero (161-169) y César Marco Aurelio Antonio (161-180) (Ángel del Castillo López, *op. cit.*, p. 23). El topónimo *Brigantion*, atestiguando también en inscripciones de Galia y Bretaña, es sin duda de origen céltico. *Brigantia* es el nombre de una diosa, la diosa del pueblo de los *Brigantes*, el más poderoso y extendido de la Bretaña central (véanse los artículos *Brigantes*, *Brigantia*, *Brigantii*, *Brigantinus lacus* (el Bodense), *Brigantio*, *Brigantium* (Bregenz) y el nuestro en Pauly-Wissowa, 3, pp. 843-847). En el texto irlandés tardío *Lebor Gabála* (J. F. Kenney, Sources, p. 571), *Brigantia* es la hija de Dagda, el dios autóctono más importante de Irlanda. Según la narración en *Cormacs Glossar* es la patrona de los poetas, mientras que sus otras dos hermanas son las diosas de los forjadores y de las leyes. Se supone que fue cristianizada bajo el nombre de Sta. Brigit, cuyo santuario se encuentra en Kildare, donde se conservó su fuego sagrado (Nora K. Chadwick, *Das Keltische Christentum und seine Literatur*, trad. alem. en el vol. V: *Die Kelten*, del «Kindlers Kulturgeschichte des Abendlandes», p. 244).

El nombre primitivo asociado al de la función de su torre pervive en la alta Edad Media. Así la *Crónica de Alfonso III* (866-910), compuesta hacia 870, habla de la derrota que Ramiro I había inflingido en el año 844 a los normandos desembarcados en el lugar llamado *Farum Bregantium* (*Esp. Sagr.*, 13, p. 489). Hecho que la *Historia Silense*, escrita hacia 1120 repite en estos términos: «Eodem quoque tempore classis Normanorum nostra apullit litora, ...iuxta *Farum Brecantinam...*» (*Hist. Sil.* ed. crítica de J. Pérez de Urbel y A. González Ruiz Zorrilla. CSIC, Madrid, 1959, p. 143). Y lo mismo la *Crónica Najerense*, de hacia 1160, a propósito del mismo suceso, cita el lugar «cui nomen est *Farum Brecantinum* (Naj., II-22). No creo que pueda identificarse este *Farum Brecantinam* con Betanzos, como afirman los editores de la *Hist. Sil.* Si el topónimo no se corresponde, como es lo más verosímil, con la antigua *Brigantium*, el Faro sería su puerto o la ciudad portuaria. El término *Brecantinum* ha sobrevivido en la antigua jurisdicción de Bergantiños, comarca atravesada por el río Allones, y que comprendía los puertos de Cayón, Malpica y Corme (Madoz, 4, 257). La palabra *Betanzos*, tal como hoy se escribe («in castello de *Betanzos*»), o en su forma *Bitanciis*, está documentada desde el año 1211, y por tanto no puede confundirse con la denominación territorial de *Bregantinus* o *Brecantinus* (A. Martínez Salazar, *op. cit.*, p. 384 y 385). Y ahora en la colección documental de P. Loscertales la tenemos documentada desde un poco más atrás: I, 205, A. 1199: *Betanzus*; 284, s.f.: *Betanços*; 453, A.1213, *Betanzos*; 456, s.f.: *Bitanciis*. La forma *Brigantinus* con sus ligeras variantes se encuentra igualmente bien atestiguada en los documentos de Sobrado en esta misma colección: I, 2, A.955: *Inter Montanos et Bragantinos*; 6, A.966: lo mismo y *in villa Bracantinos*; 112; A.971?: *in ualle de Faro Bregancio*, uilla de Orria et ecclesia Sancte Eolalie iuxta Faro, et nuncupant eam Carolio. Y unos renglones más adelante: *In Bragantinos*, uilla Guntilani et uilla Anazobre; 415, A. 1019: *in ualle Bragantinos*; 123, A. 867: *territorio Bregantinos*; 124, A. 860: *territorio Braganinos*; 283, s.f.: *In Bragantinos*; 603, s.f.: *in terra de Bregantinus*. En el documento 6, A.966, arriba citado, que es el testamento del obispo Sisnando y su hermano Rodrigo juntamente con su esposa Gelvira, se lee en la p. 36: «Et ego Sisnandus episcopo ecclesiam uocabulo Sancte Eolalie qui est iuxta *farum Precantium...*, et nuncupant eam Carolio,...». Esta cita, con la asociación de los dos términos, nos lleva a la donación famosa de Bermudo II al Apóstol Santiago y al obispo de Iria D. Pedro (San Pedro de Mezonzo, fechada en 991). He aquí la parte que nos interesa en nuestra traducción: «Añadimos igualmente, por el lado del Océano, la torre (*pinnam*) denominada *Farum Precantium*, que fue siempre de dominio regio, y ahora, por consiguiente, nuestro, para que en lo sucesivo y sin interrupción la tenga en toda su integridad el Señor Santiago, tal como la tuvieron los condes por concesión de nuestros padres y abuelos, juntamente con el condado (*cum suo comisso*), de cuyo Faro tiene origen, y tal como la tuvo después el beato y santo obispo Rudesindo (San Rosendo). Añadimos todavía la ciudad (*ciuitatem*) edificada por los antiguos con sus

límites actuales, no lejos del mismo Faro (*non procul ab ipso Faro*); así como también las casas habitadas por hombres libres (*casatas ingenuatizas*).

Tras un vacío muy largo de más de un siglo, llegamos a las citas de la Compostelana, donde, como hemos visto, sea por destrucción o decadencia de la antigua ciudad, sea por escrúpulo religioso de evitar el nombre pagano, ya no se habla para nada de *Farum Precantium*, sino sencillamente de Faro. Sólo en la designación territorial aparece *Brecantinos* en un documento de 1110 sobre los bienes pertenecientes a la iglesia de Santiago, al lado de *terra de Faro* (*Hist. Comp.*, lib. I, cap. XXXXVI, p. 85), y con la misma designación, a propósito de la enumeración de las comarcas comprendidas desde Coimbra hasta Santander assoladas por las razzias que solían emprender los árabes del sur de la Península (*op. cit.*, lib. I, cap. 103). Estas incursiones contra las poblaciones cristianas, y sobre todo las de los normandos, que se sucedieron periódicamente desde 844, debieron ser la causa de la ruina de la antigua ciudad. Por la *Compostelana* sabemos que, a pesar de su gloriosa tradición, en el siglo XII ya no era más que una fortaleza con un valor económico precario. Y tenemos que esperar hasta el 1208 en que, gracias a la repoblación de Alfonso IX, vuelve a adquirir importancia y prosperidad.

J. Guerra Campos, en un documentado artículo sobre *El topónimo «Brigantium» aplicado a Compostela*, además de citar diversas fuentes foráneas que se refieren más o menos incidentalmente al puerto de Faro, ha llamado la atención sobre la confusión, en obras renacentistas, de *Brigantium* con la ciudad del Apóstol, confusión favorecida sobre todo a causa del prestigio alcanzado por Santiago a través de las peregrinaciones («Anuario de Estudios Medievales», Barcelona, 1964, pp. 641-646). Lucio Marineo Sículo comete todavía mayor error, pues lo confunde con Oviedo: «Apud Astures itaque Brigantium beca est nobilissima civitas, quae nunc Ovetensis appellatur» (*De rebus Hispaniae memorabilibus opus, libris XXII, comprehensum*, en *Hispaniae Illustratae...* Andreae Schotti Antverp. S.J., Francofurti 1603, t. I, p. 311). Pero los demás autores reunidos en esta voluminosa obra en cuatro grandes tomos aparecida en Frankfurt a. Main entre 1603 y 1608, estaban bien informados sobre su verdadero emplazamiento en La Coruña. Así Alvarus Gomecius, en el mismo volumen, nos habla del «gran puerto de Galicia, en otro tiempo llamado *Brigantino* ahora *Corunnam dictum, quasi Columnnam* (pues así llamaron los naturales a la torre), no porque Hércules hubiese colocado allí unas segundas columnas, como algunos varones doctos creyeron, engañados, según creo, por la fábula divulgada entre nosotros de que dicha torre había sido construida por Hércules, y en ella puesto un espejo de tan arcaica y maravillosa virtud, que en él se podían contemplar las naves que pasaban por delante, por muy alejadas que se hallaran de la costa. Dieron en tan ridícula opinión a causa de la ignorancia de los vocablos, pues como a la torre se la conociese con el nombre de atalaya (*speculam*), otros, como dijimos, de esa palabra hicieron espejo (*speculum*). Mas pues-

to que ciertos autores han escrito sobre esta torre memorable levantada en honor de Augusto, como se deduce de su título, nosotros daremos también aquí este título que aparece esculpido separadamente cerca de la torre y que, transcrito con la máxima fidelidad, dice así: MARTI / AVG. SACR. / G. SEVIUS. / LVPIVS / ARCHITECTVS. / A.F. DANIENSIS / LVSITANVS EXVL. (Alvarus Gomecius Castrus Toletanus: *De Francisci Ximenii Cisnerii, Hispaniae Cardinalis et Archiepiscopi Toletani, vita et rebus gestis, libri octo*, en *Hisp. Illus.*, t. I, p. 985). Ludovicus Nunius, después de citar *Flavium Brigantium*, en el gran puerto, de Ptolomeo, *Brigantium* de Dion, y *Brigantia*, de Aethico y Paulo Orosio: «altissima pharo memorandi operis ornata», rechaza la identificación con Betanzos de Antonio Beutero, y afirma ser La Coruña (*la Corunna*), siguiendo la autoridad de Florián de Ocampo y de Gaspar Barreiro. Se refiere al honor concedido por la familia Flavia a la ciudad de *Brigantion*, pero, en atención al silencio de Plinio el Viejo sobre esto, se inclina a creer que tal distinción no le fue otorgada en tiempo de Vespasiano, sino en el de su sucesor Domitiano. Recoge también la fábula del espejo debida al cambio de *specula* en *speculum* y reproduce la misma lectura de la inscripción. Da la misma etimología de Coruña = columnna, que atribuye a Paulo Jovio en la vida de Gonzalo Fernández de Aguilar, con motivo de la llegada del rey Felipe I a España: «Nec diu Philippus... in Cantabriam Oceano devectus, pervenit in portum, qui vocatur ad Columnas, fortasse quod ibi quoque alterae Herculis Columnae, sicuti Gadibus positae fuerunt, quum eo externo littore terrae Hispanicae finis». Nunius concluye el artículo sobre *Flavium Brigantium* = *La Corunna* dando cuenta de que no lejos de la ciudad habían sido desenterradas lápidas muy importantes (*praestantissimi lapidis sunt fodinae*) (Ludovicus Nunius Medicus Antverp., *Hispania, sive populorum, urbium, insularum ac fluminum in ea accuratior descriptio*, en *Hisp. Illus.*, t. IV (1608), p. 431). En el artículo del Madoz, 7, pp. 105-106, el lector encontrará otras curiosidades más recientes sobre la famosa torre y otros intentos de lectura de la línea sexta de la inscripción, que es el caballo de batalla de todos los que han intentado desentrañarla.

Por último queremos referirnos a otra curiosidad más antigua de La Coruña referida por el autor de la *Expugnatio*. A continuación del pasaje ya citado sobre la atribución de la torre de Faro a Julio César, añade: «Se muestra allí un puente de piedra de muchos arcos, tendido en el mar, de los cuales 24 arcos, que hace dos años no se veían, están ahora al descubierto. Un hombre muy anciano de aquel pueblo refirió que cuando los arcos de aquel puente emergieran, ese día significaría el fin y destrucción de la idolatría en España («Ibi vero pons lapidus ex multis arcubus ostenditur, in mari protensus, ex quibus viginti quatuor arcus qui ante biennium non apparuerant iam apparent. Inde relatum est a quodam gentis illius antiquissimo vaticinatum ut dum pontis illius arcus emergent, destructionem gentium finemque idolatrie in Hyspania imminere»). (*Expugn.*, ed. Ch. W. David, p. 64). Tales vaticinios, como todavía veremos, pertenecían a la propaganda cotidiana contra el Islam. El editor y anota-

dor de la *Expugnatio*, Ch. W. David comenta: «I can offer no explanation of this curious passage». Es efectivamente un pasaje curioso. Por la descripción parece que se trataba de un puente romano en ruina. No hay duda que los hombres de la época medieval, la mitad más cercana que la nuestra al mundo romano, tenían otras fuentes que a nosotros no nos han llegado, además de unos testimonios arqueológicos existentes por todas partes, aunque no intactos, todavía grandiosos. En los siglos XII y XIII, que se caracterizan por una verdadera fiebre constructora, desaparecieron sin duda muchas de las obras arquitectónicas que restaban aún de la antigüedad. Acaso pudiera tratarse del antecesor del Puente del Burgo reconstruido por Fernán Pérez de Andrade, o Boo, en el siglo XIV, como acredita una piedra con su escudo de armas que todavía se conserva. Tal vez por él pasaba la vía que, como se dice en el *Itinerario de Antonino*, 424, 5, se dirigía desde Braga «per loca maritima» a «Brigantium», y desde aquí a Astorga pasando por Lugo.

(14) *NAUBUS ITAQUE IN TUTO DISPOSITIS, SEQUENTI DIE UERSUS COMPOSTELLAM ITER ARREPTUM, PER DIEM ET NOCTEM CONTINUE LABORANTES, UIX CONFECIMUS.*

La distancia de sesenta kilómetros entre La Coruña y Santiago, salvada en un día y una noche, subiendo y bajando sin interrupción por caminos escabrosos, nos da idea de la dureza de aquellas gentes. Pero el viaje a Santiago para rendir culto al Apóstol, agradecer los favores recibidos e impetrar su ayuda para superar los peligros futuros, era algo obligado, una necesidad, no sólo de carácter piadoso, sino también político.

Los ingleses en 1147, según la *Expugnatio*, p. 64, también fueron a Santiago, pero no desde La Coruña, sino desde el puerto del Tambre, a donde habían llegado el 7 de junio: «Exhinc ad portum Tambre devenimus vigilia Pentecostes», dando la distancia de 7 millas hasta Santiago: «Distat autem ab ecclesia beati Iacobi miliaria VII». Según Duodechino, los expedicionarios alemanes que habían salido de Vivero y que no se detuvieron en La Coruña, habían llegado un día antes (6 de junio) al puerto del Tambre. Al día siguiente todos juntos emprendieron el camino a Santiago, y allí celebraron la fiesta de Pentecostés (8 de junio): «Inde exeuntes (Vivero), feria 6. ante penthecosten in portum Galiciae qui Thamara dicitur venimus, qui portus a Sancto Iacobo octo miliaribus (una milla más que Osberno) distat. Ad cuius venerabile corpus in vigilia penthecostes venientes, sanctam sollempnitatem cum magna hylaritate celebravimus» (Carta de Duodechino en MGH.SS., XVII, 27). El puerto *Thamara* o *Tamarus*, a pesar de que las distancias de 7 u 8 millas no son muy exactas, debe corresponder con la desembocadura del Tambre («Tamarae fluminis ostia», de Ptolomeo, cerca de Noya, aunque es muy posible que en el siglo XII las naves pudieran subir por el río más hacia el interior. (Véase Luis Monteagudo, *Carta de Coruña Romana*, Emérita, vol. XIX,

Madrid 1951). El autor de la *Expugnatio*, p. 64, nos habla también de Padrón: «Está cerca también la ciudad de Iria, que ahora se llama Piedra de Santiago» («Est autem civitas Hyrie proxima, quae nunc Petra Iacobi vocatur, et est sedes episcopalis»). Sin embargo, según la *Hist. Comp.*, que inserta una Bula del papa Urbano II (1088-1099), Iria dejó de ser sede episcopal desde 1095. Por esta Bula, concedida a instancias del obispo y monje benedictino don Dalmacio, todos los derechos y prerrogativas de que gozaba el obispo de Iria Diego Peláez pasaron a la ciudad compostelana (lib. I, cap. V). Muerto Dalmacio 8 días después de haber regresado del Concilio de Clermont (13 de diciembre de 1095), la sede quedó vacante por espacio de 4 años, hasta que el sucesor de Urbano, Pascual II (1099-1118), el 29 de diciembre de 1099 confirmó la revocación del obispo de Iria en favor del cabildo de Santiago, y por esta razón el clero y el pueblo compostelanos, con la aprobación y beneplácito de Alfonso VI y del conde D. Ramón de Borgoña, eligieron obispo el 1.º de julio de 1100 al prepósito Diego Gelmírez, que fue reconocido por el papa el 14 de octubre. La consagración tuvo lugar el 21 de abril del año 1101 (*Hist. Comp.*, lib. I, cap. VII-IX).

La *Expugnatio* sigue describiéndonos el puerto de Tambre, diciendo que es muy abundante en toda clase de peces y que tiene una isla en su seno: «Portus autem, multis generibus piscium fecundus, habet in sinu maris insulam». Ch. W. David, p. 65, nota 5, identifica esta isla con la de Quiebra, que según Madoz, *Dicc.*, t. XIII, p. 314, está situada en el centro de la ría de Noya, al sur del puerto de Freixo y frente a las puntas de Borneira y del Caballo, la cual, aunque deshabitada, conserva todavía restos de una ermita. Y agrega el autor de la *Expugnatio*: «Y allí vimos, cosa sorprendente, un pez que adormece la mano del que lo coge; es parecido a la raya, y tiene en la parte superior del dorso dos espinas agudísimas. El territorio adyacente es abundante en animales silvestres, carece de cereales, es escaso en vino, pero abundante en fruta» («Vidimus inibi, mirabile dictu, piscem tenentis manum stupefacientem; est vero ad modum raie, habens in summitate spine duas pinnas acutissimas. Provincia adiacens feris abundat, segete sterilis, vite arida, pom[is ab] und[ans] (según la reconstrucción del texto hecha por Stubbs y adaptada también por Ch. W. David). El pez que se menciona es probablemente el *torpedo torpedo* (Linn.), llamado también *T. ocellata*.

También los expedicionarios de la *Narratio* de 1189 estuvieron en Santiago, a donde fueron igualmente desde el puerto del Tambre, al que habían arribado desde Oviedo. Nos había dicho antes que, después de nueve días de azarosa navegación, habían entrado el 18 de junio en el puerto de Gozón. En el décimo (19 de junio) fueron a Oviedo, y en el undécimo (20 de junio) regresaron a las naves, y en el décimo tercero (22 de junio), a la hora del crepúsculo, volvieron al mar. En el décimo cuarto, o sea en la víspera de san Juan Bautista (23) y en el mismo día de la fiesta (24), con viento próspero y velas desplegadas, al atardecer, alcanzaron el puerto del Tambre («Undecimo die ad naves regressi et tercio decimo circa

crepusculum ad mare reversi sumus. Quarto decimo, id est in vigilia Iohannis Batiste, et ipso festo valido flatu velis turgentibus in vespera diei sancti ad portum venimus Tambre, que est aqua fluens per Galiciam»). El texto, después de «Babteste», parece estar incompleto, pues el sentido exige un verbo para completar la frase; querría decir, pues, que navegaron durante todo el día 23, para entrar en el mismo día 24 en la ría de Muros y atracar al atardecer en el puerto del Tambre. Y dejadas en este puerto las naves, en una larga jornada, se dirigieron a visitar el sepulcro del Apóstol, que, según la altura de la navegación, ya habían dejado atrás: «Ibi relictis navibus, per longam dietam regressi, limina sancti Iacobi, que iam transsieramus, visitavimus». Contando el día de la llegada, el tiempo de ida y vuelta a Compostela, los días que hubieron de demorar en espera de vientos propicios y el día de la salida, en total permanecieron en la ría de Noya 8 días: «In eundo autem redeundo et moram in portu pro ventorum prestolatione faciendo [VIII] dies peregrimus». Y así, el 1.º de julio, hacia la hora del mediodía, se embarcaron, y a la misma hora del día siguiente estaban ya a la vista de Oporto: «In octava Iohannis circa meridiem naves conscendimus, et sequenti meridie Portugaliam e vicino vidimus» (*Narr.*, ed. Ch. W. David, p. 615). No deja de tener interés la división que hace de España en cinco reinos, pues anota de paso que después de haber dejado a la izquierda Vasconia (Waschoniam), el reino de Aragón, el reino de Navarra y el reino de España (Ispanie), se encontraron en el reino de Galicia, tras los nueve días de navegación por el «Mar Británico». Considera a Gozón como perteneciente al rey de Galicia (castrum est regis Galicie). Y agrega que «son los cinco reinos de los españoles (Ispaniorum), o sea, el de los aragoneses, el de los navarros y el de aquellos que específicamente se llaman españoles (qui specificato vocabulo Ispani dicuntur), y de los cuales Toledo es la metrópoli, así como el de los habitantes de Galicia y el de los de Portugal; el mar los circunda, salvo por una parte, tienen todos términos que dan al mar Británico, por donde venimos, y confinan con los sarracenos, que habitan en la margen opuesta del mar». Es evidente que bajo el nombre específico de españoles se refiere a los leoneses y castellanos. Como se sabe, la unión de León y Castilla no se realizó hasta 1230.

Pero ya a primeros de marzo de este mismo año de 1189 habían llegado, probablemente a este mismo puerto del Tambre, otra gran flota de cruzados nórdicos que conquistó Alvor (Albur), donde se apoderaron de gran cantidad de oro y plata, pasando a cuchillo a toda la población sin distinción de edad ni sexo. La flota estaba compuesta al comienzo de cuatro naves de Colonia, que salieron de esta ciudad el 2 de febrero con una dotación de ¿1500? hombres, víveres para tres años y gran cantidad de armamentos. A estas naves se les unieron otras de Lieja, de Frisia, de Dinamarca y de Flandes hasta un número de 55: «Colonienses cum leodiensibus a Colonia per Renum navibus descendentes in Angliam, cum Fresonibus et Dalmatianis et Flandrensibus, parata classe 55 navium, adierunt Britannia, inde ad Hispanias navigaverunt per oceanum, et

proelia multa commiserunt cum paganis» (*Lambert. Parv. MGH.SS.*, XVI, 649). Predominaban en esta expedición los contingentes frisonos y daneses. Al frente de estos últimos venía un sobrino del rey de Dinamarca, Knud. Aunque las fuentes danesas nada dicen sobre esto, el hecho de que en 1214 Waldemar II de Dinamarca se casara con Berengaria, hija de Sancho I de Portugal, parece abonar la tradición portuguesa de unas relaciones entre estos dos países anudadas a partir de la conquista de Silves por los cruzados en 1189 (véase A. Fabricius, *Forbindelserne mellem Norden og den Spanske Halvö I Aeldre Tider*, Kopenhagen, 1882, pp. 120 ss. A. Herculano, *Hist. de Port.*, III, p. 166, y IV, pp. 58-59. Kurth, *op. cit.*, pp. 171 ss.). La flota zarpó de Dartmouth el 27 de febrero y diez días más tarde llegaba a la tierra del Apóstol. El recibimiento no fue sin embargo pacífico. La *Chron. reg. Colon.* nos relata así el suceso: «Por Cuaresma, reunidas ordenadamente las naves que habían concurrido de todas partes, con velas desplegadas se hicieron a la mar. Después de diez días de navegación, con la ayuda de Dios, llegaron a la tierra de Santiago. Eran 60 naves con unos 10 mil guerreros o más. Una vez desembarcados se dirigieron a Santiago para venerarlo. Pero como corriera la voz de que pretendían apoderarse por la fuerza de la cabeza del Santo Patrón, los habitantes de la comarca llevados por tal temor intentaron impedirles la entrada en Compostela, la ciudad donde reposa el Apóstol. En la refriega resultaron algunos muertos por ambas partes, pero gracias a la intervención de algunos varones de peso se apaciguó el tumulto». No sabemos hasta qué punto estaba fundada la sospecha. Quizá la favoreciera el hecho de que se dirigieran armados hacia el Santuario. De todos modos las reliquias eran entonces las prendas más estimables. Tal vez se conocía en Compostela la codicia de los colonienses en este sentido. No estaba muy lejos todavía el robo de los Reyes Magos de la iglesia de San Eustorgio de Milán, que fueron llevados por el arzobispo Rainaldo de Dasel el 23 de julio de 1164 a Colonia.

Nos decepciona que los informes sobre las expediciones objeto de estas glosas no contengan la más mínima descripción de la ciudad del Apóstol. Hay en ellos un interés natural por todo lo maravilloso, pero falta todavía ese atisbo de curiosidad científico-geográfica que sorprendemos ya en los relatos de los viajeros árabes. ¿O era Santiago, por su internacionalismo una ciudad desprovista de exótico atractivo? Un coetáneo de singular excepción del autor de la *Expugnatio* es el Edrisí, que escribió su famosa geografía entre 1147 y 1148. Aunque no haya visitado la España cristiana, no obstante en la corte de Roger II en Palermo, donde compuso su obra, tuvo sin duda a su disposición noticias fidedignas y exactas de las ciudades cristianas, no sólo a través de los emisarios enviados expresamente por Roger para la recogida de datos, sino también a través de los mismos peregrinos que pasaban por Sicilia camino de Tierra Santa. Por eso nos parece oportuno traer aquí, como complemento al silencio de nuestros informadores cruzados, la noticia que sobre Santiago nos da el famoso geógrafo árabe. Dice: «Esta iglesia, a donde concurren los

viajeros y se dirigen los peregrinos de todos los ángulos de la cristiandad no cede en tamaño más que a Jerusalén, y rivaliza con el Templo de la Resurrección (o Santo Sepulcro), por la hermosura de las fábricas, la amplitud de su distribución y lo crecido de sus riquezas y de los donativos que recibe. Entre grandes y pequeñas hay sobre trescientas cruces labradas de oro y plata, incrustadas de jacintos, esmeraldas y otras piedras de diversos colores, y cerca de doscientas imágenes de estos mismos metales preciosos. Atienden al culto cien sacerdotes, sin contar los acólitos y otros servidores. El templo es de piedras unidas con cal y lo rodean las casas de los sacerdotes, monjes, diáconos, clérigos y salmistas. Hay en la ciudad mercados muy concurridos, y así cerca como lejos de ella aldeas grandes y populosas con activo comercio» (*La Geogr. de Esp. del Edrisí*, en trad. de Eduardo Saavedra, Madrid 1881, pp. 140-141). *La Hist. Comp.*, lib. I, 3-7, da los nombres de los 72 canónigos que integraban el capítulo de la iglesia, número confirmado también por el *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*, lib. V, cap. X. Los datos del Edrisí deben ser, pues, verídicos. El geógrafo árabe describe el litoral en sentido contrario de la dirección de los cruzados, o sea, de Occidente a Oriente, y dice que para ir por la costa a Bayona, «se toma desde Santiago a la ría de Tamarco [Debe referirse aquí a la región medieval de *Postmarcos* o *Pistomarcos*, nombre que pervive todavía en la feligresía de San Isidro de Postmarcos en la ensenada de la Puebla del Deán, cerca de Caramiñal], grande y abrigada; después a la punta que sobresale mucho en el mar [Cabo Corrobedo], y luego al Agua Roja [la ría de Noya, donde desemboca el Tambre]. Este es un río considerable, junto al cual yace una gran iglesia cerca de Port Tama [Debe de referirse a San Pedro de Porta, sobre el Tambre junto a Sobrado]. Del Agua Roja hay seis millas a Armada [La villa de Cée, en la ría de Corcubión, al pie del Monte Armadá], castillo grande inmediato al mar con campiñas y lugares numerosos» (*op. cit.*, p. 141). Viene a continuación el Castillo de Faro.

(15) UNDE POST OBLATA DEO ET BEATO APOSTOLO SACRIFICIA REUERSI, PER IX. DIES VENTIS OPPOSITIS PHARE SUMUS DETENTI. HORTATU IGITUR COMITIS HOLLANDIE, QUI AB INCOLIS DIDICERAT, QUOD AB ILLO PORTU VENTIS ULIXIBONAM FERENTIBUS EXIRE NON POSSEMUS, UERSUS BRITANNIAM AD UNIUS MILIARIS ESTIMATIONEM REUERSI, PORTUM OPTIMUM, QUEM TUJ DICUNT, INTER DUOS MONTES AEREOS COMPLICITUM INTRAUIMUS. A QUO IN FESTO APOSTOLORUM PETRI ET PAULI PROGRESSI, VENTIS INSTABILIBUS PER TRES DIES ET NOCTES IACTATI IN FLUCTIBUS, QUARTO DIE PORTUGALIAM PERVENIMUS.

El término «tendentibus» que aparece subpuntuado a continuación de *Ulixibonam* fue sustituido por *ferentibus*. La identificación del puerto de *Tuj* con el actual Tuy ha suscitado serios reparos. L. Weiland, el editor de la *Crónica*, p. 479, comentó así el pasaje: «Este lugar no puede ser la ciudad de Tuy situada a la orilla derecha del río Miño, a no ser que el

escritor haya alterado el orden del viaje». Kurth cree que debe tratarse más bien del Ferrol, con cuya descripción coincide (*op. cit.*, p. 222). El pasaje en cuestión aparece acotado con una nota marginal imprecisa. Es posible que se deba a Ubbon Emmio, que, como ya hemos indicado, utilizó el manuscrito para escribir sus *Hist. rer. Fris.* En este caso sería Emmio el primero que se dio cuenta del error topográfico, hipótesis que parece confirmada por el silencio que guarda sobre el topónimo cuestionable, limitándose a decir: «...,Phario portu in nonum usque diem, quod venti essent adversi, commorati, post, spacium aliquod maris in eam, unde venerant, partem remensi, novo portu appetito, repetitaque navigatione a quarto die post pericula et jactationes in littora prima Portugaliae pervenerunt» (lib. VIII, p. 314). Emmio calla, pues, el nombre de Tuy por considerarlo inadecuado con el verdadero sentido del texto, y se limita a decir que entraron en «un nuevo puerto», desde donde reanudaron la navegación que directamente desde La Coruña no les era posible. La hipótesis de que podría tratarse del Ferrol o de Jubia y no de Tuy parece favorecida también por el texto que viene a continuación, pues al abandonar este «puerto óptimo» el 29 de junio, llevados por vientos inestables, y a merced de las olas durante tres días y tres noches, al cuarto día llegaron a Oporto. Aun suponiendo tan poco favorable la navegación no parece muy verosímil que invirtieran tanto tiempo desde la desembocadura del Miño a la del Duero. Pero es más imaginable que se trate de un mero error de copia del original cometido por Emón, a quien sin duda no le era desconocido el nombre de la ciudad episcopal de Tuy, o de un error de la copia que se nos ha conservado, favorecido por la misma causa. En este caso, en el texto original recibido por Emón o en la redacción de éste estaría Teis, San Salvador de Teis, el primitivo puerto de Vigo. Los dos aéreos montes, que llamaron la atención del relator, serían, pues, el de La Guía y el del Castro.

En la *Expugnatio* nos ha quedado una descripción más circunstanciada del trayecto de la costa gallega comprendido entre la desembocadura del Tambre y la del Miño, aunque tampoco exenta para nosotros de erizados problemas acerca de la exacta localización e identificación de los topónimos mencionados en ella. Así nos dice el autor de este reportaje: «Desde el Tambre llegamos a una isla vulgarmente llamada *Flamba*, en la cual hay abundancia de conejos y serpientes; tiene también la planta en cuyas hojas se produce la agalla para teñir. Esta isla es una de las Baleares. El territorio a la izquierda, en el continente, se llama *Campis*. La orla marítima desde esta isla hasta Oporto tiene el río Miño, sobre el cual se halla la ciudad de Tuy» (Inde pervenimus ad insulam que vulgo *Flamba* vocatur, in qua est cuniculorum copia et serpentium; habet etiam folium unde worma tingitur. Insula hec una ex Balearibus est. Provincia a sinistra in continenti vocatur *Campis*. Habet autem litus maris ab insula usque ad Portugalam fluvium Mineum, super quem civitas Tude). La isla llamada *Flamba* no ha podido ser identificada, aunque tal vez se corresponda con la que aparece citada en la *Hist. Comp.*, junto con otras, con el nombre

de *Flamia*: *Flamiam*, *Aonios* (Ons), *Saluaram* (Sálvora), *Creviam* (Quebra), *Montemque Lauros* (Monte Louro). El anotador de *La Compostelana*, José Campelo, en la trad. de Manuel Suárez, *Historia Compostelana o sea Hechos de D. Diego Gelmírez primer arzobispo de Santiago*, Santiago 1950, p. 193, n. 3, dice: «Flamia nos es desconocida, pero debe ser la isla de *Framio* que juntamente con las de *Aones* (Ons), *Saluare* (Sálvora), *Arauza* (Arosa), *Sias* (Cíes) y *Tanao* (quizá Tambo), se mencionan en un documento de 20 de abril de 911» (L. Ferreiro, t. II, Ap. XXX, p. 65). En el códice A 183v aparece la variante *Flamina* (ibid., p. 282, n. 2). Si ese *Tanao* del documento aducido fuese Tambo, quedaría descartada la hipótesis de Ch. W. David de identificarla más probablemente con Tamba (o Tambo). ¿No sería la isla de San Simón, llamada así en atención a la fervorosa ermita, pero tal vez conocida también con el nombre vulgar de Flamba o Flamia: *que vulgo Flamba vocatur*? Por lo que respecta al nombre de *Campis* dado a la provincia baste decir que son muchísimos en las cuatro provincias gallegas los topónimos con *Campo* o *Campos*. El Madoz registra 17 *Campo* en Pontevedra, uno de ellos es el Ayuntamiento de Campo a orillas del Lérez; 4 *Campos* en la misma provincia, Camposancos en la Guardia, en la desembocadura del Miño; un *Santiago de Campo* en Lugo. Ch. W. David, en su ed. de la *Expugnatio*, p. 67, n. 4, sugiere si este *Campis* aplicado a la provincia no daría la clave para explicar el problema tan debatido del nombre de *Compostela*. En los *Annales Complutenses*, Esp. Sagr., XXIII, 312, se menciona la llegada de los normandos (*Lodormani*) en 970 *ad Campos*. La asociación errónea de esta isla de *Flamba* con otra de las Baleares procede de la falsa representación de que dichas islas se encontraban en la costa atlántica de la Península, error basado en una mala lectura de Plinio (H.N. IV. 119-20; III. 76-78). Más adelante vuelve a identificar las dos islas Berlingas, frente a la península de Peniche con las Baleares: «Iuxta hanc sunt II. insule, que vulgo dicuntur Berlinges, id est Baleares lingua corrupta». La traducción de *worma tingitur* como «la agalla para teñir», «scarlet cloth», traduce Ch. W. David, p. 66, n. 2, después de los ejemplos aducidos por este autor, parece estar asegurada: «Ostrum, wurma, read godweb», de un glosario del siglo XI, en Thos. Wright, *Anglo-Saxon and Old English Vocabularies* (2d. ed. London, 1884), I, 460; «Wolcreadum wurman opþe wealhbasu, distincto cocco sive vermiculo», de una glosa del siglo XI en *De laude virginitatis*, de S. Aldhelm, en *Anglia XIII* (1891), 29; «Vermiculum, rubrum, sive coccineum. Est enim vermiculus ex silvestribus frondis, in quo lana tingitur, quae vermiculum appellatur», del gramático Papias, del siglo XI, en Du Cange, *Glossarium mediae et infimae Latinitatis*, en el artículo *vermiculus*. El quermes, que vive en la coscoja y que produce la agalla o coscojo, del cual se saca la grana o escarlata, es mencionado tres veces por Plinio, dos veces como un producto de la Lusitania, una vez como medio con que los pobres de España estaban autorizados para pagar la mitad de los impuestos. Plinio llama a la planta *ilex aquifolia parva*, pero a la que se alude en nuestro texto debe haber sido realmente la *quercus cocifera*, semejante a la *ilex* y abundante en Es-

paña y Portugal (Plinio, H.N., IX, 141; XVI, 32; XXII, 3). La ciudad de Tuy la califica el Edrisí de «pequeña, bonita y abundada» (*op. cit.*, p. 144). Ya en Portugal, la *Expugnatio* menciona el río Cávado (*Caduva*), en el que está la ciudad de Braga (*Braccara*), el Ave (*Ava*), sobre el que se halla la iglesia del bienaventurado mártir Tirso, después el Leca (*Leticia*) y a continuación el Duero (*Doyra*).

Según el Edresí, el itinerario marítimo desde Coimbra hasta Santiago de Compostela, parte, en su primer trayecto, desde el castillo de Montemayor hasta la desembocadura del río de Botão (el Vouga), que señala el principio de la tierra de Portugal, «país de muchos lugares y castillos, con extensas campiñas y muchas gentes de guerra, así de a pie como de a caballo, que hacen algaradas en el territorio de los vecinos que no siguen su parcialidad. El río Botão es grande y entran en él barcos de comercio y de guerra, pues la marea llega muy tierra a dentro». A 60 millas de aquí está la desembocadura del Miño, «que es ancho, caudaloso y profundo; la marea entra en él mucho y los barcos lo recorren haciendo paradas en las varias aldeas y fortalezas de sus orillas». A otras 60 millas del Miño se encuentra la desembocadura del Tourón (el Verdugo u Oitavén, en la ría de Vigo. El Edrisí le llama así por la antigua población de *Turoqua*, que figura en el Itinerario Romano, junto a la actual parroquia de Sta. María de Tourón), que es asimismo grande y recibe las mareas en extensión considerable. Cerca del mar hay, en medio de la ría, una isla (la mayor de las Cíes) con un gran fuerte cuyas murallas baña el agua por todos lados, bien poblado y municionado, con muchos cantones y terrenos cultivados bajo su dependencia. A 6 millas sale el río Lérez, en el cual, aunque pequeño, fondean grandes barcos. A otras 6 millas se confronta el río Merrar (el Umia), que también es grande, penetran en él las mareas y admite las mayores embarcaciones. Procede de muy cerca, y frente a su boca hay en el mar una isla pequeña, despoblada, con un puerto en que se halla provisión de agua y leña. Seis millas más allá desagua el río de Santiago (Ulla y Sar), llamado de Honesto, que es de mucho caudal y ancha desembocadura. Entra en él la marea y suben las grandes naves hasta 20 millas, donde hay un gran puente (el de Cesures) de cinco arcos de dimensión considerable y tan altos, que pueden pasar por debajo los buques sin abatir los palos. Cerca está la fortaleza denominada de Honesto (*Castellum Honesti*, de *La Compostelana*), distante 6 millas de Santiago (*op. cit.*, pp. 139-140).

(16) *HIC PORTUS FAUCIBUS ARTIS ET OBIECTIS SCOPULIS PRECLUSUS QUANDAM DE NAUIBUS NOSTRIS NON SINE MAGNO PERICULO [RECEPIT], CETERE UERO EXTRA PORTUM IN CONSPECTU SCOPULORUM ANCHORIS MISSIS IN ANGSTIA SPIRITUS NOCTEM EXEGERUNT.*

En la *Narratio*, p. 615, se llama también al puerto *Portugalia*. En la *Expugnatio*, p. 66, *Portugala*: «Post hunc fluvius Doyra, supra quem

Portugala, ad quam ab insula venimus circiter horam diei nonam». Según la triple fuente epistolar alemana, la partida del puerto del Tambre tuvo lugar en la octava de Pentecostés (15 de junio) y la llegada a Oporto el lunes 16 del mismo mes. A continuación explica la *Expugnatio* que se llama así por haber sido antiguamente el puerto de los Galos: «Dicta autem olim a portu Gallorum». Campelo, el anotador de la *Hist. Comp.*, p. XC, n. 1, dice: «Frente a... Oporto, en la margen opuesta (izquierda) del Duero, en su desembocadura, hay un pequeño y antiguo lugar llamado Gaya, de donde, al parecer, le vino a Oporto el nombre de *Portus Cale* (*Gale* o *Galia*), es decir, *Puerto de Gaya*». Ya en el siglo XI el territorio comprendido entre el Limia y el Duero se llamaba *provincia portugalensis*; en el siglo XII llegaba hasta el Vouga, y aun hasta el Mondego; y desde principios del siglo XIII, se extendía desde el Miño hasta Santarem con toda la región conquistada al sur de Coimbra. Esta provincia estuvo regida por merinos que ejercían el poder en nombre de los reyes de León y Castilla, y aun de Galicia. Como es sabido, la independencia de Portugal frente a estos reinos tuvo lugar en 1139 con la victoria de Alfonso Enriquez sobre Alfonso VII en Ourique. Para garantizar esta victoria frente al emperador, Alfonso Enriquez, el primer rey de Portugal, se declaró feudatario del papa en 1143. Las conquistas de Santarem y Lisboa en 1147 aseguraron la natural evolución del reino de Portugal hacia el sur. Aunque Alfonso Enriquez se llamaba rey ya por esta época, el título como tal no le fue confirmado por la Santa Sede hasta 1179 con Alejandro III (1159-1181). Véa. A. Herculano, *Hist. de Port.*, II, pp. 8-12 y 129 ss., así como las notas desde la p. 294 en adelante. En una fuente inglesa de 1190 se dice: «terra regis Portugalensis incipit ab aqua dicitur Mine, et durat usque ad mediam viam inter Silvis, et Sanctam Mariam de Hayrum» (Faro). (Gesta Regis Ricardi, ed. Stubbs, p. 123).

A juzgar por la *Expugnatio*, la población de Oporto en 1147 no debía de ser muy grande, a pesar de los esfuerzos restauradores hechos desde hacía unos ochenta años, a consecuencia de las devastaciones causadas por la entrada de los árabes y de los almoravides: «habens jam annos reparationis sue circiter LXXX, desolata ab introitu Maurorum et Maobitarum», p. 66. Pues más adelante el autor de la relación anglo-normanda, al reproducir el discurso que el obispo Pedro Pitões (1146-1152) dirigió a los cruzados con el objeto de ganarlos para la empresa de la expugnación de Lisboa, pone en boca del prelado estas palabras: «Ista etiam nostra (sedes) quam cernitis, olim inter celebres, nunc ad instar parvuli redacta viculi». Aunque la frase «ad instar parvuli redacta viculi» está dicha con efecto retórico, con todo su sentido no debía andar lejos de la realidad. Aun en 1140, como dice a continuación, había sufrido una razzia que se extendió a las comarcas limítrofes llegando hasta los dominios de la iglesia de Santiago y causando grandes estragos y llevándose gran número de cautivos: «Verum enim ante hoc septenium ab eis adeo afflictata est, ut ab ecclesia beate Marie virginis, cui Dei gratia qualiscumque deservio, signa, vestes, vasa, et omnia ecclesie ornamenta,

captis clericis aut occisis, asportarent. Sed et ex civibus captivos et ex circumquaque iacentibus territoriis usque ad ecclesiam beati Iacobi apostoli innumeros fere in patriam suam secum transtulere, non sine nobilium nostrorum sanguine, igne et gladio cetera consumentes omnia». Quizá se trate de una incursión sarracena a lo largo de la costa relacionada con la penetración por el interior a que se refiere Herculano, *op. cit.*, II, pp. 180-181, y que en ese mismo año de 1139 hasta la primavera de 1140 dio como resultado la toma del castillo de Leiria por Omar y la llegada de sus tropas hasta las inmediaciones de Troncoso.

La entrada en Oporto tampoco carecía de peligro para las naves que en él buscaban refugio. De los escollos que obstruían o dificultaban su navegación nos habla también la *Expugnatio*, aunque su relato, inclinado a lo maravilloso, junto a la descripción del puerto nos informa de sus arenas salutíferas o medicinales: «Tiene el puerto, por la parte sur, un banco de arenas salutíferas, el cual, desde la primera roca, a la entrada, hasta la otra más abajo» (el sentido sin embargo, como observa Ch. W. David, parece pedir «supra» en lugar de *infra*) «mide 12 pasos, a partir de la orilla señalada por la marea baja. A estas arenas van a revolcarse los enfermos, hasta que, subiendo la marea, las olas los lavan y así se sanan. El mismo obispo nos dijo que de este modo se había curado también su predecesor, que padecía de una lividez semejante a la lepra. Las historias de los romanos hablan ya de arenas existentes en España dotadas de tal virtud» («Habet autem portus a meridie harenas salubres, a prima rupe in introitu usque ad aliam rupem infra, habentes in latitudine passus XII. ab extremi recessus margine, in quibus involvuntur egroti donec mare superveniens eos abluat ut sic sanentur. Ibidem vero testatus est episcopus predecessorem suum sanatum a livore simili lepre. De huiusmodi harenis, quod sint in Hyspania, in hystoriis Romanorum invenitur»). No sabemos qué autores puedan ser éstos.

Los cruzados alemanes de 1217 no fueron tan afortunados como sus predecesores ingleses, flamencos y renanos en 1147, esperados, recibidos y agasajados por el obispo de Oporto. Aunque nuestra *Topographia et eventus* se limita a decir que una parte de las naves frisonas halló cabida en el puerto, mientras las restantes quedaron ancladas fuera toda la noche, con el miedo consiguiente de tener enfrente los escollos, la *Chron. reg. Colon.*, p. 240, nos informa de la pérdida de tres naves pertenecientes a la escuadra del conde de Holanda a la entrada del puerto. Habían salido todos juntos el 29 de junio de aquel «puerto óptimo» (probablemente el de Teis en la ría de Vigo, tal vez erróneamente identificado por el abad Emón o por el copista con el de Tuy), y tras haber arrojado una recia tempestad, que dispersó las naves, el 2 de julio, el conde de Holanda pudo arribar a puerto en el reino de Portugal, a la entrada del cual se rompieron tres naves, mientras el conde de Wied, con otras naves, ocupó el resto del puerto: *Item prefati cruce signati in martyrio beatorum Petri et Pauli naves intrant, mare ascendunt; ubi orta tempestate seivissima, separatae sunt naves 6. Nonas Iulii, et comes Hollandiae portum*

petiit cum pluribus navibus in regno Portugalense, in cuius introitu tres naves confractae sunt; comes vero de Wide cum aliis navibus reliquum (en otro cod.: *cum reliquis navibus*) *intravit portum in eodem regno*. No se expresa aquí con claridad que el puerto donde buscaron refugio la mayor parte de las naves del conde de Holanda y otras o el resto de las del conde de Wied fuera el de Oporto. La vaguedad de esta versión aumentada con esa variante de «cum reliquis navis», y, dada la dispersión sufrida por el grueso de la escuadra, hace pensar que se trata de un puerto distinto o incluso de dos. La rotura de las tres naves del conde de Holanda a la entrada del puerto inclinan sin embargo a pensar que pudo ocurrir en los escollos frente a Oporto. Pero es muy extraño que el autor de nuestra «topographia» nada nos diga sobre este suceso. Ello inclina de nuevo a la suposición de puerto(s) distinto(s) al de Oporto, y que la pérdida de las tres naves no habría ocurrido tanto por fractura contra los arrecifes como por las inclemencias y maltrato de la tempestad. Aun cuando Goswino, en su *Carmen de expugnatione Salaciae*, versos 51-52, habla del naufragio de dos naves que encallaron cuando la escuadra buscaba refugio en el puerto: «*E portu cedi classis, sed ibi tamen (ha)erent / Rupe due naves naufragiumque ferunt*».

(17) *MANE AUTEM FACTO VENTIS SUADENTIBUS ITERUM ITER* (col. 27) *ATTEMPTANTES, SED UOTO FRAUDATI, PORTUM SILERE INTRAUIMUS, UBI IN GRANGIA PORTUI PROXIMA ABBATEM DE ALCUBAZ ORDINIS CISTERCIENSIS INVENIMUS.*

Según el cómputo de la navegación, la llegada a Oporto tuvo lugar el día 2 de julio. El 3 de julio por la mañana reanudaron el viaje, llegando en el mismo día a Salir do Porto, cerca de Nazaré, donde permanecieron hasta el 11. El 14 de julio arribaron a Lisboa. La *Crónica regia coloniense*, p. 240, habla, refiriéndose a la escuadra del conde de Wied, que dejaron el puerto (Salir do Porto?) el día 10 de julio, y que al día siguiente entraron en Lisboa («Inde recedentes 6. Idus proxima sequente feria portum intrant Ulixibonensem»). Una redacción vinculada a los *Anales colonienses* y publicada por Waitz en los Apéndices de la *Cron. reg. Colon.* bajo el título *Ex hist. expeditionum in Terram Santam a. 1217-1219*, p. 340, se limita a decir que entraron en Lisboa alrededor de los Idos de julio en diferentes tandas: «Deinde circa Idus Iulii graviora passi, parcialiter intrant portum Ulixibonensem». En cuanto a la arribada de nuestros expedicionarios frisones a Salir do Porto parece que no estaba prevista, aun cuando resulta difícil suponer que no tuvieran noticias del monasterio de Alcobaça, distante tan sólo 10 km. La estancia de una semana en este puerto se puede explicar sin embargo por esta proximidad y por el encuentro con el abad. Por los puertos de Salir y de Pederneira era por donde el monasterio exportaba, en navíos propios, el vino y la sal. La fundación claravalense de Alcobaça fue el resultado inmediato de la

conquista de Santarem y de Lisboa. El asentamiento se hizo en el lugar denominado Santa María de Vella, y los fundamentos de las primeras edificaciones fueron puestos ya en febrero de 1148. El abad que los expedicionarios frisonos encontraron en la granja que el monasterio poseía cerca del puerto se llamaba D. Pedro Egas o Viegas, el séptimo abad de Alcobaça, que sucedió en 1215 al abad d. Fernando (F. Antonio Brandão, *Crónicas de Sancho I e D. Alfonso II*, p. 156, ed. de A. de Magalhães Busto, Porto 1945).

Una descripción de la costa portuguesa desde Oporto a Lisboa nos la ha dejado el autor de la *Expugnatio*. Primero nos habla de la llegada de los cruzados anglo-normandos a Peniche hacia el 26 de junio de 1147 desde Oporto: «Al día siguiente arribamos felizmente a la isla de Peniche (*Phenicis*), distante unos 800 pasos del continente. En la isla abundan los ciervos, pero sobre todo conejos. Tiene regaliz (*liquiricium*). Los tirios llaman a esta isla *Erythaca* (*Ericream*), los cartagineses (*Peni*), *Gadir* (*Gaddir*), que quiere decir *seto* (*sepen*), más allá de la cual no hay más tierra, por cuya razón le llaman el último extremo del mundo conocido. Junto a esta isla hay dos islas, que el vulgo llama Berlengas (*Berlinges*), por corrupción con Baleares, en una de las cuales hay un palacio (*palatium*) de maravillosa arquitectura con muchos departamentos destinados a tiendas u obradores (*officinarum*), que, según dicen, en otro tiempo sirvieron de gratuitos aposentos a cierto rey». Según Ch. W. David, la confusión de Peniche con la isla de León (Cádiz), y de las Berlengas y Farilhoes con las Baleares, proviene de un malentendimiento del texto de Plinio a través de los *Colectanea rerum mirabilium*, 23, 121, de Solinus, que el relator llevaba consigo o que tuvo ocasión de consultar durante su estancia en Portugal, y que le sirvieron como fuente erudita para ilustrar sus propias experiencias. (Compár. Plinio, H.N., III, 78 y IV, 120). En la confusión de las Berlengas con las Baleares, anota Ch. W. David, el autor no estaba solo, pues en el *mappamundi* del «Beato» de Osma (1086) las Baleares se sitúan también muy próximas de la posición de las Berlengas (Compár. Miller, *Mappaemundi*, Heft I, p. 35, Heft 2, Tafel 3, aquí no legible, pero sí en *Art Studies*, VIII, 1939, Pt. 2, 154: «Baleares hii sunt»). Luis Monteagudo supone para las Berlengas el étimo Beryllinicae, de la esmeralda llamada *beryllus*. Al parecer no se conocen ruinas antiguas de tal palacio en las Berlengas. Ch. W. David, p. 87, n. 7, se pregunta si este pasaje no será una imaginación del autor basada sobre las palabras de Solinus 23.12, a propósito de la isla de Cádiz: «in hac Geryonem aevum agitavisse plurimis monumentis probatur». (Compár. Plinio H.N. IV.120.). El autor de la *Expugnatio* sigue describiendo la costa y el continente portugués hasta estas islas de este modo: «En el continente, desde Oporto (*Portugala*) hasta esta isla hay ríos y castillos; uno de ellos es el castillo de *Santa María* (Feira), entre el río Duero (*Doira*) y un bosque llamado *Medica in frigore* (Mesão Frio, antigua región llamada Albergaria Veteris de Meignonfrio, que según M.O. en «Novidades», 31.10.1935, se explica como «subtus monte qui propter heremi magnitu-

dinem vocatur *mansio frigida*». Véa. J. Augusto de Oliveira, *op. cit.*, nota C, pp. 170-171. No sabemos si *medica in frigore* responde a una latinización arbitraria o no de Meignonfrio. El códice lleva al margen esta acotación: *id est mei...* Las letras restantes desaparecieron con el recortado del borde; tal vez reprodujeran el nombre vulgar), en cuyo territorio descansa el bienaventurado Donato, discípulo de Santiago. Y a continuación del bosque, el río Vouga (*Vaga*). Viene luego la ciudad de Coimbra (*Colymbria*) sobre el río Mondego (*Mundego*). Y más allá, el castillo de Soure (*Soyra*), y después el castillo llamado Montemór (*Mons Maior*), y a continuación el de Leiria (*castrum Lora*), sobre el río (el riachuelo llamado actualmente Lis que divide el episcopado de Lisboa del de Coimbra. Y luego el bosque llamado en la lengua de los naturales *Alchubez* (Alcobaça), alrededor del cual hay un vasto yermo (*eremi vastitas*) que se extiende hasta el castillo de Cintra (*Sinthrium*), distante ocho millas de Lisboa (*Lyxibona*). (De *Expugn.*, ed. de Ch. W. David, pp. 87-88). Donato, que más adelante, p. 116, figura en primer término entre los secuaces o discípulos del Apóstol Santiago, seguido de «Torquato, Secundo, Endaletio, Eufrasio, Thesiphonte, Victorio, Pelagio et pluribus apostolicorum signorum viris», no aparece en el *Liber Sancti Jacobi sive Codex Calixtinus*. Sin embargo cerca de Ovar se encuentra Sanduado, perteneciente a la sede de Oporto (J. A. de Oliveira, *op. cit.*, nota C, p. 171). El topónimo de Doade se encuentra también en Galicia (Madoz, 7, pp. 390-91). La roturación de este bosque y la repoblación de este yermo fue obra de los cistercienses claravalenses establecidos allí poco después (A. Herculano, *Hist. de Port.*, III, p. 61). «Coimbra, dice el Edrisí, es ciudad pequeña, muy poblada y próspera, que abunda en viñas, manzanos y cerezos. Está colocada en la cima de una colina inexpugnable, y a su Oriente corre el río Mondego, que da movimiento a varios molinos». En la desembocadura está el «castillo de Montemór, muy fuerte, con vistas al mar, feraces campiñas y buenos rendimientos» (*op. cit.*, p. 138).

(18) *A QUO DE SITU TERRE ET PORTUUM DIFFICULTATE MULTA AUDIUIMUS. QUI ETIAM INTER CETERA NOBIS RETULIT, QUALITER MAGISTER REGIS DE MAROCH AD FIDEM NOSTRAM CONVERSUS PALAM CORAM REGE PREDICAVIT, REGNUM IPSIUS FINEM HABITURUM IN PROXIMO. QUO AD IUSSUM REGIS INTERFECTO, FILIUS EIUS IN LEGE DOCTISSIMUS FIDEM CHRISTIANAM PUBLICE PROFESSUS, CONTRA LEGEM REGIS PRUDENTISSIME DISPUTAVIT ET DE FINE REGNI IPSIUS EX DICTIS PROPHE TARUM PROBABLEM COLLEGIT SENTENTIAM; QUI SECUNDA DIE MILLE LANCEIS CONFOSUS INTERIIT. CUIUS REX CORPUS CUM IN IMMUNDO LOCO PROICI IUBERET, DEO VOLENTE NULLA POTERAT ARTE MOVERI. QUO MIRACULO REX CONFUSUS, CHRISTIANI ROBORATI IN TANTUM, UT AB ILLA DIE PUBLICE MISAS CELEBRARENT, ET ECCLESIAS CONSTRUERENT IN CIUITATE MAROCH.*

Durante la semana transcurrida en Salir do Porto, además de los informes recibidos acerca de la situación y dificultades de los puertos de

la costa portuguesa que les faltaba por recorrer, el abad de Alcobaça debió de aprovechar ese tiempo para vigorizar el ánimo de los expedicionarios y predisponerlos a que se quedaran en el país con vistas a la conquista de Alcácer do Sal. Las profecías que corrían acerca del aniquilamiento del poderío árabe y de la extinción de su doctrina eran obra premeditada de la propaganda político-religiosa de la época. Esta parece ser la primera noticia que tenemos sobre la penetración misionera católica en Marruecos. De la existencia de focos cristianos en Marruecos testifica también una carta de Honorio III dirigida al Sultán de Marruecos para que éste garantice a los cristianos existentes en su reino el ejercicio de su religión. El encargado de entregar la misiva fue un español llamado González, de la Orden del Hospital: «Honorius III ad Abu Iakub miramulinum epistolam dedit qua rogavit, ut existentes in terra sua christianos uti lege sua libere permetteret et Gonsalvum, fratrem ordinis Hospitalis, latorem epistolae, benigne acciperet» (Potthast, nro. 6121). El hispano Pelayo Galván, legado pontificio y jefe supremo de las fuerzas cruzadas en Damietta, en cuya conquista tomaron parte principal los frisonos de nuestra expedición, mandó leer resumidamente un libro árabe en el que se adelantaban ya los triunfos cristianos en el Oriente. Sobre tal medida nos informa Oliverio en su *Hist. Damiatina*, ed. de Hoogeweg, pp. 258-259: «Cuerdamente, después de la toma de Damietta, el Legado apostólico de la Santa Sede mandó que fuese leído, sumaria e interpretativamente, un libro escrito en árabe que, a juzgar por la encuadernación de sus hojas, nos pareció muy antiguo. Se titula *Liber Clementis* (el título exacto lo da Jacobo de Vitry en su *Hist. Orient.*, 592^b: «Revelationes beati Petri apostoli a discipulo eius Clemente in uno volumine redacte»), escrito, según dicen, por el mismo Clemente sobre las revelaciones hechas por Pedro y recogidas directamente de la boca del Príncipe de los Apóstoles entre la resurrección y la ascensión del Señor. Comienza este libro con la creación del mundo y termina con la consumación de nuestro siglo, en que se leen prescripciones y consejos de salvación. Pero se intercalan también profecías, de las cuales algunas evidentemente parecen ya realizadas, mientras otras penden todavía del futuro. Entre ellas se dice que habría de ser tomada por los cristianos una ciudad fluvial (*civitatem aquosam* = Damietta), con otra ciudad de Egipto. Se añade también la toma de Alejandría, y se menciona a Damasco, que atormentó y todavía atormenta a muchos siervos de Dios. Habla además de dos reyes, de los que asegura que uno de ellos vendrá del Oriente y el otro del Occidente a Jerusalén en el año en que la Pascua cuadre el 3 de abril. Este libro concuerda en muchas cosas con el arriba citado. Según tradición divulgada tanto entre los cristianos como entre los sarracenos, vienen en apoyo de esta profecía muchos pasajes escritos acerca del rey David. Hemos visto también, como prueba de lo que allí se dice, a los cautivos cristianos liberados por los embajadores del rey David en Baghdad, y que, hechos prisioneros en Damietta, habían sido enviados como regalo al califa por el rey de Babilonia». Oliverio, en esta

misma obra, pp. 231-232, ya se había referido al libro en cuestión, diciendo que en él no consta si el autor era judío, cristiano o sarraceno: «cuius autor se Judem vel Christianum vel Sarracenum negat in illo». Lo único que afirma es que estaba escrito en árabe. Además de las predicciones que quedan enumeradas se dice allí que cierto rey de los cristianos de Nubia habría de destruir la ciudad de la Meca y dispersar los huesos del pseudo profeta Mahoma, amén de otras profecías que todavía no acontecieron, pero que cuando acontezcan redundarán en aumento del cristianismo y en merma de los agarenos. El rey David, al que Oliverio llama hijo del presbítero Juan (el famoso preste Juan de la Edad Media), es en realidad el mongol Dschingis-Kan.

Profecías y signos o señales eran procedimientos comunes utilizados por los predicadores para mover y conmover a las masas. El propio Oliverio, en una carta a los condes de Namur y en otra al cardenal Roberto de Courcon, a propósito del éxito de su predicación en Frisia en 1214, les dice: «Cuando muchos miles de hombres y mujeres, que habían venido para oír la predicación, se hallaban sentados sobre la pradera próxima a una alquería frisona llamada Bedem, con el aire bastante sosegado, he aquí que apareció por parte del aquilón una nube de brillante blancura, y en ella una blanca cruz sin humana figura. Después, hacia el austro, se vio otra cruz del mismo color y geometría, y entre ellas, una tercera cruz grande, la mitad de encendido color, con la forma de un cuerpo humano en su tamaño natural, desnudo, con la cabeza hacia arriba e inclinada sobre el hombro y los pies hacia abajo, y con los brazos no horizontalmente extendidos, sino elevados hacia lo alto. Eran bien visibles los clavos que atravesaban las manos y los pies de aquella figura, en todo semejante a las que los artistas ejecutan en las iglesias. Entre los muchos que habían venido para alistarse en la cruzada había uno que se negó a hacerlo, pero al ver aquella cruz, al punto se alistó. Y otro de los naturales de esta región, visto el prodigio, vino corriendo hacia mí al tiempo que decía: “Ganada se ha Tierra Santa”, dando en profética certidumbre el futuro por pasado» (*Cartas*, ed. cit. de Hoogeweg, pp. 285-287).

Señales procedentes de la observación de las nubes debían de ser corrientes entre los marinos, acostumbrados a escrutar el cielo. Y así a los cruzados anglo-normandos de 1147, antes de entrar en la desembocadura del Tajo, después de haber soslayado una tempestad, tampoco le faltó profecía de nubes, pues el autor de la *Expugnatio* refiere el siguiente suceso: «Pero al entrar en el puerto se nos mostró en el aire un admirable prodigio. Porque he aquí que de la parte de las Galias, grandes nubes de brillante blanco, que con nosotros venían, vimos precipitarse sobre otras nubes grandes, salpicadas de negrura, que venían del continente; y, semejantes a dos ejércitos ordenados en batalla, una vez juntas las alas izquierdas, libraron entre sí enconada lucha. Unas, a manera de infantería ligera, daban la impresión de rebotar a derecha y a izquierda contra la primera fila; otras, como si lograsen abrirse paso, se envolvían en las que quedaban. Algunas penetraban en las demás y las penetradas se des-

vanecían como humo; unas eran obligadas a descender hasta tocar casi la superficie del agua, otras en cambio se remontaban hasta perderse de vista en lo más alto. Finalmente una gran nube, que llegó de nuestra parte, barrió todas las impurezas del aire, dejando tras sí un azul purísimo, al tiempo que detuvo con su ímpetu a todas las demás que venían de tierra. Así, pues, mientras las restantes se evaporaron por completo o se deshilaron en pequeños fragmentos, ella, después de quedar como dueña y señora del aire, al modo del que lleva delante de sí el botín capturado, se acogió victoriosa en la ciudad. Nosotros, al comprobar su triunfo, prorrumpimos en alegría diciendo: "Venció nuestra nube. Dios está con nosotros. Aniquilado es el poder de los enemigos. Confundidos están, porque Dios los dispersó". Luego, habiendo cesado toda señal de tempestad, a las primeras horas de la tarde, llegamos a la ciudad, la cual no dista mucho de la embocadura del río Tajo». (*De Expugn.*, ed. Ch. W. David, pp. 88-90).

Entre las profecías más famosas que circularon con profusión por Europa está la *Epístola enviada por el maestro Juan de Toledo*, cuyas primeras redacciones parecen datar ya de 1185, como se afirma en la de 1229. En ella se vaticinaban grandes catástrofes de huracanes y terremotos que destruirían las ciudades más populosas del Oriente. Ante estas conmociones de la naturaleza, los sarracenos abandonarían sus mezquitas y se harían cristianos. El envío de la *Epístola* desde Toledo estaba bien justificado, pues dado el carácter semiorientista de la ciudad, una profecía emanada desde allí y favorable al catolicismo llevaba consigo una mayor fuerza de credibilidad, ya que venía a ser como una confirmación del enemigo contra la propia causa (Sobre la *Epístola* véa. H. Grauert, *Meister J. v. Toledo* en *Sitzungsberichte der Königl. bayer. Akademie der Wissenschaften*, 1899, pp. 111-322).

(19) *HIIS IGITUR ET PLURIMIS AB EO AUDITIS, PORTUM SILERE TERCIA FERIA POST FESTUM ALEXANDRI MARTYRIS LINQUENTES, SEXTA FERIA PROXIMA ULIXIBONAM PERUENIMUS. DE CUIUS SITU QUEDAM PROPTER UTILITATEM, QUEDAM PROPTER DELECTATIONEM ANNECTIMUS.*

Según la *Chron. reg. Colon.*, p. 240, las naves del conde de Wied habían partido ya un día antes (10 de julio), y si hemos de dar crédito a la expresión *proxima sequenti feria portum intrant Ulixibonensem*, la entrada en Lisboa tuvo lugar ya al día siguiente 11 de julio, mientras nuestros expedicionarios frisonos no pudieron alcanzar este puerto hasta el día 14. Kurth, p. 224, n. 3, se decide también, en el pasaje de la *Chron. reg. Colon.*, por la lectura *sexta feria proxima*, en lugar de *proxima sequenti feria*, que es la que da aquel texto. Pero yo me inclino a creer que llegaron a Lisboa en tres grupos diferentes: el primero, el del 11, estaría formado por las naves del conde de Holanda; el segundo, el del 14, por las frisonas; y el tercero, alrededor de esta fecha (*circa Idus Iulii*), por las

renanas del conde de Wied. El texto que queda aducido sobre la escuadra renana dice claramente que la entrada se efectuó separadamente (*parcialiter*). El retraso que afectó a los frisonos y renanos, se debió, como se deduce del mismo texto, a vientos contrarios (*graviora passi*) que se levantaron un día después, mientras que el primer grupo, que había zarpado un día antes, o sea el 10, no se vio afectado por el temporal.

(20) *EST IGITUR ULIXIBONA CIUITAS HISPANIE, TERMINUS GENTIUM ET ECCLESIE, RITU UETERI SITA IN MONTE, AB ULIXE ET ACHILLE CONDITA, QUOD PROBANT ANTIQUA EDIFICIA, TURRES VETERES APPELLATA, ET PAGUS VICINUS ACHELE UOCATUS AB ACHILLE.*

«Turres ueteres» no se refiere a edificios dentro de la misma ciudad, como por ej. «Torre Velha», como anota Weiland, sino a Torres Vedras, villa constituida por las feligresías de Sta. María do Castelo, S. Miguel, S. Pedro y Santiago, en el territorio de Lisboa. La «aldea vecina llamada Achele» es Chellas, lugar de la feligresía do Beato, perteneciente a la ciudad, concejo y comicio de Lisboa. En el monasterio de monjas de «Achelas» sitúa Alfonso X el milagro de la cantiga CCXXII, relacionado con el tema eucarístico. El P. Leal, cit. por Américo Costa en su *Dicc. Chorogr. de Port.* Contin. e Ins., vol. V, pp. 472-73 (1936), dice a propósito de este topónimo: «es singular la etimología que la tradición (y algunos escritores) dan a la palabra Chellas. Según ella el primer nombre de este sitio fue Valle d'Achilles, porque este héroe estuvo aquí, disfrazado de mujer, junto con las vestales, y que aquí le vino a desencantar el astuto Ulises. Todos saben que, según la mitología, Aquiles estuvo disfrazado de mujer entre las doncellas del palacio de Licomedes, rey de Cyros. Dicen que la palabra Achilles degeneró en Achelles y por último en Chellas. Los escritores que sustentan este absurdo alegan dos razones: 1.^a, el decir Homero que la diosa Thetis escondió a su hijo Aquiles entre las vestales de un templo edificado en los confines de la tierra y próximo al Océano; 2.^a, el encontrarse en todos los escritores anteriores al siglo XI, e incluso en algunos posteriores que tratan de este sitio y denominación del monasterio en el *Valle d'Achellis*». Esta tradición la recoge también la Chron. reg. Colon., p. 240: «Hanc enim civitatem quondam construxit Ulixes, cum a Troia post eius destructionem recessit; prius enim ibidem invenerat Achillem inter filias Lycomedis in veste muliebri latentem». Duodechino se hace eco también de ella atribuyéndola a los escritores árabes: «Esta ciudad, según refieren las historias de los sarracenos, fue fundada por Ulises después de la destrucción de Troya, y edificada sobre un monte inexpugnable para los humanos, a causa de la admirable estructura y disposición de sus muros y baluartes» (texto lat. en MGH.SS., XVII, p. 27).

(21) *CAPUT AUTEM CIUITATIS IPSIUS CIRCULUM IMPLENS MURO ET TURRIBUS ALTIS, UERTICEM MONTIS PULCHRE CORONAT, UBI EST DOMUS EPISCOPALIS ET SEDES. CORPUS VERO CIUITATIS PER DEUEXUM MONTIS USQUE AD AQUAS FLUMINIS DESCENDENS, AD AUSTRUM MURO CINGITUR ET TURRIBUS. IBI MIRO SCEMATE CONSTRUCTA IN HONORE BEATE VIRGINIS OSTENDITUR ECCLESIA, IN QUA CORPUS BEATI VINCENTIJ MARTYRIS IN SARCOPHAGO REQUIESCIT ARGENTEO.*

Es muy bella esta descripción estatuaria y jerárquica de la ciudad de Lisboa. La *Expugnatio* que narra la conquista de Lisboa por los cruzados en 1147, nos la describe en estos términos: «Al norte del río, en la cumbre de un monte redondo, está emplazada la ciudad de Lisboa. Sus murallas van descendiendo gradualmente hasta tocar la orilla del Tajo, detenido tan sólo por el muro. Cuando nosotros llegamos allí era el centro comercial más rico de toda el Africa y de una gran parte de Europa. Se yergue sobre el promontorio Artabro, que se prolonga hasta el mar gaditano. Esta montaña separa del mundo cielo, tierras y mares. Allí termina el lado de España, y a la vuelta del promontorio, en el punto donde se acaba el Océano Atlántico y el Occidente, comienza el Océano galo y el frente septentrional. Por eso se cree que esta ciudad fue fundada por Ulises. Los territorios circundantes nada cedan ni tienen que envidiar a los mejores en cuanto a la abundancia y fertilidad del suelo, lo mismo si se atiende a las frutas de los árboles como a los productos de sus viñas. Concurren allí las mercancías más diversas, desde las más costosas hasta las más necesarias para el consumo. Posee oro y plata, y jamás tiene escasez de herrerías. Prepondera allí el olivo, pero sus tierras son feraces y no dejan nunca de labrarse. Y sus campiñas son aptas para toda clase de cereales. No obtienen la sal hirviéndola, sino que la extraen de minas. Es tan abundante en higos que nosotros apenas pudimos consumir una mínima parte de su producción. Crece el pasto en las plazas, y la comarca es celebrada por la gran variedad de venados. Carece de liebres, pero abunda en múltiples especies de aves. Sus aires son muy sanos y en la misma ciudad manan aguas termales... En el tiempo en que nosotros llegamos a la ciudad, ésta se componía de 60.000 familias contribuyentes, incluyendo los suburbios asentados a su alrededor, pero sin contar los ciudadanos exentos de todo gravamen. Está la cima del monte ceñida a la redonda por un muro, y las otras murallas de la ciudad que a derecha e izquierda bajan en declive por sus laderas, llegan hasta las márgenes del Tajo. Los suburbios, que se agrupan colgando al pie de las murallas, a guisa de aldehuelas excavadas a pico en las rocas, se hallan tan guarnecidas de defensas que cada una de ellas podría tomarse por un castro muy bien fortificado. Su población era más numerosa de lo que uno se puede imaginar, pues cuando la ciudad cayó en nuestro poder, supimos por su alcaide o gobernador que había habido allí 150 mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, pero incluyendo los ciudadanos del fuerte de Santarem, los cuales por haber sido expulsados en aquel mismo año

de dicha plaza (15.3.1147), se refugiaron en Lisboa y vivían allí como nuevos moradores. A éstos se añadía toda la nobleza de Cintra, Almada y Palmela, así como muchos mercaderes procedentes de toda España y de Africa. Pero aun cuando eran tantos no había más de 15 mil hombres provistos de lanzas y escudos, y con estas armas salían a combatir por el turno que les cupiese según las instrucciones recibidas del gobernador. Los edificios estaban tan apretadamente juntos que, a excepción de los barrios habitados por los mercaderes, no había ninguna calzada que tuviese más de ocho pasos de ancho. La causa de tal aglomeración de gente era debida a que entre sus habitantes no existía ninguna forma obligatoria de religión, y puesto que cada uno adoptaba la ley que le venía en gana, de todas partes los hombres más depravados se daban cita aquí como en una sentina, semillero de toda clase de inmundicia y concupiscencia. En tiempo de los reyes cristianos, antes que los moros la conquistaran, al lado de la ciudad, en un lugar llamado Campolide, se veneraba la memoria de los tres mártires Verísimo, Máxima, y Julia virgen, de cuya iglesia, aunque arrasada por los vencedores, todavía se muestran, como vestigios de su ruina, tres piedras que nunca pudieron ser movidas de aquel sitio. Algunos dicen que fueron altares, otros opinan que son piedras sepulcrales».

El autor, que como ya hemos indicado, añade a sus observaciones directas el testimonio erudito, en el pasaje: «Est autem sita montem Artabrum, pertingentem mare Oceanum Gaditanum; celum, terras, maria distinguit a terris, eo quod ibi litus Hispaniae finiat, et quod a circuitu eius incipit Gallicus Oceanus et fons septentrionalis, Oceano Atlantico et occasu terminatis ibidem», sigue este otro de Solinus, 23,5: «Artabrum... hoc caelum terras maria distinguit: terris Hispaniae latus finit: caelum et maria hoc modo dividit, quod a circuitu eius incipiunt Oceanus Gallicus et frons septentrionalis, Oceano Atlantico et occasu terminatis», el cual parte del de Plinio: «...promontorium ...Artabrum ... terras, maria, caelum disterminans. Illo finitur Hispaniae latus et circuitu eius incipit frons. Septentrio hinc oceanusque Gallicus, occasus illinc et oceanus Atlanticus» (H.N. IV.113-14). Ch. W. David, basándose en el texto bastante claro de Plinio y de Solino, sustituye, en su traducción, «litus» por *latus* y «fons» por *frons*. Se trata sin duda de formas corruptas de un texto de Solino usado por el autor de la *Expugnatio*.

Refiere también que cerca de Lisboa, «a unas ocho millas, se encuentra el castro de Cintra (*castrum Suchtrium*), donde brota un manantial purísimo, cuyas aguas ablandan la tos, curando por completo la tisis, y por ello sus habitantes, cuando oyen toser a alguien, saben en seguida que es forastero». Y procurando aunar una vez más su propia observación con el dato erudito, agrega: «Tiene también cidras (*poma citrea*). En sus pastos las yeguas retozan y procrean con pasmosa fecundidad, porque, concibiendo al aspirar el aire suave del céfiro, al punto se unen ardientes a los machos; es, pues, el espíritu de las auras el que las fecunda». Una nota marginal mutilada alusiva al olor de la cidra y a su efecto

como contraveneno, basada en Solino, 46, 4-6, parece confirmar todavía más esta fuente señalada por Ch. W. David. También el pasaje que sigue es, según el moderno anotador, una elaboración de Solino, 27, 7, que a su vez proviene de Plinio, H.N. IV, 116; VIII, 166. Comp. Virg., Georg. III, 273-75: «Ore omnes versae in Zephyrum stant rupibus / Exceptantque levis auras et saepe sine ullis / Coniugiis vento gravidae». La *Narratio* conoce también esta leyenda sobre las yeguas que pastan en los prados de Cintra, pero la amplifica al decir que sus crías, aunque velocísimas, no viven más de ocho años: «iuxta Ulixabonam ad tria nostra miliaria est castrum nomine Sintricum ubi concipiunt eque de vento, et sunt fetus velocissimi sed non ultra octo annos viventes» (ed. Ch. W. David, p. 616).

La conquista de Lisboa fue uno de los acontecimientos más importantes de la Europa cristiana medieval, y todas las crónicas se hacen eco más o menos de este hecho. Los cruzados posteriores que tocaban en la Península o que raziaban sus costas todavía en poder de los árabes, conocían bien estos informes escritos con tal motivo. La *Narratio*, sobre la conquista de Silves en 1189, aunque su asunto no es hablar de Lisboa, no deja sin embargo de señalar de pasada su importancia: «Es esta ciudad de Lisboa rica y grande. Conquistada hace 44 años por nuestros peregrinos («a peregrinis nostris») con sus fortalezas adyacentes, está bajo el dominio del rey de Portugal. Es aquella tierra fértil y sana, bien erguida de montes y tendida de valles» (ed. Ch. W. David, p. 616). Por esta cita deduce Kurth, p. 165, que la *Narratio* fue escrita en 1191 por un peregrino alemán que había regresado a su patria, pero que no estaba informado de que en ese año Silves ya estaba de nuevo en poder de los árabes. El Edrisí, que sabe, en el momento que escribe, de la caída de Almería en manos de los cristianos (17 de Oct. de 1147), pero que, al parecer, ignoraba que Lisboa había corrido la misma suerte cinco días más tarde, nos la describe en estos términos: «Lisboa está edificada sobre la orilla septentrional del río que llaman Tajo, que es el que pasa por Toledo. Su anchura cerca de Lisboa es de seis millas y allí la marea se hace sentir violentamente. Esta hermosa ciudad, que se extiende a lo largo del río, está ceñida por murallas y protegida por un castillo. En el centro de la villa hay fuentes de agua caliente, tanto en invierno como en estío. Situada a la proximidad del Océano, tiene a su frente sobre la orilla opuesta el fuerte de Almada, así llamado porque, en efecto, la mar arroja allí pajuelas de oro sobre la orilla. Durante el invierno los habitantes de la región van a los alrededores del fuerte en busca de este metal, y allí permanecen mientras dura el invierno. Este es un hecho curioso del que he sido testigo» (*Geogr. de Esp.*, Valencia 1974, pp. 172-73).

La catedral (Sé) de Lisboa fue construida por Alfonso Enriques en el lugar donde se alzaba el alcázar. De la primitiva construcción alfonsina en estilo románico, dice Américo Costa, *op. cit.*, t. VII, p. 597, «se puede observar todavía el trazado general del cuerpo del templo, las naves, el triforio y el nartex». Como se ve por nuestro texto, el expedicionario frisón la vio ya terminada en 1217. El traslado de las reliquias de San Vi-

cente desde el Promontorio Sacro a Lisboa tuvo lugar en 1173 (Simonet *Hist. de los Mozárabes en España*, pp. 254-258). De este traslado a Lisboa nos informa también Rogerio de Hoveden en 1190: «Caput Sancti Vincentii in quo corpus Sancti Vincentii requievit intumulatum per multa tempora, usque dum translatum fuit ad civitatem Ulixbonae» (*Chron.* ed. W. Stubbs, vol. III, p. 46). Para el obispado de Lisboa fue elegido el inglés Giliberto de Hastings, que estuvo al frente de la sede hasta 1166. Giliberto introdujo en toda la diócesis la liturgia de la iglesia inglesa de Salisbury, vigente hasta el año 1536, en que fue sustituida por el rito romano con el obispo Alfonso (1523-1540) (Kurth, *op. cit.*, p. 158). El obispo Giliberto (= São Gens) descansa en la iglesia de Santa María «ad martyres», hoy N-S. do Monte, levantada en la parte occidental para servir de enterramiento a los cruzados ingleses muertos en aquel flanco (Kurth, p. 149).

(22) *AD ORIENTEM UERO EXTRA CIUITATEM QUODDAM EST UENERABILE CENOBIVM, UBI PALMA DE SEPULCHRO MARTYRIS CHRISTI DOMNI POPTETJ (col. 28) ULUINGA PULCHRE CONSURGENS IN AERA DEMONSTRATUR, QUI MUTATO NOMINE HEINRICUS, PRINCEPS MILICIE CHRISTIANE, ANTE LXX ANNOS IBIDEM CUM SUO ARMIGERO UITAM FINIUIT IN CHRISTO; QUI NUNC DIUINA REUELATIONE CANONIZATUS, GLORIA TEMPORALI LETATUR ET ETERNA.*

El cenobio de S. Vicente da Fora, en Lisboa, dependiente de Sta. Cruz de Coimbra, de canónigos regulares de San Agustín, fue fundado por Alfonso Henriques para descanso de los guerreros alemanes que murieron en la toma de Lisboa, como consta por una piedra cuadrada que contiene la siguiente inscripción: «Hox Templum edificavit Rex Portugalliae Alphonsus I in honorem Beatae Marie Virginis, et Sancti Vincentj Martyris, XI Calend. Decembris sub Era 1185» (21.Nov.1147) (Americo Costa, *op. cit.*, t. VII, p. 597). Según esta inscripción, la fundación tuvo lugar un mes más tarde de la rendición de la ciudad (21 de octubre, fiesta de las Once mil Vírgenes). La fuente conservada en el monasterio cisterciense de Alcobaça sobre la fundación de S. Vicente da Fora, el *Indiculum fundat. monast. S. Vincentii Ulixobone*, nos informa que «los alemanes de la basílica de San Vicente, construida en su cementerio, pusieron al frente de ella a un presbítero llamado Roardo, o, según dicen, Winando, el cual cantaba las misas diarias y recibía las ofrendas que con largueza eran hechas allí por el pueblo para erigir la fábrica de la basílica (Porro teutonici basilicae sancti Vincentii, que in cimiterio construebatur eorum, preposuerunt presbiterum nomini Roardum uel alii dicunt Winandum, qui in singulos dies missas cantaret, qui oblationes reciperet, que ibi large fiebant a populo ad basilice fabricam erigendam). O. Pfülf cree que este Winando es el mismo sacerdote Winando de Colonia, autor de la carta sobre la conquista de Lisboa, carta que pudo servir de base para las casi idénticas de Duodechino y Arnulfo (Pfülf, *Die Heerfahrt des sel. Heinrich*

von Bonn und seiner Gefährten, en «Stimmen aus Maria-Laach), Katholische Blätter, Band 47. Freiburg im Breisgau, 1894, p. 25).

Popteto Uluinga (= lupi filius), al que las fuentes llaman Enrique de Bonn, debió de morir dos o tres días antes de la entrada de los cristianos en la ciudad, pues en el *Calendario de Colonia*, reproducido por Gelenio en su obra *De admiranda, sacra et civili magnitudine Coloniae*, de 1645, p. 732, se conmemoraba su fiesta el 18 de octubre con estas palabras «Eodem B. Henrici Bonnensis, qui cum alijs nobilibus anno 1147 expeditioni contra infideles se adiunxit, et Olissippone pro Fide Christiana occumbens multis claret miraculis». Sus compatriotas, para conmemorar su muerte como mártir, debieron plantar en su tumba la palmera que el anónimo relator frisón vio en 1217. Una versión latina de las gestas frisonas, *Gesta Frisiorum*, de mediados del siglo XIV nos transmite así la intervención y muerte de Popteto: «Entre los frisonos se encontraba un varón de edad madura y de admirable devoción llamado Popteto, oriundo, según se dice, de Wirthem, el cual poniéndose en las manos de Dios, él y todo lo suyo, gritó al tiempo que entraba en batalla: «¡Hermanos, varones fuertes, que por amor a la patria abandonasteis todo en nombre de Dios, luchad con brío, destruid a los enemigos del santo nombre de Cristo, no lo dudéis, nuestra es la victoria, pérdida no habrá, sino lucro, lo mismo si vencéis que si caéis! ¡Mirad! Abierto se ha el cielo y el valiente San Mauricio, condecorado con todas sus armas nos precede en el aire seguido de numeroso ejército, y lucha en nuestro favor y destruye a los enemigos aterrorizados y paralizados de miedo». Alcanzada la victoria y liberada la ciudad, como el bienaventurado Popteto se aligerara de sus armas para inclinarse a beber en una fuente, de improviso, un sarraceno que le acechaba oculto en los montes le disparó una flecha y le durmió en el Señor y le coronó con la gloria del martirio. Sobre su sepulcro se extendió una palmera de admirable hermosura y frondosidad, y los lisboetas, admirados al verla, dijeron: «Signo es este de gran milagro y de una paz perdurable que Dios nos concederá». Y así fue verdaderamente. Pues la ciudad de Lisboa, ocupada y maltratada por los sarracenos desde hacía mucho tiempo y con frecuencia destruida por numerosos incendios, después de esta victoria, permaneció sirviendo a Dios y gozando de la tranquilidad y de la paz. Y el obispo de Lisboa, viendo que este glorioso varón después de su muerte operaba milagros, y que muchos enfermos, por el sufragio de la divina gracia, recobraban la salud al pie del sepulcro, trabajó de manera que los obispos y prelados del reino de Portugal, junto con el rey y la nobleza, consideraron digno de canonizar a este glorioso varón, y, previo el requisito y consentimiento especial de la Sede Apostólica, se procedió a abrir el sepulcro. Entonces se pudo comprobar que la principal raíz de aquella palmera había salido de su corazón y en él estaba arraigada» («...Unde eius sepulcro aperto compertum est illam palmam de eius corde radicitus originem extraxisse») (Heinrich Rimers, *Die Lateinische Vorlage der Gesta Frisiorum*, pp. 133-134, en *De Vrije Fries. Tijdschrift uitgegeven door het Friesch Genootschap*, Leeuwarden, 1939).

Esta explicación del origen de la palmera es sin duda posterior, pero se inspira en otras leyendas sobre el mismo tema, cuya prioridad es muy difícil de dilucidar, «El clérigo y la flor», en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, y la cantiga XXIV de Alfonso X el Sabio, pertenecen igualmente a este ciclo. Pero la mayor semejanza la encuentro en un milagro que narra Cesario de Heisterbach en las *Homilías* y en los *Libri octo Miraculorum*, ocurrido en Polonia, donde del corazón de un converso de la Orden Cisterciense brotó un arbusto cuyas hojas tenían escritas estas dos palabras: «Ave Maria». Este converso no sabía ninguna oración, excepto la salutación angélica, la cual gustaba de repetir porque le sonaba bien, aunque tampoco sabía lo que significaba. Pero eso fue suficiente para alcanzar la bienaventuranza. Cesario narra así el núcleo del milagro: «Et ecce! arbuscula pulcherrima, ramis et foliis decenter ornata, de illius tumulo egressa est. Mirantibus cunctis, quid nam hoc esset vel quid portenderet, ad consilium plurimorum eciam laicorum, qui tunc aderant, qui scire desiderabant, de quo loco radices eiusdem arboris exirent, reiecta terra viderunt omnes quod principalis radix corde hominis egrederetur. Nec ignorabant causam, qui eius noverant vitam nam in singulis foliis distinctis litteris "Ave Maria" apparuit» (ed. A. Hilka, I. Band, Bonn, 1933, p. 151. Y *Lib. VIII. mirac.*, ed. A. Hilka, III. Band, Bonn, 1937, p. 81). Es posible que el milagro del mártir de Lisboa haya sido elaborado bajo la influencia del Heisterbacense. Y puesto que éste no lo relata, ni tampoco alude a él el autor frisón de nuestra *Topographia*, que se limita tan sólo a mencionar la palmera que se yergue en el sepulcro, hay que deducir que el milagro surgió o fue elaborado más tarde. Jansen ha reparado que en las *Crónicas frisonas*, los informes sobre la toma de Lisboa en 1147 y sobre la de Alcácer do Sal en 1217 aparecen parcialmente fundidos como si se tratara de un mismo acontecimiento. Así en la visión de un ejército de albos varones que aparecen en el aire y pone en fuga a los sarracenos, de la *Historia Frisiae*, p. 133, en la conquista de Lisboa, parece estar tomada del pasaje de la *Chron. reg. Colon.*, p. 241, sobre la toma de Alcácer do Sal. Esta confusión aparece puesta todavía más de relieve en *Die olde Fresche Chronike* y en la *Historia Frisiae*, que sitúan equivocadamente los acontecimientos de Lisboa y los hechos de Popteto en el pontificado de Inocencio III (Reinhard Jansen, *Heinrich von Bonn. Die Erinnerung an die Kreuzfahrer aus dem Römischen Reich in der portugiesischen Legendentradition*, en «Rheinische Vierteljahrs-Blätter», Jahrgang 30 (Heft 1/4) 1965, pp. 27-28). Pero la invocación de San Mauricio en la arenga de Popteto al ejército me parece una clara referencia a los mártires de la Legión Tebana venerados en Bonn y Colonia, hecho que viene a confirmar igualmente por este lado la relación del «príncipe de la milicia cristiana Popteto Uluinga», llamado también Enrique, con la ciudad de Bonn, relación atestiguada unánimemente en la tradición de las fuentes conservadas y elaboradas en Portugal.

La más antigua de estas fuentes es el *Indiculum foundationis monasterii sancti Vincentii*, al parecer del año 1188 y llegado a nosotros en un ma-

nuscrito posterior en algunos decenios. El autor no es contemporáneo de los hechos relatados, pero se remite al testimonio de dos supervivientes, testigos de la toma de Lisboa en 1147. Uno de ellos es un alemán llamado Otha (Otho) que, habiendo entrado como converso en dicho monasterio, llevó allí una vida muy religiosa: «vir natione theutonicus et prefati monasterii bonus conversus, fere a prima eius fundatione vitam ducens ibidem satis religiosam». La basílica de San Vicente fue construida en la parte oriental para eternizar la memoria de los alemanes y flamencos muertos en aquel sector durante el asedio. El relator de la *Expugnatio*, aunque no muy dado a ensalzar a sus correligionarios alemanes y flamencos no deja sin embargo de consignar el milagro de los dos mudos que recibieron el habla y la construcción de la iglesia: «Interea ecclesiae duae a francis construuntur in sepulturam defunctorum. Una ab orientali parte a colonensibus et flandrensibus ubi duo muti a nativitate, Dei adjuvante, officia linguae susceperunt. Altera ab anglis et a normannis ab occidentali parte (*De Expugn.*, ed. de Ch. W. David, p. 132).

El sacerdote Duodechino de Lahnstein relata más circunstanciadamente estos milagros: «Consummata est haec multum desiderata et vix expectata per Dei virtutem victoria in festo 11 milium virginium Christi, quod nos per earundem suffragia contigisse non dubitamus, et sanctorum patrocinia nobis affuisse, signis evidentibus intelleximus. Nam in eo loco, ubi corpora martirum nostrorum extra castra sepulta sunt, multis, quibus haec divina pietas concessit, nocturno tempore lampades lucere visae sunt. Duo praeterea muti in toto exercitu bene cogniti, unus in festo sancti Gereonis et eius sancta societatis, alius in festivitate omnium sanctorum in eodem loco locutionis usum receperunt. Quod nos de spiritu nostro non proferimus, immo multis et veracibus astipulati testibus, oculis nostris vidimus et manibus attractavimus» (MGH.SS., XVII, p. 28). La carta de Duodechino puede verse íntegra en nuestra traducción publicada en *España y Alemania en la Edad Media*, 3.^a parte, cap. III: *Propagación y culto de las reliquias de las Once mil Vírgenes en Portugal y provincias de Ultramar*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», t. 171, cuad. III, pp. 182-186, Madrid, 1974. Y coincidiendo con Duodechino, aunque con algunas variantes, el flamenco Arnulfo: «Sabed también que los cuerpos de algunos de nuestros hermanos fallecidos en distintas ocasiones fueron sepultados junto a Lisboa. De su bienaventuranza son testigos algunos mudos de nacimiento a quienes la divina clemencia hizo hablar: a uno en el día de la fiesta de San Gereón y sus compañeros; a otro lo despertó cuando dormía, y, llevado de la mano, según a él mismo le pareció, por un hombre muy resplandeciente hasta el sepulcro de los mártires, allí le postró en éxtasis y le desató la prisión de la lengua. Del mismo modo vi a otro que en el mismo lugar, por la fiesta de Todos los Santos, después de haber recibido el mismo beneficio, hablaba y ensalzaba a Dios, el cual opera tales maravillas por medio de sus santos» («Sciatis itaque quorumdam fratrum nostrorum corpora variis occasionibus extincta apud Ulixisbonam sepul-

ta esse. Hujus pacis testes sunt quidam quos divina clementia mutos a nativitate loqui fecit, unum in festo S. Gereonis sociorumque ejus atque secundum a somno excitavit, et ad sepulcrum martyrurum, sicut ei visum est, manu splendissimi viri perduxit, ibique in extasi postravit et vinculum linguae salvit. Similiter et alium quemdam ejusdem clementiae gratia ibidem festo omnium sanctorum loquentem audivimus et laudantem eum qui est mirabilis in sanctis suis», PMH.SS. I., p. 407). Como observa Pfülf, la última parte del texto de Arnulfo no está muy clara y sin duda corrupta, por lo que otros cronistas dedujeron un tercer milagro el día de Todos los Santos. Pero lo más cierto es que se trata tan sólo de los dos ocurridos, uno el 10 de octubre y el otro el 1.º de noviembre.

En el *Indiculum*, que describe igualmente el milagro de los dos mudos de nacimiento que reciben el uso del habla, la figura del varón resplandeciente es identificada por los dos agraciados con el caballero Enrique caído delante de Lisboa. A través de la fuente conservada en Portugal poseemos algunos datos más sobre este cruzado alemán: «Sucedió que un caballero coloniense, llamado Enrique, oriundo de la aldea de Bonn, distante cuatro leguas de Colonia, hombre noble tanto por su linaje como por sus costumbres, encontró la muerte en la lucha por la ciudad». Apenas recibida sepultura con los demás guerreros muertos en el cementerio de San Vicente, empezaron ya a producirse milagros en su tumba. Después de contar la cura prodigiosa de los dos mudos de nacimiento, continúa el *Indiculum*: «Cuando este suceso maravilloso fue conocido en el ejército, todos los que lo vieron y oyeron, alabaron a Dios, que opera tales maravillas en los santos, y tuvieron al caballero Enrique por un favorecido mártir de Cristo. Algunos días después cayó luchando también su escudero, y sus compatriotas recogieron su cadáver y lo enterraron a bastante distancia de la tumba de su señor. Pero el caballero de Cristo, Enrique, se le apareció en sueños al campanero de la iglesia de San Vicente, le llamó por su nombre y le suplicó que se levantase y que en aquella misma noche procediese a levantar el cadáver del escudero del lugar donde estaba y de nuevo le diera sepultura a su lado. Esto sucedió por dos veces. Pero puesto que el sacristán no hizo caso de la súplica de Enrique, éste se le apareció por tercera vez, ahora con rostro airado y terrible, y le amenazó con su castigo caso de que no cumpliese lo que le había mandado. Temblando de miedo, pues estaba solo en su puesto, se levantó, se dirigió al lugar donde el escudero estaba enterrado, lo desenterró y le dio sepultura de nuevo al lado de su señor aunque en sepulcro independiente... Una rama de palmera procedente de Jerusalén que el caballero Enrique había llevado a la espalda según costumbre de los peregrinos, y que habían colocado después a la cabecera de su sepulcro, comenzó a reverdecir al poco tiempo y a alzarse de la tierra. Creció derecha hasta convertirse en un árbol verde y frondoso. Todos los enfermos que venían a implorar a su tumba tomaban un trocito de aquella palmera y lo colgaban al cuello, o lo molían y el polvo lo mezclaban a la bebida, y así se curaban, cualquiera que fuese la enfermedad que padecieran. Y según afirmaban testigos oculares así se mantu-

vo la palmera hasta que terminó por desaparecer consumida a manos de los enfermos. Aunque otros afirman, sin ver en ello contradicción, que la palmera fue excavada secretamente y transplantada a otro lugar» (PMH. I, 91, n. 6 y ss.). El sacristán o campanero al que se le apareció el caballero Enrique era también alemán y se llamaba igualmente Enrique. Era laico, y sus compatriotas le habían encargado de anunciar las horas, según costumbre de su patria, con el toque de una campana que habían puesto en lo alto de la iglesia, y con el objeto de vigilar mejor el atrio, dentro y fuera, dormía delante de las puertas del templo.

El relato del *Indic. fundat. S. Vinc.* parece estar en contradicción con el informe del anónimo frisón de 1217, que indica haber visto la palmera en el sepulcro del mártir. Ello se debe quizá a que la versión del *Indiculum* responde a una elaboración más tardía. Como quiera que sea, la tradición sobre la figura del caballero Enrique y la de la palmera nacida o reverdecida en su tumba mereció que Camoens la incluyera en su epopeya lusitana escrita en 1572:

«Nam ves hum ajuntamento, de estrangeiro
Trajo, sair da grande armada nova,
Que ajuda a combater o Rei primeiro
Lisboa, de si dando santa prova?
Olha Henrique, famoso cavalleiro,
A palma que lhe nasce junto a cova.
Por elles mostra Deos milagre visto;
Germanos sam os martyres de Christo»

(*Os Lusíadas*, VIII, 18)

Un epitafio de comienzos del siglo XVII, existente en la iglesia conventual de San Vicente, perpetúa aún en nuestros días el recuerdo del caballero Enrique y de su palmera milagrosa.

Los cruzados alemanes de 1217 recordaban muy bien los hechos realizados 70 años antes por sus compatriotas delante de Lisboa. Tampoco Goswino, el autor del poema épico sobre la conquista de Alcácer do Sal, se olvida de relacionar la conquista de Alcácer, la antigua Salacia, con la de Lisboa en 1147, ambas ocurridas en el mismo día, el 21 de Octubre, fiesta de las Once mil Vírgenes:

«Novit Ulixboniam lux tertia post sacra Luce
Festa Iesu Christi subdere colla iugo.
Post annos septem decies binosque sub ipsa
Luce datur nobis Alcasser, immo Deo»

(versos 197-200).

Al final de la glosa 10 hemos adelantado ya la noticia sobre las diez naves del rey de Inglaterra que habían zarpado de Dartmouth el 25 de marzo de 1190 con rumbo a Lisboa, una de las cuales, la de los jóvenes londinenses, separada de las otras por la tempestad y empujada por los vientos fue a dar al puerto de Silves, donde los peregrinos se sumaron a

la población, que estaba en vilo ante el inminente ataque del califa, deseoso de recobrar la plaza. Mientras tanto las nueve naves restantes, que habían buscado refugio en diversos puertos del norte de España, pudieron arribar a Lisboa. La llegada no pudo ser más oportuna para el rey D. Sancho, pues Abu Yusuf Yaqub, Al Mansur (1184-1199), ansiando no sólo reconquistar Silves, sino también vengar a su padre muerto o mortalmente herido en 1184 frente a Santarem, decidió dejar por el momento Silves y marchar hacia el norte con la intención de asestar un golpe mortal al rey portugués en su propio terreno. La relación transmitida por el cronista de los hechos del rey Ricardo de Inglaterra, recogida también en la *Crónica* del maestro Rogerio de Hoveden, nos informa que antes que aquellas naves subieran hasta Lisboa, ya el emperador de Marruecos (*Imperator Maroc*) había vadeado el Tajo con todo su ejército el 24 de junio y puesto sitio a la fortaleza del rey de Portugal llamada Torres Nuevas (*Turres Novae*). «Entonces —continúa el cronista inglés— el rey Sancho mandó emisarios a los peregrinos que habían llegado con sus naves a Lisboa, pidiéndoles que le socorrieran, pues de lo contrario perdería el reino. Y éstos, conscientes de que morir por Cristo fuera ganancia, en número de 500 bien armados, elegidos entre los más fuertes y animosos, dejaron sus naves y se dirigieron a Santarem, que dista dos jornadas de la ciudad de Lisboa, y allí encontraron al rey Sancho, menesteroso de ayuda y consejo, pues tenía pocos hombres belicosos y casi todos inermes. Y ya el emperador de Marruecos había tomado Torres Novas y tenía sitiada otra fortaleza llamada Thomar, perteneciente a los Templarios. Pero cuando el emperador tuvo noticia de la llegada de los peregrinos le entró gran temor y mandó decir al rey portugués que si le devolvía Silves, levantaría el asedio de Thomar, le entregaría Torres Novas y concertaría con él una paz duradera por siete años. Como el rey rechazara tales proposiciones, le anunció que a la mañana siguiente iría a poner sitio a Santarem. Entonces el rey Sancho, previa deliberación con los peregrinos, apostó a sus hombres en las torres y baluartes más protegidos. Los ingleses, confiando en el muro de su arrojo, eligieron las partes más débiles de la ciudad. Pero a la mañana siguiente, cuando todos estaban provistos de sus armas y dispuestos a hacer frente al enemigo, y por las puertas se repetía el clamor de pronto, pronto vendrán y no tardarán, he aquí que se acercó un mensajero diciendo: El emperador de Marruecos hace ya tres días que murió y su ejército está en desbandada. Y apenas dicho esto, llegaron dos más, luego tres y finalmente muchos otros diciendo lo mismo. Cuando el rey se cercioró de la noticia, todo el pueblo en pleno prorrumpió en desbordante júbilo. A la mañana siguiente, el rey dio licencia para que los peregrinos se reintegraran a sus naves y les prometió buena recompensa por todos sus desvelos.

Pero antes de que éstos volvieran a las naves, Roberto de Sablul y Guillermo de Chamvil entraron en Lisboa al frente de una escuadra del rey de Inglaterra compuesta de 63 naves de alto bordo. Ciertos sujetos que en ellas venían eran malhechores y gente perversa, de modo que

cuando estos salieron también de las naves y subieron a la ciudad, empezaron a merodear por las calles y los barrios, tratando al pueblo con insolencia y forzando desvergonzadamente a las mujeres e hijas de los ciudadanos, y a los judíos y paganos que allí habitaban como siervos del rey, los persiguieron, arrebatiéndoles sus bienes y quemándoles sus casas, y vendimiaron las viñas sin dejar en ellas un solo racimo. Sabedor el rey de tales agravios, se presentó rápidamente en Lisboa, y yendo a ver a los jefes de la escuadra, Roberto y Guillermo, les pidió la paz y buenas formas, ocultando pacientemente las injurias hechas a sus súbditos.

Al otro día de mañana, Roberto y Guillermo recibieron de todos los hombres de la escuadra el juramento de acatar y respetar de manera fiel e inviolable los capítulos y disposiciones suscritas en la carta del rey de Inglaterra. Con todo, tres días más tarde estallaron de nuevo las discordias entre los lisboetas y los que habían salido de las naves, y hubo muchos muertos de uno y otro bando. Cuando el clamor popular llegó a oídos del rey, éste mandó cerrar inmediatamente las puertas de la ciudad, y a todos aquellos que habían dejado las naves para comer y beber, los hizo prender y encerrar en las mazmorras. Y fueron 700 los encarcelados. Y antes de ponerlos de nuevo en libertad, impuso a sus jefes Roberto y Guillermo una paz condicionada en estos términos: que se olvidaran las ofensas y maldades cometidas por ambas partes, que éstos garantizaran una paz firme para el rey y su territorio mientras estuviesen en él, y que el rey haría lo mismo con ellos, y que finalmente se devolvieran de una y otra parte las armas y las demás cosas cobradas durante la lucha. Cumplido todo lo cual, el 24 de julio, los jefes Roberto y Guillermo salieron de Lisboa con la escuadra y llegaron allí donde el Tajo se une al mar. Y en el mismo día se les juntó Guillermo de Fors con 33 naves. Eran en total 106 naves de gran tamaño repletas de hombres belicosos, de armas y vituallas. Por la mañana, día de la fiesta de Santiago, los tres jefes mencionados, al frente de la escuadra regia, dejaron el puerto de Lisboa, y, bordeando el promontorio llamado Espichel, llegaron a Silves, que entonces era la última ciudad en poder de los cristianos» (*Gesta regis Ricardi*, ed. W. Stubbs, pp. 117-121; y *Chronica Rogeri de Hoveden*, ed. W. Stubbs, pp. 43 y ss.).

La ayuda espontánea de los 500 peregrinos resultó innecesaria, pero a los súbditos del rey les salió muy cara, aun cuando hay que reconocer, frente a otras razones ideadas por Herculano, que sin la llegada a Lisboa de una escuadra tan numerosa de cruzados, el califa con su ejército almohade no se habría retirado así tan por las buenas, y Sancho se hubiera visto y deseado para librarse de aquel aprieto. Los desmanes y atropellos cometidos contra la población de Lisboa por gente tan desalmada no era algo insólito. Después de la rendición de la ciudad a los cruzados en 1147, se produjeron idénticos actos de rapiñas y violaciones. Ni siquiera respetaron la vida de un obispo muy anciano que, al parecer, presidía la comunidad mozárabe de Lisboa, el cual, como reconoce el propio autor de la *Expugnatio*, fue degollado contra todo derecho, divino y humano

(*Episcopum antiquissimum preciso jugulo contra jus et fas occidunt*). Si bien el relator anglo-normando atribuye semejantes desmanes a la codicia y rapacidad de los colonienses y flamencos: «Colonenses igitur et Flandrenses, visis in urbe tot adminiculis cupiditatis, nullam iurisiurandi vel fidei religionem observant. Hinc illinc discurrunt; predas agunt; fores effringunt; penetralia cuiusque domus rimantur; cives proturbant, et contra ius et fas contumeliis afficiunt; vasa vestesque dissipant; in virgines contumeliose agunt, fas et nefas equipendunt; furtim omnia distrahunt que fieri omnibus communia debuerant». Resulta estremecedor el espectáculo de los muertos insepultos por las viñas, las aldeas, las plazas y entre los escombros de las casas, pero es todavía más el de los supervivientes que, más semejantes a cadáveres que a personas vivas, pasaban arrastrándose por el suelo abrazando y besando la señal de la cruz, y proclamando la bondad de María Madre de Dios, de modo que en todos sus actos y palabras, incluso en los extremos de su agonía, mezclaban con su llanto el nombre de María, y la invocaban conmovedoramente en estos términos: *Mariam Bonam, Bonam Mariam*. Los creyentes que daban muestras de tal religiosidad no podían ser sino mozárabes. Esta declaración por parte de uno de los cruzados ahorra cualquier otro comentario. En todo caso es evidente que la tolerancia practicada por la burguesía comercial y cosmopolita residente en la Lisboa árabe, con su heterogeneidad confesional y asistida de una población suburbano-rural árabe o judía, era de todo punto extraña e incomprensible para la mentalidad totalitaria y de una sola pieza de los cruzados europeos de los siglos XII y XIII.

(23) *TAGUS AUTEM FLUVIUS AD AUSTRUM DESCENDENS, LARGO SINU COMPLICITUS, INNUMERIS NAUIBUS STATIONEM PREBET TUTISSIMAM. NOTANDUM UERO QUOD NAUES PORTUM INTRARE VOLENTES SINISTRI LITORIS LATERE SECURE DECURRUNT, USQUE DUM IN FAUCIBUS IPSIUS FLUMINIS RECEPTO OPPOSITI LITORIS MONTEM ASCENDENT, DONEC SCOPULUM TRANSEANT QUINQUAGINTA CUBITORUM, IN SINISTRO LATERE SUB AQUIS LATENTEM.*

Al llegar a Lisboa era obligado referirse al Tajo. Sin embargo nuestro relator se limita a hablar brevemente, si bien con precisión, de las condiciones de seguridad de su puerto, así como de las medidas de navegación que habían de observarse para la entrada de las naves sin contratiempo. En cambio el autor de la redacción de la *Chron. reg. Colon.*, p. 240 y 340, ed. Waitz, con motivo de esta expedición, conoce la fama aurífera del Tajo, pues dice que «la ciudad de Lisboa es óptima y está óptimamente situada, allí donde el aurífero Tajo se une al mar océano (“ubi auriferus Tagus mari oceano copulatur”))».

En la *Expugnatio* se dice que es un río que descende desde la región de Toledo, en cuyas orillas se encuentra oro, cuando en la primavera las aguas se recogen a su cauce («Est autem Tagus fluvius subterlabens, a

Toletanis partibus fluens, in cuius ripis sub primo vere, dum in alveo se recolligit»). Ch. W. David, p. 90, al comentar este pasaje, dice que está evidentemente inspirado en Solinus, 23,6, que lo toma a su vez de Plinio, H.N., IV, 115. El autor, que combina la guía erudita con la información directa, añade que tiene tal cantidad de peces que, según acreditan los naturales, dos partes son de agua y la tercera de peces. Los mariscos son tantos que compiten con la arena: «Conchiliis abundat ut harena». Y sus peces conservan en todo tiempo la grasa y la tercera de peces. Los mariscos son tantos que compiten con la arena: «Conchiliis abundat ut harena». Y sus peces conservan en todo tiempo la grasa y sabor natural, sin que se cambien o desmerezcan bajo ninguna circunstancia, como ocurre en el país donde vive la persona (Osberno u Osberto) a quien está dirigido el relato: «Hoc autem precipue, quod huius aque pisces omni tempore pinguedinem suam et saporem innatum retinent, non alternantes vel degenerantes, ut aput vos est, ulla rerum vicissitudine». La abundancia y sabroso gusto del pescado era sin duda una característica general de toda la costa de Galicia y Portugal.

El autor anónimo de la *Narratio*, que al parecer era un alemán del norte, dice también que el puerto de Lisboa está formado por la desembocadura del Tajo, que viene de Toledo, y compara su anchura con la del Elba cerca de Stade: «...portum Ulixibone..., qui portus est ostium Tagi, a Tholeto venientis et in mare ibi fluentis. Est autem amplum sicut Albia iuxta Stadium» (pp. 615-616 en la ed. de Ch. W. David).

(24) *COLLETIS IGITUR IN HOC PORTU MULTIS NAUIBUS, ADUNATO TOCIUS EXERCITUS CONSILIO ET POPULO CIUITATIS, EPISCOPUS LOCI ILLIUS SERMONEM FACIENS AD POPULUM, PERSUADERET NITEBATUR, UT IN HISPANIA REMANERET ET INIMICOS ECCLESIE [IN URBE] QUE ALCOZ DICITUR EXPUGNARET, UTILE HOC FORE ET HONESTUM MULTIS RATIONIBUS ASSEUERANS, SUUM ET SUORUM ET REGUM TERRE SPONDENS AUXILIA, LUCRA PROMITTENS QUAM PLURIMA, MORAM SINE LUCRIS UTILEM PROBANS, TUM PROPTER RERUM COPIAM IBIDEM VENALIUM, TUM PROPTER MORAM REGUM ET PRINCIPUM, QUI EO ANNO NON TRANSIRENT, CETERA QUE RATIONI VIDEBANTUR CONSENTANEA ANNECTENS. SED HIIS OMNIBUS MAGNA PARS EXERCITUS, SED PRECIPUE FRISONES RECLAMABANT, MULTA IN CONTRARIUM ALLEGANTES, ILLUD PRECIPUE, QUOD DOMNUS INNOCENTIUS IN CONCILIO NEGAUERAT IPSI EPISCOPO PETENTI, LICERE PEREGRINOS IN HISPANIA DETINERI, DE VINDICTA ECCLESIE DOCENS INCHOANDUM A CAPITE.*

L. Weiland, a quien sigue R. Röhrich, suple entre «ecclesiae» y «Alcoz» *in urbe*. El obispo de Lisboa Sueiro Viegas II, elegido en 1210 (P.B. Gams, *Series Episc.*, p. 104), fue el principal artífice de la conquista de Alcácer do Sal. A él le dedicó Goswino el poema sobre la toma de esta plaza fuerte (*De expugnatione Salaciae carmen*, ed. Waitz en *Chron. reg. Colon.*, pp. 340-354). Le acompañaron en la empresa el obispo de Evora, llamado también Sueiro; el abad de Alcobaça, D. Pedro Egas o Viegas; Pedro Alvitiz, Maestre de los Templarios; el Maestre Gonçalo, Prior del Hospital; y Martín Barragán, Comendador de la Orden de Santiago en Palmella, for-

tales en poder de los cristianos desde 1210 y principal amenaza para los árabes de Alcácer do Sal. Martín Peláez Barragán, al año siguiente de la toma de Alcácer do Sal, fue elegido Maestre de la Orden de Santiago. A. Brandao, citando a Rades, cap. 19, dice que murió en batalla contra los moros: «Idibus Octobris (15) commemoratio Magistri Docles (Uclés) Martini Barregam, et fratrum ejus, et aliorum Christianorum, qui cum eo a Sarracenis interfecti sunt». (*Lib. dos óbitos*, Archivo de Santa Cruz de Coimbra, Crónicas de D. Sancho I e D. Alfonso II, ed. de A. de Magalhaes Basto, p. 209). No se da el año, pero según T. d'Almeida Manoel de Vilhena en *Historia da Instituição das Ordens Militares em Portugal*, Coimbra 1920, p. 474, la muerte de Barragán ocurrió el 15 de Octubre del año 1221, al parecer en la campaña contra Cáceres (cit. por Derek W. Lomax, *La Orden de Santiago (1170-1275)*, CSIC, Madrid 1965, p. 11 y 383). La *Chron. reg. Colon.*, ed. Waitz, p. 342, le describe como de baja estatura, pero igual que un león por la fiereza de su ánimo: «parvus quidem corpore, sed non impar leoni cordis ferocitate».

El obispo de Lisboa, que había concurrido al Concilio Lateranense convocado por Inocencio III en 1215, sostuvo la tesis de que la Península era país de cruzada tan urgente o más que la recuperación de los Santos Lugares, ya que los árabes de España constituían una amenaza, más directa e inmediata para el mundo cristiano. Por otra parte la liberación de Portugal era condición previa para dominar el Estrecho y garantizar la navegación por el Mediterráneo. Pero desgraciadamente su tesis no prosperó y la Reconquista se retrasó varios siglos. En el Concilio se acordó que el 1.º de junio de 1217 todos los cruzados que eligiesen el camino por mar se reunirían en Sicilia, en los puertos de Brindisi y Messina, donde el Papa los recibiría personalmente, si el Señor le otorgaba tal merced. Todavía el 8 de enero de 1216, en el mismo año de su muerte, Inocencio renovaba su orden a los cruzados de la parte occidental de Alemania de reunirse en estos dos puertos (Raymonde Forevill, *Geschichte der Ökumenischen Konzilien, Lateran I-IV*, t. 6, pp. 444-45). Con la muerte de Inocencio y la subida de Honorio III, Sueiro vuelve a la carga en favor de su tesis, y consigue convencer al Conde de Holanda y al Conde de Wied para dirigirse al asedio de Alcácer do Sal. Pero los frisonos de nuestro relato no se dejaron convencer por el discurso de Sueiro, alegando la prohibición expresa de Inocencio a los cruzados de no detenerse en España. Hennen transcribe, tomándola de los *Farragines* de Gelenio, una bula de Inocencio III dirigida a la iglesia de Colonia en 1213 (es decir, un año después de la batalla de las Navas), por la que, en atención a la nueva cruzada planeada, el Pontífice, entre otras disposiciones, revocaba las indulgencias y remisiones concedidas para luchar contra los árabes de la Península: «Et propter eadem causam remissiones et indulgentias hactenus a nobis concessa procedentibus in Yspaniam contra Mauros... revocamus» (L. Hennen et G. Eckertz, *Quellen z. Geschichte der Stadt Köln*, Köln, 1860-1873, II, p. 50, nro. 42). De acuerdo con la opinión sustentada por la mayoría de los frisonos estaba el abad benedictino de Werden

en el Ruhr, Heriberto de Büren (1196-1228), el cual sin embargo, como parece deducirse de un pasaje de la *Crónica*, sin duda por amistad con el conde de Holanda, terminó sumándose al partido de los que resolvieran permanecer en Portugal: «Ab hoc tamen proposito discordabat Werdensis abbas et omnes fere Frisones et etiam quidam alii, qui proxima sexta feria post beati Iacobi (28 de julio) ab Ulixibona cum octoginta navibus vel paulo plus recesserunt. Et sicut postea per effectum patuit, solus ex eis eo tempore non transfretavit» (*Chron. reg. Colon.*, ed. Waitz, p. 341). Según afirma esta misma fuente a continuación, otros muchos que eran partidarios también de continuar viaje, desorientados por una niebla muy espesa fueron a dar al puerto del Sado: «multi tamen nebula palpabili cecati ad portum Algazer preter propositum inviti cum aliis applicuerunt». La discordancia en la fecha de la partida de Lisboa dada aquí (el 28 de julio) con la de nuestra fuente (el 27), se debe probablemente, como opina Kurth (*op. cit.*, p. 226, n. 4), a que procede de dos informantes distintos, uno perteneciente a la flota renana, y el otro a la frisona. Mientras la mayor parte de la escuadra se dirigió por el Sado al asedio de Alcácer, los frisones de nuestra fuente con unas 90 naves o más continuaron su viaje a Palestina. No es nuestro propósito comentar aquí la expugnación de Alcácer do Sal, a la que ya nos hemos referido en otro lugar. Queremos referirnos tan sólo a un pasaje de la *Hist. Damiatina*, pp. 172-73, de Oliverio de Paderborn. Después de hablar este historiador de la discordia surgida en el ejército de los cruzados, continúa Oliverio: «Por esta causa se dividió la escuadra, y una parte invernó en Gaieta y Corneto [se refiere a la expedición de los frisones que estamos estudiando] y la otra, al mando de sus dos capitanes, el conde Guillermo de Holanda y el conde de Wied, puso sitio a Alcacia, que fue tomada por los alemanes y frisones, y durante el asedio vino contra ellos una gran multitud de sarracenos, contra quienes lucharon virilmente los templarios y los caballeros de Santiago, secundados por las milicias de la reina de Portugal (“cum militia regine Portugalensis”), y así, con el auxilio de la divina providencia los sarracenos fueron vencidos». En este texto quizá se pueda ver una prueba de la hostilidad del obispo Sueiro contra el rey Alfonso II, despectivamente llamado el Gordo. El silencio en torno a su figura y su alejamiento de la escena de los acontecimientos militares pone al rey en una situación poco airosa, hasta el punto de hacer decir a Herculano, *op. cit.*, lib. IV, p. 97: «Dir-se-hia que o chefe do estado se afastava á medida que o estrepito das armas crescia e que se aproximava ao passo que esse importuno ruido disminuia». El hecho de que a las huestes del rey de Portugal se les llame de la reina, refiriéndose sin duda a su mujer Dña. Urraca de Castilla, hija de Alfonso VIII y de Leonor de Inglaterra, parece ser obra del mismo Sueiro. No es que Oliverio fuese «testimonio ocular» de la toma de Alcácer, como cree Herculano en la nota del pasaje citado, pero el hecho de que «os cruzados até ignoravan quem era o chefe do estado» nos parece más bien una malévola e intencionada propaganda de la Iglesia contra el rey.

Poco después de la rendición de Alcácer do Sal, el obispo de Lisboa Sueiro y las otras personalidades eclesiásticas y militares escribieron una carta al papa Honorio, disculpándose de haber inducido a los cruzados alemanes y flamencos, que se dirigían a Palestina, a quedarse con ellos a invernar en Portugal, con el objeto de liberar España y vencer a los enemigos de la fe: «ad Hispaniam liberandum et ad inimicos sancti fidei expugnandos». Para llevar a cabo tal empresa les habían propuesto el asedio de la fortaleza llamada Alcázar, que, entre todas las que los sarracenos poseían en España, era la más perjudicial para los cristianos. Por otra parte la posesión de esta plaza brindaría a los cruzados oportunidad de provisiones abundantes y de resarcirse de los gastos de la expedición. Aunque en realidad los peregrinos desde la salida de su patria hasta la llegada «inesperada» a Lisboa no habían tardado más que 42 ó 43 días, sin embargo, tendenciosamente, Sueiro y demás firmantes manifiestan al Papa que los cruzados, después de haber superado muchos naufragios y diversos peligros, habían invertido cuatro meses en trabajosa navegación que, por lo general, suele hacerse en 15 días: «in navegando per quatuor menses laborantes, quod XV dies solet a pluribus navigari». Tal demora, dicen, no podía interpretarse sino como un signo del Señor para la liberación de España. El éxito con que fue coronada la acción contra Alcácer do Sal y los milagros que tuvieron lugar durante aquella gloriosa jornada venían a confirmar cuán justa había sido su determinación. Finalmente piden al Papa que, para alcanzar la meta propuesta de extirpar de toda España el pérfido culto de los paganos, el ejército de los peregrinos permanezca por espacio de un año en Portugal, y que tanto a los cruzados alemanes como a sus compatriotas portugueses se les concedan las mismas indulgencias que si hubieran estado en Tierra Santa. Piden además, puesto que se hallan en guerra contra los sarracenos, que los clérigos de España paguen el impuesto de vigésima establecido por Inocencio III para la cruzada, y que aquellos peregrinos que por larga ausencia de la patria, por enfermedad o por pobreza de medios no pudiesen llegar a Tierra Santa, les sea permitido regresar junto a los suyos con plena remisión de sus pecados (MG. *Epist. saec. XIII*. Ex Honorii III registro, t. I, nro. 35, p. 27).

Por la misma fecha el jefe de la flota cruzada Guillermo de Holanda, en su calidad de «crucesignatorum comestabulus», como el mismo se llama, escribe también al Pontífice, anunciándole igualmente la expugnación de Alcácer do Sal por los cruzados a su mando con ayuda de 100 naves, y en la que fueron hechos 2000 prisioneros sarracenos, entre los cuales se contaba el gobernador de la fortaleza llamado Abur («dominus castris, Abur nomine»), quien se hizo bautizar juntamente con algunos cientos de los suyos. Esta circunstancia es interpretada por el conde de Holanda como un presagio muy alentador para someter a la fe católica a una gran parte de la España musulmana. Sin embargo, hay que decir, que esta esperanza se reveló muy pronto como infundada, pues la conversión de «Abur» no había sido más que una estratagema para escapar con vida y

poder pasar a la primera ocasión al campo de sus compatriotas, cosa que tuvo lugar ya antes de la primavera de 1218. Por todo esto —continúa el Conde de Holanda— y a ruegos del rey de León (al que llama «rex Legionensis et Gallorum», se silencia por lo tanto también aquí al rey de Portugal Alfonso II), del de Navarra y de muchos arzobispos y obispos, así como de los principales de toda España, se había decidido a permanecer en Portugal para ayudarlos en la lucha contra los sarracenos. Y termina suplicando a Honorio en términos de gran humildad y subordinación (pesaba sobre él todavía el interdicto eclesiástico) que le haga llegar su voluntad, que, como hijo obediente, acatará plenamente y sin ninguna objeción (MG. *Epist. selec.*, t. I, nro. 36).

La respuesta de Honorio al obispo Sueiro lleva fecha del 12 de enero de 1218. El papa, ante los hechos consumados, accede de buen grado a conceder indulgencias plenarias a los cruzados que habían tomado parte en la conquista de Alcácer, pero sin absolverlos del voto contraído de dirigirse a Tierra Santa. Sin embargo en otra carta del 26 del mismo mes, Honorio da encargo a los obispos de Lisboa y Evora, y al prior de Palmella, de comunicar a aquellos que habían perdido sus naves durante el asedio, o a los que por manifiesta pobreza no podían hacer efectivos sus votos, que quedaban exentos de proseguir el viaje a Palestina. En virtud de esta dispensa del Pontífice hay que suponer que un cierto número de cruzados nórdicos se volvieron a su patria, y que otros se asentaron como colonos en las tierras portuguesas ganadas a los árabes en la fértil comarca del Sado.

(25) *DIUIO IGITUR EXERCITU QUINTA FERIA POST BEATI IACOBI FESTUM SIMUL A PORTU EXIUIMUS, MEDIA PARTE NAUIUM UERSUS TERRAM SANCTAM TENDENTEM CETERIS AD EXPUGNANDAM URBEM ALCAZ PROPERANTIBUS.*

La antigua Salacia, a la orilla derecha del Sado y a unos 40 kilómetros de su desembocadura, se llamaba así a causa de sus salinas. Según el testimonio de Plinio, IV, 106, y de las monedas halladas en sus ruinas, gozaba del título de «urbs imperatoria». Este autor, VIII, 191, dice también que era famosa por sus telares. Durante la dominación musulmana, tras varios intentos fallidos, fue tomada al fin, después de un duro asedio, por Alfonso Henriques en 1158. Entregada la plaza por Sancho I a los caballeros de Cáceres, de Uclés o de Santiago, fue reconquistada por los árabes en 1191. Estaba emplazada en una región de viñedos y olivares, y rodeada de extensos pinares que proporcionaban excelente madera de construcción. Era abundante también en peces y venados. Según la *Crónica* de Reinero de Lieja, la fortaleza amurallada estaba flanqueada por 25 torres «munitum XXV turribus» (*Rein. Leod.* MGH.SS, XV, 676); y en el poema de Goswino, v. 97-98, se nos dice que su emplazamiento se hallaba circunscrito por un vallado y un foso profundo con un muro doble e innumerables torres: «Ille locus vallo cinctus fossaque profunda, / In

muro duplici, turribus innumeris». Defendía la plaza, según Abd-el-Halim (cit. por Conde en la *Hist. de la dom. de los árab. en Esp.*, t. III, p. 128), Abdallah-ben Muhammed-ben Wasir, que Herculano, basándose en Al-makkari (trad. de Gayangos, vol. II, p. 320), identifica con el hijo o nieto del Kaid Abu Abdullah Ibn Wasir-Ach Chelvi, quien como jefe de la vanguardia del ejército de Jaqub había reconquistado Silves en 1191, caída en poder de los cruzados nórdicos en 1189. Este Abdalah ben Muhammed, hijo del Wisir de Silves, sería, pues, el comandante de Alcácer do Sal, al que Guillermo de Holanda, en la carta al papa, y la *Crón. regia Colon.* llaman «Abur». Alcácer do Sal, cuyo verdadero nombre era Alcacer-Abu-Danes, estaba considerado como la llave de los territorios meridionales del Algarve, y de ahí también la denominación de «Kassr Al-fetah» (Herc. *Hist. de Port.*, t. IV, p. 79) con que era conocido. A esta última singificación parece aludir la *Chron. reg. Colon.*, p. 240, que le llama «clavis et antemurale tocius erroris Hyspaniae». Tal vez en la constante amenaza que la fortaleza representaba para los cristianos se basa el supuesto tributo de cien cautivos que el comandante de Alcácer había de enviar anualmente al rey de Marruecos: «hoc castrum in pensione 100 christianorum suo regi Moroch singulis annis fore obligatum». En otro pasaje paralelo de la misma *Crónica*, p. 340, esta cifra se convierte en mil: «in pensione ad mille capita christianorum», etc. En el *Carmen* de Goswino se habla también de cien: «centum christicolas». De ahí la etimología que la propaganda cristiana da de Alcácer. Así Goswino: «Est prope nos castrum super omnia castra nocivum / Christicolis, nomen Alcazer illud habet. / «Al», deus est, cástrumque «caser», castrumque deorum / Fertur apud gentes»;... (versos 63-65). Y Cesario de Heisterbach: «Alkazer, id est omnium carcer» (*Dial. mirac.*, VIII, 60).

La rendición de la plaza tuvo lugar el 21 de octubre de 1217, día de las Once mil Vírgenes. Se pactó que los vencidos redimirían la vida a cambio del cautiverio. Dentro de la fortaleza había cerca de tres mil personas, entre hombres, mujeres, niños y viejos, y todos fueron vendidos en subasta y el importe distribuido entre los peregrinos. Algunos de los asaltantes, burlando lo estatuido, penetraron en el recinto amurallado y se apropiaron secretamente de ciertas prendas y objetos de valor, como paños de púrpura con ornamentos de oro y plata. Pero amonestados bajo la pena de excomunión, terminaron reintegrando lo robado para luego repartirlo en común. Pasada la fiesta de Todos los Santos (1.º de Nov.), después de haber entregado la fortaleza a los hermanos de la Orden de Santiago o de La Espada, todo el ejército cristiano regresó a Lisboa, donde los lugares se hallaban bien abastecidos (*ubi torcularia bonis omnibus redundabant*). Los habitantes de los lugares comarcanos obsequiaron y regalaron a los peregrinos con toda clase de alimentos, milagro tanto más digno de tener en cuenta, encarece el relator, si se piensa en el hambre que había asolado a su patria poco después de su partida. Y para remate de felicidad, el informante, que era ciertamente un eclesiástico, termina así el capítulo sobre la rendición de la fortaleza del Sado: «Pero Dios veló

especialmente por los clérigos, porque en Lisboa encontramos un teólogo muy sabio, el cual, dando de lado toda mundana preocupación para dedicarse tan sólo a la vida contemplativa, por medio de su doctrina, nos refociló con la dulcedumbre de la sagrada página» (*Chron. reg. Colon. Ex Hist. expedit. in Terram Sanctam*, ed. Waitz, pp. 342-343).

Sobre la importancia del Sado y la feracidad del terreno nos dice el Edrisi: «Alcácer es una bonita villa de regular extensión, construida en la orilla del Setubal, gran río que es remontado por un gran número de embarcaciones y navíos de comercio. La orilla está rodeada por todas partes de bosques de pinos, y con éstos se construyen allí muchos barcos. El país es muy fértil, produce en abundancia leche, manteca, miel y carne (*op. cit.*, p. 170). Por su importancia económica, Alcácer do Sal se convirtió en la Encomienda principal de la Orden de Santiago en Portugal. Los peregrinos permanecieron en Lisboa hasta principios de abril de 1218.

(26) *NOS AUTEM URBE A SINISTRIS RELICTA, CAPUT SANCTI VINCENTII ET CAPUT DE SACIS...*

En la *Chronica* de Rogerio de Hoveden, que reproduce una relación escrita por un participante de la expedición a Tierra Santa en 1190 en la escuadra del rey Ricardo de Inglaterra mandada por Roberto de Sabluil, Ricardo de Camvilla y Guillermo de Forz de Uleron, se mencionan así los lugares de la costa desde Lisboa hasta el Cabo de S. Vicente: «recesserunt a portu Ulixisbonae..., transeuntes per montem magnum protensum in mari, qui dicitur *Spichel*, et per portum *Dalchath* (Alcácer), et per *Palmel* (Palmela), et per *Sinnes* (Sines), terram quandam arenosam protensam in mari; et per portum *Deordimire* (Odemira), et per montem magnum et excelsum, protensum in mari, qui dicitur *Caput Sancti Vincentii*; in quo corpus Sancti Vincentii requievit intumulatum per multa tempora, usque dum translatum fuit ad civitatem Ulixisbonae» (ed. W. Stubbs, III, p. 46). El traslado de las reliquias de San Vicente tuvo lugar el 15 de septiembre de 1173 por Alfonso Henriques. Según Kurth, p. 226, parece que se trata de la primera mención escrita del cabo con este nombre, el cual debió de haberse formado y generalizado en el último cuarto del siglo XII, sin duda a partir del mismo traslado de las reliquias. La *Narratio* habla de los castillos que pasaron a los cristianos con la adquisición de Silves, y menciona en primer lugar un [Carph]anabal. Gazzera, que fue el que descubrió y publicó por primera vez el manuscrito, dio tal lectura. Ch. W. David, en su edición, p. 633, n. 333, dice que la supuesta forma «Carph» dada por Gazzera es actualmente ilegible, y aunque reconoce que la moderna identificación de este topónimo es muy incierta, admite sin embargo la posibilidad de que sea el Cabo de San Vicente. Si Ch. W. David hubiera visto el texto, aunque fragmentario, del *Itinerarium in Terram Sanctam*, del minorita noruego Mauricio, se hubie-

ra convencido de que no es así, y que la parte «Carph» del nombre dada por Gazzera es también errónea. El *Itinerario* noruego, tal como se nos conserva, comienza: «...dicitur *Tarfalgurfa*, Hispanice vero *Cabo sant Vicent*, eo quod ibi corpus sancti Vincenti fuit inventum in littore... Post *Cabo sant Vincent* venit ad nasum, qui dicitur *Tarfanaban*, deinde est civitas *Silvestris* (Silves), *Albuier* (Albufeira), *santa Maria de Pharan* (Faro)». (*Itin. in Terram Sanctam*, en *Mon. Hist. Norv.* ed. G. Storm, 1880, p. 165). Este pasaje permite leer correctamente el nombre que en la *Narratio* aparece casi ilegible, o sea *Tarfanaban* o [Tarfan]abal, al que los portugueses de la época de D. Enrique el Navegante llamaban *Terça-Nabal*, y que después se bautizó con el nombre de Villa do Infante, que correspondería con Sagres. El topónimo en esas dos formas de *Tarfanaban* o *Tarfanabal*, es una corrupción del nombre árabe Taraf-al-arab (Borde del promontorio), mientras que el Cabo S. Vicente o *Tarfalgura*, en el monje Mauricio, lo es de Taraf-al-gorab (Cabo del Oeste) o Tarf-al-Gurâb (Cabo de los cuervos). A la punta oriental después de S. Vicente, le llama muy expresivamente Mauricio «nasum».

Un testimonio ilustrativo de la tolerancia y libertad religiosa que disfrutaba la población cristiana en el Algarve, es el culto de San Vicente, llevado allí, junto con las reliquias del Santo, por los mozárabes levantinos cuando Abd Al-Rahman I, en la segunda mitad del siglo VIII, comenzó a destruir iglesias en la ciudad de Valencia. Ahmed al Razí, en su famosa obra conocida en castellano con el título de *Crónica del Moro Rasis* cuenta así el traslado de las reliquias: «Cuando Abderramán entró en Valencia, los cristianos que allí vivían conservaban los restos mortales de un hombre llamado Vicente, al que le prestaban culto como si fuera Dios. Los que guardaban el cuerpo hacían creer al pueblo que daba vista a los ciegos, habla a los mudos y andar a los cojos. De este modo ilusionaban a las personas necias. Cuando supieron la llegada de Abderramán cogieron miedo de que éste se enterara de semejantes embustes, y huyeron con el cuerpo de aquel hombre. Un caballero natural de Fez llamado Abulacine (Aliboaces), que andaba de caza con su comitiva por la costa del Algarve, dice que encontró en la punta del monte que avanza sobre el mar el cuerpo de este hombre, a causa del cual habían huido los cristianos de Valencia. Aquellos mismos cristianos habían construido allí algunas casitas (domunculas) y habitaban en ellas. Abulacine cuenta además que mató a los viejos e hizo cautivos a los jóvenes, y que dejó allí los huesos de aquel hombre venerado» (La *Crónica del Moro Rasis* fue publicada por Gayangos en «Memorias de la R. Ac. de la Hist.», VIII, pp. 93-94, Madrid, 1850. El P. Flórez, *Esp. Sagr.*, VIII, pp. 187-188, dio el pasaje según el texto latino enviado por Resende en la epístola a Bartolomé Quevedo. El texto de Resende con otras variantes en latín y romance puede verse ahora en la ed. crítica de Diego Catalán y M.^a Soledad de Andrés, *Cron. del Moro Rasis*. Edit. Gredos, 1975, pp. 282-283).

En el antiguo promontorio Sacro, que después vino a llamarse Cabo de San Vicente, los mozárabes valencianos, dice el Sr. Simonet, «funda-

ron, o tal vez restauraron, una capilla para depósito de las sagradas reliquias, y a su lado una ermita para habitación de ellos; y como un suceso de tanto bulto llegase a noticia de los mozárabes del territorio vecino, y corriese la fama de los prodigios obrados por intercesión de San Vicente, empezaron aquellos cristianos a ir en peregrinación al santuario del ínclito mártir, presentando muchas ofrendas sobre su sepulcro y favoreciendo con abundantes limosnas a los varones religiosos que lo custodiaban, con lo cual ellos pudieron engrandecer la iglesia y erigir el monasterio, donde por muchos siglos no faltaron monjes, con gran afluencia de devotos y peregrinos.

«Entre los milagros que se han referido, es muy singular el de los cuervos. Como consumado el martirio del santo, los satélites de Daciano hubiesen arrojado su cuerpo al campo para que fuese devorado por las fieras y aves de rapiña, un cuervo lo defendió de las alimañas, de donde se ha colegido que la descendencia de este cuervo acompañó constantemente a aquellos sagrados despojos, siguiéndolos al antiguo promontorio sacro y permaneciendo allí durante largos siglos. De esta creencia participaron los moros de aquel país, que los veían revolotear en torno a la cúpula o techumbre de la iglesia, y que en su lengua dieron al promontorio el nombre de *Tarf-al-gorab* o cabo del Cuervo o de los Cuervos, y al santuario el de *Canisat-algorab* o iglesia del Cuervo. Iglesia y Monasterio, celebrados por varios escritores arábigos, permanecieron en tal estado hasta el siglo XII, según consta por un pasaje muy curioso del Idrisí». A continuación inserta Simonet el pasaje en la traducción de Dozy, p. 218, que dice:

«Desde *Tarf-algarb* a la iglesia del Cuervo, hay siete millas. Esta iglesia no ha sufrido alteración alguna desde el tiempo de los Romaníes (depuis l'époque de la domination chrétienne) hasta hoy, poseyendo bienes de las limosnas que le hacen y de las ofrendas que le presentan los cristianos que allí acuden en peregrinación. Está situada en un promontorio que se interna en el mar. Sobre la cúspide de la iglesia hay (constantemente) diez cuervos, a los cuales jamás vio persona alguna ausentarse ni faltar de allí, los sacerdotes de la iglesia cuentan de dichos cuervos cosas maravillosas que harían sospechoso a quien las refiriese. Cuantos pasan por aquella iglesia se ven obligados a no salir hasta tomar la comida hospitalaria que allí se ofrece («*diafa*», ant. castellano *adiafa*); siendo esto una obligación forzosa y un uso constante que no se altera jamás, y que, según es cosa sabida, ha venido perpetuándose sin interrupción de los antiguos a los modernos. La iglesia, con sus pertenencias, está servida por sacerdotes y monjes, y posee tesoros considerables y rentas copiosas, que en su mayor parte proceden de mandas y donativos recogidos en las comarcas del Algarbe, empleándose en las necesidades de la iglesia y de sus ministros y demás personas dedicadas a su servicio, así como también a dar hospitalidad a cuantos viajeros vienen a visitarla, ya sean pocos o ya muchos». (Véa. también la trad. espa. de A. Blázquez, *op. cit.*, pp. 17-18 (169-170)). Simonet aduce también el testimonio de otro geógrafo árabe

nacido en Granada, del mismo siglo: Abu Hámid Alandalusí, citado por Omar ibn Aluardi en su libro *La perla de las maravillas*, según el cual, en frente de la mencionada iglesia había una mezquita a donde los musulimes iban en peregrinación, y cuya *adiafa* o comida hospitalaria corría a cargo de los ministros de aquel templo, en virtud de la obligación que había contraído (sin duda en pago de la tolerancia y protección que los moros les dispensaban). Y que era de ver cómo al llegar los peregrinos musulmanes a la frontera mezquita, uno de los cuervos que estaba sobre la cúpula de la iglesia introducía la cabeza en el interior y daba tantos gritos cuanto era el número de los musulmanes peregrinos, sin equivocarse jamás, a cuyo aviso acudían los monjes con la comida necesaria.

Simonet supone con buen fundamento que el pasaje de la *Crónica del Moro Rasis* sobre el caballero de Fez llamado Allibohaces o Abolacen, que dio muerte a los religiosos más viejos y cautivó a los más jóvenes, no es de Ahmed al Razí, que escribía en el siglo X, sino una interpolación mucho más tardía, que narra sucesos del XII, y que estos se refieren a la invasión de los feroces almorávides, que dominaron en la Península desde 1091 hasta 1146. Estos, prosigue Simonet, «poseídos del fanatismo que los caracterizaba,... mataron inhumanamente a los monjes viejos que encontraron, cautivaron a los mozos y dejaron desierto aquel lugar, aunque sin atreverse a violar el sepulcro donde reposaban las reliquias del santo. Entre los monjes cautivos había algunos descendientes de los mismos mozárabes de Valencia que habían traído el cuerpo de S. Vicente, y entre ellos dos hermanos, que habiendo llegado durante su cautiverio a una edad avanzada, y viviendo en la ciudad de Lisboa muchos años con religiosa y santa vida, alcanzaron el tiempo venturoso en que el ilustre D. Alfonso Henríquez, primer rey de Portugal, libertó aquella ciudad del yugo sarracénico (año 1147). Estos monjes... dieron al rey señas individuales y exactas de todo lo concerniente a la antigua Iglesia y Monasterio de San Vicente, y del lugar en que, según habían oído decir a sus antecesores, reposaban las reliquias del santo mártir. Tan importante y verídico relato interesó mucho al piadoso Monarca, que después de algunas investigaciones infructuosas, aprovechando más tarde la oportunidad de una tregua concertada con el Emir de los almohades, Abu Jacob, que residía a la sazón en Sevilla, envió por segunda vez a reconocer el paraje de la antigua iglesia, yendo en esta comisión los mozárabes viejos de que venimos tratando. Llegados al promontorio, vieron revolotear los famosos cuervos; hallaron algunos vestigios del templo y de las celdas, y allí, después de muchas diligencias, oraciones y rogativas, quiso Dios que se hallase escondido debajo de tierra, en sepulcro de madera algo podrida, el santo cuerpo, que se llevaron sin demora a Lisboa, a donde llegó el día 15 de septiembre del año 1173». En este texto que acabamos de citar resume muy bien Simonet las fuentes hagiográficas, que enumera en la nota correspondiente (Simonet, Francisco Javier, *Hist. de los Mozárabes de España*, Madrid, 1897-1903, pp. 254-258, y otros pormenores en las pp. 766-68).

El nombre de Sagres como *Caput de Sacis*, así reproducido en nuestra fuente es, según Kurth, *op. cit.*, p. 226, n. 6, la primera designación escrita llegada hasta nosotros. El Edrisi menciona tan sólo la alquería de *Xagrix*, cerca del mar, a 18 millas de Halc-ac-Zâwia (Lagos), a 12 del cabo de Algarve, y desde allí, a 7 de la Iglesia del Cuervo. La razón de que Sagres no aparezca indicado ni por el autor de la *Narratio* ni por la relación utilizada por Rogerio de Hoveden, se debe tal vez al hecho de que en el siglo XII el lugar no estaba todavía fortificado y que allí no existía a lo sumo más que la villa o alquería de que nos habla el geógrafo de Roger. Mientras que [Carph]anabal, identificado por nosotros con el *Tarfanaban* del Itinerario noruego, equivalente a Taraf-al-arab, para el autor de la *Narratio*, testigo presencial del asedio y rendición de Silves, era un *castellum*, y así aparece encabezando la lista de los restantes que, con la caída de Silves, pasaron también al dominio de los cristianos, a saber: *Lagus* (ahora ilegible), *Alvor* (el supuesto «Portus Hannibalis» de los antiguos, «El Puerto» simplemente en los Anónimos de Madrid y Copenhagen), [Por]cimunt (Portimão), *Munchite* (Monchique), *Montagut* (este Montagudo, según Ch. W. David, de localización incierta, cree Silva Lopez, *Relação*, p. 105, identificarlo con Mont-agudo «na fregresia de Santo Estevão... no cimo do serro de Jorge Moniz), Cab[oiere] (probablemente el actual Carvoeiro), *Sanctus Bartholomeus de Mussiene* (Sao Bartolomeu de Messines). Todos estos *castella* estaban bajo el dominio de Silves (*Hec omnia subiacebant dominio Silvie*) (*Narratio*, ed. Ch. W. David, pp. 633-34).

(27) *ALUOR QUOQUE ET SILUIS URBES CAPTAS QUONDAM A NOSTRIS...*

Se refiere a la expugnación y destrucción de Alvor, así como al asedio y toma de Silves por los cruzados alemanes y flamencos en el año 1189. Sobre Alvor nos dice la *Narratio* que las naves alemanas y flamencas que habían zarpado de Lisboa cuatro o cinco semanas antes hacia Palestina, de paso habían expugnado Alvor y matado a todos sus habitantes sin distinción de edad ni sexo, en número de unos 5600, continuando después viaje. Esta noticia se la habían traído a los cruzados que todavía permanecían en Lisboa las galeras portuguesas que acompañaran a aquella primera parte de la flota hasta el Estrecho, y que luego regresaron a Lisboa trayendo consigo algunos prisioneros sarracenos. El texto, en la edición de Ch. W. David, dice así: «Sed processerant nos ante IIII. ebdomadas, vel V., naves de nostro imperio et de Flandria; et in itinere ultra Ulixibonam castrum quod subiacebat domino Silvie, Alvor nomine, expugnaverunt, nulli etati vel sexui parcentes; et, sicut veraciter audivimus, circiter V. milia et sexcentos occiderunt. Galee autem de Ulixibona eas comitate usque ad strictum mare, tandem reverse, ipsas prospere procedere nobis renunciaverunt, et aliquos Sarracenos captivos reduxerunt» (*Narratio*, ed. Ch. W. David, pp. 616-17). La lectura «vel V.», del manuscrito, según David es

«clear and certain». De modo que el supuesto número de 55 naves (quinquaginta quinque) se debe a un error de lectura de Gazzera y repetido por Chroust, éste influido tal vez por un pasaje de los *Annales* de Lambertus Parvus (MGH.SS., XVII, 164), citado por Kurth, p. 171, nota 8 y p. 172, nota 1, donde se habla efectivamente de una escuadra de 55 naves compuesta de renanos, frisonos, daneses y flamencos: «Colonienses cum Leodiensibus a Colonia per Renum navibus descendentes in Angliam, cum Fresonibus et Dalmatianis et Flandrensibus, parata classe 55. navium, adierunt Britanniam inde ad Hispanias navigaverunt per oceanum». David no descarta la posibilidad de que el copista de la *Narratio* haya escrito equivocadamente «vel V», refiriéndose a «ebdomadas», en lugar de «LV. naves». Pero como de la *Narratio* no tenemos más que la copia transmitida en el manuscrito de Turín, no podemos decidir acerca del número de las naves que destruyeron Alvor en 1189. Tampoco es posible establecer la fecha exacta de la toma de Alvor, aunque, según los datos transmitidos, podemos concluir con Kurth que tuvo lugar a comienzos de junio. Después de las buenas noticias traídas por las galeras portuguesas sobre la caída de Alvor, los cruzados que seguían en Lisboa, a petición del rey Sancho I de Portugal, empezaron a prepararse para el asedio de Silves: «Nos interea accingebamur ad obsidionem Silvie pro petitione regis Portugalensis cum multis copiis etiam se properantis. Morati autem [sumus] in portu XI diebus cum XXVI navibus magnis et una galea de Tue, opido Galicie, que nobis contubernio iuncta est, et pluribus navibus de Ulixibona». Tampoco conocemos a ciencia cierta la cifra de las naves que participaron en el asedio de Silves, pues aparte de la galera gallega procedente de Tuy que se les había sumado, probablemente como guía, al paso por esta ciudad, y de la crecida participación de las naves portuguesas, cuyo número no se especifica, en el manuscrito, según David, se escribió primeramente XXVI, añadiendo luego una X más, que aparece trazada con tinta más oscura. Por fin se dieron a la vela, y después de tres días y dos noches de navegación continua, aunque lenta, el 17 de julio, después del mediodía, divisaron la fortaleza de Alvor, efectivamente destruida y algunas otras abandonadas, cuyos habitantes habían muerto en Alvor. Poco después entraron en el puerto de Silves, donde encontraron los campos circundantes muy bien cultivados pero vacíos, pues sus moradores, a causa de la destrucción de Alvor y ante la inminencia de nuevos ataques de la flota cristiana, se habían encerrado en Silves: «Circa vesperum undecime diei profecti, tribus diebus et duabus noctibus continue, sed lente, quando velificavimus, tertia die post meridiem vidimus Alvor castrum, quod nostri expugnauerant, destructum, supra mare situm, et alia quedam deserta quorum incole in Alvor occisi erant. Non longe inde intravimus portum Silvie, terram optime cultam invenientes, sed habitatores omnes confugerant in Silviam». De la destrucción de Alvor y de la matanza de todos sus defensores tenemos también noticia casi literal a través de una fuente árabe contemporánea de los hechos, donde se dice: «Destruyó el enemigo un castillo de la comarca llamado del Puerto, y dio

muerte a cuantos en él había, grandes y pequeños, hombres y mujeres» (*El anónimo de Madrid y Copenhague*, ed. Huici, p. 61, cit. por Ch. W. David, p. 663). Alvor se identifica con el «Portus Hannibalis» de los antiguos. El silencio del Edrisí sobre Alvor hace suponer a Herculano que su castillo era de construcción reciente.

El autor anónimo alemán de la *Narratio*, antes de pasar a referir las vicisitudes del asedio y toma de Silves por los cruzados nórdicos en 1189, nos describe así la situación estratégica de la plaza: «En tamaño no difiere mucho de Goslar, pero tenía muchas más casas y hermosísimas mansiones, y estaba ceñida de murallas y rodeada de fosos, hasta el extremo de que ni una sola cabaña quedaba fuera del recinto. Dentro de este recinto se alzaban cuatro bastiones o baluartes, que comprendían otras tantas agrupaciones de población. A la primera, asentada en un amplio valle, le llaman el arrabal (*rovalle*); y a la que está en el monte, almedina (*almadinam*), la cual tiene otro bastión en declive en el arrabal. Este bastión baja siguiendo la dirección de las conducciones de agua (*ad conductus aquarum*) y de un río llamado Arade (*Widradi*), en el cual desemboca otro que se llama Odelouca (*Wideloc*). Por encima de la conducción (*super conductum*), protegiéndola, se levantaban cuatro torres, de modo que era de allí de donde se surtía de agua la población agrupada en la parte más alta (*superior civitas*), y a este baluarte se le llama la «couraça» (*corrasce*). Las entradas de las puertas tenían tantos ángulos y eran tan tortuosas que resultaba más fácil salvar la muralla que pasar la puerta. Del mismo modo, al pie de la [conducción?] (*sub[conductum?]*) se alzaba la fortaleza principal llamada alcázar (*primum castrum alcaz dicebatur*). En el arrabal se levantaba igualmente una gran torre, que tenía comunicación con la almedina por medio de un muro abovedado, de manera que desde allí se podía ver lo que sucedía por la parte exterior del muro de la almedina, y a los que lo atacaban se les podía herir por la espalda, o en redondo, desde la torre, y a ésta se le llama albarrana (*alverrana*). (Nótese que estos nombres son apelativos, no nombres propios, pues en aquel país, allí donde quiera que la población se encuentre distribuida de esa manera, tales agrupaciones reciben la misma denominación, lo mismo por parte de los cristianos que por parte de los infieles o paganos [el manuscrito dice *ragones*, que Chroust enmienda en «agarenis», y David, en «paganis»]. Pero los sarracenos que viven en España se llaman andaluces (*Andeluci*), los en Africa, almohades (*Mucimuti vel Maximiti vel Moidini*), y los de Marruecos (*Marorce*), almorábides (*moravidi*). Repárese también que en la muralla las torres de cada uno de estos bastiones estaban tan próximas que un tiro de piedra, por módico que fuese, llegaba de una torre a la otra. Y en aquellos puntos las torres más cercanas eran dobles» (según el original de la ed. de Ch. W. David, pp. 620-621).

El pasaje «Item sub primum castrum alcaz dicebatur» ofrece dificultades de interpretación, pues esa frase se halla sin duda corrupta o incompleta. Herculano, op. cit., p. 172, nota 2, propuso la lectura: «Super

primam (scil. civitatem) castrum Alcay dicebatur» («Alcay» en lugar de «Alcaz», a causa del error de lectura de Gazzera, el descubridor y primer editor del manuscrito). Kurth, p. 189, nota 3, admitió esta interpretación, y Chroust, p. 184, siguiendo a estos dos autores, alteró todavía más el texto al introducir como sujeto una supuesta «munitio»: «Item [munitio] super primam [civitatem] castrum alcaz dicebatur». Aparte de que tantas correcciones parecen excluir la posibilidad de un error de copia, Chroust crea, con su lectura, todavía más confusión, pues el baluarte que dominaba con sus cuatro torres la conducción de agua que surtía a los habitantes de la *almadina* (*superior civitas*), el autor anónimo lo llama «corrasce» (*et hec munitio corrasce dicitur*). No parece, pues muy probable la identificación con el alcázar, la fortaleza principal de la *almadina*. Ch. W. David no propone ninguna enmienda al texto, aunque reconoce que éste, tal como aparece, puede muy bien estar corrupto. Y agrega al final de la nota 156: «Mientras muchas de las torres de Silves que han llegado hasta nosotros miden cerca de 16 pies cuadrados, hay una torre que mide aproximadamente 40, la cual estaba por debajo de lo que hoy se llama «the port» (Porta da Cidade) y que era evidentemente la primitiva entrada principal (*introitus*) a la ciudadela (*almadina*). Si esta torre era el *alcázar* o si el autor supuso que lo era, el pasaje no ofrece dificultad». Confesamos que con esta explicación no se nos ha disipado la dificultad. Pues aunque supongamos una lectura: «Item sub primum [introitum] castrum alcaz dicebatur», en atención a que en el texto se habla de varias entradas: «introitus portarum... erant», ello no significa que la torre que coronaba esta puerta principal fuera el alcázar, o que el relator anónimo la identificara con él. Tal suposición es inadmisibile, pues el alcázar de Silves era un célebre palacio fortaleza en cuyos patios interiores podían correr caballos, y por lo tanto el autor, que tomó parte en el asedio, no podía sufrir tal confusión o tener tal incertidumbre. Tampoco sería convincente una lectura «sub [introitum]», etc., ya que situar el alcázar por debajo o al pie de la entrada no parece un emplazamiento estratégicamente muy favorable. Nos parece sin embargo más probable que «primum» se refiera a «castrum»: la fortaleza principal, que los ciudadanos de Silves llamaban alcázar. ¿A qué palabra se refiere, pues, ese «sub»? Como el autor deja especificado que el acueducto o depósito principal del agua estaba defendido por cuatro torres: «super conductum III^{or} turre», parece más lógico suponer un poco más adelante la lectura: «sub [conductum]», término que ahora el copista (o quizás el mismo autor) omite por sobreentenderlo en su mente. Si nuestra lectura es correcta, entonces el autor quiere indicar que el depósito del agua, tan importante para resistir un asedio, estaba comprendido entre las torres y el alcázar. Más adelante, p. 625, a este depósito de aprovisionamiento de agua en la parte superior se le llama «puteus»: «puteus in quo habeban fiduciam obstructus est et lapidibus et terra repletus». Kurth, p. 188, cree que una de estas torres era una «Wasserturm», «pues la conducción de aguas por esta época entre los árabes no era ninguna cosa extraordinaria». Efectivamente el Edrisí

habla en estos términos sobre la conducción de aguas de Toledo: «Tenía un acueducto muy curioso compuesto de una sola arca, por debajo de la cual las aguas corrían con gran violencia y hacían mover, en la extremidad el acueducto, una máquina hidráulica, que subía el agua a 90 codos de altura, la cual, una vez arriba del acueducto, corría en la misma dirección (literalmente: las aguas corrían sobre su espalda) y penetraban luego en la ciudad» (Edrisí, trad. de Dozy, p. 228). No es, pues, extraño que en Silves existiese un ingenio semejante. Rudolfo de Diceto, refiriéndose a este mismo depósito de Silves, dice: «fontem etiam duplici muro circumdatum, habentem b a r b a c a n a m novem turribus circumseptam, a quo fonte cives sustentabantur ne siti perirent, obstruxerunt terra, limo, lapidibus» (MGH.SS., t. XXVII, 278-79). «Barbacana», según la nota de esta edición, del árabe «barbakhun» = «aquaeductus», no en sentido de propugnáculo exterior; significación derivada más tarde, al parecer, de la forma medieval londinense «barbican». Aunque según Corominas, *Dicc. Etim.*, I, pp. 396-97, del ára. vulgar b-albaqara (clás. báb-albáqara) «puerta de las vacas», porque la barbacana protegía un recinto intermedio entre esta fortificación y la muralla principal, en la cual los sitiados guardaban el ganado destinado a proveerlos de carne», y añade que probablemente la palabra se cambió en *barbacana* por influjo de *albarrana*, torre rodeada por la barbacana. Salvo el número de torres tal vez exagerado, como parece serlo también el número de 40 que le asigna a la ciudad, siguiendo sin duda otra fuente: «urbem... munitam turribus, sicut, dicitur, circiter quadraginta», Rudolfo de Diceto coincide con el autor de la *Narratio*. El hecho que éste trate de especificar con la mayor exactitud posible el emplazamiento de la conducción y depósito de la traída es fácilmente comprensible. La descripción de los dispositivos de defensa de la plaza, con que se inicia la narración del asedio, está encaminada a poner de relieve la estrategia seguida por los sitiadores, consistente ante todo a cortar o inutilizar para los sitiados el aprovisionamiento del agua.

Gracias a la arriesgada acción de un gallego que iba como capitán de una de las naves («miles de Galicia, qui venerat nobiscum dux cuiusdam navis nostrae») y que consiguió arrancar una piedra esquinal de la muralla, los atacantes pudieron derribar una torre y escalar uno a uno los adarves. Ante este audaz ataque los sarracenos huyeron abandonando también las cuatro sólidas torres de la «Couraça». Este momento de confusión fue aprovechado por los cruzados para avanzar hacia la almedina a través del muro cubierto. Los defensores se replegaron entonces en la parte superior y los asaltantes pudieron romper el lienzo de la muralla por dos partes y cegar la conducción de agua con los escombros. Desde este momento la rendición de la plaza era segura, y no había que esperar sino a que la sed hiciese capitular a los defensores. Por eso el relator, después de este éxito, nos dice que los cristianos, aunque fatigados y con algunos heridos, volvieron contentos a sus reales.

Tras desesperados ataques de una y otra parte con minas y contra-minas, los «paganos» acordaron entregar al rey de Portugal la ciudad y

el alcázar a cambio de que se les dejara ir a salvo con sus bienes muebles. Sancho aceptó, pero por más esfuerzos que hizo para obtener el consenso de los peregrinos no pudo conseguirlo, aunque llegó a ofrecerles primero diez mil sueldos de oro, y luego el doble. Esta última proposición fue rechazada también porque el rey no estaba en condiciones de poder satisfacer la entrega al contado. Convinieron al fin en que los sarracenos salieran tan sólo con el vestido que tuvieran puesto. Los cruzados se reservaron, como en la toma de Lisboa, todo lo que hubiera dentro de la ciudad, la cual, una vez pillada, entregarían al rey. Los defensores no tuvieron más remedio que aceptar estas duras condiciones, porque la torre llamada de María, donde aún continuaban ofreciendo resistencia, amenazaba desplomarse a causa de los minados: «Et huic pactioni oportuit paganos obedire..., quia quedam turre magna quam Burge Marie dicunt, id est turrim Marie, ruinosam erat propter caveam» (p. 628). David cree que el autor anónimo da a este último reducto una denominación fantástica a causa probablemente de una contaminación con un nombre morisco. Nosotros creemos sin embargo que una torre bautizada con el nombre de María no resulta tan fantástica como parece, si se piensa que en la ciudad de Santa María de Faro existía, por esa misma época, una estatua de la Virgen en lo más alto de la muralla. Silves, lo mismo que Santa María de Faro, era una ciudad con una población mozárabe muy numerosa y sin duda también muy influyente. De Silves, probablemente mozárabe o de descendencia mozárabe, era la poetisa Maryan Bint Abi ja qub al-Ansari, que vivía en Córdoba hacia 1015 y a la que el califa Al-Mahdi compara elogiosamente con la Virgen por su religiosidad y casta conducta (Nykl, *Hispano Arabic Poetry and its relation with the old provençal troubadours*, Baltimore, 1946, p. 65).

El día 3 de septiembre, después de seis semanas y tres días de asedio («VI ebdomada et tres dies»), «Albainus», «dominus civitatis», salió montado a caballo, seguido por un grupo de los suyos a pie, para hacer entrega de la plaza. Según el anónimo de Madrid y Copenhague, el gobernador se llamaba «Aisa ben Abuhaf-ben Ali, muy experimentado en la defensa de las fronteras» (ed. de A. Huici, p. 61). Por diferencias en el reparto del botín surgieron serias discordias que estuvieron a punto de degenerar en abiertas hostilidades. A causa de esas diferencias, dice la *Narratio*, los cruzados no aceptaron la proposición del rey de dirigirse al asedio de una ciudad distante tan sólo una jornada y que tanto los cristianos como los paganos llaman Santa María de Faro. «ad oppidum obsidendum ad unam dietam distans quod tan pagani quam Christiani Sanctam Mariam de Fharrum vocant» (ed. Ch. W. David, p. 633). Los cruzados se retiraron, pues, a sus naves para reparar dos de ellas y repartirse el botín; y el 20 de septiembre, víspera de San Mateo, abandonaron el puerto de Silves. Un clérigo flamenco llamado Nicolás fue promovido obispo de Silves. Con él se quedaron también algunos de sus compatriotas. Según Rudolfo de Diceto, la proclamación tuvo lugar el día de la Natividad de N. Señora, el 8 de septiembre, en la mezquita, que fue con-

sagrada como iglesia catedral en honor de la Virgen María: «Civitate tandem sordibus et ydolatriis emundata, die Nativitatis beatae Mariae Portugalensis episcopus qui de partibus Flandriae causa peregrinationis advenerat» (R. de Diceto, *Ymagines Historiarum*, ed. W. Stubbs en *Rer. Britan. Med. Aev. Scrip.*, t. 682/2, London 1876, p. 65). En diciembre de este mismo año el rey D. Sancho hace donación del castillo de Alvor al monasterio de canónigos regulares de Sta. Cruz de Coimbra. Confirma la donación «Nicolaus Silvensis episcopus» (Brito, *Monarchia Lusytana*, IV, fol. 15, cit. por David, 633); en febrero de 1191, el rey hace otra donación al monasterio de Alcobaça (los calatravos, «milites de ordine Cisterciensi», habían participado en la expugnación de la ciudad, véase pp. 630-31) y entre los obispos que la confirman figura también «Nicolaus Silvensis» (ibid. fol. 259-260). En marzo de 1190 el obispo Nicolás, a ruegos del rey, hace donación del «ius ecclesiasticum» del castillo de Lagos al monasterio de S. Vicente da Fora, en Lisboa, fundado por los alemanes en 1147, y dependiente del monasterio de canónigos de Coimbra. Entre los canónigos de Silves que aceptan la donación figuran un Guillermo como deán, un Peter tesorero y un Lamberto como archidiácono. Se trata evidentemente de los compañeros flamencos que permanecieron en Silves con el obispo Nicolás (*Chron. da Orden dos Conegos Regrantes do Patriarcha S. Agostinho*, Lisboa, 1668, II, 29, cit. por David, p. 633).

La conquista de Silves, si bien no se pudo consolidar, tuvo una repercusión enorme en el mundo cristiano. Aunque la *Narratio* es muy parca en noticias sobre la ciudad a cuyo asedio está dedicada, sin embargo no se olvida de decirnos que estaba mucho mejor fortificada que Lisboa, que era diez veces más rica, y, por sus edificios, mucho más suntuosa: «multo municior erat quam Ulixbona et in decuplo locuplecior et edificiis preciosior» (ed. David, p. 629). Pero el Edrisí nos ha dejado una hermosa descripción de Silves antes de la conquista por los cruzados, a partir de la cual comienza su decadencia. He aquí el texto del Edrisí, según Dozy, en nuestra traducción: «Silves, bella ciudad edificada sobre una llanura, está rodeada de una sólida muralla. Sus alrededores se hallan plantados de huertos y jardines; se bebe el agua de un arroyo que baña la ciudad por el lado del mediodía y que mueve los molinos. El mar océano dista de ella tan sólo tres millas por el occidente; tiene un puerto sobre el río y atarazanas. Las montañas circundantes producen gran cantidad de madera, que se exporta a lugares muy lejanos. El núcleo de la ciudad es hermoso y en él se ven elegantes edificios y mercados bien surtidos. Su población, lo mismo que la de las villas inmediatas, está compuesta de árabes del Yemen y de otros que hablan un dialecto árabe muy puro; saben también improvisar versos y son todos elocuentes e ingeniosos. Los habitantes del campo en esta región son en extremo liberales y hospitalarios, condición ésta en la que nadie les aventaja. La ciudad de Silves formó parte de la provincia de al Shinschin, cuyo territorio es famoso por sus higuerales. Sus higos, muy estimados por su finura y gusto exquisito, se exportan a todos los países de occidente» (Dozy, *op. cit.*, p. 217). A la

fama y abundancia de esta fruta había que añadir la de sus manzanas o peros que según testimonio de Al Hímiari, exhalaban un aroma semejante a la fragancia de las maderas olorosas (José D. Garcia Domingues, *Novos aspectos da Silves Árabe*, Guimarães, 1956, p. 6, citando a Levi Provençal: *La Péninsula Ibérique au Moyen Âge d'après le Kitab Ar-raud...* Leide, 1938).

Silves, durante las distintas fases de la dominación árabe, a causa de su naturaleza privilegiada y la dulzura de su clima, fue una especie de paraíso terrenal, un jardín de las delicias evocado por los poetas arabigo-andaluces en sus inagotables metáforas rebosantes siempre de erótica sensualidad. Entre los muchos poetas que celebraron la placidez de la vida y del paisaje de Silves está en primer lugar al-Mu‘tamid de Sevilla. Cuando en 1069, por la muerte de su padre, al-Mu‘tamid subió al trono, nombró gobernador de Silves a su amigo poeta y compañero de placeres Ibn ‘Ammar, oriundo de Silves. Y al despedirse de él le improvisó estos versos: «Saluda en Silves los sitios queridos que ya conoces, ¡oh Abu-Bakr!, y pregúntales si se acuerdan de mí. Saluda sobre todo al palacio Saragib, aquella soberbia residencia cuyas estancias están llenas de leones esculpidos y de estatuas de blancas beldades, hasta el punto de que uno se creería estar ya bien en un antro de leones o en un harén; y dile que hay aquí un joven caballero que en todo tiempo arde en deseos de volverlo a ver. ¡Cuántas noches he pasado allí al lado de una joven beldad de amplias caderas y esbelta cintura! ¡Cuántas veces hermosas muchachas, blancas y morenas, me han herido el corazón con sus dulces miradas, como si sus ojos fuesen resplandecientes espadas u oscuras lanzas! ¡Cuántas noches he pasado en el vallecito junto al río con una joven cantadora, cuyo brazalete semejaba la luna creciente! Me embriagaba de todas las maneras, ya con sus miradas, ya con el vino que me ofrecía, ya con sus besos. Luego, cuando tocaba en la guitarra un aire guerrero, creía escuchar el choque de las espadas, y me sentía poseído de bélico ardor. ¡delicioso momento sobre todo aquel en que, despojándose de su vestido, se me presentaba esbelta y flexible como una rama de sauce! “La flor, me decía yo entonces, ha surgido de su capullo”» (*Histoire des Musilmans d’Espagne (711-1110)* par R. Dozy. Nouvelle edition et mise à jour par E. Levi-Provençal, t. III, p. 91, Leyde, 1932). Pero Ibn ‘Ammar no se queda atrás y responde a su regio amigo con metáforas no menos sinuosas y rozagantes, reviviendo también a su vez las impresiones comunes de aquellas noches junto al río, cuyas ondas se deslizaban como serpientes tatuadas, o en el jardín acariciado por las manos perfumadas de la brisa. Una descripción de la belleza y magnificencia del alcázar de Silves, del Sarāgīb, al que se compara con el famoso de Bahgdad, nos ha sido transmitida por Ibn Cacane en su *Calay Al Iquian*. Estos y otros testimonios árabes sobre Silves pueden verse reunidos en el librito ya citado de J. D. García Domingues. Un compendio muy completo de noticias sobre Silves, con indicación de las fuentes, se encuentra en el «Appendix A» de la *Narratio*, de Ch. W. David, pp. 643-662.

Sancho I no pudo conservar la plaza de Silves por mucho tiempo. El califa Al-Mansur se dirigió contra ella, a donde llegó el 27 de junio de 1191. Después de un breve asedio en que la ciudad quedó totalmente incomunicada con el exterior, el 10 de julio los árabes penetraron por sorpresa en su interior obligando a los cristianos a pedir la rendición previo el consentimiento del rey. Para obtenerlo se les concedió un plazo de 10 días y el 20 abandonaron el alcázar. *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, ed. de Huici, p. 70, nos describe así los últimos momentos de la resistencia: «Conoció uno de los adalides la negligencia de los cristianos y el descuido y el sueño a que estaban entregados, asaltó el muro, y acudió tras él un grupo de soldados que levantaron banderas, redoblaron los tambores y se llenó el aire de gritos y de voces invocando a Dios. Los cristianos no se despertaron hasta verse en las manos de la muerte, entre heridos y abatidos; se encontraron en un lago de su propia sangre, y clamaron pidiendo con ansia una capitulación; concedióles un plazo de diez días y se separaron. Su tirano permitióles capitular, y les dio las gracias por su constancia en tan grande prueba; salieron del castillo de Silves el 23 de Chumada el ajer».

Silves no volvió a recuperar su antiguo esplendor. Los ataques de los cruzados, que con regularidad se dirigían a Tierra Santa, fueron causa de su progresiva decadencia. Aunque Sancho no mostró interés en recuperar Silves con el auxilio de los cruzados (sin duda este auxilio le había parecido demasiado caro), sin embargo éstos actuaban por cuenta propia y prosiguieron sus tradicionales razias contra los distintos puntos del Algarve. Así una escuadra compuesta de 44 naves y una dotación de 3.500 a 4.000 hombres, entre los que se contaban el arzobispo Hartwico de Bremen, el conde palatino Enrique y el duque Enrique de Brabante, salió a finales de mayo de 1197 del norte de Alemania, y, siguiendo la dirección acostumbrada —Bretaña, La Coruña—, después de una larga y tediosa navegación llegó felizmente a Messina en el mes de agosto. En esta expedición tomaron parte también 400 peregrinos procedentes de la región báltica de Lübeck, que se habían alistado en la cruzada. Los expedicionarios hicieron escala en Lisboa y el arzobispo Hartwico de Bremen fue recibido honrosamente por el obispo Sueiro. Esta escuadra arrasó de nuevo Silves hacia mediados de julio, y si hemos de dar crédito a Rogerio de Hoveden, los cruzados no mostraron interés en entregar la plaza al rey de Portugal, sino que se limitaron a destruirla. Probablemente había perdido todo interés como punto estratégico. He aquí la noticia del cronista inglés: «El ejército del emperador, que de Alemania y otras regiones había emprendido el camino por mar a Jerusalén, después de tocar en Normandía y en Inglaterra, manteniendo el rumbo directo hasta España, arrebató la ciudad de Silves de manos de los paganos, y los cruzados la destruyeron totalmente no dejando piedra sobre piedra. Temían, pues, que si se la entregaban al rey de Portugal, éste la volviera a perder como lo había hecho antes» (ed. W. Stubbs, IV, 26). Como opina Kurth, que cita las fuentes sobre esta expedición, de la que se nos han conser-

vado pocas noticias, es posible que una acción conjunta de los cruzados con el rey de Portugal hubiera conducido ya en esta ocasión a la ocupación definitiva del Algarve. Al-Manzur tuvo que abandonar España en el mismo año de 1197 para sofocar una rebelión en Africa, y no retornó más, pues, al parecer, la muerte le sorprendió al año siguiente. No sabemos exactamente cuándo los árabes dejaron de dominar en Silves, pero aunque los cristianos la hayan vuelto a ocupar entre 1224 a 1248, es decir, poco más o menos por los mismos años en que fueron conquistadas las otras plazas del Algarve por Sancho II y Alfonso III, sin embargo la posesión definitiva del país no se consolidó hasta la rendición de Niebla en 1257 o 1263 por Alfonso X. La caída de esta plaza puso fin al reinado de Aben Mafón, último soberano del Algarve.

(28) *ALMADRA QUOQUE ET ALBUFERE CASTRA FORTIA PERTRANSEUNTES,*

Se trata sin duda, como ya indicó Kurth, p. 226, n. 7, de la actual Almadena, llamada también en otro tiempo Almadana, distante unos diez kilómetros al oeste de Lagos y sobre un roquedo de 70 metros de altura al oeste de la playa del mismo nombre. La mención de estas dos plazas después de Alvor y Silves no quiere decir que el anónimo informador frisón haya alterado el orden geográfico en que repara Kurth, sino que las agrupa en atención a su importancia, pues a las dos primeras, tomadas por sus compatriotas en 1189, las llama ciudades (*urbes*), mientras que estas dos últimas las considera tan sólo como fuertes (*castra fortia*). De la antigua forma Almadana procede también, según David Lopes, la actual Almada, frente a Lisboa. Según este autor, Almada significa «mina» o mejor lugar donde una cosa se encuentra en abundancia. Es el mismo nombre que en español «Almadén». La población del Algarve llamada *Almadena* debe tener el mismo origen (David Lopes, *Toponymia árabe de Portugal*, en «Revue Hispanique», 1902, pp. 47, 49, 70). El Edrisí habla tan sólo de la Almada frente a Lisboa, de la que ya hemos hecho mención.

Albufeira aparece citada en la *Narratio*. Según esta fuente, la plaza se había entregado al rey de Portugal por miedo a los cruzados, el cual, ante el peligro de pillaje, trasladó las riquezas allí existentes a Silves: «Et Albufere se tradidit regi pre nostro timore, cuius opes in Silviam transtulit» (ed. Ch. W. David, pp. 634-35). Albufeira, la antigua *Daltum*, fue ocupada definitivamente por los cristianos en 1259, y al año siguiente el rey Alfonso III la entregó a la Orden de Aviz, dependiente de Calatrava. El terremoto de 1755 destruyó el castillo y las murallas. El *Itinerarium*, del monje minorita noruego Mauricio, del año 1270, le llama *Castrum Albuier* (ed. G. Storm, p. 165).

(29) AD LEUAM ANTE PORTUM CIUITATIS, QUE QUONDAM SANCTA MARIA, NUNC (col. 29) HAIRIN DICITUR, VENTIS FALLENTIBUS ANCHORAS PROJECIMUS DE NAUIBUS XXV. IBIQUE NOCTEM AGENTES, MANE SOCIOS NOCTE DISPULSOS A NOBIS VENIENTE(S) LETI SUSCEPIMUS, SIMULQUE CUM IPSIS UELA LEUANTES, DUM PROCEDERE TEMPTAREMUS, SUBITO UOTO ET VENTO FRAUDATI RURSUS UNCOS HARENE MANDARE COGEBAMUR. NEC MORA MINORIBUS AD TERRAM NAUIGIS ADUECTI, DE OBSIDENDA CIUITATE CONSILIA VENTILAUIMUS. DIUERSIS ITAQUE DIUERSA SENTIENTIBUS, DIUINO SPIRITU NESICIO AN SUO IMPETU INFLAMMATI CIRCA UESPERAM FRISONES SIGNA LEUANTES AD CELUM ET BEATAM UIRGINEM IN SUBSIDIU SUUM CUM CANTICO INUITANTES, HOSTES DISPOSITOS IN CAMPIS ET URBEM AUDACTER INSILIUNT, STATIMQUE HOSTIBUS IN FUGAM CONUERSIS, DUM PORTIS APPROPIANT, SARRACENUM PER MURUM DESCENDENTEM CONSPICIUNT. QUO STATIM INTERFECTO QUIDAM FRISO SAGITTAM INIECIT, ET EODEM FUNE TRANSCENDENS MURUM, UEXILLUM IN TURRI SUBLIMI DEPOSIT, PORTISQUE APERTIS SOCIOS RECEPIT. QUI TOTA NOCTE SPOLIIS INTENDENTES, MANE SUCCENDENTES CIUITATEM, MULTAM NAUIBUS PREDAM INUEXERANT. LICET AUTEM NOX ILLA NUBIBUS ATRIS TEXISSET CELUM, MULTI TAMEN YMAGINEM BEATE VIRGINIS SE UIDISSE TESTABANTUR IN AERE, TANQUAM SUE UINDICTE CONGRATULANTIS. ERAT AUTEM HEC CIUITAS FORTISSIMA, CUIUS DUE PARTES AQUA CINGEBANTUR, TOTA MURO TURRITO UALLATA, SPISSO IN TANTUM, UT IN EIUS UERTICE DUO POSSENT SIBI EQUITES OCCURRERE. HEC UASTATIO OMNEM IN TANTUM TERRUIT VICINIAM, UT NULLUS IN SUIS PRESIDIIIS SPERARET SALUTEM.

La ciudad de Santa María de Faro aparece en la *Narratio* como un «opidum... quod tam pagani quam Christiani Sanctam Mariam de Pharrum vocant (ed. Ch. W. David, p. 633). En la p. 635 aparece designada tan sólo con el nombre de «Pharum». Y en la p. 637, como «Sancte Marie de Chaphairum», que quizá no es más que una corrupción o conglomerado de «Farun» y «Hairun», dos términos etimológicamente equivalentes. Probablemente esas dos formas delatan dos maneras de pronunciación coexistentes, que corresponderían a dos grupos diferentes de población: uno mozárabe y otro propiamente árabe. El milagro de la cantiga 183, que Alfonso X el Sabio recogió de la tradición oral cristiano-mozárabe y que sitúa en tiempo de Aben Mafón, se encuentra ya relatado en la *Crónica* del rey Ricardo I de Inglaterra, con motivo del paso por delante de la ciudad a finales de julio de 1190 de los cruzados ingleses en dirección a Tierra Santa. He aquí la versión del milagro según esta *Crónica*, recogido también, con ligeras variantes, por Rogerio de Hoveden: «Deinde uenerunt ad portum Silvie, quae tunc temporis fuit ultima ciuitas Christianitatis. Deinde transierunt ante ciuitatem paganorum quae dicitur Sancta Maria de Farun (en R. de Hov.: «Sancta Maria de Hayrun»). Et notandum est quare ciuitas sic nominatur. Farun dicitur (en R. de Hov.: «Hayrun dicitur») locus ubi ciuitas sita est; et Christiani qui eam aedificauerunt sic nominauerunt eam; et in nomine Dei genitricis Mariae yconiam quandam (en R. de Hov.: «yconiam quandam lapideam») supra murum statuerunt. Deinde cum pagani praeualuissent aduersus Christianos, obtinuerunt eandem ciuitatem.

Et cum praedictam yconiam supra murum stantem invenissent, amputaverunt caput et brachia et pedes illi in contemptum fidei Christianae et beatae Mariae; et projecerunt illam longius in mare. Quo facto mare et tellus facta sunt sterilia, et fames praevaluit super terram illam, adeo quod fere omnes homines illius provinciae fame interirent. Tunc seniores populi et juvenes omnes a maximo usque ad minimum die ac nocte plorantes, et in sacco et cinere poenitentiam agentes, recordati sunt yconiae cujus caput et manus et pedes absciderant; dicentes, “Peccavimus, inique egimus, iniquitatem fecimus, quando caput et manus et pedes yconiae amputavimus. Quaeramus ergo illa et apponamus ea locis suis, ut sic saltem avertat Deus iram Suam a nobis et a civitate ista”. Et miserunt sagenas in mare ubi projecerant caput et manus et pedes, et trahentes ea ad terram, apposuerunt caput collo, et manus brachiis et pedes tibiis; et solidaverunt ea auro et argento primo et purissimo; et deinde statuerunt illam yconiam in loco honorabili; et in magna veneratione habetur usque in hodiernum diem. Et statim cessavit fames, et terra dedit fructum suum» (= «Luego pasaron por la ciudad de los paganos llamada Santa María de Hayrun, y es de notar la razón por la cual se llama aquella ciudad de Santa María de Hayrun. Hayrun se llama el lugar donde está situada, y los cristianos, que la habían edificado y así la habían bautizado, colocaron sobre la muralla una estatua de piedra en memoria de la bienaventurada Virgen María Madre de Dios. Luego, cuando los paganos triunfaron de los cristianos y la poseyeron, al encontrar aquella estatua emplazada sobre la muralla, le amputaron la cabeza, los brazos y los pies en mofa de la fe cristiana y de la Virgen, y arrojaron todo lejos de sí al mar. Hecho esto, el mar y la tierra no produjeron nada y el hambre se apoderó de aquella región, hasta el extremo de que todos, hombres y animales, estuvieron a punto de morir de inanición. Entonces, los más ancianos de la ciudad (los del Concejo) y todos los jóvenes, desde el más rico hasta el más pobre, llorando noche y día, vestidos con sacos y cubiertos los rostros de ceniza en señal de penitencia, se acordaron de la imagen, a la que habían cortado la cabeza, las manos y los pies; diciendo: “Hemos pecado, obramos mal, cometimos iniquidad al amputarle la cabeza, las manos y los pies. ¿Qué mal nos había hecho? Recuperemos, pues, todas las partes y, reconstruida la estatua, pongámosla en el mismo lugar donde estaba, para que así al menos Dios deponga su ira contra nosotros y contra la ciudad”. Y echaron las redes allí donde habían arrojado la cabeza, las manos y los pies de la imagen, y trajeron todo a tierra en las redes, y unieron la cabeza al cuello, las manos a los brazos y los pies a las piernas, y soldaron todos sus miembros con oro y plata virgen purísima, y a continuación pusieron la imagen en el lugar honorable, donde es tenida hasta hoy en gran veneración. Al punto cesó el hambre y la tierra dio de nuevo su fruto»). (*Gesta Regis Ricardi secundi Benedicti Abbati*, ed. W. Stubbs, vol. II, en *Rer. Britan. Med. Aev.*, 49/2, London, 1867, pp. 121-122. Y *Chron. Mag. Rog. de Hoveden. Pars posterior*, ed. W. Stubbs, vol. III, *Rer. Britan. Med. Aev.*, 51/3, Cambridge, 1870, pp. 46-47).

Nosotros hemos señalado por vez primera la existencia de este texto latino del milagro, recogido más tarde por Alfonso X el Sabio y poetizado en las *Cantigas de Santa María*, nro. 183: «Esta é dun miragre que mostrou Santa María en Faaron quando era de Mouros». Véase Alfonso X, el Sabio, *Cantigas de S. M.*, ed. de W. Mettmann, vol. II. Acta Univ. Conimbri-gensi, 1961, pp. 207-208. Para mayor información sobre este particular, véase nuestro estudio monográfico *La ciudad mozárabe de Santa María de Faro y el milagro de la cantiga CLXXXIII en fuentes anteriores al rey Sabio*, en Rev. «Grial», nro. 38, Out.-Dec., 1972, Vigo, 31 pp.

Santa María de Faro se corresponde con toda probabilidad con la antiquísima ciudad prerromana de Ossónoba, floreciente aún en la época cristiano-romana y visigótica. Durante la dominación árabe pasó a llamarse comúnmente Santa María de Occidente (Al-Gharb), para distinguirla de Santa María de Oriente (Al-Shark). Y así como esta última tomó el nombre de la familia bereber de los Beni Razine, de cuyo patronímico se formó nuestra actual Santa María de Albarracín, del mismo modo, Santa María de Ossónoba o de Algarve, en el siglo XI, bajo el dominio de los Ibn Harun, tomó el sobrenombre de este príncipe, origen del actual nombre de Faro. El geógrafo Ibn Hawkal, que estuvo en España en 948, en su obra *Ki Surat Al-Ard*, escrita poco después de 970, nos dice que Ossónoba era «una ciudad famosa, grande y abundante en recursos» (Ibn Hawkal, *Configuration de la Terre*, trad. de J. H. Kramers y Wiet, 2 vols., Paris 1964. Los capítulos referentes al Magreb y España de la obra geográfica de Ibn Hawkal fueron traducidos al español por María José Romani Suay: *Configuración del mundo. Textos Medievales*, 26, Valencia 1971, pp. 11, 15, 62, 68). Sobre el emplazamiento y riqueza de su territorio nos informa la *Crónica del Moro Rasis* (m. en 955) a través de un pasaje latino transmitido por Andrés Resende: «Exubana solo fertil, ac frumentario sita est, plano, et fructiferis arboribus consito. Habet etiam pineta et montes ad alenda pecora maxime accomodatus. Hortus quoque irriguus multos, quoniam fontibus ac fluentis abundat. Electrum producit optimum. Mari vicina est, ubi alii quot sunt insulae parvae, cymbis, ac naviculis ad usum, et invectiones opportunae. Civitas inter eadem magnitudinem pares de melioribus totium est orbis» (*De antiquitatibus Lusitaniae*, cit. por Abel Viana: *Ossónoba. O problema da sua localização*, «Revista de Guimarães, 1952) (= «Ossónoba está situada en tierra fértil y triguera, llana y plantada de árboles frutales. Tiene también pinares y montes muy apropiados para el sustento de los ganados, así como huertas bien regadas debido a la abundancia de fuentes y manantiales. Produce ámbar excelente. Está vecina al mar, con pequeñas islas a propósito para el comercio y tránsito de chalupas y otras embarcaciones de pequeño calado. Entre las de su clase es una de las mejores ciudades del mundo»). Durante el gobierno autónomo de los Ibn Harun (c. 1016 hasta 1052), Santa María, si hemos de dar crédito al Edrisí, Jakuf y al-Kazwin, se embelleció con gran número de monumentos. Además de una mezquita y otros templos poseía una iglesia con hermosas columnas (Lévi-

Provençal, *S. María de Algarve*, artículo en «Enzyclopädie des Islam», ed. alemana, t. IV, pp. 163-164 (1934)). Estas noticias sobre el principado de Santa María en el siglo XI están tomadas de Ibne Alabar, que es la fuente principal para la ciudad del Algarve en este período. He aquí el pasaje del Aludrí, del siglo XI, a través de Yacute y Cazuíni, según la traducción de David Lopes en el artículo citado, p. 61, sobre la ciudad y su famosa iglesia: «Santa María es una ciudad antigua (bajo este adjetivo hay que entender sin duda Ossónoba); en ella existe una iglesia de la cual dice Ahmede, hijo de Omar Alodrí, que era un soberbio edificio; sus magníficas y blancas columnas (“de plata”, traduce Simonet) no tienen rival en ninguna otra parte, tanto por lo extraordinario de su grosor como por su altura. Un hombre no es capaz de abrazar ninguna de ellas. En esta ciudad hay una fuente, que, vista de lejos, parece indudablemente una doncella, y desde que el espectador se aproxima y aplica la vista no lo es en modo alguno; pero cuando se aparta de nuevo vuelve a parecer una doncella: Es un hecho bien conocido de los naturales y de todos los que allí van». El Edrisí, que terminó su célebre obra geográfica hacia 1154 en Palermo, nos da este hermoso resumen de la ciudad: «Santa María de Algarve está edificada a la orilla del mar, y el mar viene a batir en sus muros. Es de tamaño mediano y muy bonita; tiene una mezquita catedral, una mezquita parroquial y una capilla; por su puerto entran y salen navíos. La región es muy rica en higos y uvas» (R. Dozy et M. J. de Goeje: *Description de L'Afrique et de L'Espagne par Edrisí*. Leyde, E. J. Brill, 1886, p. 217).

No sabemos cuándo tuvo lugar la deposición y reposición de la estatua de Santa María de que nos habla el milagro. La leyenda poetizada por Alfonso X nos dice que ya estaba allí desde el tiempo de los cristianos: «Ben do tempo dos christianos / a sabian y estar». Tal aseveración, además de ser muy vaga, resulta harto dudosa, pues no es muy verosímil que en la época de la invasión sarracena hubiese en España estatuas consagradas a María. Y que la deposición no pudo ocurrir en tiempo de Aben Mafón, a quien por otra parte el rey Sabio elogia como «hombre esforzado lo mismo en la paz que en la guerra», lo demuestra el hecho de que el milagro era conocido ya en 1190. La versión recogida por el participante en la expedición inglesa de ese año, parece más explícita, pues explica que la ciudad de Santa María se llama de Hayrun por el lugar donde está emplazada, y que los cristianos que así la habían bautizado fueron los que colocaron en la muralla la estatua en conmemoración de tal acontecimiento. En ese caso la primera colocación habría tenido lugar durante el predominio de los b. Harun en la primera mitad del siglo XI. Pero, como sostiene García Domingues, el nombre de Santa María era ya familiar entre el pueblo en el siglo IX, aunque la clase culta, fiel a la tradición romano-cristiano-visigótica, siguiera conservando el de Ossónoba; y a partir del siglo X, la denominación se impuso para todos, si bien los eruditos siguieron empleando hasta mucho más tarde el nombre antiguo. En el siglo XI, la mayor parte de los escritores ya no hablan

de Ossónoba, sino de Santa María. Según esto, la colocación de la estatua habría que retrotraerla a la dinastía de los Banu Becre, a partir de la segunda mitad del siglo IX. Bakr beb Iahya ben Bakr, nieto de un cristiano del Algarve llamado Zadolfo o Radulfo, probablemente un mozárabe de origen germánico, dice Lévi-Provençal, «fortifica la ciudad, la rodea de murallas con puertas cuyas hojas están revestidas de placas de hierro, y tiene, como un verdadero potentado, secretarios, consejeros, generales y una verdadera administración de hacienda. Liberal y acogedor, obliga a sus súbditos a que den hospitalidad a los viajeros que pasan por sus tierras. Santa María, donde hay una iglesia famosa, toma aires de capital» (L.-P., *Esp. Musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031)* en *Hist. de Esp.*, vol. IV, p. 217. Sobre el movimiento insurreccional muladí y la fundación del pequeño reino de Ossónoba en el Algarve por Iahya ben Becr, véase Simonet, *op. cit.*, pp. 223-225). En este sentido dice García Domingues, refiriéndose a la familia muladí de los Banu Becre, que consiguen mantenerse independientes en el Algarve del poder califal durante más de medio siglo: en el Algarve, como en Mérida-Badajoz y en Beja, la fuerza de los muladíes estaba en la alianza con los mozárabes, que éstos sí, constituían un partido poderosísimo,... En efecto, sabemos por otras fuentes que los cristianos del Algarve, antiguos hispanos, romanos o visigodos, mantuvieron bajo el dominio árabe, sus estructuras sociales y religiosas. En Ossónoba continuó habiendo obispos que aparecen en los concilios. En la propia ciudad de Ossónoba debió haber una iglesia catedral. Esa o alguna otra fue descrita en el siglo XI por Aludri en términos de gran enaltecimiento, que pasaron a Iacute y a Cazufni. Del mismo modo admitimos que haya sido en la época de los Becre cuando los cristianos colocaron sobre la muralla de Ossónoba aquella imagen de la Virgen de que nos habla Alfonso X el Sabio... Ese hecho resultante de la influencia creciente de los cristianos había sido una de las causas por las cuales, a partir de entonces, el nombre de Ossónoba tiende a desaparecer sustituido por el de Santa María. Los Banu Becre vencieron gracias al apoyo de los mozárabes, pero éstos, triunfantes, llevaron la mejor parte, hasta el punto de tomar la capital del Estado el nombre de la Madre de Dios» (García Domingues, *Ossónoba na Época Árabe*, en «Anais do Municipio de Faro», 3.º Ano de Publicação, 1971, pp. 181-229). Tal influencia de los mozárabes se continuaría manteniendo durante el gobierno de los Banu Harun, probablemente también muladíes de origen español (Isidoro de las Cagigas, *Los Mozárabes*, t. II, p. 427, Madrid 1947-1949). En todo caso el milagro es de impronta genuinamente mozárabe, y la influencia político-administrativa ejercida por estos cristianos en Santa María era sin duda resultado de su predominio económico basado principalmente en la industria de la pesca. Y a su vez, tal predominio fue obtenido gracias a la tolerancia que en materia religiosa reinaba por lo general en la España musulmana. El suceso milagroso denuncia una infracción de esa tolerancia, y, al denunciarla, procura su restauración y fortalecimiento.

La ciudad, a pesar de llamarse de Santa María, y a pesar de que su estatua estaría colocada en lo alto de la muralla, en lugar bien visible frente al mar, con todo no se libró del asalto y pillaje de los cruzados frisonos de 1217. Es más, la pretendida justificación de que algunos, a pesar de la oscuridad de la noche, creyeron ver la imagen de la virgen congratulándose (*congratulantis*) por tal fechoría, más suena a blasfemia que a otra cosa, pues probablemente se alude a la imagen de piedra puesta en lo alto en conmemoración del famoso milagro. Ellos estuvieron en la parte más elevada de la muralla y comprobaron su anchura; resulta, pues muy extraño que no hubieran visto la imagen.

La representación gráfica de las murallas de Santa María, con sus almenas frente al mar y el asiento, primero vacío y luego ocupado con la estatua repuesta de la Virgen con el Niño en la parte superior, al lado del alto portalón principal en arco de herradura, se nos ha conservado en la lámina del Códice miniado de El Escorial que ilustra la correspondiente cantiga 183.

En el *Itinerario* del monje Mauricio, contemporáneo de Alfonso X, la ciudad se llama «Sancta Maria de Pharan». Por esta época el sonido de la *f* o *ph* inicial del nombre estaba ya consolidado. La forma «Hárun(e)» y «Haron» dada por David Lopes como precedente de *Fárão* y finalmente *Faro* (obsérvese por ej. el topónimo Fayón en la prov. de Zaragoza, derivado de Ḥayyūn, nombre propio de persona), aparece comprobado por los peregrinos ingleses y alemanes que en 1190 y 1217 oyeron todavía el sonido aspirado e hicieron *Hayrun* y *Hairin*, que fue como oyeron o creyeron oír el nombre, aun cuando ya por los años de 1189 y 1190 existía al parecer un núcleo de población, la cristiano-mozárabe o bilingüe, que pronunciaba *Farom*, pues la *Narratio*, p. 635 nos da el nombre de *Sanctam Mariam de Pharrum*. Las formas de *Faron* o *Farom* documentadas por Davis Lopes en Portugal no son anteriores a 1250.

Las naves frisonas que anclaron primeramente delante de la ciudad en espera del resto de la flota eran 25, como claramente se lee en el manuscrito, y no 35 como escribe L. Weiland, y a quien sigue Röhrich, que con certeza no vio el original.

(30) *HIIS ITAQUE PERACTIS, IN DIE SANCTI PETRI AD UINCULA PROCEDENTES, CIUITATES ET OPPIDA TERRARUM SCILICET ODIATIAM, HARMUND, KAZALAM, SALTUS QUOQUE ET ARENAM SANCTE EULALIE CUM HISPALI MAGNA TRANSEUNTES AD LEUAM, SEQUENTI DIE RODEN PERUENIMUS.*

Kurth identifica *Odiatiam* con Olhão, identificación que nos parece acertada. No creemos en cambio que *Harmund* sea Ayamonte, sino Armona, a milla y media de Olhão. Al este del fondeadero de Olhão y a una milla de distancia corre un pequeño estero que liga el Canal de Olhão con la barra de Armona, denominado «Esteiro da barra grande»; era por aquí por donde pasaban antiguamente los navíos (Baldaque da Silva, cit.

por Americo Costa en su *Dicc. Chorog.*, II, p. 812). Desde Silves hasta el río Guadiana (*Odianum, quendam fluvium*) cita la *Narratio* estos *opida*: «*Pharum* (Faro), *Lole* (Loulé), *Castala* (Cacela), *Taviram*, *Mertulam* (Mertola), la antigua *Myrtilis*, *Serpam*». Y agrega que todas estas plazas, junto con su tierra llamada *Algarbia*, hubieran podido caer fácilmente en sus manos y dejarlas íntegramente en poder de los cristianos si el odio del rey y la detestable prisa de algunos de los cruzados no lo impidieran. Sin duda no fue el supuesto odio de Sancho hacia los peregrinos norte europeos, sino el elevado precio que hubiera tenido que pagar por la posesión, pues ya sabemos que las plazas una vez tomadas eran sistemáticamente pilladas y reducidas económicamente a la nada.

La *Kazalam* de nuestro texto es Cacela (Qastallaf Darrach), que el Edrisí describe como una fortaleza construida a la orilla del mar, bien poblada, donde se encuentran muchos jardines y huertos plantados de higueras (ed. Dozy, p. 217). Los habitantes de Cacela, juntamente con los de Sevilla y Silves, aparecen mencionados en la *Hist. Compostelana o Hechos del obispo Gelmírez*, lib. I, c. 103, con motivo de la piratería ejercida por los sarracenos del Algarve contra los cristianos del norte de la Península: «Por estos mismos tiempos los sarracenos hispalenses, castelenses, silvenses y demás que habitan en las costas desde Sevilla hasta Coimbra, tenían la costumbre de construir grandes naves, y viniendo embarcados en la flota con gente armada, devastaban y despoblaban las costas marítimas desde Coimbra hasta los Pirineos,... Pero principalmente asolaban el litoral próximo al territorio de Santiago; porque dirigiendo sus correrías a las islas cercanas,... fijaban allí su asiento, y se reparaban a sí y a sus naves del trabajo del viaje. Desde aquí asaltaban a los cristianos, ora a escondidas, ora a cara descubierta... Destruían totalmente las iglesias, demolían, ¡da pena decirlo! los altares, incendiaban los palacios de los nobles y villas y tugurios, talaban los árboles, mataban los ganados y lo que de éstos necesitaban depositábanlo en las naves. Por fin, a hombres y mujeres, a jóvenes y niños, o los hacían cautivos o les daban muerte». Hasta que el obispo Gelmírez, mandando venir de Pisa y Génova marinos y constructores de naves, creó una escuadra capaz de hacer lo mismo con sus enemigos. Con exultante alegría se describe la revancha: «Doscientos hombres expeditos en asuntos de marina y de guerra, invaden con curso velero las costas de los ismaelitas y sus tierras, páganles con creces los daños y oprobios recibidos en tiempo pasado, incéndianles las casas y las mieses en la era (pues era el tiempo de la trilla), talan árboles y viñas, no perdona su espada a grande ni a chico, queman también y derriban sus templos, y no se ruborizan de hacer con ellos cosas indignas de referirse. Sus naves de carga (oneríferas) o veleras (velíferas) empleadas en llevar cristianos cautivos, tómanlas, destrúyenlas, quémanlas. En fin, saciada la espada y cargadas las naves de oro, plata y despojos, cantando alabanzas a Dios y a Santiago, vuelven gozosos a su tierra.

¡Ah! ¡qué alegría para los fieles cristianos ver conducidos a los sarracenos cautivos, y atadas las manos atrás, en sus propias naves! De

todo dieron los irienses al obispo la quinta parte y algo más que le tocaba por la propiedad de las naves. Entregaron también al glorioso Santiago los cautivos para que acarreasen la piedra y demás materiales en la construcción de la iglesia. ¡Ojalá que de este modo sea muchas veces abatida la infidelidad de los ismaelitas! ¡Ojalá que a los fieles sucedan frecuentes bienes y males a los infieles!» (*Hist. Comp.*, trad. de M. Suárez, pp. 192-195, Santiago de Compostela, 1950. Estos hechos de Gelmírez se sitúan en el año 1115. El anotador de esta edición no ha sabido identificar a los «Castellenses», a pesar de que la correcta identificación ya había sido hecha por Herculano partiendo del Edrisí (*Hist. de Portugal*, lib. III, p. 167). En 1240 fue entregada la plaza a los caballeros de Santiago o de la Espada. En este documento donacional se le llama *Caztalla* (ibid. lib. V, p. 289). En otros documentos aparece con los nombres de «Cascula» y «Cazala». Este último idéntico al de nuestro texto (ibid. t. III, p. 345). La fuente frisona viene a confirmar que el nombre antiguo era efectivamente *Kazala* (David Lopes, op. cit., pp. 39-40).

La isla de Saltes aparece nombrada en la *Narratio*: «Desde Odiana (Guadiana) hasta *Sivilia* (Sevilla) el terreno es completamente estéril y desértico, en un trayecto de dos jornadas. Tan sólo hay una ciudadela (*opidum*) a la orilla del mar, que es Saltes (*nomine Saltes*), y que sus habitantes, por miedo a los peregrinos, habían abandonado huyendo a la montaña, cerca del castillo llamado Huelva (*ad castrum nomine Elve*), que está en la calzada (*in strata vie terrestis*) que se dirige desde Odiana a Sevilla, y en la que se encuentran también las plazas fuertes de Niebla y Aznalcázar (*Nebula et Fealcazar, castra fortia*). «Fealcazar» es sin duda Aznalcázar (= fuerte del palacio). De Huelva y Saltes tenemos una información más completa en el Edrisí: «De Niebla al mar Océano hay seis millas. Allí hay un brazo de mar junto al cual se halla situada la ciudad de Huelva, ciudad poco considerable, pero bien poblada, ceñida por una muralla de piedra, provista de bazares donde se comercia y se ejercitan diversas actividades. Cerca de la ciudad está la isla de Saltes (*Chaltich*). Por el oeste casi toca al continente, pues el brazo de mar que la separa sólo tiene de ancho medio tiro de piedra; por este brazo de mar es por el que se transporta el agua necesaria para el consumo de los habitantes. Esta isla tiene poco más de una milla de longitud, y la ciudad se halla situada al mediodía. Hay allí un brazo de mar que coincide con la desembocadura del río de Niebla (Río Tinto) y que se ensancha hasta tener más de una milla. Los barcos lo surcan sin cesar hasta el punto donde se estrecha y no tiene más ancho que el del río, es decir, la mitad de un tiro de piedra. El río penetra en el mar al pie de una montaña, sobre la que se asienta la ciudad de Huelva, y desde allí arranca el camino que va a Niebla.

En cuanto a la ciudad de Saltes no está rodeada de murallas, y ni siquiera tiene tapias. Pero las casas se hallan pegadas unas a otras y posee un mercado. Se trabaja el hierro, industria que otros rechazan porque es ocupación penosa, pero que es muy corriente en los puertos de

mar donde anclan grandes y pesados barcos de transporte. Los normandos (Madjus) se han adueñado muchas veces de esta isla; y los habitantes, cada vez que oían decir que venían los normandos se apresuraban a huir de la isla» (trad. según Dozy, pp. 215-216). En Rogerio de Hoveden aparece con la denominación de «castellum»: «Deinde castellum et portum qui dicitur Saltis» (*Chron. Rog. de Hov. Pars posterior*, p. 47). A juzgar por el hecho de que la plaza aparezca citada en los informes de los cruzados como *oppidum* o *castellum*, quizá por la época que va de 1189 a 1217 ya no estaba tan desprotegida. Según Lévi-Provençal, la isla de Saltes proveía a Sevilla de pescado (*Esp. Musulm.*, t. V, p. 176). Y según testimonio de Al-Rawd al-Mirtār, aducido por Torres Balbás (*Ciudades Hispan-Musulm.*, t. I, p. 207), en Saltes vivía también una nutrida población cristiana o mozárabe, hecho que nos hace pensar en una organización económica pareja a la que hemos observado en Santa María de Faro.

Arena de Santa Eulalia, así llamada entre las *civitates et oppida* precedentes, junto con *Hispali magna*, en nuestro derrotero, debía de encontrarse dentro del actual Coto de Doñana. En este coto, dice Madoz, t. 2, p. 172, «contiguo a los montes de arena, sobre la costa, se encuentran varias lagunas, y entre ellas la nombrada de Santa Olalla, o la Pajarera, que tiene de circunferencia $\frac{3}{4}$ de leg.: es abundante en varias clases de peces, y aún más de aves acuáticas, patos de varias clases, flamencos, ánades y otros que cubren con sus vuelos en algunas ocasiones los rayos del sol: en la primavera es entretenida la caza de huevos de gallareta, cuyas aves forman sus nidos sobre las ramas y pasto que flota en el agua, y allí crían sus polluelos; embarcándose en pequeñas canoas, con facilidad se acercan los cazadores a los nidos y llenan cestas de aquellos huevos gustosos y delicados al paladar». Refiriéndose a la costa, dice este mismo autor: «Cubren la costa grandes montes de arena, de tal movilidad, que es muy frecuente verla tapar elevados árboles, o que deje descubiertas las antes profundas raíces de corpulentos pinos... Consérvanse en la costa hasta seis torres equidistantes entre sí de una a dos leguas, que fueron construidas en la Edad Media para vigías contra la piratería de los berberiscos: en el día están casi todas destruidas, y la llamada de la *Higuera*, no habiendo podido resistir el embate de un fuerte huracán por hallarse socavada en sus antiguos cimientos, o por efecto de algún gran terremoto, cayó sin haber perdido su forma, encontrándose en el día de pie, pero con los cimientos en alto y las almenas enterradas en la arena; y esta singular posición ha dado lugar a que en el país se formen conjeturas y se acompañen de relaciones y cuentos fantásticos». Y L. Martín Echevarría, en su conocida *Geografía de España*, t. III, pp. 128-129, nos dice de este mismo territorio: «La costa llamada "Olaya de Castilla", es una línea maciza no cortada en ningún punto y en ella tampoco existen calas ni puertos, ni apenas otras señales de vida que los restos de antiguas fortalezas; pero seguramente hubo en otro tiempo accidentes ya borrados por las arenas o destruidos por el mar, que en este país avanza a expensas de la tierra. En el interior, el país es un inmenso

desierto, recorrido solamente por los vaqueros con sus ganados... El único lugar habitado es la pequeña aldea de El Rocío, perteneciente al municipio de Almonte; sin embargo —a juzgar por la descripción de los geógrafos antiguos—, este territorio, ahora desolado, fue hace siglos una región rica y poblada, con tierras feraces, que han quedado sepultadas bajo las arenas, y ciudades poderosas junto al borde del *lacus Ligustinus*, que comprendía lo que son actualmente “Las Marismas”, desde El Rocío hasta Las Cabezas de San Juan».

Rogerio de Hoveden, *op. cit.*, p. 47, habla de esta «*terram arenosam protensam in mari, qui dicitur caput Almilan*». No acierto a decir qué cabo será éste. El orden de las enumeraciones topográficas de Rogerio de Hoveden es muy arbitrario, por no decir caótico. La *Narratio* habla de *Allem[ir]* (el Guadalquivir en su desembocadura, probablemente frente a Sanlúcar de Barrameda): «En el día de San Mauricio por la mañana (22 de Sep. de 1189) llegamos frente a la corriente del Guadalquivir (*venimus contra Allem[ir]*), que pasa por delante de Sevilla (*que preterfluit Siviliam*), ciudad muy grande y opulenta, distante dos jornadas del mar y a tres de Córdoba, situada sobre el mismo río» (ed. Ch. W. David, p. 635). Sobre la opulencia y grandeza de Sevilla por esta época, véase Torres Balbás, *op. cit.*, t. I, p. 152. La plaza llamada Arena de Santa Eulalia, que aparece mencionada únicamente en nuestro texto, debió quedar abandonada o tal vez sumergida. Una tradición local habla efectivamente de un poblado sumergido en la actual laguna de Santa Olalla en el Coto de Doñana. No conozco ninguna fuente española en la que se mencione esta localidad. Sería interesante su descubrimiento o excavación.

Rota, «Rabita Rota», mencionada tan sólo por el Edrisí para señalar la distancia de ocho millas de camino viniendo de la isla de Cádiz, aparece citada en la *Narratio* entre los *opida* comprendidos en la ruta de Sevilla al Estrecho: *Scheres* (Jerez de la Frontera), *Roda* (Rota), *Algazin[ir]* (así leído por Gazzera, o *Algazimir*, por Chroust, ahora ilegible, es evidentemente Algeciras). Los cruzados frisonos, según nuestro relato, desembarcaron en Rota sin encontrar gran resistencia. Inmediatamente penetraron en el fuerte y lo saquearon e incendiaron, permaneciendo allí toda la noche, hasta que, a la mañana muy temprano, regresaron a las naves con el botín. Las escaramuzas que tuvieron lugar fueron debidas a la necesidad de cubrir la retirada de algunos que se habían demorado más de la cuenta pillando por entre las viñas. He aquí el texto original del desembarco y saqueo de Rota por los expedicionarios frisonos de 1217:

(31) *IACTIS ANCHORIS TERRAM PROPERE CONSCENDIMUS. CONUERSIS IN FUGAM CIUIBUS, NOSTRI CASTRUM INVADUNT, SPOLIIS UASTANT ET IGNIBUS, TOTAQUE ILLA NOCTE IN EO PERMANSERUNT. MANE FACTO PLURIMIS AD NAUES CUM PREDÁ REUERSIS, (col. 30) QUIBUSDAM SPE LUCRI PER UINEAS INCAUTE DISPERSIS, SARRACENI MULTITUDINE MAGNA PER NOCTEM COLLECTA NOSTROS INUASERUNT. PAUCIS ITAQUE CESIS UTRINQUE, MISSIS DE NAUIBUS AUXILIIS,*

TOTA DIE PAUCI DE NOSTRIS CUM MULTIS SARRACENIS COMMISERUNT, ITA UT PAUCI DE NOSTRIS, MAURI PLURIMI ARCUBUS MORERENTUR ET BALISTIS. SOLE VERO IAM AD OCCASUM UERGENTE SARRACENI FORTIUS CONGLOBATI, DIU VENTILATIS CONSILIIS, CLANGORE HORRIDO INTONANTES, VELUD PARATI OMNIA FORTUNE COMMITTERE, CUM IMPETU NOSTROS INSILIUNT, SED STATIM IN FUGAM CONUERSI, TURPIA POST TERGUM UULNERA SUSCEPERUNT. NOSTRI IGITUR TUNC DEMUM NAUIBUS SE SUSCIPIENTES, BALISTARIIS ULTIMAM MANDAUERE CUSTODIAM. QUI REPULSO BARBARORUM IMPETU POST OMNES NAUIBUS INUECTI, PRIMAM ET ULTIMAM MERUERUNT CORONAM. TUNC VERO UICTORES MUTUIS SE LAUDIBUS EFFERENTES, DUM SE HUMILIAN IN LAUDIBUS, IN GLORIA PLUS CREUIT TIMIDISSIMIS QUIBUS AUDACIA LOQUENDI.

Rota, enclavada en una región muy feraz y de fuerte tradición mozárabe, fue conquistada por Alfonso X el Sabio en 1264. El rey tenía gran interés por esta comarca «mui bõa et mui uiçosa / de pan, de uynno, de carne et de fruta saborosa / e de pescad'et de caça; ca de todo deleitosa / tant'é, que de dur sería en un gran dia contado» (cantiga 328, ed. Mettmann, p. 192). Y por ello la repobló rápidamente, estableciendo en ella colonos mudéjares y comerciantes de Génova y Chartres, y fomentó la libertad y seguridad de comunicaciones frente a las amenazas de los corsarios catalanes. Varios de los milagros de las *Cantigas* se desarrollan en el Puerto de Santa María, nombre éste que vino a sustituir al primitivo de Alcanate. En la iglesia que el soberano mandó erigir en un plazo muy corto en honor de la Virgen bajo la dirección del maestro Alí, llegaron a trabajar hasta 500 operarios al día. Véase a este respecto las cantigas 328, 356, 358 y 379.

(32) *MANE FACTO FERIA SEXTA STATIONEM SOLUENTES, CONTRA INSULAM CADIR PRORAS DIREXIMUS, PORTUQUE RECEPTI IN MAGNANIMITATE SPIRITUS, QUE SEMPER NASCITUR EX PROSPERIS, TERRAM CONSCENDIMUS, CIUITATEM EIUSDEM NOMINIS MURO ET TURRIBUS MULTIS MUNITAM OBSEDIMUS. CIUIBUS IN INSULAM ULTERIOREM ELAPSI, CIUITAS DESOLATA INIMICOS SUOS SUE SOLITUDINIS ACCEPIT SOLATIUM. CUIUS EDIFICIA MATERIA ET ARTE FULGENTIA, UINEAS ET POMERIA ETC. NOBIS VENDICANTES, IN LABORES ALIORUM INTRAUIMUS, ORTOSQUE ET UINEAS, FICUS ET OLEAS ET OMNE GENUS ARBORIS POMIFERE SUCCIDIMUS, MAHUMERIAMQUE IPSORUM TANTIS IMPENSIS, TANTO CONSTRUCTAM INGENIO, UT REFERENTI NEMO CREDERET, AD REFERENDUM NEMO SUFFICERET, SOLO AEQUAUIMUS, CUIUS LIGNA COLORIBUS FULGIDA, FLORIBUS EXCISIS, IN NOSTRIS USIBUS NECESSARIIS DEPUTAUIMUS, ET USQUE AD DIEM LUNE IBIDEM PERMANENTES, TANDEM SATURATI SPOLIIS, RELIQUIAS CIUITATIS PER IGNEM IUDICAUIMUS;...*

Envalentonados por el éxito obtenido en Santa María de Faro y en Rota, los cruzados decidieron asaltar también Cádiz. La *Narratio* nos informa de una acción semejante llevada a cabo contra la plaza el 27 de

Septiembre de 1189 por los alemanes y flamencos después de la toma de Silves. He aquí el relato de este hecho, una vez que los habitantes, ante el miedo que se apoderó de ellos por la inminente llegada de los cruzados, habían abandonado la ciudad: «Sometidos consecutivamente a las injurias de los vientos estuvimos largo tiempo a merced de las olas del mar salobre, hasta que, impelidos por la violencia del viento, arribamos a Cádiz, escapando así del fortísimo viento solano. Los habitantes habían abandonado sin embargo la ciudad a causa del temor que nos tenían, multiplicado por los informes de algunos sarracenos supervivientes del asedio de Silves, los cuales, después de la caída de la ciudad, habían buscado asilo en Cádiz. No obstante el prefecto, trayéndonos regalos, nos suplicó que respetáramos la ciudad, y nos prometió que volvería al día siguiente con doce cautivos cristianos y con todo el dinero que pudiera reunir. Pero en el plazo convenido no trajo más que cuatro cautivos, viéndose que procuraba fraudulentamente demorar la libertad de los otros. Con todo los nuestros le dejaron marchar indemne en el día de la fiesta de los SS. Cosme y Damián (27 de Sep.), pero quemaron las casas, arruinaron los muros, talaron las viñas y las higueras, y durante aquel día trabajaron todo lo que pudieron en la demolición de la ciudad.

«Fue Cádiz una ciudad muy rica, habitada tan sólo por comerciantes y emplazada en una isla a la que el brazo de mar Albee separaba de la tierra. La isla es pequeña, pero junto a otra que está unida a la misma ciudad por medio de una estrecha faja de tierra. Tenía la ciudad cinco baluartes separados cada uno de ellos por muros y torres, y con casas muy agradables. A esta ciudad solían afluir tres veces al año los sarracenos de Africa y España con el objeto de realizar sus transacciones comerciales, pues era casi como el punto intermedio para unos y otros» (ed. Ch. W. David, pp. 638-639). El brazo de mar (*brachium maris Albee*) debe de ser, como cree David, corrupción de una palabra árabe, quizá de al-Baḥr, el mar, para referirse al Mediterráneo que, según la mayoría de los geógrafos árabes, comenzaba en el golfo de Cádiz (véa. C. F. Seybold, en *Encyclopaedia of Islam*, s.v. Baḥr al-Maghrib). La otra isla unida a la ciudadela por una estrecha faja terrestre (*ad aliam stricta via terrestis est in mari eidem opido obnoxiam*) es quizá la de Santi Petri en la extremidad meridional de la isla de León. Después de esta acción de castigo, el poder comercial de Cádiz debió de quedar, si no anulado, por lo menos muy mermado. Sin embargo se restauraron las murallas, y en el período que va desde este hecho hasta 1217 debió de levantarse la mezquita que los frisonos de nuestra expedición demolieron hasta el suelo. Ahora como entonces, sus habitantes, abandonaron la ciudad para refugiarse en el extremo de la isla. Lo mismo que sus compatriotas de 1189, los peregrinos a Tierra Santa, además de destruir los edificios y la mezquita, entraron en los campos de frutales y los talaron.

Medio año más tarde, a principio de abril de 1218, los cruzados que se habían quedado en Lisboa a invernar después de la toma de Alcácer do Sal, pasaron también por delante de Cádiz, y algunas de las naves del

conde de Wied, por estar ya oscuro, entraron equivocadamente en la bahía de Cádiz, que no tiene salida al mar, y dos de ellas, en las que iban dos hermanos del conde, encallaron y se perdieron, aunque gracias al auxilio prestado por el conde de Wied pudo salvarse la tripulación y la carga: «Venientesque ad portum Cadir, comes de Wide a via recta devians, ipsum portum post crepusculum cum paucis intrat navibus, ibique caritatis opus laudabiliter exercens, fratres suos, qui in duabus navibus ibidem naufragium passi sunt, salvi tamen rebus et corpore, cum magno labore et timore paganorum litora undique cingentium colligebat» (*Chron. reg. Colon.*, ed. Waitz, p. 345). En otra versión de la misma se narra así la pérdida de las dos naves: «Navalis exercitus, qui apud Ulixibonam hyemaverat, pridie Kal. Aprilis mare ascendit; contigit autem, quod comes de Wede cum paucis navibus de nocte intraret portum quendam Sarracenorum in Kadie, ubi duae naves in sicco manserunt, salvis tamen personis et rebus in eis existentibus» (ibid. p. 244).

El 14 de Septiembre de 1262, la ciudad cayó en poder de Alfonso X el Sabio, que la reedificó, amuralló de nuevo y repobló con colonos procedentes de Laredo, Santander, San Vicente de la Barquera y Castro Urdiales. En una carta del papa Urbano IV al rey Sabio, fechada el 21 de Agosto de 1263, y en la que le autoriza a la elevación de la iglesia gaditana en catedral, se dice: «En la isla de Cádiz hay puerto de mar cómodo y tranquilo, y puede ser puerta a los fieles para la conquista de Africa, si se llena mucho de habitantes cristianos. Considerando tú (D. Alfonso) prudentemente esto, como príncipe fidelísimo; porque tu clara memoria anime e induzca a los reyes que te sucedieren a la guarda y aumento del mismo lugar, y por eso los pueblos fieles de mejor gana determinen el habitarlo, has elegido con piadosa y prudente deliberación sepultura en la iglesia de Santa Cruz, que en la misma isla y en el lugar llamado Cádiz, haces fabricar de maravillosa obra» (Madoz, 5, pp. 198 y 204). En la conquista tomó parte decisiva la Sacra Milicia de Calatrava. Entre los patronos de la ciudad está San Raimundo de Fitero.

Sobre la isla de Cádiz, clave de España (*Gades insula sit clavis Hispaniae*), y que una vez en poder de los cristianos podría abrir las puertas de Africa, hay una breve descripción en el *Itinerarium* del monje minorita noruego Mauricio, la cual por datar de 1270, es decir, pocos años después de la ocupación de la plaza por Alfonso X, merece que la reproduzcamos aquí: «In hac insula saepe facta est magna strages hominum tam christianae gentis quam et Sarracenicae, eo quod vicissim ex utraque parte occupabatur; nunc vero per alfonsum regem Castellae ejectis inde Sarracenis firma et bene murata civitas est aedificata, episcopo de Ordine fratrum minorum ibidem constituto» (ed. de G. Storm, p. 165). Efectivamente, el papa Clemente IV, en 1267, constituyó como primer obispo de la nueva sede al franciscano Juan Martínez, que la gobernó hasta 1278.

(33) *VELISQUE (col. 31) LEUATIS USQUE AD FAUCES STRICTI MARIS, QUOD OSTRIOR DICUNT, EODEM VENTO ET UELO VOLAUIMUS, UBI EURO SE OPPONENTE, SUPER ANCHORIS NOCTEM EXEGIMUS. MANE VERO VENTIS FURENTIBUS AD INSULAM PREDICTAM REDIRE COMPULSI DAMNA ET PERICULA ET MULTAS PERTULIMUS ANGSTIAS. QUATUOR ITAQUE DIEBUS CONTINUE ASCENDENDO AD CELUM ET DESCENDENDO USQUE AD ABISSOS FLUCTIBUS IRATIS IACTATI SUB INSULA, VENTOS SEQUI ET MARI PROCELLOSO NOS COMMITTERE, QUOD PLURIMI TIMEBAMUS, IUDICAUIMUS TUTISSIMUM, ILLUD SENECE AD LUCILUM RECOLLENTES: «IN TEMPESTATE NAUGANTIBUS NIL EQUÉ TIMENDUM QUAM TERRAM». ANCHORIS ITAQUE PRIMA SABBATHI MANE LEUATIS, SED PLURIBUS IN FUNDO RELICTIS, LXXXVI. NAUES STATIONE SOLUTA, UBI ERAT SPIRITUS VENTORUM ET PROCELLARUM IMPETUS, ILLUC FEREBANTUR, FIDEI ET PROPOSITI SCINDENTES UNITATEM, NECESSITATIS URGENTE ARTICULO. NOS UERO IN PORTUM HISPALIS MAGNE, QUE NUNC SIBILIA DICITUR, NON SINE MAGNO PERICULO INTRAUIMUS. DOMINUS AUTEM QUI DEDUCIT AD INFEROS ET REDUCIT, HUMILIAT ET SUBLIMAT, EODEM DIE MUTATIS PRO UOTO VENTIS, CETERAS NAUES ET SOCIOS NOSTROS IN UIAM VOLUNTATIS EORUM REDUXIT. NOS VERO A PORTU EXIRE NON UALENTES, DUAS IBI NOCTES EXEGIMUS. TERCIO TANDEM DIE VELA LEUANTES, EODEM DIE CIRCA SOLIS OCCASUM HORRIDAS FAUCES INTRAUIMUS, UBI EUROPA ET AFRICA, MONTIBUS ERECTIS IN CELUM, FACILE CONSPICIUNTUR A DEXTRIS ET A SINISTRIS.*

La denominación «Ostrior» para el Estrecho de Gibraltar, llamado *Ostium Oceani* o *fretum Gaditanum*, debe de ser, como ya supuso Kurth, una corrupción o deformación de la palabra española «Estrecho, de *strictum mare*». Como ya queda indicado (glosa 10), los escandinavos llamaban al Estrecho el «Narvese», el Njoerva Sund. Los vientos que obligaron a los expedicionarios frisonos a volver a la bahía de Cádiz y por último a buscar refugio en el Guadalquivir, son los llamados en el país «levantes» o solanos, que soplan a veces con inusitada violencia de E. y SE. Kurth, p. 229, nota 5, cree que la frase in *portum Hispalis... intrauimus* no hay que interpretarla en el sentido literal de haber llegado hasta Sevilla, sino sencillamente en el de haberse refugiado en la desembocadura del Guadalquivir, coincidiendo con el actual puerto de Sanlúcar de Barrameda. Tal vez el mismo puerto que señala Rogerio de Hoveden: «Deinde ante portum Sibillae, qui dicitur *Wudelkebir*, y añade: «Et inter Sibillam et introitus portus, in medio viae, est castellum quod dicitur *Capital*» (Isla Menor) (*Chron. Rog. de Hov.*, p. 47). Sin embargo, al menos una parte de la flota, en la que iba nuestro informador, parece haber sido impulsada hasta Sevilla, hecho que entrañó no pocos peligros: *non sine magno periculo*. Más tarde se les juntó el resto de la escuadra. Los peregrinos pasaron dos noches sin atreverse a abandonar el puerto. Un desembarco, después del saqueo de Cádiz, aunque muchas cosas tuvieron que arrojarlas al mar para capear mejor la tempestad, no lo consideraron oportuno o les pareció demasiado arriesgado. Los antiguos normandos, los *al-Urdumaniyyun* (Nordomani) de los historiadores árabes, llamados

también con más frecuencia *Magūs* (idólatras o adoradores del fuego), se habían atrevido en el siglo IX. Y la isla de *Captel* (Isla Menor), famosa por sus yeguas, la habían convertido en base de sus operaciones contra Sevilla. Para evitar el peligro normando se había dado «orden de construir una muralla entorno a Sevilla, incluso por la orilla del río, y a lo largo de la costa atlántica fueron establecidos puestos de centinela, en los que se relevaban piadosos musulmanes voluntarios, que hacían en ellos, por turno, períodos de *ribat*, es decir, de retiro espiritual y adiestramiento militar» (Lévi-Provençal, *Espa. Musulm.*, t. IV, pp. 146-150).

Como ya hemos notado, nuestro autor se complace en ilustrar paralelamente su narración con alusiones bíblicas y otras tomadas de los clásicos. Aquí la referencia al psalmista venía muy adecuada: «...et stetit spiritus procellae: et exaltati sunt fluctus ejus. Ascendunt usque ad caelos, et descendunt usque ad abyssos» (Lib. Psalm. CVI, 25,26 de la *Vulg.*). La cita de Séneca, dicha más o menos parafraseadamente, se encuentra en las *Epist. moral. ad Lucilium libri XX*, lib. VI, 53,2-3, en esta forma: «Aiebat ille aspera esse et importuosa nec quiquam se aeque in tempestate timere quam terram». Al referirse por dos veces a Sevilla no se olvida de evocarla con el antiguo nombre de la «gran Hispalis». El relator reproduce muy gráficamente la sensación opresiva y angustiosa que invade el ánimo de los navegantes al entrar en las hórridas fauces del Estrecho, con sus montes altísimos a ambos lados ensombrecidos ya por el crepúsculo. Rogerio de Hoveden llama a estos dos montes «Calpes» y «Athlas»: «et utraque parte habentur mons magnus, scilicet unus in Hispania, qui dicitur *Calpes*, et alter in Affrica in opposito, qui dicitur *Athlas*» (*op. cit.*, p. 48).

La *Narratio* enumera los lugares de la costa occidental española y marroquí: «Desde Sevilla (*Sivilia*), en el camino que va al Estrecho, se hallan las ciudades (*opida*) de Jerez de la Frontera (*Scheres*), Rota (*Roda*), Cádiz (*Cadiz*), Algeciras (*Algazinir*). Desde el Guadalquivir (*Allemir*) hasta Tarifa (*Iezitarisif*), que es una ciudad (*opidum*) junto al cabo del Estrecho, hay una jornada y media. A la derecha, al otro lado del mar, dejamos Africa, tierra llana y óptima, hasta el Estrecho. En ese trayecto está Fedala (*Phadala*), que es la primera ciudad en línea recta desde la región de Santa María de Faro (*Sancte Marie de Chaphairum* (sic)), además de ([item *La|bu*) (?), Casablanca (*Anaphe*), Salé (*Zale*), Azemur (*Inzemitz*), Masina? (*Methena*), Azila (*Azila*), Tánger (*Tanchia*), que está en el cabo del Estrecho. También Marrakech (*Marrocos*), la metrópoli de Africa, está situada en esta misma tierra llana, pero dista cinco jornadas del mar. En el otro extremo del Estrecho, en la parte ulterior, comienzan montañas muy elevadas; y a aquella región montañosa se le llama Ghomara (*Agummera*) o Berbería (*Barbaria*), que continúa hasta la Meca (*Mecam*), donde está sepultado Mahoma (*Maoemet*)» (ed. Ch. W. David, pp. 637-638). Labu, no identificado, quizá pudiera ser una grafía incorrecta de un topónimo llamado así por encontrarse en la desembocadura del río Sebu (Wadi Sebu). Anaphe = Dar el-Beida o Casablanca es el puerto de *Anfa*, mencionado por el Edrisí (p. 84). El puerto de Salé era un puerto flore-

ciente y frecuentado por los barcos del Andalucía y de otros lugares de España en la época del Edrisí (p. 83). *Methena* es también de identificación dudosa, aunque Ch. W. David supone que puede ser la «great town of Masina... formerly surrounded with walls and provided with markets, but... actually in ruins», y que el Edrisí coloca en el río Sebu (p. 203). Azila aparece con este mismo nombre en el Edrisí a una leve jornada de Tánger (p. 202).

«Jerez (Sharisch), villa dependiente de Sidonia, dice el Edrisí, es una plaza fuerte, de mediana extensión, ceñida por murallas; sus alrededores son de agradable aspecto, porque está rodeada de viñedos, olivares e higueras. El terreno produce también trigo, y los artículos de subsistencia están a un precio razonable» (*op. cit.*, pp. 198-99). De las bondades del mar y de la tierra de Jerez, con sus aguas y sus frutas, que no se pudren, nos informa la *Crónica del Moro Rasis* (ed. D. Catalán, p. 100). La villa de Algeciras (la «isla Verde» de los musulmanes: al Chazira al jadra), dice el Edrisí, «es una villa bien poblada. Las murallas son de piedra mezclada con cal. Tiene puertas y un arsenal situado en el interior de la villa. Está atravesada por un río llamado Arroyo de la miel (Wadi al asal), cuyas aguas son dulces y buenas, y de ellas usan sus habitantes. En las orillas de este arroyo hay huertas y jardines. Es un lugar donde se construyen navíos y puerto de embarque y desembarque... Algeciras fue la primera ciudad conquistada por los musulmanes... Hay al lado de la puerta del mar una mezquita llamada de las Banderas. Se cuenta que allí fue donde se reunieron los estandartes de las tribus bereberes cuando celebraron consejo» (*op. cit.*, pp. 165-66). Lévi-Provençal dice que esta mezquita u oratorio, para distinguirla de la mezquita mayor, perpetuaba el recuerdo del desembarco normando del año 859 (*op. cit.*, t. V, p. 205). La prosperidad de Algeciras en la Edad Media se debía ante todo al intenso tráfico de su puerto con el de Ceuta.

(34) *IBI MUTEMUDA CIUITAS AFRICE ET CETERIPH OPPIDUM HISPANIE EX PARTE MONTIUM OCCIDENTALI SIC CONTRAPONUNTUR EX DIRECTO, UT COMMEATUI BREUISSIMUS EST TRANSITUS. AD ORIENTEM UERO CEPTA CIUITAS CONSCIPITUR IN AFRICA, CUI EX DIRECTO MALAGAM OPPONIT HISPANIA.*

La ciudad de *Mutemuda*, actualmente Al-kasr al-Saghir, aparece mencionada por el Edrisí en estos términos: «Enfrente de Tarifa, sobre la orilla opuesta, está el puerto de Alcázar, llamado Casr Masmuda... Entre Tarifa y Casr Masmuda la distancia es de 12 millas». Y más adelante: «A una distancia de 12 millas de Ceuta está Casr Masmuda, castillo importante a orillas del mar, donde se construyen navíos y barcos destinados al pasaje de aquellos que se dirigen a España. Este fuerte está enclavado en el punto de la costa más cercano a España» (ed. de Dozy, pp. 199 y 201).

La *Narratio* reproduce este nombre con más fidelidad: «En línea recta desde Tarifa (*Ierizitaris* o *Ieziratarif*), a la otra parte del mar, etá *Cacir*

Mucemuthe, y entre estas dos plazas (*inter hec castella*) tiene lugar el tránsito general de Africa a España y viceversa». Y describe así el paso del Estrecho y las ciudades que se encuentran a ambos lados de la costa: «El Estrecho tiene de anchura dos millas alemanas (*duo nostra miliaria; miliare Teutonicum*) (= 7500 m., según Ch. W. David), y de longitud seis, según nuestro cálculo». Y continúa: «A la derecha, al final del Estrecho, dejamos al día siguiente (30 de Sep.) la opulentísima ciudad de Berbería (*opulentissima civitatem Barbarie*) (Ceuta), a donde acuden todos los mercaderes cristianos que tienen relaciones comerciales con Africa, especialmente los genoveses y los pisanos, que frecuentan esta plaza. En ella se hallan estacionadas las galeras del rey de Marruecos (*regis Marrothie*). E igualmente por la izquierda, al final del trecho angosto (*Item a leva in termino angusti? transsitus*), dejamos Algeciras (*Iezerita Hadra*), una buena ciudad (*opidum bonum*), y el castillo de Gibraltar (*castellum Iebelatarie*)». En Tarifa habían intentado asaltar la ciudad, pero la actitud defensiva de sus habitantes y una inesperada tempestad les obligó a desistir de sus propósitos, dándose de nuevo a la vela: «A la noche siguiente (27 de Sep.) partimos de Cádiz, y ahincadamente sostenidos con las velas nos vimos estorbados por la adversidad de los vientos; pero como es corriente entre los navegantes, velificando con maña (en bolina), pudimos sortear la contrariedad del viento, y de esta suerte, el día de la fiesta de San Miguel (28 de Sep.), al mediodía, pasamos el Estrecho. Pero como la mayor parte de la flota luchaba todavía contra el viento, nos acercamos a Tarifa, y echando anclas nos propusimos atacar la ciudad. Todos los que nos seguían hicieron lo mismo. En la playa vimos muchas fuerzas armadas, a pie y a caballo, dispuestas a la defensa, pero las mujeres huyeron a refugiarse en las montañas. A pesar de ello los nuestros entraron en los esquifes. Pero como no todos se habían preparado unánimemente para el asalto, y principalmente porque se declaró de pronto una fuerte tempestad, tan sólo aguardamos la llegada de las tres naves que, viniendo a la zaga, se habían demorado mucho. Recogimos, pues, las anclas y continuamos la navegación, y al atardecer de este mismo día salimos del Estrecho, teniendo ante la vista, de una y otra parte, altísimas montañas» (ed. Ch. W. David, pp. 639-40).

Ceuta, que aparece mencionada en todos estos itinerarios, nos la describe también el Edrisí: «La ciudad de Ceuta, enfrente de Algeciras (de la Isla Verde), está edificada sobre siete colinas que se tocan. Está bien poblada, y tiene de largo, de poniente a levante, aproximadamente una milla. Se ve a dos millas de distancia la Djabel Mousa, montaña así llamada a causa de Mousa ibn Noçair, el caudillo que hizo la conquista de España en los primeros tiempos del islamismo. Ceuta está rodeada de jardines y huertos que producen frutas en abundancia. Se cultiva la caña de azúcar y el limonero, cuyos frutos se transportan a las ciudades vecinas. La región que produce todo esto lleva el nombre de Balyounich; hay agua corriente, manantiales y buenos pastos. Al oriente de esta ciudad existe una montaña llamada Djabal 'l-Mina, y sobre la planicie que coro-

na esta montaña, una muralla construida por orden de Mohammed ibn abi Amir, cuando pasó de España a Ceuta. Quería trasladar la ciudad a esta planicie; pero la muerte le sorprendió cuando acababa de terminar las murallas. Los habitantes de Ceuta no tuvieron la posibilidad de trasladarse a al-Mina, se quedaron, pues, en la ciudad y al-Mina se vio privada de población. Las murallas de al-Mina subsisten todavía; son de una blancura extraordinaria, de modo que se las puede distinguir desde la costa española; pero una abundante vegetación cubre todo el lugar; en el centro de la ciudad hay una fuentecilla que nunca seca. En cuanto al nombre de *Sebta* le fue dado porque, en efecto, está emplazada sobre una casi isla *cercada* (*septum*) por el mar excepto por el poniente (Dozy cree sin embargo que debe preferirse la explicación que deriva el nombre de *septem fratres* dado a las colinas citadas), de suerte que no queda en seco sino un istmo que no llega a un tiro de flecha de largo. El mar que baña sus muros por el norte se llama Mar del Estrecho (az Zocac); por la parte del mediodía se llama Mar de Bosoul. Ceuta es un puerto excelente al abrigo de todos los vientos. Existen cerca de Ceuta lugares donde se pescan peces de gran tamaño. No hay otra costa tan productiva como ésta, lo mismo en cuanto a la abundancia de pescado como a su volumen comercial. Se cuentan alrededor de cien especies diferentes, pero los pescadores se dedican especialmente a la pesca de un pez gordo llamado atún, que se reproduce abundantemente en estos parajes. Se pesca con arpones provistos en la punta con unos ganchos salientes que penetran en el cuerpo del pez y no lo sueltan. La madera del arpón va sujeta con una larga cuerda de cáñamo. Los pescadores están tan puestos y tienen tal habilidad en estos menesteres que no hay nadie en el mundo que les aventaje. Se pesca también en los alrededores de Ceuta el coral, que sobrepasa en belleza al más admirable procedente de otros mares. Existe un bazar que se dedica a tallar, pulir, redondear, horadar y finalmente ensartar el coral. Es uno de los principales artículos de exportación; la mayor parte se expide a Ghana y a otras ciudades del Sudán donde se hace gran uso de esta mercancía» (Edrisí según Dozy, pp. 199-201).

Según el mismo geógrafo, «Tarifa (Chazirat-Tarif, "península de Tarif") es una villa poco importante, con murallas de tierra y atravesada por un río. Hay allí mercados, posadas y baños» (*Descripción de España, op. cit.*, p. 165). Nuestro derrotero llama a Tarifa *oppidum*, lo mismo que la *Narratio*, y al parecer estaba bien fortificada. El castillo de Tarifa, a la orilla del mar, fue terminado, como consta por una lápida empotrada sobre una de sus puertas, en safar de 349 (abril 960) bajo la dirección del visir y liberto de Abd al-Rahman III, Abd al-Rahman ben Badr (Torres Balbás, *Hist. de Esp.*, dirigida por R. M. Pidal, t. V, p. 649).

Rogerio de Hoveden enumera también las ciudades o poblaciones (*civitates*), situadas junto al mar a ambas partes del Estrecho. Las de Africa son: «*Esparte* (Espartel), *Thange* (Tánger), *Cacermín* (Alcázar), *Mue* (Masmuda), *Boloos* (Balyūnesh) y *Scep* (Ceuta), que es la más famosa de las ciudades de Africa». Los dos nombres «Cacermín» y «Mue» son sin

duda un desdoblamiento de Casr Masmuda. «Boloos» fue identificado ya por W. Stubbs con Vélez, pues es evidente que hay que buscar su localización entre Alcázarseguer y Ceuta. En el Edrisí no figura como ciudad, pero dice que la región en las inmediaciones de Ceuta, conocida por la abundancia de sus frutos, se llama Balyounich que es sin duda el mismo nombre, aunque con alterada grafía, a que se refiere Rogerio de Hoveden o el informante inglés de 1190. Sobre este amenísimo paraje del Balyunesh situado al poniente de Ceuta, véase también el Madoz, 6, p. 380. En la costa española, casi frente por frente, continúa Rogerio de Hoveden, se encuentran las ciudades y castillos, cuyos nombres son a saber: «*Beche* (probablemente Vejer de la Frontera, o la localidad mencionada por el Edrisí a la desembocadura del río *Becca*, identificado con el Arroyo Salado de Conil, a seis millas, según el Edrisí, del Barbate, p. 166), *Dudemarbait* (seguramente junto a la desembocadura del río Barbate, coincidiendo probablemente con el pueblecito de este nombre), *Leziratarif* (Tarifa), *Gezehacazera* (Algeciras) y la isla de Gibraltar (*Jubalterie insula*), *Mertel* o *Merell* (Marbella), el Castillo de Fuengirola (*Swail castellum Maurorum*). Al pie del monte de Gibraltar se hallan dos nobles ciudades (*nobiles civitates*), una de las cuales se llama *Alentia*, y la otra *Jubalar* (Gibraltar). Luego viene la ciudad de *Magga* (Málaga). Bajo el nombre de «*Alentia*» tal vez haya que entender la antigua y famosa ciudad de Carteya tomada por Tarik en 711.

El monje Mauricio en su *Itinerario*, p. 166, dice que a partir de Cádiz «empieza la tierra llamada *Beata* (Bética?) por los antiguos, y por los modernos *Frontarea*, porque allí está el frente de los cristianos contra los infieles, y es necesario oponerse virilmente en recio frente a las tropas de los bárbaros». Esa «*Frontarea*» debe de referirse a la zona de Chiclana de la Frontera. Y prosigue: «Desde aquí se llega primeramente a la punta (*ad nasum*) que en español (*Hispanice*) se llama *Cabo de Beta*, luego a otra llamada *Cabo de Plata*, y luego a una tercera que en lengua sarracena (*Sarracenicè*) se llama *Tarfalaga* (Trafalgar), a la que se opondrá, al mediodía, en Africa, un monte altísimo llamado *Cabo Espartel*». A pesar de nombrarlo así, en español, no sé de cierto qué cabo puede ser ése de Beta. Puede referirse al nombre de *Becca*, ya mencionado por el Edrisí, y que Dozy sitúa al lado de los Altos de Meca, cerca de Trafalgar y Conil, y que coincidiría tal vez con el Cabo de Roche. Pero puede ser también que se refiera al promontorio de Sancti Petri. El «Cabo de Plata», continuación de la Sierra de Plata, es el inmediato a la Punta Camarinal. Pero este cabo no está antes de Trafalgar, sino después.

La *Chron. reg. Colon.*, p. 345, que relata las peripecias de los expedicionarios que se habían quedado en Portugal para el asedio de Alcácer do Sal, y que reanudaron el viaje en abril de 1218, nos habla del Estrecho en estos términos: «Los lados estrechos de este mar y que terminan en Europa (Punta de Europa) están bordeados por altísimos montes poblados de simios, y a cuyos pies se asientan castros y villas, ciudadelas y ciudades, entre las que sobresale Ceuta, tan conocida de los mercaderes.

La longitud del Estrecho, según la medida de curso naval, es de seis horas de viento, pero su anchura no excede mucho a la distancia que un jinete puede divisar a la redonda (Huius autem maris latera astricta et in Europam terminata montibus altissimis simeas nutrientibus precinguntur; castris etiam ac villis, opidis et civitatibus, Cepta quoque mercatoribus nota decorantur; longitudo ipsius navali cursu metienda sex horarum ventum expostulat; latitudo vero orizuntha in apprehensione hominis equitantis intelligibilem parumper excedit). En otra relación de los mismos peregrinos se fija la anchura del Estrecho en casi tres millas: «transierunt mare strictum, quod dividit Europam ab Affrica et est latum fere tria miliaria» (*ibid.*, p. 244).

La ciudad de Málaga, en la orilla opuesta frente a Ceuta, nos la describe el Edrisí: «Málaga es una ciudad muy bella, muy poblada, muy extensa, en una palabra, una ciudad magnífica. Sus mercados son prósperos, su comercio dilatado y sus recursos numerosos. La comarca circundante está plantada de higuerales, que producen los frutos conocidos bajo el nombre de higos de Taiya, los cuales se expiden a Egipto, a Siria, al Irak e incluso a la India, y son de una calidad inmejorable. Cerca de la ciudad hay dos grandes arrabales, uno denominado de Fontanella y el otro, de los mercaderes de paja. Los moradores de Málaga beben agua de pozos. El agua está casi a flor de tierra y es abundante y dulce. Hay también un torrente que lleva agua tan sólo en el invierno y en la primavera, pero en el resto del año está seco» (p. 244). Y un poco más adelante, p. 250: «Málaga es una ciudad muy hermosa y bien fortificada. Está emplazada sobre una montaña denominada Faro (Gibralfaro). Cerca de la ciudad hay dos arrabales sin murallas, pero donde se encuentran paradores de caravanas y baños. Los frutos de sus higuerales reciben el nombre de higos de Raiya, porque Málaga es la capital de la provincia de Raiya». Raiya o Reyyo era la cora de Málaga, nombre aplicado también a la propia ciudad y derivado del latín *regio* o *regia*: *municipium regium* o *civitas regia*. La fama de los higos de Málaga (la especie llamada *rayyí*, «de Reyyo»), junto con los de Almuñécar, era también conocida en los países cristianos europeos, a donde se exportaban. Así lo atestigua el monje noruego en su Itinerario, p. 167: «De istis duabus civitatibus asportantur meliores ficus, qui ad christianorum terras adveniunt». Sobre la hermosura y antigüedad de la «cibdat de Rraya», así como de la feracidad de sus tierras con sus «muchas plantas de viñas e de arboles de muchas naturas», nos informa ampliamente la *Crónica del Moro Rasis*, ed. D. Catalán, pp. 105-107.

El Itinerario noruego de 1270 señala el comienzo del reino moro de Granada a partir del Cabo de Trafalgar, y sitúa en el trayecto del Estrecho, al que llama *strictus Marrochitanus*, el *castrum* que dicen *Calcadaria* (Chazira al jadra, Algeciras), en el extremo opuesto del gran monte que está sobre Ceuta (*mons maximus super Ceptam*) y la gran ciudad de Tarifa (*in ipso strictu civitas magna, quae Iacer-aterfa vocatur*), enfrente de la famosísima ciudad de Ceuta en Africa (*in Affrica Ceptensis civitas*

famosissima). A corto trayecto, a la salida del Estrecho, se halla el máximo y fortísimo castro llamado *Gibeltare* (Gibraltar), por otro nombre *Vulan* (sin duda *Abila*, según tradición antigua, una de las columnas de Hércules junto con la de Calpe. El monte *Abila*, según Madoz, 1, 55-56, es conocido con la denominación de Sierra de las Monas). Aquí, agrega el minorita Mauricio, arrojó Carlomagno la lanza al mar una vez conquistada toda España y en vista de que el mar no le dejaba pasar adelante (*Itin.*, p. 166).

Sobre Gibraltar nos dice el Edrisí «Los musulmanes habían venido por el Gebel Taric, nombre que fue dado a esta montaña porque Taric, cuando hubo pasado el Estrecho con sus bereberes y se hubo fortificado, se apercibió que los árabes desconfiaban de él. Queriendo hacer desaparecer esta ospecha, ordenó quemar los navíos en los cuales habían pasado, y de este modo logró su objeto (p. 166). Pero la verdadera fortificación de Gibraltar es, al parecer, mucho más tardía. He aquí algunos datos tomados, para nuestro objeto, de Torres Balbás, uno de los mejores conocedores de las ciudades hispano-musulmanas. Según este autor, el monarca almohade Abd al Mumin proyectó, en el yabal Tariq, la construcción de una gran ciudad destinada a servir de apoyo en la guerra de Al-Andalus. Se abrieron los cimientos en mayo de 1160 y las obras estaban ya terminadas en noviembre del mismo año. Para esta realización, Abd al-Mumin mandó ir a Gibraltar albañiles, carpinteros y canteros de Sevilla y otros lugares. Entre los edificios levantados entonces se señala la mezquita mayor, un palacio para el soberano y otros destinados a sus hijos, así como residencias para los principales dignatarios de su corte. A partir de entonces, el Peñón con la ciudad, la alcazaba y el puerto, convertidos en fortaleza del islamismo, aseguraron el paso de los musulmanes de Africa a la Península. En 1309, en una algará, D. Alonso Pérez de Guzmán conquistó la plaza, pero los musulmanes la recobraron en 1333, y aunque Alfonso XI, como consecuencia de la victoria del Salado en 1340, pudo rendir a Algeciras en 1344, después de dos años de asedio, con todo Gibraltar se resisitó y el propio rey de Castilla halló la muerte en el cerco en 1350. De la época islámica conserva Gibraltar algunos muros, un baño y sobre todo, la torre de la Alcazaba, llamada Calahorra (Torres Balbás, *op. cit.*, I, p. 67. Más referencias, en su trabajo *Gibraltar, llave y guarda de España*, pp. 168-216).

(35) *IGITUR IN ALIS ZEPHIRI TOTO CARCERE EMISSI, DIE ASSUMPTIONIS BEATE VIRGINIS ASSUMPTI, NON NAUIGARE SED UOLARE UIDEBAMUR, ITA UT QUI SEPE DESCENDERANT IN NAUIBUS ET OPERATIONES FECERANT IN AQUIS, NUNQUAM SE TAM IRATIS ELEMENTIS, TAM INMANIBUS (col. 32) PROCELLIS IACTATOS IURARENT. VENTIS ITAQUE URGENTIBUS A CONSPECTU HISPANIE, QUE PRE OCULIS SEMPER HABENDA EST BALBELLONAM EUNTIBUS, LONGE DELATI EUICE INSULAM QUARTO DIE VENIMUS, UBI NOS DEUIASSE COGNOSCENTES, PRORIS AD TERRAM CONUERSIS, TERTIO DIE TORTOSAM CIUITATEM ACCESSIMUS,*

UBI ERRORA FLUIIUS, LIMES GENTIUM ET TERMINUS FIDELIUM, DULCIBUS AQUIS INFLUENS AMARITUDINEM TEMPERAT ET REDDIT POTABILEM. IBII TANDEM SARRACENIS A TERGO RELICTIS, LIBERTATEM CONSECVTI ET AQUAS POTABILIS, VETERIS VERITATE PROBATA PROVERBII, QUOD LIBERTATEM ESTIMAT ET PRECIUM PONIT AQVE POTABILI, LAUDAIVIMUS INVENTOREM. DEFECERAT NOBIS AQUA ET MULTI DE NOSTRIS SITIS ET FEBRIUM, ET DISENTERIE CALORE FERVENTES AQUAS MARIS AMARAS HAURIENTES SITIM EXTINGUENDO INCITABANT; ALII LIMUM IN LAGENIS INVENTUM, ALII QUOSCUNQUE FRUCTUS MANIBUS EXPRIMEBANT, NECESSITATIS SUE MENDICANTES AUXILIUM; ALII FECES VINIJ UEL CERUISIE SUGEBANT; NONNULLI QUOQUE GEMINO FAMIS ET SITIS MALO CONFECTI IN AMARITUDINEM ANIME SUE PANES AMARISSIMOS, AQUA MARIS CONFECTOS COMEDEBANT.

La *Narratio* enumera en la costa del «espacioso mar» (*spacioso mari*) las siguientes poblaciones (*civitates*): Málaga (*Malagam*), Almuñécar (*Almonecam*), Almería (*Almariam*), Cartagena (*Kartageniam*), Alicante (*Alacant*), Denia (*Deniam*), Valencia (*Valenciam*), Burriana (*Burrianam*), Oropesa (*Orpensam*), Peñíscola (*Pinnisculam*). Todas estas ciudades, menos Oropesa, aparecen encarecidamente descritas en presente por el Edrisí: en Almuñécar, de mediana extensión, pero bonita, se pescan muchos pescados y se recogen muchos frutos (p. 190). Cartagena, ciudad antigua, es el puerto de Murcia. El campo de Cartagena, llamado Alfondon (= el Hondón), posee una rara fertilidad, y sus frutos, que maduran con una sola lluvia, son de una calidad superior. Alicante, a pesar de ser una ciudad poco considerable, tiene un bazar, una mezquita catedral y una iglesia parroquial. El esparto que allí crece se exporta a todos los países marítimos. Produce muchas frutas y legumbres, y sobre todo higos y uvas. Tiene un castillo muy fuerte que defiende a la población. En su arsenal se construyen barcos de comercio y lanchas. Denia es una hermosa villa marítima, también con arsenales y muy frecuentada por barcos de las regiones más lejanas. La ciñen murallas robustas y está protegida por un castillo muy fuerte. Sus campos se hallan plantados de viñedos e higuerales. Valencia es una de las ciudades más considerables de España, asiento de mercaderes y cultivadores. Tiene bazares y un puerto muy activo. Las aguas del río, que la ponen en comunicación con el mar, se aprovecha también para las huertas, jardines y casas de campo. Burriana, bien poblada y de abundantes recursos, está rodeada de viñedos y árboles. Peñíscola es una plaza fuerte sobre la costa, con agua abundante y rodeada de cultivos. Sólo Almería, la ciudad principal de los musulmanes en tiempo de los almorávides, con todas las excelencias de una ciudad a la vez industrial y agrícola, está descrita en pasado: «Era entonces una ciudad muy industrial y se contaban en ella, entre otros, 800 telares para tejer seda, fabricándose telas con los nombres de holla, dibaele, siklaton, alhispaeni, alchorcheni, etc. Antes de la época actual alcanzó también Almería gran renombre en la fabricación de utensilios de cobre y hierro, y de otros objetos. El valle que depende de ella producía una

gran cantidad de frutos que se vendían a bajo precio. Este valle, que lleva el nombre de Pechina, se halla a cuatro millas de Almería. Véanse allí numerosas huertas, jardines y molinos, y sus productos eran enviados a Almería. El puerto de esta ciudad recibía embarcaciones de Alejandría y de toda la Siria, y no había en toda España gentes más ricas, ni más dadas a la industria y al comercio que sus habitantes, como tampoco más inclinados, ora al lujo y al derroche, ora al afán de atesorar.

«Está edificada esta ciudad sobre dos colinas, separadas por un barranco o rambla donde hay también edificios habitables. En la primera de estas colinas está el castillo, famoso por su fuerte posición; en la segunda, llamada Monte Laham, está el suburbio: toda ella está rodeada de muros con multitud de fuertes».

«Por el lado de Poniente está el gran arrabal, llamado arrabal del aljibe o depósito de agua, rodeado de murallas, que encierran en su interior un gran número de mercados, edificios, posadas y barcos... El número de posadas u hosterías registradas por la Administración para pagar el impuesto del vino, se elevaba a mil menos treinta». Pero eso era entonces, ahora, en el momento en que el geógrafo escribe, «Almería ha caído en poder de los cristianos; sus encantos han desaparecido; sus habitantes han sido reducidos a la esclavitud; las casas y los edificios públicos han sido destruidos y ya nada subsiste de todo ello» (pp. 188-189). Aunque la ciudad fue recuperada diez años más tarde, en 1157, por los árabes, seguramente no llegó nunca a alcanzar su antiguo esplendor. El Edrisí no habla de Oropesa, pero sí de la subida o cuesta de *Abisa* u *Obeisa*, que Saavedra, p. 104, identifica con la famosa cuesta de Oropesa, a 25 millas de Burriana.

En la *Narratio*, el orden y denominación de las ciudades hasta Peñíscola no presenta dificultad alguna, pero a continuación nos encontramos con este enigmático y desconcertante pasaje: *Iuxta Betaieniam est Murcia*. Es verdad que no nombró Murcia antes, razón que explicaría que lo hiciese ahora, pero nombra Cartagena, que, como señala el Edrisí, era el puerto de la ciudad de Murcia. Y siendo Murcia la capital del país de Tudmir, floreciente y bien poblada, con murallas y fortificaciones muy sólidas, según el geógrafo, la mención de esa «betaenia», desconocida para nosotros, al lado de Murcia, implicaría por lo pronto una cierta paridad de categoría con Murcia. Por este motivo, la posible identificación con Beniján, a una legua de Murcia, o con Wadí al-byd, el nombre árabe del Júcar, no parece sostenible. Según el orden de la enumeración, habría que pensar más bien en una localidad después de Peñíscola. Tampoco resulta muy convincente la identificación que da Kurth, p. 207, n. 5, con el río Cenía (Wadi-Cenia) o con la localidad de La Cenía (La Aceña). Se podría pensar mejor en La Yana (Qariat Yana), cuyo nombre pervive en La Jana actual, al nordeste de San Mateo y a la orilla derecha del Cervol, con un barrio en sus inmediaciones llamado Carrascal, que conserva todavía ruinas de un antiguo fuerte. En el Edresí, La Yana era una aldea o alquería cerca del mar a seis millas del castillo de Casteli (p. 181).

Según E. Saavedra, p. 103, por aquí pasaba «el camino romano de Valencia a Tarragona, designado por Rasis como camino de los *Fijos de Darache*, traduciendo imperfectamente el nombre de Vinaragel, partida del término de Burriana». En la ed. crítica de la *Crónica*, de D. Catalán, p. 40, este camino tiene las variantes de *Darache*, *Darag* y *Rachen* (ár. Banū Darraý, según Lévi-Provençal, *La «Description de l'Espagne» d'Ahmad al Rāzī*, en «Al-Andalus», XVIII (1953), p. 72, n. 6). El castillo de Casteli, a seis millas de La Yana y a otras seis de Peñíscola, a pesar de estas indicaciones del Edrisí, no ha sido identificado con seguridad: Alcalá de Chivert, según Dozy; castillo de Pulpís, según Saavedra; San Carlos de la Rápita, según Hernández Jiménez. Ateniéndose a las indicaciones del Edrisí, La Yana de entonces habría que colocarla muy cerca de Vinaroz, o coincidiendo quizá con el mismo Vinaroz, cuya etimología tal vez recuerde más a los Banū Darraý que a «Ibn Arus», dada por Asín Palacios, *op. cit.*, p. 142. La *Crónica* de Rasis, *op. cit.*, p. 40, dice que de Tortosa a Valencia hay 150 migeros, por el camino de *Matronia* o *Martonia* (otras variantes según la traducción portuguesa, en la misma p. 13), «que es más luengo que el de los hijos de Darache». La lectura de *Matronia* o *Martonia* es sin duda una corrupción del nombre de la provincia denominada por el Edrisí *Marmaría* o *Marmoraria*, cuya vía, más por el interior, pasaba por el Maestrazgo, región famosa por la riqueza y variedad de sus mármoles (por ej. los de Cervera del Maestre, Madoz, 6, 358). La mayor dificultad para la posible identificación de Qaryat Yana con *Betaieniam* es el nombre mismo de *Murcia*, que en este caso habría que suponerlo también alterado. Kurth supuso ya que *Murcia* está aquí por Montsia, la sierra que, según Rogerio de Hoveden, separaba el reino árabe de Valencia del reino cristiano de Aragón: «mons magnus qui dicitur *Muncian* o *Muscian*; et mons ille dividit terram paganorum a terra Christianorum», ed. Stubbs, III, 47, 49, 52). Esta sierra, por ser el límite de dos mundos hostiles, tenía que ser por fuerza punto importante de referencia. Los peregrinos, al divisarla, podían desembarcar y aprovisionarse pacíficamente, poniendo fin así a las penalidades de una larga navegación frente a una costa enemiga defendida por innumerables castillos y fortalezas. Los expedicionarios de la *Narratio* invirtieron cinco días con cinco noches, velificando de manera casi continua y aceleradamente («*via longissima...*, *quam vix fecimus in V. diebus et quinque noctibus fere continue et celerrime velificando*»), sin atreverse a arribar a ningún punto. Y como veremos todavía, los cruzados de 1218 pasaron grandes terrores ante el peligro de una arribada forzada en la costa levantana.

Pero a pesar de todo lo que queda dicho, a nosotros nos asalta también un temor, y es pensar que esa expresión *Iuxta Betaieniam est Murcia*, así intercalada entre dos puntos y como remate de la enumeración de los lugares mencionados, quizá no sea más que una glosa marginal, y que luego el copista involucró en el texto. En este caso *Murcia* sería correcto, pero habría que buscar otra identificación del término *Betaieniam*. No se trataría entonces de dos ciudades en sentido estricto, sino de dos

territorios o coras limítrofes. La primera, la problemática, podría coincidir con Pechina, llamada por los árabes *Bayyana*, en la desembocadura del río Andarax (Wadi Bayyana), donde surgió uno de los puertos más frecuentados y de más actividad comercial de todo el Andalus. Su origen se remonta a un cierto número de árabes yemeníes que Abd al-Rahman II había asentado allí con el objeto de ejercer, en *ribat* permanente, la vigilancia de la costa contra eventuales desembarcos de los normandos. A estos árabes se agregaron posteriormente, en condiciones para nosotros desconocidas, marinos andaluces, que ejercían un intenso tráfico marítimo con los distintos puertos del norte de Africa, e incluso habían fundado, junto a la vieja aldea de Ténés, una «nueva Ténés. Se formó así una especie de república arábigo-andaluza. En 884, fecha de su asentamiento, los navegantes andaluces empezaron a amurallar y fortificar la ciudad portuaria de Pechina. Al Bakrī precisa que en su trazado y disposición se tomó como modelo la ciudad de Córdoba, hasta el punto de colocar sobre una de las puertas una estatua de la Virgen, a semejanza de la que existía en la Puerta del Puente de la capital omeya (Lévi-Provençal, *Hist. de Esp.*, IV, pp. 223-228). La ciudad vino a llamarse, pues, *Mariyat Badjdjana*, y finalmente tan sólo Al-Mariya (Almería). Ibn Haukal, geógrafo de mediados del siglo X, dice que fue la única ciudad fundada en España después del Islam (*op. cit.*, p. 62), a la que sólo sobrepujaba Toledo en importancia (p. 69). Según este mismo autor, los mantos confeccionados en Pechina eran enviados a Egipto, a La Meca, al Yemen y a otros lugares (p. 67). Pero como se ve por Al Bakrī, a pesar de su origen musulmán, su desarrollo y florecimiento se debió sobre todo a los navegantes mozárabes andaluces. El traslado de la capital de Pechina a la actual Almería tuvo lugar ya en 955 por orden de Abd al-Rahman III. En el tiempo de al-Hakam II se consumó su decadencia. El Edrisí nos dice que en su tiempo no quedaban más que las ruinas y la mezquita catedral. Pero alrededor de Pechina había huertos, jardines, casas de campo, viñedos y campos cultivados, propiedad de sus antiguos habitantes trasladados a Almería. La *Crónica de Rasis* dice sobre el castillo de Almería que «yace al levante del sol, e es llave de la ganancia e de todo bien, e es morada de los sotiles maestros de galeas e de fazer muchos panos de seda con oro e muy nobles». La *Cronica General de Espanha de 1344*, en su refundición portuguesa de hacia 1400, se transcribe el nombre árabe de Pechina, Baýyana, por *Bejena* (véase ed. D. Catalán, p. 28), que guarda cierta semejanza con la forma reproducida por la *Narratio*. La sospecha de que estamos ante una glosa o anotación marginal involucrada en el texto por un copista, parece confirmarse por el pasaje que viene a continuación: «Tran[ssito mari primo occ]urrit terra plana, et inde brevi spacio *Ebora*, *Lebrus*, capacissimus et amplus in mare fluit, fluvius super quem sita est Corduba, Turtasa, versus montana a mari distans per duo nostra miliaria». El doblete del nombre del río Ebro puede explicarse o bien por haber sido incorporado al texto la respectiva acotación marginal, o por una mala lectura del manuscrito original que probablemente

diría «Eborā vel Ebrus». Pero la mención aquí de Córdoba, cuya situación sobre el Guadalquivir a tres jornadas de Sevilla era bien conocida del relator anónimo (véa. p. 365), es un error de copia, ocasionado al insertar en el texto lo que no sería más que una explicación anotada al margen para señalar el límite oriental del Andalus representado por la capital de los omeyas. Y de un modo parecido se expresa la *Crónica de Rasis*: «E Tarragona yace en el oriental de los moros. E Tortosa e Tarragona yacen al levante de Cordoua» (ed. de D. Catalán, p. 41).

La ciudad de Tortosa, dice la *Narratio*, coincidiendo con el informe de nuestro anónimo frisón, «es la primera de los cristianos», aunque no es muy exacta al añadir que «fue tomada por los pisanos y genoveses en el mismo tiempo en que los nuestros tomaron Lisboa» (quam Pisani et Ianuenses, tempore quo Ulixibona a nostris est capta, ceperunt). La que coincidió con la toma de Lisboa fue la de Almería (17 de Oct. de 1147). Tortosa fue tomada, tras seis meses de asedio, por el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV el 30 de diciembre de 1148 (Caffaro, *Annales Ramenses* en MGH. SS., XVIII, 21, 38-39; Jerónimo Zurita, *Annales de la Corona de Aragón*, Çaragossa, 1610, I, 62-65; A. de Bofarull y Brocá, *Hist. Crítica de Cataluña*, Barcelona, 1876-78, III, 31-36; *Esp. Sagr.*, XLII, 108-113; E. Lévi-Provençal, en *Encyclopaedia of Islam*, donde se citan las fuentes árabes). El Madoz, 15, 55, refiere así la conquista de Tortosa: «Estos (los cristianos de Oriente) cayeron por fin sobre ella unidos con los aragoneses en 1.º de julio de 1148 al mando del príncipe D. Ramón Berenguer, a quien acompañaban sus aliados los genoveses: fue estrechamente sitiada por todas partes y combatida con vigor hasta en el castillo de *Azuda*, que era su principal fortaleza: los sitiados conociendo la imposibilidad de resistir pidieron cuarenta días de tregua, bajo condición de que, si en este tiempo no eran socorridos por el rey de Valencia, como lo esperaban, entregarían la ciudad con todos sus fuertes, y dieron rehenes. Llegado el plazo, se verificó la entrega en 31 de diciembre del mismo año. El príncipe recompensando a los genoveses y a D. Guillén Ramón de Moncada, senescal de Cataluña, sus servicios, dio en feudo de honor, la tercera parte de esta ciudad al segundo, cuyos sucesores la poseyeron mucho tiempo, y otra parte a los primeros. Entonces se restauró la antigua sede episcopal como había existido antes, y el príncipe se tituló en lo sucesivo marqués de Tortosa».

El Edrisí describe así la ciudad de Tortosa: «Es una ciudad construida al pie de una montaña y rodeada de fuertes murallas. Tiene bazares, bellos edificios, artesanos y obreros. En ella se construyen grandes buques con la madera que producen los montes que la rodean, y que están cubiertos de pinos de un grosor y una altura considerables. Esta madera se emplea para los mástiles y las vergas de los navíos. Es de un color rojizo, la corteza lustrosa, y la madera resinosa y de mucha duración, pues no es, como las otras, atacada por los gusanos. Desde la ciudad a la desembocadura del río hay doce millas». El geógrafo nos informa igualmente que los artesonados de la mezquita de Córdoba se construyeron con

la madera procedente de los pinares de Tortosa (pp. 181, 201). Y el Rasis completa la descripción al decir que «los mercaderes vienen y de toda la parte de la tierra... E hay muchas buenas cosas..., de las cuales es la una que a y mucho box, e dende lo lievan a todas las partes del mundo; otrosi mucho açafran e muy bueno» (*op. cit.*, pp. 39-40).

Muchas de las ciudades del litoral mediterráneo aparecen también mencionadas por Rogerio de Hoveden con motivo de la expedición de los cruzados a Tierra Santa en 1190. Desde Málaga (*Magga*), la flota del rey Ricardo «pasó por delante de la ciudad de *Salamenec*, *Salamaenee* o *Salamence* (Almuñécar o quizá también Salobreña), luego ante *Vilages* (Vélez-Málaga?, por sucesión geográfica se correspondería mejor con Vélez de Benaudalla), una gran ciudad cerrada por una muralla, en cuyo circuito hay 160 torres de piedra. Luego pasó frente a una montaña grande y elevada que se llama *Caput de Melich* (Torre de Melicena junto al Peñón de San Patricio?, cerca de Castel de Ferro, el Marsa al Ferroh, del Edrisí. El geógrafo señala Belisena (Torre de Melisena), que puede corresponder también a este cabo). Luego por el castillo *Mumacas* (Castillo de Guardias Viejas, cerca de la Punta del Moro?). Luego por la noble ciudad de Almería (*Almaria*), donde se hila la célebre y delicada seda conocida con el nombre de seda de Almería. Luego por delante de una montaña grande y elevada que avanza sobre el mar, llamada *Caput Almaria* (Cabo de Gata). Luego por Cartagena (*Cartaginem*), buena ciudad situada a la orilla del mar. Luego ante *Penisecele* (Torre del Pinet?), hermoso y bello castillo. Luego frente a un arenal avanzado en el mar que se llama *Alascerat* (al norte de Santa Pola, donde se encuentra Alicante). Luego ante una tierra avanzada en el mar que se llama *Caput Martin* (Cabo de San Martín). Luego ante una gran ciudad llamada Denia (*Denie*). Luego ante el puerto de Valencia (*Valentia*). Valencia es una buena ciudad distante de la entrada del puerto siete millas. Luego pasó ante Castellón de la Plana (*Biane castellum*) (también Baiane, pero no Burriana, como anota Stubbs, la cual aparece en la p. 178 señalada como ciudad: *Burrianz civitas*). Luego ante el castillo de Peñíscola (*Peniscule*), situado a la orilla del mar, y este castillo es el último que los árabes tienen en la costa (*et illud est ultimum castellum paganorum in Hispania supra mare*). Luego pasaron por delante de una gran montaña, y elevada, que avanza sobre el mar, que se llama *Musciam* (Montsia), y esta montaña divide la tierra de los árabes de la de los cristianos, y allí empieza la tierra del rey de Aragón, y cerca de aquella montaña, entre los montes y distante del mar, se halla enclavada una buena ciudad llamada *Cervere* (Cervera del Maestre, famosa por sus canteras de mármoles policromados); y al pie de aquella montaña sobre el mar, está el castillo que se llama *Amposta* (*Ampost*), en tierra de Aragón, y que lo tienen los de la Orden del Hospital; y allí hay un gran río de agua dulce que se llama Ebro (*Ebre*), y una célebre ciudad llamada Tortosa (*Turtusa*), la cual se halla sobre aquel río, y dista de la entrada del puerto 30 millas» (*Chron. Mag. Rog. de Hov.*, ed. Stubbs, pp. 48-49). Por su colaboración en la conquista de Tortosa, la Orden del Hospital había re-

cibido de Ramón Berenguer IV el castillo y villa de Amposta. Y a partir de 1154, año en que, al parecer, se hizo la división de prioratos permanentes en la Península, Amposta se convirtió en Castellanía de la Orden (*Castellanía de Amposta*). Lista de Castellanes de Amposta, desde 1157 (*Dicc. de Hist. Ecles. de Esp.*, III, pp. 1817-1818). En Amposta, en 1180, el rey de Aragón Alfonso II el Casto hizo donación al castellán de esta plaza Ermengaudus de Aspa (1180-1182) del castillo de Olocan (Madoz, I, 253). En 1190 era castellán de Amposta Fortunius Cabeça (1187-1198).

«Tarragona, dice Rasis, *op. cit.*, p. 41, fue de los logares mas antiguos que fallan fundamentos muy viejos e muy maravillosos e a y cosas que se non desfacen por ningun tiempo, maguer todas las destruyó Taris, fijo de Mazayr, quando entró en España, e él mató las gentes e destruyó las obras, mas non pudo todas, tanto las fizieron de firmes». En el tiempo del Edrisí, Tarragona era una villa judía, en la que había muy pocos cristianos. Y añade: «Tiene muros de mármol, fuentes y torres».

Sobre la isla de Ibiza, a donde nuestros frisonos arribaron llevados por el fuerte vendaval, nos dice el Edrisí. «La isla de Ibiza es hermosa; plantada de viñedos, produce mucha uva pasa. La ciudad es pequeña, pero bien poblada. El punto más cercano desde el continente de España es Denia, ciudad situada a una jornada de navegación. Al oriente de la isla y a una jornada de distancia está la isla de Mallorca, cuya capital es grande y cuyo príncipe gobernador manda una numerosa guarnición y dispone de numerosas armas y recursos. Igualmente al oriente está la isla de Menorca, en frente y a una jornada de distancia de Barcelona. Desde Menorca hasta la isla de Cerdeña hay cuatro jornadas de navegación».

En la *Crónica del rey Ricardo*, utilizada por Rogerio de Hoveden, p. 51, se dice: «Y es de saber que hay muchas islas sarracenas entre los territorios de Africa y Marsella, una de las cuales se llama Mallorca (*Mayorek*) y otra Ibiza (*Euviz*), y ambas son tributarias del rey de Aragón. La de Menorca tributa al rey de Aragón trescientos paños de seda al año, y la de Ibiza, doscientos» (*Gesta Regis Ricardi*, ed. Stubbs, II, p. 122).

La travesía de nuestros cruzados por el Mediterráneo hasta Tortosa, a pesar de los airados elementos y las borrascas que les obligaron a desviarse demasiado de la costa, con todo no fue tan difícil como la que hubieron de soportar los miembros de la expedición que permaneció en Portugal hasta primeros de abril de 1218 (hasta el 31 de marzo, según el cómputo de Röhrich; según el de Waitz, hasta el 7 de abril; éste último es sin duda el correcto). Estos, una vez pasado el Estrecho, apresaron dos naves árabes cargadas de diversas mercancías y, después de apoderarse del botín, las incendiaron y hundieron. Luego el 11 de abril pasaron el Cabo de San Martín, y al día siguiente les sorprendió una terrible tempestad que dispersó las naves en todas direcciones. Pero dejemos la palabra al informador que iba con los cruzados renanos, entre los que se encontraban los de Neuss: «Y al día siguiente 12 de abril, en el día de la Cena del Señor, apareció el aire más sereno, y las nubes rutilaban como purísima plata bien pulida, y todo lo que era vaporoso se disipó. Y esta-

lló una tempestad, para los de nuestra época, inaudita, que duró cuatro días consecutivos. Vimos entonces desplomarse los mástiles, rasgarse las velas, y, rotas las cuerdas, desprenderse de las naves los botes. Amenaza con la muerte el mar, y la tierra, infestada por todas partes de sarracenos, nos prometía el martirio. Las naves, libres entonces del timón que las sujetaba, fueron arrebatadas por las borrascas y, dispersas en todas direcciones, buscaron refugio en distintos puertos. Entretanto los de Neuss, gracias a la intercesión e intervención de su patrono San Quirino y de otros santos, conducidos por un sarraceno que habían retenido cautivo, arribaron felizmente el sábado 13 de abril a una isla cerca de menorca llamada *Kiporoure*» (probablemente es la isla de Cabrera, cerca de Mallorca). En este mismo puerto habían buscado refugio algunas naves de mercaderes cristianos, los cuales el 15 de abril, domingo de Pascua, cumularon en compañía de los cruzados. Y continúa el anónimo informador: «Y el lunes 16 de abril, recibidos algunos mercaderes en nuestras naves como guías, pusimos alegres rumbo a Messina, y en llegando cerca de Sicilia, por el divino poder, causa de todo bien, que ya nos había probado con las tribulaciones del mar y del viento, se dispuso aún a castigar a los suyos con fuego, pues en la próxima noche después de la octava de Pascua (23 de abril), de pronto empezó a relampaguear encima de nosotros, y he aquí que un trueno gigantesco en sonido y temblor nos dejó a todos suspendidos, y algunos que juzgamos dormidos, durmieron en el Señor; muchos conservaron como recuerdo perenne las cicatrices producidas por las quemaduras de los rayos» (*Chron. reg. Colon.*, ed. Waitz, pp. 345-46). Sobre la suerte de las otras naves nos informa muy sumariamente otra redacción de esta misma *Crónica*, pp. 244-245: «Un día antes de los idos de abril (12), coincidiendo con la Cena del Señor, se produjo una enorme tempestad y las naves se dispersaron unas de otras, y los bateles de algunas naves se desprendieron de ellas por la fuerza del temporal, y se perdieron. Pero en la noche de Pascua (15 de abril), la tempestad arreció todavía más y se estuvo en el máximo peligro. Algunas naves arribaron a Barcelona (*apud Barcinonam*) en el reino de Aragón, otras entraron en Marsella, y otras, pasando por entre las islas de Córcega y Cerdeña, llegaron o bien a Génova, o bien a Pisa o bien a Messina. Messina, nobilísima metrópoli, está en Sicilia; abunda en trigo, aceite y vino. De este modo, sucesivamente, pasaron el mar y llegaron finalmente a Acre. Allí plugo al patriarca, al rey de Jerusalén, a los obispos, jefes, hospitalarios, templarios y demás cruzados descender embarcados a Egipto y con el auxilio de Dios quebrantar el poder de los enemigos de la Santa Cruz».

(36) *DUOBUS ERGO DIEBUS IN CONUIUIO DULCIUM AQUARUM DEDUCTIS, VENTIS PROSPERIS NAUGANTES, TERRAGONAM A SINISTRIS ET CASTRA PLURIMA LINQUENTES, VIGILIA SANCTI BARTHOLOMEI BARCELLONAM VENIMUS, UBI SOCIIS INVENTIS GAUISI, LASSIS CORPORIBUS, SUADENTIBUS VENTIS INDE PROUECTI,*

OCTO MILIARIBUS EMENSIS PORTUM SANCTI FELICIANI MARTYRIS IN TERRITORIO CATOLOGINIE CONTIGIMUS;

La *Narratio*, a continuación de la referencia sobre la toma de Tortosa reseñada en la nota anterior, añade: «A partir de allí empieza Cataluña, país muy bien cultivado y ornado de innumerables castillos. A una jornada de Tortosa está Tarragona, ciudad muy grande en otro tiempo, pero ahora pequeña, en la cual hay una sede arzobispal de muchísima dignidad. A una jornada de aquí está Barcelona, capital del condado barcelonense; de aquí a Narbona, seis jornadas, dos a Montpellier y tres a Marsella» (= *Inde incipit Catalonia terra optima culta et castellis innumeris ornata. A Turtusa distat Terraconia per unam dietam, civitas olim maxima sed nunc parva, in qua sedes est archiepiscopalis magne dignitatis. Inde ad dietam est Barcelona, ubi est caput comitatus Artalonensis, ab inde ad sex dietas Narbona, inde ad II. Monspessulanus, inde ad III. Massilia*) (ed. Ch. W. David, p. 642). La lectura *Artalonensis* o *Aitalonensis* es sin duda una forma corrupta del copista por *Barcelonensis*. Alfonso II el Casto, rey de Aragón (1152-1196), hijo del conde Ramón Berenguer IV y de Petronila de Aragón, a la muerte de su padre y por renuncia de su madre, incorporó en 1163 Cataluña al reino de Aragón, conservando sin embargo el título de conde de Barcelona. El autor de la *Narratio*, o el copista, no sabemos por qué, interrumpe la relación con la llegada de la flota a Marsella. He aquí, pues, sus últimas líneas: «Es digno de referir que después en Marsella y en Montpellier vimos mercaderes que habían estado en ciudades sarracenas cuando nosotros pasamos frente a ellas, y al vernos nos contaron que todos los sarracenos estaban tan atemorizados del paso de nuestra escuadra que no hubieran defendido ninguna de sus ciudades si los nuestros hubieran desembarcado en ellas, antes bien se hallaban propensos a darse a la fuga caso de que esto ocurriera» (ed. Ch. W. David, p. 642).

En la *Crónica* de Rogerio de Hoveden, el trayecto desde Tortosa hasta San Feliu de Guixols aparece indicado así: «Después pasaron por la gran ciudad archiepiscopal situada en la costa del mar llamada Tarragona (*Taragune*), y cerca de ella hay un gran monte que avanza en el mar llamado Cabo Salou (*Caput de Salut*): y al pie de este monte se encuentra un buen puerto. Luego pasaron la gran ciudad episcopal sita en la orilla del mar llamada Barcelona (*Barzelune*). Luego pasaron un buen castillo (*castellum bonum*) situado en la costa, que se llama San Feliu (*Sainte Felice*), y allí se halla un buen puerto» (*Chron. Rog. de Hov., Pars posterior*, p. 49).

San Feliu de Guixols «estuvo antiguamente rodeado de murallas y bien fortificado... con un monasterio benedictino fundado, según Mabillon, en el año 945. Sobre un monte, cuyos cimientos baña el mar al SO de la población, y en la que antiguamente había un castillo para defensa del puerto, hay una ermita dedicada a San Telmo, protector de los navegantes. Este puerto fue famoso, entre otras cosas, por la reunión en él de

las armadas navales combinadas, compuestas de 300 buques, para la primera conquista de Mallorca en 1115» (Madoz, 9, pp. 137-38). Créese, según tradición transmitida por Villanueva, que el monasterio fue fundado por Carlomagno hacia el año 778, de donde tomó el nombre de *Imperial*. La primera noticia cierta sobre el monasterio es un diploma del rey Lotario, del año 968 (publ. en la *Marca Hisp.*, Ap. núm. CVIII), en virtud del cual el emperador confirma a Suniario como abad del monasterio. El titular del monasterio es San Félix Mártir de Gerona, llamado el Africano, el cual fue traído a esta costa para ser arrojado al mar. La tradición señala todavía el lugar donde esto sucedió, que llaman la *Cala de San Feliu*, donde se arrojan repetidas veces muchas gentes prácticas el día de la fiesta, que es el 1.º de agosto. Por un responsorio cantado el día de Animas se deduce que el monasterio fue también sepulcro de reyes, nobles y condes. El monasterio estaba dentro de la fortaleza, coronada de siete torres, de las cuales quedan en pie las llamadas *del Fum*, *de los Reyes* y *del Corn*. Por las exenciones concedidas por el abad Bernardo en 1181 a los vecinos, venimos en conocimiento de la existencia en esa fecha de la villa de San Feliu. Al abad Raimundo, el segundo inmediato de este nombre, le concedió el rey D. Pedro en 1203 el privilegio *mutandi et de novo construendi et edificandi monasterium et villam sancti Felicis, et faciendi fortiam et fortias in loco qui dicitur Castellar*, que hoy dicen es el llamado San Telmo. El abad murió en 1220 (J. Villanueva, *Viaje Liter. a las Igl. de Esp.*, t. XV, pp. 2 y ss.).

(37) *COLLECTISQUE SOCIIS, QUI IBI STATIONEM FECERANT, MARCILIAM PROPERAUMUS; SED DURIS BOREE FLATIBUS A TERRA REPULSOS PORTUS SANCTI MENDRIANI MARTYRIS NOS SUO COLLEGIT IN GREMIO, UNA DIETA DISTANS A MARSILIA. QUI INTER MONTES ALTISSIMOS COMPLICITUS, TOLONAM CIUITATEM HABET A DEXTRIS. CAPELLA VERO SANCTI MARTYRIS IN LATERE SINISTRO VILI SCEMATE CONSTRUCTA, SED MULTA SANCTITATE FAMOSA MONSTRATUR.*

La escala en Marsella se hallaba prevista. Seguramente estaban informados que allí se habría de incorporar a la expedición el encendido y elocuente predicador de la Cruzada, Oliverio de Paderborn, historiador y actor destacado de los hechos de Damietta. Pero, al parecer, Oliverio no los esperó, pues a juzgar por el testimonio de los *Annales Stadenses*, entre los numerosos peregrinos que desde Marsella se dirigieron a Tierra Santa en 1217, se encontraba el maestro Oliverio: «..., et multi peregrini versus Jherusalem sunt profecti, petentes de Marsilia terram sanctam. In quorum comitatu erat magister Oliverus, praedicator famosissimus, postea Paderbonensis electus et tandem Sanctae Sabiniae presbyter cardinalis» (MGH. SS., t. XVI, p. 356). Según H. Hoogeweg, la llegada a Acre tuvo lugar por el mes de junio de 1217. En octubre llegó el rey Andrés de Hungría (H. Hoogeweg, *Regesten Olivers*, en «*Zeitschrift für vaterländische Geschichte und Alterthumskunde*», t. 46, Münster, 1888, p. 113. Para

este dato el autor se remite a Röhrich, Forsc., pp. 16, 139 y ss.). El *Carmen* de Goswino sobre el asedio y conquista de Alcácer do Sal expresa también que la meta inmediata de la escuadra frisona al abandonar Lisboa era Marsella: «Classis dividitur in partes, Marsiliam pars / Haec properat,...».

St. Mandrier, a la izquierda frente a Tolón. Según la leyenda transmitida documentalente, pero no comprobada históricamente, Mendriano y Flaviano, oriundos de Sajonia y convertidos por San Cipriano en Arlés, fueron muertos en el año 556, juntamente con el maestro, cuando los longobardos invadieron la Galia Narbonense. Joannes Baptista Guesnayus, en los *Annales Massilienses*, p. 198, refiere este suceso, que se dice tomado de un instrumento antiguo, en los siguientes términos: «Muerto Alarico, Cesáreo, vuelto a Arlés, encontró allí a Cipriano, el cual, en virtud de su doctrina, hacía milagros y convertía a mucha gente a la verdadera iglesia. En la armada de Alarico había dos soldados llamados Mendriano y Flaviano, oriundos de la región de Sajonia; pero cuando oyeron la doctrina en la que Cipriano estaba versado, y, predicando la palabra de Dios, poseído de la gracia del Espíritu Santo, realizaba muchas obras buenas, se fueron a donde estaba Cipriano y le pidieron que los bautizara. Se apartaron, pues, de la falsa religión y pusieron sus armas en manos de Cipriano. Pero al llegar San Cesáreo a Arlés, después de haber recibido la bendición de éste, Cipriano, con Mendriano y Flaviano, se volvió a Tolón, siguiéndole como a pastor de ovejas un grupo de anacoretas, los cuales llevaron vida solitaria al otro lado del puerto de Tolón. Pero poco después, Alboino, rey de los longobardos, invadió la parte de la Galia Narbonense con un gran ejército, y sus soldados, alegrándose con la efusión de sangre cristiana, mataron a la mayor parte de la población y a muchos obispos. Una turba de aquellos soldados llegó a las proximidades de Tolón, y cayendo sobre la ciudad a la manera como los leones caen sobre su presa, se metieron por el templo y al dar allí con San Cipriano y sus compañeros Mendriano y Flaviano, los empujaron fuera y en el campo les dieron muerte como a ovejas del Señor en el quinto día de los Idos de Agosto del año de 556» (*Acta Sanctorum*, 19 de agosto, t. III, pp. 748-750. Véase también MGH. SS. t. XVI, p. 340). Este relato no concuerda exactamente con los datos históricos que poseemos sobre Cipriano, que aparece ya viejo participando en el Sínodo de Arlés del año 541. Debió de morir ya antes del 549, pues en este año consta que Palladio era ya obispo de Tolón. La muerte de los SS. Mendriano y Flaviano por los longobardos se sitúa en los años 556 o 566. En la diócesis de Frejus y Tolón se les venera el 19 de agosto. H. Bruche propone hacer de los dos santos uno solo, porque «mandres», en griego significa «ermitazgo». Se trataría, pues, de San Flaviano eremita. El nombre del pretendido mártir San Mendriano es también el que ha prevalecido en la tradición popular para designar la playa y el pueblo vecino de Mandrier, donde habrían vivido y después conservado sus restos (*Bibliotheca Sanctorum*, VIII, pp. 628-29). Nuestro relator, al nombrar el puerto

de San Mendrian y la humilde capilla levantada en su honor, parece ignorar ya al otro y, probablemente, verdadero mártir San Flaviano.

La *Crónica* de Rogerio de Hoveden anota más detalladamente las poblaciones situadas en la costa hasta Marsella: «Después pasaron por la tierra del conde Poncio» (Poncio Hugo, conde de Ampurias, muerto hacia 1160. Su hijo Hugo rigió el condado de Ampurias hasta 1230) «y ante una buena ciudad llamada Ampurias (*Empiris*), donde hay un buen puerto. Después pasaron por delante del gran monte que avanza sobre el mar llamado Castelló (*Caput de Castilun*), y allí hay un buen puerto que lleva el mismo nombre, y ascendiendo por aquel río hay un buen castillo (*castellum bonum*) que se llama *Castelun* (se refiere sin duda al Castillo de Ampurias a orillas del Muga). Después pasaron por delante de un puerto grande y bueno que se llama Cadaqués (*Cadakis*). Después, por un gran monte avanzado en el mar llamado Cabo de Creus (*Caput de Crous*), y allí hay un buen puerto. Después pasaron por un buen castillo enclavado a orillas del mar que se llama Collioure (*Cockeliure*), y allí hay un buen puerto llamado Port Vendres (*portus Veneris*)». Nombra a continuación el puerto de Leucate (*Caput Leucate*) con la ciudad de Narbona y el monasterio de Santa María del Mar, así como la porción de tierra avanzada sobre el mar llamada Brescou (*Briscou*). Viene luego el territorio del conde de Agda con la ciudad del mismo nombre a orilla del mar. Cerca de Vilenove, el episcopado de Magalona, y cerca de allí el puerto de Montpellier llamado Lates. Ascendiendo por el Ródano, a cuya desembocadura se encuentra la isla de Odur, se llega a la ciudad archiepiscopal llamada *Arle le blanc*, y remontando todavía más el curso del río, a San Egidio y a la buena ciudad de Lyon (*Liun sur le Rodne*). «La ciudad de Marsella, a 20 millas de la desembocadura del Ródano es ciudad episcopal bajo la potestad del rey de Aragón». A la enumeración de lugares sigue la enumeración de las reliquias, que eran, para el hombre medieval, lo más importante y lo más digno de verse. Allí en Marsella «están las reliquias de San Lázaro, hermano de Santa María Magdalena y Martha, el cual fue en dicho lugar obispo durante siete años a partir de la resurrección del Señor. La ciudad con un buen puerto rodeado casi por completo de altos montes y capaz para dar cabida a muchas y grandes naves, es ciudad episcopal. El puerto se halla en una parte y en la opuesta, la abadía de San Víctor, en la que cien monjes negros sirven a Dios. Y allí en dicha abadía, según se dice, hay 140 cuerpos de los SS. Inocentes, muertos por Cristo, y las reliquias de San Víctor y sus compañeros, y la vara con que habían flagelado al Señor, y la quijada de San Lázaro, y una de las costillas de San Lorenzo mártir. Y entre Marsella y la mencionada abadía, no lejos en camino recto, hay un monasterio en el que se guarda un brazo de Santa Margarita virgen, y cerca de la abadía de San Víctor se alzan dos montes altos, uno de los cuales se llama monte de Rollando y el otro de Hospinelli». En Marsella se termina la descripción de la costa y la enumeración de los puertos para uso de los navegantes. «Desde allí hasta la ciudad de S. Juan de Acre (*Accon*) no hay más

que quince días con sus quince noches de singladura con viento favorable. Pero entonces se navega por alta mar (*per magnum pelagus*), y al perder de vista estos montes de Marsella, si se mantiene el curso recto, ya no se ve tierra, ni a la derecha ni a la izquierda, y caso de que se vea, a la derecha es tierra de paganos, y si a la izquierda, de cristianos» (*Chron. Rog. de Hov.*, Pars posterior, pp. 49-51).

(38) *INDE VER XV^o DIE PROUECTI, RELICTIS A LEUA GARDA ET GERA ET ANTIBURE CIUITATIBUS, PORTUM QUI OLIUA DICITUR IN FESTO LAMBERTI MARTYRIS INTRAUIMUS, QUI MONTE INTERIECTO AD OCCIDENTEM NICEAM HABET, (col. 33) CASTRUM IN MONTE SUBLIMJ CONSTRUCTUM.*

Queda fuera de nuestro objeto la reseña ilustrativa de los lugares no pertenecientes a la costa de la Península Ibérica. Pero como nos hemos propuesto ofrecer al lector la traducción íntegra de la *Topografía y eventos del derrotero frisón a Tierra Santa*, nos limitaremos a partir de aquí, a dar, como es de rigor, el texto original latino, con alguna que otra consideración. Como ya hemos hecho observar, el relator anónimo, como hombre de tierras llanas, no se olvida de comunicarnos la admirativa impresión que le producen los altos montes que protegen o rodean los puertos, admiración que sin duda compartían otros miembros de la expedición. Así: «inter duos montes altos» (Dartmouth), «inter duos montes aereos» (en Galicia, quizá frente al Ferrol), la hermosa descripción de Lisboa, cuya cabeza corona la cumbre de un monte («verticem montis»), los montes erguidos al cielo a uno y otro lado del Estrecho («montibus erectis in celum»), los «montes altissimos» entre los que se halla el puerto de San Mendrian, y ahora este «monte sublimi» dominando Niza y el puerto de Oliva.

(39) *UNDE POST DIES OCTO PROGRESSI, RELICTIS AD SINISTRAM CIUITATIBUS FAMOSIS IANUA ET PISA ET CASTRIS INNUMERIS, AD DEXTRAM VERO INSULIS SARDINIA, CORSICA, CAPRICORNO, GORGONIO ET ELLA ET ALIIS QUAM PLURIMIS, AD OPPIDUM IN TERRITORIO PISANO, QUOD PLUMBINUM DICITUR PERUENIMUS. UNDE POST OCTO DIES PROGRESSI MESSINAM TENDENTES, VENTIS CONTRARIIS URGENTIBUS, PORTUM CIUITATIS UETERIS, QUE QUONDAM CENTUM COLLIS DICEBATUR, IN FESTO SANCTI DIONISIJ MARTYRIS NON SINE MAGNO INTRAUIMUS PERICULO. UNDE PROPTER ANGUSTIAM TEMPORIS (en el manuscrito *ŧPES*) ET NAUIUM MULTITUDINEM, QUE PORTU STRICTO COLLIDEBANTUR, EGRESSI CUM NAUIBUS XVIII, STATIONEM FECIMUS IN PORTU CORNETANO. EST AUTEM CORNETUM A CORNIS DICYTUM, CASTRUM DOMNI PAPE, IN PATRIMONIO SANCTI PETRI FUNDATUM, TRIBUS MILIARIBUS DISTANS A MARI, ET DUABUS DIETIS A ROMA. IGITUR A CIUIBUS CORNETANIS HONESTE SUSCEPTI, DE FIDE ET SECURITATE LITTERIS IPSORUM MUNITI, CUNCTA QUE AD HIEMIS SOLACIUM PERTINEBANT DISPONERE CURAUIMUS. QUOS DOMNUS PAPA BENIGNE SUSCEPIT, DE UIRTUTE*

FRISONUM ET AUDACIA, ET IN DESTRUCTIONE CIUITATUM HISPANIE NON PARUM GAUISUS. QUI NOSTRIS PRECIBUS AURES SUE SANCTITATIS INCLINAVIT IN TANTUM, UT VERONICAM DOMINI NOBIS INFRA PAUCOS DIES BIS UIDENDAM MONSTRARET. PRETEREA LITTERIS SUIS TRANSMISSIS CORNETANIS, BITERBIENSIBUS, TUSCANIS, VETERALLIS, ET CETERIS VICINIS CIUITATIBUS, ET CASTRIS NOS CUM MULTA COMMENDAVIT DILIGENTIA, SUB ANATHEMATIS INTERMINATIONE PRECIPIENS, UT IN COMMERCIIIS ET CONTRACTIBUS ET CETERIS NECESSARIIS NOS FIDELITER TRACTARENT. QUOD AB OMNIBUS INUIOLABILITER EST OBSERUATUM.

Los cruzados, según los planes de Inocencio III aprobados por el Concilio lateranense de 1215 y proseguídos con la misma tenacidad por su sucesor Honorio III, debían reunirse en algunos puntos determinados de Sicilia (véase glosa 1). Nuestros frisonos, sin duda con la intención de acatar estas disposiciones, y al mismo tiempo con el propósito de pasar allí el invierno, se dirigían a Messina. Pero obligados a retroceder a causa de vientos contrarios, prefirieron invernar en territorio perteneciente al patrimonio de San Pedro. Se deduce que estuvieron en Roma por dos veces en término de pocos días, donde fueron recibidos por Honorio III, que se congratuló y les felicitó por las acciones de pillaje y destrucción llevadas a cabo contra los puertos de Santa María de Faro, Rota y Cádiz. Por dos veces el papa les permitió ver el sudario de Cristo. De la visita a Roma es este suceso el único digno de mención para nuestro relator anónimo. La visita y contemplación de las reliquias, psicológicamente preparada según las exigencias del momento, fortalecía y exaltaba la fe, enardeciendo a los peregrinos en la lucha contra el Islam. De este modo se olvidaban las penalidades pasadas y se preparaban para afrontar las venideras. Sobre la leyenda de la Verónica, véase *Acta Sanctorum*, Febr. I (1658), 451, y la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine, ed. Th. Graesse (1891) c. 51. El sudario existente en Letrán fue llevado por Bonifacio VIII (1294)-1303) a la Iglesia de San Pedro. Se le consideraba como la imagen entregada a Tiberio por la propia Verónica, hija del rey Abgar, al que la leyenda pone en relación epistolar con Cristo. Su origen es incierto, tal vez de procedencia serbio-balcánica. Gervasio de Tilbury (c. 1140-c. 1220), en su obra *Otia imperialia*, terminada hacia 1214, habla de la figura llamada Verónica como la verdadera pintura del Señor: «De figura Domini quae Veronica dicitur... est igitur Veronica pictura Domini vera» (Lexikon f. Theol. u. Kirche, X (1965), 728-729).

(40) *IGITUR HIEME PERACTA IN PRIMA UERIS ADOLESCENTIA, VIGILIA SANCTI BENEDICTI, NAUES IN ALTUM A PORTU DEDUXIMUS, ACCEPTA A CORNETANIS CORAM POTESTATE ET SENATU ET UNIURSA COMMUNITATE LICENTIA, QUI BONUM PRINCIPIUM MELIORI FINE CONCLUDENTES, HONESTE SUSCEPTOS HONESTIUS DIMISERUNT CUM MULTIS MILIBUS UTRIVSQUE SEXUS, CUM APPARATU INSIGNI ET GLORIA, CUM BANDERIIS ET UEXILLIS XLVIII. USQUE AD MARE DEDUXERUNT, UBI COLLECTU CETU, (col. 34) DISPOSITIS IN GIRO POPULIS, POTESTAS CORNETA-*

NUS, QUI PRUDENS ET LEGUM DOCTISSIMUS, FRISONUM FIDEM ET AUDACIAM, MULTA, COMMENDAVIT FACUNDIA, SATISFACTIONEM OFFERENS SPONTANEAM, SI QUA FACTA FUISSET IN NOS INIURIA. SIGNATOS QUOQUE CORNETI, BITERBIJ, TUSCANI, SENE, VETERALLE, MONTISFLASCONI ET CETEROS, QUI IN NAUIBUS NOSTRIS IN TERRAM SANCTAM PROPERABANT, FIDEI NOSTRE COMMENDAVIT ET IN OMNIBUS NOBIS PRECEPIT ESSE SUBIECTOS. OMNIBUS IGITUR IN HOC CONSENTIENTIBUS, IPSE SENATOR VEXILLAM INSIGNE IN SIGNUM POTESTATIS ET DOMINIJ PROPRIA MANU PORREXIT, OMNIBUS LATINIS FIDE ASTRICITIS, UT IN OMNIBUS NEGOCIIS PACIS ET BELLII NOBIS TANQUAM PATRIBUS OBEDIRENT. NOSQUE RESPONDENDI TEMPORE ACCEPTO QUALESUNCQUE GRATIARUM ACTINES IPSIS RETULIMUS, DE BENEFICIIS ACCEPTIS ET PIETATE ERGA NOS USQUE IN FINEM SERUATA, QUAM EQUANIMITER MEMORIS SUI INCISIONEM, SUIS VETITAM CIUIBUS, A NOBIS TOLERASSENT, QUAM PIE NOS IN SUIS HOSPICIIS, QUAM FIDELITER IN COMMERCIIIS TRACTASSENT; QUAM HUMANE INFIRMOS NOSTROS UISITASSENT, QUICQUID UEL USUS COMMUNIS UEL PERICIA PHISICORUM IN REMEDIUM MORBORUM ADINUENIT, SECUM AFFERENTES ET PROUT CUIQUE OPUS ERAT IMPERCIENTES, QUANTA PIETATE INFIRMOS NOSTROS UT FILIOS DEPLO- RASSENT, SEPULCHRA EORUM UT SANCTORUM VENERANTES ET CETERA.

En la frase «quanta pietate infirmos nostros ut filios suos deplo- rassent», parece haberse cometido un error de copia repitiendo el «infirmos» anterior, pues aquí el sentido pide «mortuos nostros». El dis- curso de despedida y agradecimiento, en presencia de las autoridades y de la población de Corneto por las facilidades y atenciones recibidas, hay que suponer que fue pronunciado por el jefe de la expedición o en su nombre por la persona más letrada. Se hubiera pensado a este respecto en el abad de Werden, Heriberto de Büren, partidario, como sabemos, de continuar el viaje a Tierra Santa sin detenerse en el asedio de Alcácer do Sal. Sin embargo, a pesar de esa actitud, a causa de la amistad con el conde Holanda, el abad de Werden, según la *Cronica regia Coloniense*, terminó por quedarse también en Lisboa con la flota renano-flamenca: «solus ex eis (es decir, de los frisonos) eo tempore non transfretavit». Es, pues, muy probable que el discurso sea obra de nuestro relator. Ese «Nosque respondendi» parece aludir en este caso a la usual fórmula de modestia.

(41) *PRO QUIBUS OMNIBUS NOSTRI LABORIS PARTICIPIUM ET DEUM RETRI- BUTOREM CONSTITUENTES, NON SINE LACRIMIS AB IPSIS DIUISI, IN DIE ANNUNCIATIONIS DOMINICE UELA LEUAUIMUS, ET PER DIEM ET NOCTEM PROS- PERE NAUGANTES, VENTIS CONTRARIIS IN POTUM VETERIS CIUITATIS SUMOS REUECTI. A QUO EODEM DIE FERIA TERCIA RECEDENTES, UELIS AQUILONE TUMENTIBUS, HOSTIA TIBERINA, TAGETAM, BAIAS, NEAPOLIM, PRINCIPATUM, APULIAM, CALABRIAM, SICILIAM, QUO TENDEBAMUS, RELINQUENTES AD LEUAM, SEXTO TANDEM DIE, FERIA SECUNDA, PLURIBUS DEFATIGATI PERICULIS EX IM- PERICIA DUCTORIS IN INSULAM QUE DICITUR LAMPEOSA, DUCE CHRISTO DEUENI-*

MUS, A BARBARIA QUINQUAGINTA MILIARIBUS DISTANTEM. UBI CORSARIOS IANUENSES IN GALEA (col. 35) UNA FELICITER INUENIMUS, QUI, DEPREDATA BARBARIA ET CAPTIS SARRACENIS, TEMPESTATE COACTI ILLIC IN PORTU RECEPTI, SOCIOS A SE DIUISOS EXPECTABANT, A QUIBUS DE ERRORE NOSTRO ET INMI-NENTIBUS PERICULIS SUFFICIENTER INSTRUCTI, QUARTA FERIA UERSUS SICILIAM CCC MILIARIBUS A TERGO RELICTAM PRORAS DIREXIMUS. EMENSIS IGITUR CXX MILIARIBUS MALTHAM INSULAM DEUENIMUS; QUA A DEXTRIS RELICTA, FERIA VI (primeramente escrito III, y luego por la misma mano corregido en VI) SARRAGOSAM, QUI SIRACUSANA DICITUR, FELICITER CONTIGIMUS, CLX MILIARIBUS A MALTHA DISTANTEM. EST AUTEM SIRACUSANA SEDES EPISCOPALIS AD ORIENTEM SICILIAE INTER MAZARAM ET CATANEAM, UBI DIEM PALMARUM SOLLEMNUITER CELEBRAUIMUS, CANONICIS EIUSDEM ECCLESIE MOREM LATI-NORUM PER OMNIA SEQUENTIBUS.

Los cruzados alemanes y flamencos, que habían colaborado decididamente en la rendición de Alcácer do Sal, e internado a continuación en Lisboa, reanudaron el viaje a principios de abril de 1218. Pero sorprendidos en el Mediterráneo por fuertes temporales a partir del 12 de abril, las naves fueron dispersadas en múltiples direcciones. Sucesivamente fueron reuniéndose de nuevo y arribando a los puertos de Barcelona, Marsella, Génova y Pisa. Los de Neuss, que habían buscado refugio en una de las pequeñas islas de las Baleares, probablemente Cabrera, pusieron rumbo a Messina entre el 22 al 23 de abril, aunque no sabemos cuándo arribaron allí. Tampoco sabemos el día de su llegada a Acre. Se supone que fueron llegando a este puerto poco a poco a principios de mayo. La *Crónica regia Coloniense* nos informa todavía de la llegada a Acre el 24 de mayo de 34 carabelas. Nuestros frisonos se hicieron a la mar un poco antes, el 25 de marzo, pero debido a diversas contrariedades y a la impericia del práctico corrieron peligro de dar en tierra de Berbería y perdieron mucho tiempo. De modo que hasta el 6 de abril no alcanzaron Siracusa, donde permanecieron hasta el día 11. Por la indicación que nos da de que la iglesia de Siracusa se atenía en todo al rito latino, venimos a suponer una vez más de que nuestro relator anónimo pertenecía al estado eclesiástico. La forma «Sarragosam» para designar la ciudad de Siracusa parece aludir a la pronunciación local que ellos oyeron o creyeron oír. Las razzias de los genoveses en las costas de Berbería para la captura y tráfico de esclavos era todavía por esta época, como vemos por el pasaje de nuestro texto, actividad completamente normal.

(42) *QUARTA FERIA PROXIMA INDE RECEDENTES, PER NOCTES ET DIES VENTIS USI PROSPERIS, SED NIMIUM UALIDIS, IN DIE SANCTO PASCHE SUB CRE-TA INSULA AD OCCIDENTEM ANCHORAS PROIECIMUS, ET IBIDEM TOTA NOCTE IACTATI FLUCTIBUS ET PROCELLIS, PRETER SPEM DEI MISERICORDIA SERUATI, MANE INSULAM QUE SIKILON ACCESSIMUS CUM TRIBUS TANTUM NAUIBUS, QUARUM DUE IN PORTU TENACIBUS ANCHORIS REMANSERUNT. NOS UERO,*

FALLENT ANCHORA, VENTIS OPPOSITIS A PORTU REPULSI, CIRCA VESPERAS SUB CRETA RECEPTI AS AQUILONEM, TOTA NOCTE VENTIS USI SECUNDIS, DIE SECUNDO AD VESPERAM CANDIAM CIUITATEM PERUENIMUS, UBI A CUSTODIBUS INSULE DILIGENTER EDOCTI, QUE SIDERA, QUAM CELI PLAGAM SEQUI DEBEREMUS TENDENTES VERSUS ACON, POST SOLIS OCCASUM PORTUM LINQUENTES, VENTIS ET MARI PLUS QUAM PRO VOTO BLANDIENTIBUS, DIE VII.º, SEQUENTI DIE POST MARCI EVANGELISTE, PORTUM ACONENSEM GAUDENTES INTRAUIMUS, GRATIARUM ACTIONES, NON QUAS DEBUIMUS, SED QUAS POTUIMUS, REFERENTES DEO, QUI NOBIS OMNI HUMANE SOCIETATIS SOLATIO DESTITUTIS TANTO AFFUIT SUE PIETATIS PRESIDIO, UT POST MULTOS LABORES REQUIE CORPORIS INDULTA, DOCET UIDERETUR EXPRESSE, QUE SIT BEATORUM POST MUNDI PERICULA FUTURA REQUIES ANIMARUM; ET TUNC DEMUM QUE PASSI FUIMUS PERICULORUM MEMINISSE IUUABAT. AMEN.

El día 15 de abril alcanzaron la parte occidental de Creta. Por la mañana del 16, tres naves arribaron a la isla de Sikilon. No sabemos qué isla es ésta. R. Röhrich, en sus *Beiträge zur Geschichte der Kreuzzüge*, II, p. 246, supone que tal vez se trate de Cerigotto. Dos naves pudieron amarrar anclas en el puerto de dicha isla, pero la otra, en la que al parecer iba nuestro relator, tuvo que buscar refugio en la parte septentrional de la isla de Creta, a donde llegó por la tarde del mismo día 16. Dos días después, es decir, el 18 por la tarde alcanzaron la ciudad de Candía poco después de la puesta del sol, tras siete días de navegación, el 26 llegaron a San Juan de Acre. La flota frisona parece que llegó íntegra (86 naves) a este puerto, lugar de concentración de todos los cruzados. Desde allí, llevando a bordo al famoso escolástico y predicador Oliverio, se dirigió a la conquista de Egipto. Como sabemos por el propio Oliverio, actor e historiador de los hechos, la intervención de los frisonos en el paso del Nilo fue decisiva para la rendición de Damietta.

REPRODUCCIÓN
DEL MANUSCRITO DE GRONINGEN
TOPOGRAPHIA ET EVENTUS, 1217

St. pedro in Palastinam.

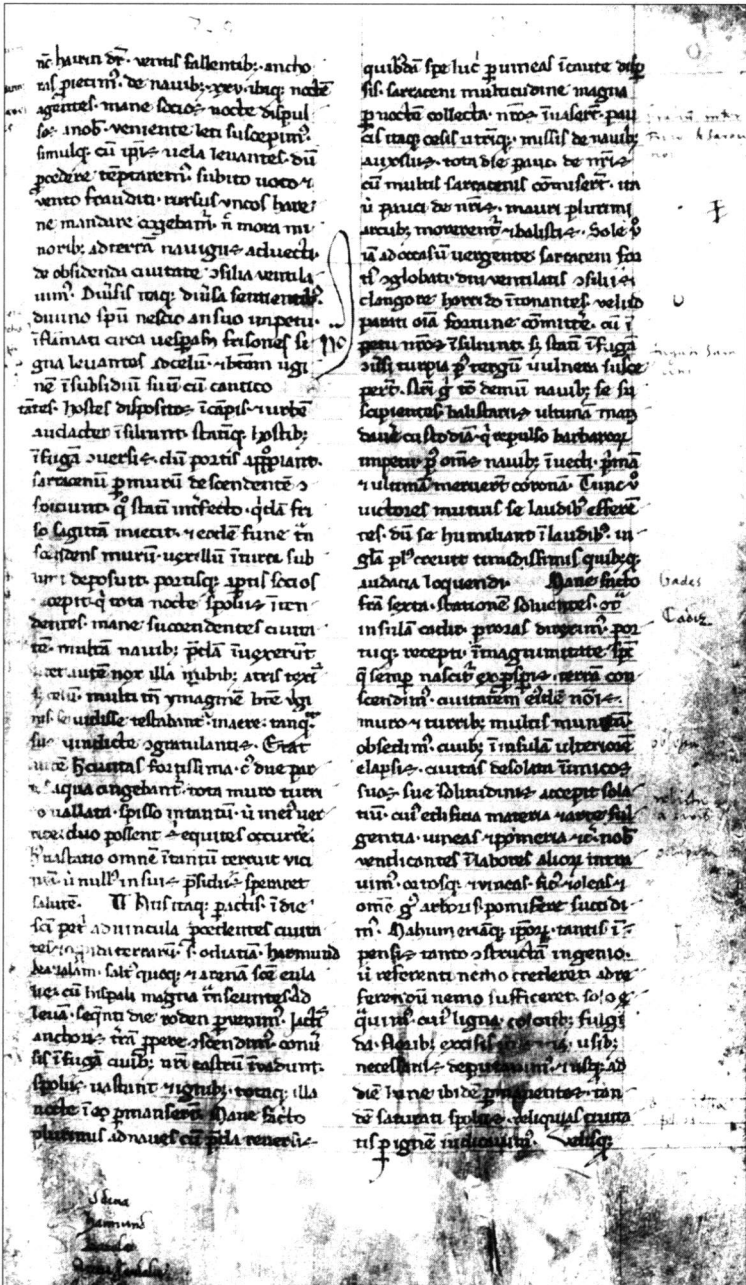
26

secundis ostendit. In illis hodie in uulo
 pistorali excommunicato ppter tunc
 naly sedm ostendit. r. dicit. Omne ppe
 canno. r. Auctoritate dñi n. xpi.
 subungent. fiat. fiat. r. p. dicit. ad tunc
 condela qua tenent. r. alij abee. f. f.
 f. f. f. subungit. In hoc. Misereat
 p. u. l. g. n. t. a. Seq. B. d. i. c. t. i. o. S. r. n. o.
 m. d. b. d. u. t. o. r. i. u. B. d. i. c. a. t.
 f. o. t. e. s. i. n. o. a. p. p. l. i. c. i. t. e. r. e. r. a. t. x. p. i. j.
 A. e. o. n. r. f. i. r. u. e. n. t. o. s. A. n. n. o. g. r. e. g. e.
 r. e. m. l. o. c. o. c. e. x. v. i. i.

Habuit misonē p. fauore p. g. n. o. y.
 m. p. g. r. a. p. h. a. r. e. n. t. i. q. u. o. s. u. n. i. l. i. t. e. r.
 p. u. l. e. r. u. n. t. x. p. o. p. e. r. e. g. r. i. n. i. n. a. u. i.
 g. a. n. t. e. s. p. u. a. r. e. u. e. r. s. u. l. t. e. r. e. p. a. i. f. o. a. n. y.
 q. u. o. s. q. u. i. d. a. f. a. m. i. l. i. a. s. s. u. i. t. u. a. p. e. r.
 g. r. a. t. i. o. s. u. e. s. t. e. r. p. l. i. t. e. r. i. t. i. n. f. i. n. i. s. t. i.
 i. h. o. m. o. d. u. A. n. n. o. d. n. i. c. e. t. a. r. n. a. t. i. o. s.
 g. r. e. g. e. p. o. n. t. i. f. i. c. a. t. d. o. n. j. h. o. n. o. r. u. y. p.
 f. e. h. u. l. t. i. m. o. d. i. e. t. i. s. t. i. t. m. a. y. n. a. t. a. l. e. s.
 f. i. a. e. l. r. a. n. y. d. u. l. c. e. l. i. n. g. u. i. t. e. s. p. m. i. c. a.
 p. g. r. i. m. a. t. i. o. n. e. n. i. e. l. i. b. a. u. i. m. e. s. q. p. e. r.
 s. u. e. p. h. i. c. i. t. e. n. t. f. e. u. t. b. o. n. a. s. u. a. q. u. a. n.
 t. a. y. c. u. i. u. s. i. r. i. t. e. p. e. r. e. r. e. d. i. s. t. a. b. u. t. t. i.
 f. h. o. s. t. i. u. t. a. y. l. a. u. c. e. s. t. u. m. i. n. i. s. i.
 a. l. i. i. e. m. i. s. i. t. u. e. n. t. i. s. u. s. p. u. o. r. s. e. d. i. s.
 d. i. e. u. a. r. i. o. a. n. g. l. i. a. u. d. i. m. q. u. a. p. o. c. u.
 l. i. t. i. s. d. e. r. e. s. h. i. n. e. l. i. t. u. l. i. q. d. i. a. t. w. i. c. h.
 u. e. n. i. m. q. m. a. r. i. g. r. e. e. d. e. n. t. e. s. i. m. i. l. a. a. b.
 a. n. g. l. i. a. p. s. e. f. i. a. t. i. t. u. l. i. s. f. a. b. r. i. c. a. a. n.
 g. l. i. e. s. e. n. i. a. t. o. b. i. a. m. S. e. q. u. i. t. u. r. a. u. t. e. d. i. e.
 s. a. b. i. n. d. a. n. t. e. n. m. u. t. a. p. r. u. e. n. i. m. u. p. o. r.
 t. u. r. d. u. o. s. m. o. n. t. e. s. a. l. e. s. s. i. n. u. o. l. o.
 n. o. s. c. o. l. l. e. g. i. t. a. m. p. l. e. x. u. i. u. h. o. l. l. e. n. d. a.
 c. o. m. i. t. e. r. c. o. m. i. t. e. d. e. w. e. t. h. a. c. u. m. m. u. l. t. a.
 u. i. r. e. s. n. o. b. i. l. i. t. e. c. e. x. n. a. u. i. b. a. d. u. e.
 d. o. s. t. u. e. n. i. m. u. i. o. s. i. l. i. o. p. r. u. d. e. n. t. i. o. n. e.
 p. m. u. l. t. i. t. u. s. l. e. g. i. s. i. g. e. b. e. a. t. i. t. s. e. r. u. a. n.
 d. i. s. o. m. n. i. b. q. u. i. c. q. u. e. a. d. s. a. l. u. t. e. a. i. a. r. u.
 q. u. a. p. a. r. e. p. r. i. n. e. n. t. i. b. i. t. e. r. e. d. i. s. p. o. s. i. t. u. s.
 c. o. m. e. l. d. e. w. e. t. h. a. p. o. y. r. t. o. e. r. c. l. i. s. t. i.
 e. c. l. e. s. i. e. p. o. s. t. e. r. i. o. r. e. c. u. s. t. o. d. i. a. c. o. m. i. t. e.
 h. o. l. l. a. n. d. i. e. r. e. p. i. r. a. t. a. q. u. e. d. u. c. e. t. e. t.
 d. n. i. m. u. i. a. t. o. r. s. i. b. i. d. e. l. e. g. e. n. t. e. r. e. r. e. r. e. r.
 D. i. e. g. d. n. i. c. o. a. l. i. q. u. a. n. t. u. s. a. e. r. o. p. r. u. r.
 h. i. n. o. p. r. i. e. r. d. i. e. s. i. n. t. l. u. n. a. r. e. s. f. e. p. n. a. y.

gamb. susceptor. suspectos. comes
 de weha. uenit. suadentib. se man
 comitit. cu. multis nauib. quib. re
 to opposito. nebulis. imbrat. dilacti
 vna. i. scapulos. mader. b. r. t. a. u. n. i. e. q.
 salus hoib. cu. multis nauib. q.
 uenit. opposito. multa. uenit. uictum
 deperit. Hos. g. sequitur. die. cu. com
 te. hollandies. britannis. aduen
 tel. quare. seu. portu. sei. marit. et
 aggrat. u. sed. p. h. e. c. h. e. s. t. i. m. a. t. i. o. n. i. b.
 tot. e. a. l. d. e. l. e. g. i. t. i. b. s. e. r. u. a. n. d. i. s. s. e. a. s. t. i. t. u.
 x. r. e. r. e. r. e. r. S. e. q. u. i. t. i. o. d. i. e. d. n. i. c. o. m. u.
 t. a. n. s. a. u. l. o. d. i. n. c. o. m. i. t. i. h. o. l. l. a. n. d. i. e.
 i. n. a. c. k. a. l. l. o. c. o. n. i. e. n. t. i. p. e. l. u. c. i. t. e. c. o.
 m. i. t. i. t. u. r. p. o. r. t. u. s. e. i. a. u. t. h. e. r. i. l. a. n. g. u. i. t. e. s.
 a. p. t. o. n. i. y. e. l. a. h. o. u. m. i. q. u. i. u. l. t. i. d. i. n. a.
 t. e. n. d. e. n. t. i. b. o. m. n. i. b. s. i. u. s. c. o. l. l. a. t. e. n.
 l. i. b. e. u. n. i. b. u. e. n. t. a. l. t. a. q. p. f. a. r. u. s.
 s. i. n. i. m. u. l. t. e. n. i. b. u. l. i. s. e. t. a. s. t. e. a. s. t. e. a. p. r. i. m. a.
 p. h. a. r. e. p. u. e. n. i. m. q. d. e. o. p. p. o. s. i. t. u. g. a. l. i. c. e.
 d. u. e. l. t. o. m. o. r. t. u. p. a. r. t. i. h. i. n. e. s. t. a. r. i.
 o. s. i. t. u. r. e. s. u. b. l. i. m. i. p. h. i. g. a. r. a. a. l.
 u. i. l. i. o. c. e. l. a. r. e. s. t. r. a. u. e. l. l. a. n. i. b. u. e. t. a. q.
 i. t. a. u. o. d. i. s. p. o. s. i. t. u. s. s. e. q. u. i. t. u. r. d. i. e. u. l. i. s.
 c. o. p. o. s. t. e. l. l. a. t. e. r. o. a. c. c. e. p. t. u. p. d. i. e. i. n. o.
 d. i. e. d. i. n. i. u. e. l. a. b. o. r. u. e. t. u. r. u. o. s. e.
 c. i. m. v. n. p. o. b. l. a. t. a. t. d. e. o. i. b. e. o. a. p. l. o.
 s. a. c. r. i. f. i. c. a. u. e. i. s. p. u. e. d. i. e. s. u. n. t. a. p.
 p. o. s. i. t. u. s. p. h. a. r. e. s. u. n. t. a. c. e. n. t. u. h. o. e. r. t.
 n. i. g. c. o. m. i. t. i. t. h. o. l. l. a. n. d. i. e. a. d. i. n. c. o. l. l. a. t. e. n.
 c. e. r. a. t. q. d. a. b. i. l. l. o. p. o. r. t. u. u. e. n. t. u. s. u. n. t.
 b. o. n. a. u. e. n. d. e. n. t. i. b. f. e. r. e. n. t. i. b. e. x. e. r. e. t. i.
 p. o. s. t. e. m. u. e. r. e. s. b. i. a. n. n. i. s. a. d. u. n. t. m. a.
 l. i. a. r. i. s. e. s. t. i. m. a. t. i. o. n. e. u. e. i. s. t. i. p. a. r. t. u. a. p. p. e.
 m. u. q. u. i. n. y. d. i. c. a. t. i. n. o. d. u. e. l. m. o. n.
 t. a. i. e. r. e. u. s. c. o. p. i. c. i. t. u. i. n. t. r. a. u. i. m. y.
 a. q. i. s. e. l. t. e. o. a. p. l. o. y. f. e. r. i. t. p. a. u. l. i. p. p. e.
 h. i. u. e. n. t. i. s. i. n. s. t. a. b. i. l. i. b. p. a. r. t. u. d. i. e. s. i. n. o. c. t. e.
 u. e. l. a. t. i. t. f. l. u. c. i. b. q. u. a. r. t. o. d. i. e. p. o. t. e. r. u.
 g. a. l. i. a. p. r. u. e. n. i. m. h. i. c. p. o. r. t. u. a. u. t. o. b. e. s.
 n. i. i. o. b. i. a. c. t. u. s. s. c. o. p. u. l. i. s. p. e. l. u. s. q. u. a.
 d. i. d. e. n. a. u. i. b. u. e. n. t. i. s. i. n. e. m. a. g. n. o.
 p. i. a. l. o. a. t. e. r. e. u. s. e. r. e. p. o. r. t. u. s. f. a. c. t. u.
 s. c. o. p. u. l. o. y. a. n. c. o. r. u. m. m. i. l. i. t. e. t. a. n. g. u. l. i.
 a. p. t. e. n. a. c. t. e. p. r. o. g. r. e. e. r. e. t. u. n. e. s. u. n. t.
 f. e. o. u. n. t. i. s. u. a. d. e. n. t. i. b. u. e. r. e. t. u. r.

pharo in galicia
cap. f. d. h.
cap. f. d. h.
cap. f. d. h.
cap. f. d. h.



Reproductie Centrale Fotodienst der Rijsuniversiteit Groningen, col. 29-30.

Tempestas

leuatis. alij. ad uel. fluchi. macti.
 qd. soleris. tunc. eadē. vento. malo.
 uolunt. u. e. uo. se. opponerit. sup.
 anchoras. nocte. eregim. Mare. q. uo.
 nis. fuerunt. ad. f. l. p. d. cam. restit.
 opulsi. r. i. p. a. u. l. a. i. m. u. l. a. s.
 p. u. l. i. m. i. n. g. u. l. i. s. t. a. s. q. u. a. u. o. r. n. a. q. u. e.
 dieb. q. n. u. e. a. s. c. e. n. d. e. n. d. o. a. d. c. e. l. u. m.
 r. e. d. e. n. d. e. n. d. o. u. s. q. a. d. a. b. i. l. i. o. s. f. l. u. c. h. i.
 b. i. m. a. l. u. a. b. a. n. s. u. b. i. n. f. a. l. a. u. e. n. t. o. s.
 f. a. q. i. m. a. n. p. e. l. l. o. s. n. o. s. c. o. m. m. i. t. t. e.
 q. d. p. l. u. u. i. m. i. t. u. m. e. b. a. n. t. u. d. i. c. a. u. u. q.
 u. i. u. l. l. i. m. i. u. s. i. l. l. u. d. s. e. n. e. c. e. a. d. i. u. c. i. l. l. i.
 r. e. c. o. l. e. n. t. e. s. i. m. p. e. t. a. t. e. n. a. u. i. g. a. n. t.
 h. y. u. l. e. q. t. u. m. e. n. d. u. q. u. a. t. e. n. t.
 Anchoras. itaq. p. n. a. l. i. b. a. n. m. a. n. e.
 leuatis. s. i. f. l. u. i. b. i. t. i. n. t. u. r. o. r. e. l. i. c. i. t. a.
 l. i. p. p. e. u. i. n. a. u. e. l. s. t. a. t. i. o. n. e. s. o. l. u. t. a. u.
 e. r. a. t. h. y. o. u. e. n. t. o. r. u. m. p. e. l. l. a. u. i. m. p. e. t.
 u. l. i. c. e. f. e. r. e. b. i. t. f. i. d. e. i. i. p. o. s. t. i. t. a. n. d. e. n.
 t. u. n. t. a. t. e. n. e. c. e. s. s. i. t. a. n. t. u. i. g. e. n. t. e.
 a. r. t. i. c. u. l. o. N. o. s. u. i. p. e. a. n. i. h. i. s. p. a. n. i.
 m. a. g. n. e. q. n. o. s. i. b. i. l. i. a. d. e. n. s. i. n. m. a. g. n. o.
 p. e. l. l. o. i. n. t. e. r. u. m. D. n. s. a. u. q. d. e. r. l. u.
 q. d. a. m. f. a. u. s. i. r. e. d. u. c. i. t. h. u. m. i. l. i. t. e. r.
 i. n. s. u. b. m. a. n. i. e. o. r. d. i. e. m. u. t. u. a. l. p. u. o.
 r. e. u. e. n. i. t. e. a. t. e. m. u. a. u. e. l. s. i. c. i. o. s. n. o.
 t. u. a. u. l. u. m. a. l. e. o. r. u. r. e. c. t. i. y. a. n. n. o. s.
 q. d. a. p. p. r. i. u. s. e. n. e. n. u. a. l. e. n. t. e. s. d. u. a. l. i.
 n. o. c. t. e. s. e. r. e. g. i. m. T. e. r. c. i. o. t. a. n. d. e. e. i. u.
 u. e. l. a. l. e. u. a. n. t. e. s. e. o. d. i. e. c. a. s. o. l. i. s.
 o. c. c. i. d. i. t. h. o. r. e. n. t. i. s. f. a. u. c. e. l. i. t. r. a. u. n. t.
 u. e. u. r. o. p. a. r. a. s. s. i. r. i. t. a. m. o. n. t. b. e. r. e. c. t. i.
 t. e. l. u. f. a. c. i. l. e. o. s. p. i. c. a. u. t. a. d. i. t. a. l. i.
 a. s. i. n. i. s. t. i. b. i. m. u. t. e. m. u. d. a. a. u. t. a. l.
 a. s. s. i. r. e. i. c. e. t. e. r. i. p. h. o. p. i. e. l. u. h. i. s. p. a. n. i. e.
 e. p. e. r. m. o. n. t. i. u. o. c. c. i. d. e. n. t. i. s. s. i. c. a. t.
 p. e. n. t. u. r. e. d. i. r. e. c. t. o. u. c. o. m. e. a. r. u. s. h. u. i.
 s. i. m. e. t. r. a. n. s. i. t. A. d. o. r. i. e. n. t. e. u. c. e. p. t. a.
 a. u. t. a. l. o. s. p. i. c. a. t. i. a. s. s. i. r. e. n. e. d. e. d. i. r. e. c. t. o.
 n. o. l. a. g. a. o. p. p. o. n. i. t. h. i. s. p. a. n. i. a. I. g. i. t. i.
 a. l. i. s. y. e. p. h. i. r. i. t. o. r. e. c. a. r. c. e. e. m. i. s. s. i. d. i. e.
 a. s. s. u. p. p. r. o. s. b. r. e. u. g. i. n. i. s. a. s. s. u. p. t. e. n.
 n. a. u. i. g. a. n. t. e. s. i. u. o. l. a. t. e. u. r. d. e. b. a. m. u. r.
 n. a. u. i. q. s. e. p. e. t. e. l. c. e. n. d. e. n. t. i. n. a. n. i. b.
 a. o. p. e. n. t. i. o. n. e. s. f. e. c. e. r. a. n. t. i. n. a. q. s. i. n. i.
 q. u. a. s. e. t. a. u. a. l. e. l. e. m. e. n. t. a. t. a. i. m. a. n. i. b.

p. e. l. l. i. s. e. d. a. t. o. s. i. n. u. e. n. t. u. s. n. a. q.
 i. g. e. n. t. i. b. i. s. o. s. p. e. c. t. u. h. i. s. p. a. n. i. e. q. p. e. l. l. i.
 s. e. m. p. h. a. b. e. n. t. e. i. b. a. t. t. e. l. l. o. n. a. e. u. a. n. t. i. b. l. o. n.
 g. e. u. e. l. a. n. e. u. i. c. e. i. b. i. l. i. q. u. a. n. t. o. d. i. e. u. e. n. i. t.
 n. o. s. d. e. u. a. l. l. e. c. o. g. n. o. s. c. e. n. t. e. s. p. r. o. u. t. a. d. e.
 u. i. u. i. s. t. e. r. a. s. d. i. e. t. o. u. o. l. i. a. u. i. t. a. t. e. a. c.
 c. e. l. l. i. m. u. e. r. r. o. r. a. f. l. u. i. t. i. m. e. l. g. e. n. t. u. i.
 i. t. e. r. m. i. n. i. f. i. d. e. l. i. m. d. u. l. c. i. b. a. q. u. e. i. s. t. u. e. n. t.
 a. m. a. r. i. t. u. d. i. n. e. r. e. p. e. t. i. t. u. r. p. o. t. a. b. i. l. e.
 i. b. i. t. a. n. d. e. f. u. e. r. a. n. t. u. s. t. e. r. g. o. r. e. l. i. c. i. t. e. i.
 b. e. n. e. d. i. c. i. t. u. r. a. q. u. a. l. p. o. t. a. b. i. l. e. u. e. c. i. s.
 u. i. t. a. t. e. p. l. u. u. i. p. u. e. r. b. y. q. d. l. i. b. e. r. t. a. t. e.
 e. l. l. a. m. a. u. i. p. e. n. t. i. p. o. n. t. a. q. p. o. t. a. b. i. l. i. l. a. u.
 d. a. u. i. n. i. t. e. n. e. r. a. t. e. D. e. f. e. c. e. r. a. t. e. t. n. o. t.
 a. q. i. m. u. l. t. a. t. e. n. r. e. f. r. i. s. i. f. e. b. r. u. i. u. i. d. i.
 s. e. n. t. e. r. e. c. a. l. o. r. e. f. e. u. e. n. t. e. s. a. q. m. a. r. i.
 t. o. r. a. m. h. a. u. e. r. e. n. t. e. l. s. i. n. c. o. n. g. u. e. n. d. o.
 t. a. b. a. n. t. a. l. y. l. u. m. i. i. l. a. g. e. n. t. u. s. u. e. n. i. t.
 A. l. y. g. l. a. n. c. y. f. r. u. c. t. u. m. a. n. i. b. e. p. e. n. e. h. e. t.
 n. e. c. i. t. a. t. i. s. f. u. e. i. n. d. i. c. a. n. t. e. s. a. u. a. l. i. u. i.
 a. l. y. f. e. c. e. l. u. i. u. i. t. u. e. r. u. l. i. t. e. f. u. g. e. b. a. n. t.
 N. o. u. l. l. i. q. u. o. q. u. e. g. e. m. i. n. o. f. a. m. e. l. i. s. i. b. i.
 m. a. l. o. s. f. i. c. h. i. t. a. m. a. m. i. t. u. d. i. n. e. a. i. e. f. u. e.
 p. a. n. e. s. a. m. a. r. i. s. s. i. m. o. a. q. m. a. r. i. s. o. f. e. c. t. o.
 c. o. m. e. d. e. b. a. n. t. D. u. o. b. y. o. c. l. e. b. i. o. u. i. o. u. i.
 u. i. o. d. u. l. c. i. u. a. q. u. a. u. i. t. e. d. u. l. c. i. s. u. e. n. i. t.
 p. l. e. p. e. r. i. n. a. u. i. g. a. n. t. e. l. t. r. a. g. o. r. a. a. s. i. n. i.
 s. t. e. l. i. c. a. s. t. a. p. l. u. u. i. m. a. l. i. n. q. u. e. l. u. i. g. i. s.
 s. a. B. a. r. t. h. o. l. o. m. e. r. b. a. r. c. e. l. l. o. n. a. u. e. n. i. t.
 u. i. f. a. c. i. t. u. e. n. i. t. g. a. u. s. t. i. l. l. i. s. c. o. m. p. l. e.
 s. u. a. d. e. n. t. i. b. u. e. n. i. t. i. n. p. u. e. d. i. o. c. t. o. m. i.
 l. a. r. i. b. e. m. i. s. s. i. p. o. r. t. u. s. i. a. f. e. h. a. s. u. i. u. e. n. i. t.
 i. t. e. r. n. o. u. i. o. a. u. t. o. l. o. g. u. i. e. o. u. i. g. i. n. u. l.
 c. o. l. l. e. c. t. i. q. s. o. r. t. e. q. u. i. i. b. i. s. t. a. n. o. n. e.
 f. e. c. e. r. a. n. t. m. a. r. c. h. i. a. p. p. e. n. u. i. u. m. s. i. d. u.
 n. i. l. b. o. r. e. f. l. a. t. i. b. i. t. e. r. e. m. r. e. p. u. l. s. o. s.
 p. o. r. t. e. s. i. m. d. i. r. e. n. a. y. m. e. i. s. n. o. s. f. u. o. c. o. l.
 l. e. g. i. t. i. g. r. e. m. i. o. u. n. a. d. i. e. r. a. d. u. l. l. i. n. a. l.
 a. m. a. r. i. l. i. a. q. u. i. n. t. e. m. o. n. t. e. s. a. l. l. i. m. o. s.
 c. o. p. l. i. c. i. t. t. o. l. o. n. a. a. u. r. a. t. e. h. y. d. e. e. r. e. s.
 C. a. p. e. l. l. a. s. i. c. a. m. i. n. i. s. i. l. l. a. t. e. s. i. m. i. l. i. t. u. r. u. l. l.
 f. e. c. e. r. a. t. e. o. s. t. r. u. c. t. a. s. i. m. u. l. t. a. f. i. r. a. t. e. l. a.
 m. o. s. a. m. o. n. s. t. r. a. t. i. d. e. u. e. n. i. t. u. e. i. p. e. r. u. e. c. t. i.
 r. e. l. i. c. t. i. s. a. l. e. u. a. g. a. r. a. i. g. e. t. a. i. a.
 a. n. t. i. b. u. e. a. u. r. a. n. t. u. b. y. p. o. r. t. u. q. o. l. u. a. s. i.
 i. f. e. h. o. l. a. m. b. e. r. a. m. i. s. e. n. u. u. m. q. u. a. n. t.
 t. e. u. e. n. i. t. a. c. t. o. a. d. o. c. c. i. d. e. n. t. e. n. u. e. a. h. y.

h. o. l. a. n. d. i. a.
 f. l. a. n. d. i. a.
 e. l. a. r. i. a. n. t. e.
 s. u. e. t. a. n. n. a.
 g. u. l. o. n. a.
 h. i. s. p. a. n. i. a.
 g. u. l. i. e. n. i.
 e. a. r. i. n. g. i. l. i. a.

d. i. g. n. i. s. a. d. d. e. u. s.

D. n. s. p. a. t. r. i. s. a. s. s. i. r. e.
 e. r. e. g. i. t. i. n. o. s. p. e. r. h. i. s. p. a. n. i. a.

castro i monte subliari structū vñ
 p die octo pgressi aduenerunt
 frustrauit: tubi famolis paua i
 pila i castro inuenerit ad decem vñ
 sub fortuna castra capaci no goigo
 mo ralla ralla qua plura mis ad
 oppidu i iteritorio pilano qd plu
 binū de puenim vñ p octo die
 pgressi melsūa tendentes veni
 oraris ugentib; portū auitari
 ueteri q quondā campū collis dnoha
 r: i casto sci dionisij nō n in magno
 ueniam porculo vñ p angustiam
 tēd; nauū multitudinē q portū
 strudo collidant; egressi cu nauib;
 rvui stanois fecerū i portū conuē
 no Est autē comenū uenit dicitū
 caltri dñi p i primonio sci leui sui
 dauit; reb; mliari; distans a mari
 i dual dicitū uina i qd nauib; con
 necans honeste susceptū deside ule
 curitate interit sp̄or muniti cuncta
 q adhiens solaciu parabat dispone
 cu munim qd tōi papa benignē susce
 pit de uitate salomū i auencia i de
 structōe ciuitatis hispanie n parū ga
 usit; q nū; pace uisus fuit sc̄aru
 inclinauit in in u uenit dñi no
 bil in fia pauco dies his uidentā mo
 straret. p̄uere uerit fuit. manūssil
 comenans. bidien sib; tiscan; uere
 mllit; i ceterū uenit ciuitatib; i cast
 nos cū multa comidant diligentia
 sub anathemati imminace p̄p̄
 ent i i comercio i oratib; uenit
 necessari; nos fidele tractant; qd
 ab omib; inuolabil; est obseruatū. I
 gūt hieme pacta ip̄ma uenit adolese
 ra uigla sci bructu nauel tabū a
 portū uenit accepta a comenanc
 oba potestate uenit i uenit i uenit cō
 munitate licentia q bonū p̄cipū
 meliōs sine ocudentes honeste su
 ceptos honeste dimiserit cū multa
 mlib; uenit; hē; cū apparatu i signa
 i gta cū baneris i uenit; uenit
 uenit ad mare rediret i collectū cōu

distolul iugro p̄h; potest uenit
 i qui prudens legū uenit; iro
 nū hē; i uenit; multa comidant
 facienda satisfactionē offerent; hō
 tanē si q fca stull; i uenit; si
 gual; quoc; comen; breuē; rula
 n; lenē; uenit; mon; i uenit; mo
 uenit; i uenit; q i nauib; nris
 i terra som; p̄uuerit; fidei nre
 comidant; i uenit; nob; fcepr
 te subiecto; omib; q in; uenit
 r; i uenit; uenit; i uenit;
 i signū; potest; i uenit; uenit
 nu; p̄uuerit; omib; uenit; fide
 stricis; i uenit; uenit; uenit;
 u n ob; tanquā; parib; obediū
 uenit; uenit; uenit; uenit;
 i uenit; uenit; uenit; uenit;
 uenit; uenit; uenit; uenit;
 uenit; uenit; uenit; uenit;
 uenit; uenit; uenit; uenit;
 uenit; uenit; uenit; uenit;

n c
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;

11
 Veritas
 Futura
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;

Arriadas
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;

Arriadas
 Calaba. A. de uenit;
 Apulia. i uenit;

A. de uenit;
 i uenit;
 i uenit;
 i uenit;

APÉNDICES

Asedio y expugnación de Lisboa según el relato epistolar del sacerdote Duodechino de Lahnstein al abad Cuno de Disibodenberg, intercalado en los Anales de S. Disibodo. Año 1147. MGH.SS., t. 17, pp. 27-28.

Domino Cunoni Dei gratia venerabilia abbati et fratribus Deo in monte sancti Dysibodi famulantibus Duodechinus eadem grtia in Loginstein humilis sacerdos orationes et servitium. Iussioni vestrae, pater karissime, in omnibus parere cupientes, de navali expeditione, quae per Dei virtutem apud Ulixibonam facta est, quoniam id vestra deposcit auctoritas, summatim aliqua vobis scribere curavit. Quam si quis prolixius explicare voluerit, quod tempestatibus marinis quassati, quot miseris in terris et in mare tribulati, et rursus per Dei gratiam consolati fuerimus, librorum seriem et longam texere videtur historiam. Nos vero ea quae digna relata sunt summatim perstringentes, sicut coram positi vidimus, paternitati vestrae intimamus. Anno dominicae incarnationis 1147. in octava paschae, quae fuit 5. Kal. Maii, movit navalis exercitus a Colonia. 14 Kal. Iunii venimus in portum Angliae qui Derthmute dicitur, ubi comitem A. de Areschoth cum 200 fere navibus tam Anglorum quam Flandrensium invenimus. Ibi per triduum commorati, 6. feria ante rogationes navigavimus continuos octo dies et noctis in alto mari laborantes. In vigilia et sancta sollempnitate ascensionis saevissima tempestate quassati, octava demum die in portum Hispaniae qui Gozzim dicitur cum 50 fere navibus, ceteris circumquaque dispersis, applicuimus. Ubi per triduum corpora fessa curantes, rursus in portum eiusdem littoris qui Viver dicitur venimus. Inde exeuntes, feria 6. ante penthecosten in portum Galiciae qui Thammara dicitur venimus, qui portus a Sancto Iacobo octo miliaribus distat. Ad cuius venerabile corpus in vigilia penthecostes venientes, sanctam sollempnitatem cum magna hylaritate celebravimus. Unde ad portum revertentes, in octava penthecostes navigavimus, et 2. feria ad civitatem Portugal per alveum fluminis qui Dorius dicitur applicuimus. Ibi episcopum civitatis adventum nostri cum magno tripudio ex praecepto regis praestolantem repperimus. Ubi per dies 11 adventum comitis A., qui a nobis praedicta tempestate divisus erat, expectantes, aequam venditio-

nem tam vini quam ceterarum deliciarum ex benevolentia regis habuimus. Exinde comite A. et ceteris sociis receptis, navigantes, et alveum fluminis qui Tagus dicitur intrantes, 2. die apud Ulixibonam in vigilia Petri et Pauli applicuimus. Quae civitas, sicut tradunt historiae Sarracenorum, ab Ulixee post excidium Troiae condita, mirabili structura tam murorum quam turrium supra montem humanis viribus insuperabilem fundata est. Circa quam tentoria figentes, Kal. Julii suburbana eius, virtute divina adiuti, potenter cepimos. Post haec circa muros asaltos varios non sine magno nostrorum detrimento facientes, usque ad Kalendas Augusti in machinis faciendis tempus protraximus. Siquidem duas turres iuxta litus, unam in orientali parte, ubi Flandrigenae consederant, aliam in occidentali, ubi Angli castra locaverant, magno sumpta construximus. Pontes etiam quatuor in navibus septem, per quas nobis aditus in civitatem pateret, composuimus. Quae omnia circa assumptionem beatae Mariae admoventes, cum magno nostrorum detrimento a Sarracenis repulsi sumus. Nam Sarraceni, cum machinis suis turres nostras diruentis et de civitate potenter exeuntes, turrim Anglorum iniecto igne penitus deleverunt. Similiter et machinam, quae ad subfodiendum murum composita erat, cum magistro eius cremaverunt. Praeterea mortes innumeras, tam mangenis quam sagittis nostris inferentes, ipsi quoque simili morte multipliciter a nostris puniti sunt. Nostri de iactura machinarum et suorum contritione aliquamtempus fracti, in misericordia divina sperantes, ingenia et machinas reparare coeperunt. Interim fame nimia Sarraceni coartari coeperunt et, quod horrendum dicto est, tam canes quam cattos devorare non abhorrebant. Multi etiam de civitate clam fugientes, christianis ultro se tradiderunt, quos partim baptizatos in societatem christianorum susceperunt, aliquos decollaverunt, alios mutilatis membris in civitatem miserunt. Multa nobis adversa vel prospera, secundum quod varius est belli eventus, acciderunt, quae nos propter prolixitatem vitandam silentio transimus, et eis, si qui forte sint, qui in latius explicant, reservamus. Tandem quidam Pisanus natione, vir magnae industriae, circa nativitatem sanctae Mariae turrim ligneam mirae altitudinis in ea parte, qua prius Anglorum turris destructa fuerat, coactavit; et opus laudabile, tam ex regio sumptu, quam ex totius exercitus labore, circa medium Octobris consummavit. Sed milites etiam quidam ex nostratibus sub muro civitatis ingentes cavationes fecerunt, quam multis lignis replentes, multum renitentibus Sarracenis, circa idem tempus, quo turris pereflecta est, consummaverunt. Siquidem in ipsa nocte sancti Galli abbatis lignis ignem supposuerunt, et murum longitudine 200 fere pedum usque ad solum ruere fecerunt. Nostri de tanta ruina sompni expergefacti, sumptis armis cum ingenti clamore ad muri ruinam contendentes, et sine omni difficultate intrare putantes, Sarracenos de ruina muri sui terrore acriter repugnantantes et nostris aditum prohibentes, in armis paratos invenerunt, et sic nostri frustrati multisque plagis affecti, in castra reversi sunt. Sarraceni vero reliquum noctis in restauratione muri laborantes, terra et lapidibus aggerem mensuram humanae staturae comportaverunt. Super

quem tabulata navium et hostia domorum conpingentes, ad resistendum christianis viriliter se munierunt. Nostri e contrario mangenis et sagittis et omni genere armorum ab incepto opere tota nocte prohibentes, in aurora surgentes diei, invocata Christi clementia, unanimiter ad destructionem novi muniminis convenerunt, sed ab hostibus iterato cum multis vulneratis, quam plurimis etiam mortificatis, potenter repulsi sunt. Tandem nostri, suis viribus et fere omni consilio destituti, invocata lacrimamilliter Christi clementia, turrim superius memoratam, viminibus et taurinis coriis coopertam, virtute armatorum refertam, muro potenter applicuerunt. Quae supra turre et domos Sarracenorum prospectans, magnam defensoribus civitatis incussit formidinem, adeo ut, depositis armis, divina potius quam humana virtute terri, dexteras sibi dari peterent. Quod et factum est, et pactum inter nos et eos ita firmatum est, ut nobis omnem suppellectilem, tam in auro quam in argento, vestibus et equis, mulis, regi civitatem redderent; ipsi vero, si pactum inter nos non infringerent, cum integritate membrorum depositis armis abirent. Consummata est haec multum desiderat et vix expectata per Dei virtutem victoria in festo 11 milium virginum Christi, quod nos per earundem suffragia contigisse non dubitamus, et sanctorum patrocinia nobis affuisse, signis evidentibus intelleximus. Nam in eo loco, ubi corpora martirum nostrorum extra castra sepulta sunt, multis quibus haec divina pietas concessit, nocturno tempore lampades lucere visae sunt. Duo praeterea muti in toto exercitu bene cogniti, unus in festo sancti Gereonis et eius sanctae societatis, alius in festivitate omnium sanctorum in eodem loco locutionis usum receperunt. Quod nos de spiritu nostro non proferimus, immo multis et veracibus adstipulati testibus, oculis nostris vidimus et manibus attrectavimus. His ita feliciter gestis, nostri in eadem civitate usque ad Kalendas Februarii hiemaverunt; exinde per varia discrimina navigantes, sicut deoverant, ad dominicum sepulchrum pervenerunt. Valeat sanctitas vestra.

TRADUCCIÓN

Para Dom. Cuno abad por la gracia de Dios en el monte de S. Disibodo y para los hermanos que allí le sirven, de Duodechino, humilde sacerdote de Lahnstein por la misma gracia, oraciones y obediencia.

Deseando acomodarme en todo a vuestro mandato, carísimo padre, me he propuesto escribiros sumariamente algo acerca de la expedición naval que por la virtud de Dios se llevó a cabo delante de Lisboa. Porque si pretendiera escribir esta empresa con todos sus pormenores, refiriendo las tempestades por las que fuimos acosados y zarandeados, los trabajos y tribulaciones que hubimos de soportar tanto en la tierra como en el mar, hasta que Dios nos otorgó con su gracia su consuelo, menester sería toda una serie de libros para dar cabida a todas las peripecias de esta larga historia. Mas yo, en atención a la brevedad, me limitaré tan sólo a aquellas cosas más dignas de mención, comunicándoselas a vuestra paternidad tal como pasaron ante mis ojos.

En el año de la Encarnación de nuestro Señor de 1147, en la octava de Pacua, que fue el 27 de abril, se puso en movimiento desde Colonia el ejército naval. El 19 de mayo llegamos al puerto inglés de Dartmouth, donde encontramos al conde Arnolfo de Areschot con casi 200 naves compuestas, por partes iguales, de ingleses y flamencos. Allí nos detuvimos tres días, y el viernes antes de las Rogaciones (23 de mayo) continuamos viaje navegando esforzadamente y sin descanso en alta mar por espacio de ocho días y ocho noches. En la víspera y en el día de la Ascensión (28 y 29 de mayo) tuvimos que arrostrar una violentísima tempestad. Por fin el día 30, con 50 naves, y las demás dispersas, entramos en el puerto de España llamado Gozón. A continuación nos dirigimos al puerto que llaman Vivero, situado en la misma costa. Después de salir de allí, el 6 de junio alcanzamos el puerto de Galicia llamado Tambre, el cual dista ocho millas de Santiago. En la víspera de Pentecostés (7 de junio) fuimos a visitar el venerable cuerpo del Apóstol, y allí celebramos con gran alegría la santa festividad. Volviendo al puerto, el día 15 navegamos de nuevo, y el 16, entrando por el río que llaman Duero, fondeamos junto a la ciudad de Oporto. El obispo de esta ciudad, que esperaba ya nuestra llegada, nos recibió con grandes muestras de júbilo y regocijo

por mandato del rey. Aquí nos quedamos once días, mientras esperábamos las naves del conde Arnaldo de Areschot, las cuales, a causa de la referida tempestad, se habían separado de nosotros. Durante ese tiempo, por la buena disposición del rey hacia nosotros obtuvimos a precios equitativos lo miso vino que toda suerte de delicados manjares. Al llegar el conde y los suyos reanudamos la navegación, y dos días después, vísperas de S. Pedro y S. Pablo (28 de junio), penetrando por la desembocadura de río Tajo, anclamos frente a Lisboa.

Esta ciudad, según refieren las historias de los sarracenos, fue fundada por Ulises tras la destrucción de Troya, y edificada sobre un monte inexpugnable para los humanos, a causa de la admirable estructura y disposición de sus muros y baluartes. En torno a la ciudad levantamos las tiendas de campaña, y el 1.º de julio, con ayuda del poder divino, nos apoderamos valerosamente de los suburbios. Después de haber dirigido varios asaltos cerca de las murallas, no sin grandes pérdidas por nuestra parte, el tiempo transcurrido hasta el 1.º de agosto lo pasamos haciendo máquinas de guerra. Y así con gran esfuerzo construimos dos torres móviles, junto a la orilla, una en la parte oriental ocupada por los flamencos, y otra en la parte occidental donde los ingleses habían puesto los campamentos. Dispusimos también cuatro puentes en siete naves, por medio de los cuales nos resultaría más fácil el acceso a la ciudad por encima de las murallas. Cerca de la fiesta de la Asunción (15 de agosto), avanzando con todos estos pertrechos, fuimos rechazados por los sarracenos con gran detrimento de los nuestros. Pues los enemigos destruyeron con sus máquinas nuestras torres, y saliendo con ímpetu de la ciudad aniquilaron la torre de los ingleses arrojando fuego en su interior. De la misma manera, la máquina que había sido construida para minar la muralla la quemaron, y con ella pereció también su artífice. Aparte de los innumerables muertos que los sarracenos nos causaron con flechas y manganas, ellos fueron también castigados duramente por los nuestros con pérdidas no menos elevadas. Aunque pasajeraamente quebrantados por los reveses sufridos en hombres y material, los cristianos, puesta su confianza en la misericordia divina, se dispusieron a reparar las máquinas y demás ingenios de guerra. Entretanto el hambre empezó a estrechar a los sitiados, y, cosa inaudita, éstos llegaron a devorar perros y gatos. Muchos hubo también que huyendo en secreto se entregaron espontáneamente a los cristianos. Una parte de ellos, una vez bautizados, fueron recibidos en la sociedad cristiana, algunos fueron degollados y otros con los miembros mutilados fueron devueltos a la ciudad. Pero para no pecar de prolijo, muchas otras cosas que entonces nos sucedieron, prósperas unas y adversas otras, como acontece siempre en la guerra, las pasaré en silencio, reservándolas, si acaso, para aquellos que quieran explicarlas más por extenso.

Por último, cerca de la natividad de Nuestra Señora (8 de septiembre), un hábil ingeniero de origen pisano emplazó una torre de extraordinaria altitud en aquella parte donde primeramente había sido demolida la to-

rre de los ingleses, y esta obra digna de alabanza, costeada por el rey y ejecutada con el esfuerzo y colaboración de todo el ejército, quedó lista a mediados de octubre. Pero también un cierto número de combatientes oriundos de nuestra patria, por el mismo tiempo en que la torre del pisano quedó terminada, a pesar de la fuerte oposición de los sarracenos, habían hecho enormes socavones por debajo de las murallas, los cuales finalmente rellenaron con gran cantidad de troncos. Y en la misma noche de la fiesta de San Galo abad (16 de octubre) plantaron fuego a los troncos, y un lienzo de la muralla, de casi 200 pies de longitud, se vino al suelo. Los nuestros despertando del sueño por aquel estrépito echaron mano a las armas y se lanzaron, dando gritos, hacia aquella parte arruinada de la muralla, creyendo poder entrar en la ciudad. Pero encontraron a los sarracenos que, espantados por el estruendo de la ruina, se habían aprestado a defender la brecha, y repelieron valerosamente a los cristianos, de modo que los nuestros, frustrados sus intentos y afligidos por tantos golpes, se vieron obligados a replegarse al campamento. Por su parte los sarracenos pasaron el resto de la noche ocupados en restaurar aquella parte de la muralla, y acarreando tierra y piedras levantaron un terraplén a la altura de un hombre, y, apilando encima tablas de navíos y puertas de casas, se parapetaron detrás dispuestos a resistir virilmente a los cristianos. Los nuestros, por el contrario, desde el comienzo de esta operación, los estuvieron hostigando toda la noche con sus manganas, flechas, y toda clase de armas, y al rayar el día, invocando la clemencia de Cristo, se dispusieron unánimes a destruir aquella improvisada fortificación, pero una vez más los nuestros fueron rechazados con muchas bajas de muertos y heridos. Finalmente los cristianos sin saber a que atenerse, invocando con lágrimas en los ojos la misericordia de Cristo, la torre ya mencionada, recubierta de mimbres y forrada de cueros de buey y atestada de guerreros, la arrimaron valientemente a la muralla. Los defensores, al ver aquella torre sobresalir por encima de sus murallas y de sus casas, les entró tal pánico, inspirado más bien por divina que humana virtud, que, arrojando las armas, pidieron condiciones para rendirse. Estas le fueron concedidas, y así se firmó el pacto entre ellos y nosotros, según el cual todos los haberes lo mismo en oro que en plata, vestidos, caballos y mulos serían para nosotros, mientras que la ciudad se la entregarían al rey. Y a ellos, si no quebrantaban el acuerdo establecido, se les dejaría marchar respetando la integridad de sus cuerpos. Esta victoria tan anhelada y apenas esperada fue obtenida el día de la festividad de las Once mil Vírgenes (21 de octubre). Que la conseguimos por la intervención de estas vírgenes, de esto no dudamos. Los milagros evidentes que se produjeron son una prueba fehaciente del auxilio que nuestros santos tutelares nos prestaron. Pues en el lugar fuera del campamento donde habían recibido sepultura los cuerpos de nuestros mártires, muchos, a quienes la divina piedad concedió semejante privilegio, vieron brillar luces en la oscuridad de la noche; y dos mudos bien conocidos de todo el ejército, uno por la fiesta de S. Gereón (10 de octubre), y otro

por la de Todos los Santos (1.º de noviembre) recibieron el uso del habla en aquel mismo lugar. Y todos estos prodigios no fueron producto de nuestra fantasía, sino que, confirmados por veraces y numerosos testigos, los vimos con nuestros ojos y los palpamos con nuestras manos. Después de esta empresa, tan felizmente coronada, los nuestros pasaron el invierno en la ciudad hasta el 1.º de febrero. Desde allí, navegando en intervalos diferentes, arribaron, como habían prometido, al sepulcro del Señor. ¡Sea con salud vuestra santidad!

* * *

Durante el gobierno de Cuno (1136-1155), cuarto abad del monasterio benedictino de S. Disibodo, se había concluido el nuevo cenobio comenzado, según los *Annales sancti Disibodi*, en el año 1108, bajo Buchardo, ex abad del monasterio de Santiago de Maguncia, el cual, por designación del arzobispo Ruthardo, fue nombrado primer abad en el Monte de S. Disibodo (Disenberg o Disibodenberg). En 1139 habían sido trasladadas ya las reliquias del santo a la antigua iglesia del nuevo convento. En 1143, con la terminación del altar mayor, el monasterio fue dedicado por el arzobispo de Maguncia en honor de «nuestro beatísimo padre Disibodo». Y en el mismo año fueron reconocidas de nuevo las reliquias del santo patrono y colocadas en un túmulo de piedra detrás del altar mayor. En este mismo túmulo se pusieron en nichos de madera tres cuerpos de las Once mil Vírgenes, así como algunas reliquias de la Legión Tebana. Coetánea de Cuno en la comunidad femenina de S. Disibodo fue la famosa mística y médica Hildegardis de Bingen desde 1136 a 1147, año en que se inició el traslado de las monjas a Rupertsberg cerca de Bingen, casa inaugurada por ella como fundadora y «magistra» en honor de S. Rupert, cuya primitiva iglesia se hallaba abandonada a causa de las incursiones normandas. En 1150 concluyó la obra *Scivias seu visionum ac revelationum* comenzada diez años antes por sugerencia de S. Bernardo, con quien mantuvo correspondencia. Hildegardis siguió en la orden benedictina, pero su acercamiento al régimen de vida cisterciense está fuera de duda. Los tres libros de que consta esta obra fueron aprobados por el papa Eugenio III, monje cisterciense en Claraval y más tarde abad de la Orden en Tre Fontane cerca de Roma. Y en la década siguiente (1150 a 1161) surgió su segundo tratado de medicina psico-somática titulado *Causae et Curae*. Las fuentes de los libros de Hildegardis están todavía en tela de juicio. Pero se ha señalado un probable contacto con la Escuela de Chartres, que, como ya señaló Schiperges, estaba influenciada por el arabismo, tal vez relacionado también con Toledo. En 1259, por dificultades económicas, Disibodenberg pasó a los cistercienses de Otterberg. El culto de Sta. Ursula y sus once mil compañeras de navegación y martirio, originario de Colonia, era algo consubstancial para todos los fieles alemanes de la Edad Media, y los cistercienses contribuyeron de manea decisiva a propagarlo, con las correspondientes reliquias.

Y S. Mauricio y la Legión Tebana representaba complementariamente esta ambiciosa y dual colectividad cáltica. Mártires tebanos se veneraban en Xanten y en Tréveris. En la iglesia de S. Gereón en Colonia, la segunda en importancia después de la catedral, se conservaba el sepulcro de este santo compañero de S. Mauricio. Y la basílica de Bonn estaba consagrada a dos mártires tebanos, Cassio y Florencio. No es, pues, extraño que Enrique de Bonn (Popteto Ulfilas), beatificado por haber muerto en el sitio de Lisboa, arengase a sus huestes invocando la presencia de S. Mauricio. No es por lo tanto un azar que el ánimo de los cruzados rhenanos se exaltase al recordarles en el momento preciso el auxilio y la protección de los santos de su patria nativa.

II

DE OBSIDIONE CASTRI ALGAZER ET PUGNA IBIDEM FACTA.

De la Historia de las expediciones a Tierra Santa. Año 1217-1219.

En: *Scriptores rer. Germanicarum*. Recensuit Georgius Waitz,
t. 18, pp. 341-343. Hanoverae 1880.

Tertio igitur Kalendas Augusti a iam dictis comitibus obsessum est castrum, quod in dulcedine terre super multitudine piscium ac ferarum est situm, ut longe post advenerunt per terram prefati episcopi cum magno comitatu et fratres de Gladio cum aliis nobilibus. Impletoque protinus fossato, instrumenta bellica contra muros sunt erecta. Accesserunt fossores, ut muros seicerunt, et Sarraceni a contrario fodientes, nostros impediabant. Attamen tam illorum quam istorum labore circa festa apostoli Bartholomei ex turribus una cecidit. Nec tamen patui aditus. Interior namque pars muri perstitit, qui propter latitudinem decem et octo pedes continentem non poterat accingi. Proxima vero sexta feria post nativitatem beate Marie convenerunt ad muros quatuor Sarracenorum reges in multitudine nimia, ad centum milia taxata. Isti prope cristianos ad unam leucam fixere tentoria, volentes eos fugare aut penitus captivare. Cristiani de pugna propter equorum indigentiam diffidentes, fossato citissime facto, se et sua precluserunt. Sed omnipotens Deus, qui superbis resistens humilibus suam dat gratiam, dignatus est suos confortare, in tantum ut in ipso medie noctis spatio nobis in auxilium mitteret Petrum magistrum milicie Templariorum circa mare Deo militantiam. Mane autem facto festivitatis Prothi et Iacincti in elatione maxima predicti reges e parte orientali ad pugnam sunt ordinati. Ad cristiani, minores quidem numero, sed fortiore merito, suas acies debito struxerunt ordine a parte occidentali. Illi viribus, isti fide confidunt. At Martinus commendatur Palmele, parvus quidem corpore, sed non impar leoni cordis ferocitate, vexilum dextra non minor ipso iungitur in pugna Petrus milicie Templi prelatus; quos audacter sequitur non segnis turba suorum. Hic equus opponitur equis, hic ensibus ensis, hic clipeus clipeis, hic obruta casside cassis. Quid multis moramur? Virtus divina superbos humiliavit humilesque suos victores effecit. Nam unus ibi regum in primo congressu cecidit, et ceterorum interfectorum

non est numerus preter captivos qui infiniti erant. Nec reticendum, quod, dum captivi per exercitum ducerentur, querebant signa victorum, asserentes, candidissiman aciem cruces rubeas gerentes suorum catervam in fugam convertisse. Insuper et galee, quas per mare contra nostros aduxerent, sunt fugate, reliquentes nostris equos, kemmelinos; et tentoria cum tota suppellectili sua. Deinde nostri comite Girardo semper duce ad insultus murorum sunt reversi, et interfecti sunt tam de cristianis quam de Sarracenis, isti lapidibus, illi sagitis. Hic Westfali et Saxones suam audaciam more suo profuderunt, et Renenses ingenio et facto non impares ad eam viriliter convolabant; Nussiensium quoque clipei sub alba cruce rosei in muro succidendo non modicum sunt incensi. Erlexerunt etiam nostri instrumenta diligenti studio inventa, que de Honeho noncupantur. Circa festum vero undecim milium virginum per fossores cecidit altera turris. Tunc demum perterriti infelices illi castrum reddiderunt, dantes se et sua in manibus peregrinorum, eo pacto quod singuli totidem cristianos de captivitate restituri vitam redimerent. Sed dominus castri Abur dictus cum pluribus obsidibus super pacto servando acceptis baptismum petiit, nec post in errorem pristinum est reversus. Invente sunt in hoc castro tam de viris quam de mulieribus, parvulis et maioribus, circiter tria milia persone, que omnes venumdate sunt et inter peregrinos partite. Hic a matris ubere infans est raptus, et sponsus a sponsa, prout sors dictavit, est divisus. Nec omittendum, quod quidam ex cristianis odorem lucri sectantes contra interdictum muros transcenderunt, purpuras cum ornamentis aureis et argenteis distrahentes. Sed admonitione sub pena excommunicationis facta, singuli quod rapuerant retulerunt sibi que communiter diviserunt. Quidam tamen eorum pulcritudine rei rapte seductus, obedientie iura temerare presumpsit; qui dum cibum capere debuisset, ad primam statim bucellam pene suffocatus, periculum per confessionem miserante Deo evasit, et post hec sublata fideliter restituit. Post festum Omnium sanctorum universus exercitus cristianorum, cum reddidissent castrum fratribus de Gladio, reversus est Ulixibonam, ibi torcularia bonis omnibus redundabant. Et ecce miraculum semper advertendum! Singule enim regiones et loca copiam peregrinis prebebant omnium, sed in sola eorundem patria post suum discessum penuria est susecuta. Specialiter autem Deus clericis providit. Nam in Ulixibona theologum literatissimum invenimus, qui relictis temporalium curis soli contemplationi studiosius intendebat, per eius doctrinam in dulcedine sacre pagina refocillati sumus.

TRADUCCIÓN

Pugna y expugnación de Alcácer do Sal

El día 30 de julio los dichos condes pusieron sitio a la fortaleza situada en medio de la suavidad de un país abundantísimo en peces y venados, y mucho más tarde llegaron por tierra acompañados de nutrido y vistoso séquito los obispos de Lisboa y Evora, así como los hermanos de La Espada con otros nobles. Inmediatamente se hizo el fosado y se levantaron las máquinas de guerra frente a las murallas. Entraron en acción los zapadores para hacer caer los muros, pero los sarracenos, mirando en sentido contrario, impidieron el avance de los nuestros. Sin embargo, a causa de este minado emprendido por ambas partes, por la fiesta de S. Bartolomé (24 de agosto) se desplomó una torre. Pero no quedó abierta la entrada, porque la parte interior de la pared resistió, y, a causa de sus 18 pies de espesor, no pudo ser franqueada. Al día siguiente de la fiesta de la Natividad de la Virgen (8 de septiembre) se acercaron a la plaza cuatro reyes sarracenos (los de Sevilla, Córdoba, Jaén y Badajoz) con gran multitud de guerreros, cuya cifra se calculó en cien mil. Estos asentaron sus tiendas a una legua de distancia de los cristianos, con el propósito de ponerlos en fuga o de cautivarlos dentro de los fosos. Los cristianos, desconfiando de la victoria a causa de la escasez de jinetes, cavaron a toda prisa una trinchera y se encerraron en ella con todas sus cosas. Pero Dios omnipotente, que resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes, se dignó confortar a los suyos enviándonos a media noche de aquel mismo día a Pedro, Maestre de los Templarios, cuya milicia sirve a Dios cerca del litoral. A la mañana siguiente, fiesta de los SS. Proto y Jacinto (11 de septiembre), los reyes susodichos, tomando posiciones en el lugar más elevado, por la parte oriental, se dispusieron para la lucha; los cristianos en número menor que los enemigos, pero mayores en mérito, situados en la parte occidental, pusieron debidamente sus filas en orden de batalla. Cifran aquellos su confianza en la fuerza, éstos, en Dios. Entonces Martín, comendador de Palmela, pequeño de cuerpo, pero igual que un león por la fiereza de su ánimo, enarbolando el estandarte en la

diestra se precipita contra el enemigo en lo más enconado del combate. Y a su lado, con no menos arrojo, pelea Pedro, jefe de la milicia templaria, y tras ellos, valientemente y sin vacilar, la multitud de los suyos. Chocan de pechos los caballos, chispean las espadas con las espadas, resuenan los escudos contra los escudos y ruedan por el suelo cascos hundidos y petos rotos. En resumen, el poder divino humilló a los altivos y a los humildes les dio la victoria. Pues ya en el primer encuentro murió uno de los reyes, y entre los demás de sus combatientes los muertos fueron innumerables e infinitos los cautivos. No hay que omitir que los prisioneros, al ser conducidos por medio del ejército, preguntaron por las divisas de los vencedores, asegurando que un escuadrón de blanquísimos guerreros con cruces rojas habían puesto en fuga a la caterva de los suyos. Además de esto se dieron también a la fuga las galeras que habían venido por mar contra los cristianos, dejando en nuestro poder camellos, caballos y tiendas de campaña con todos sus enseres. Luego los nuestros, teniendo siempre por jefe al conde Gerardo (en vez de Jorge) de Wied, se volvieron para proseguir el ataque a las murallas. Y en estas acciones hubo muertos, tanto por parte de los cristianos como de los sarracenos, éstos por piedras, aquéllos por flechas. Aquí los westfalianos y sajones hicieron, como de costumbre, gran derroche de su arrojo, y, rivalizando con ellos en dichos y hechos, no les fueron en zaga los rhenanos. Con no menos ardor se distinguieron los de Neuss con sus escudos redondos con cruz blanca sobre fondo rojo en la tarea de minar el muro. Erigieron luego los nuestros unos ingenios de guerra denominados «de Heneho» (o de hevenho, es decir, Himmelhohen, una especie de rascacielos móviles). Y por la fiesta de las Once mil Vírgenes (21 de octubre) los fosadores derribaron otra torre. Entonces los infieles, atemorizados, entregaron la fortaleza a los sitiadores, poniendo sus personas y bienes en manos de los cristianos. Se acordó un pacto en virtud del cual los vencidos redimirían su vida a cambio de su cautiverio. Y el señor de la fortaleza llamado Abur, que se había entregado en rehenes con otros muchos como garantía de lo pactado, solicitó el bautismo, pero poco después volvió a su primitivo error. Dentro de la fortaleza se hallaron entre hombres y mujeres, niños y viejos, alrededor de 3.000 personas, y todos sin excepción fueron vendidos y repartidos entre los peregrinos. Los niños pequeños, arrebatados del pecho de sus madres, y los esposos de sus esposas, cada uno según le cupo en suerte. No silenciaremos que algunos cristianos, al olor de la ganancia y burlando lo estatuido, penetraron secretamente en la ciudad y se dedicaron a pillar paños de púrpura con ornamentos de oro y plata. Pero amonestados bajo pena de excomunión reintegraron lo robado para que fuera repartido entre todos. Uno hubo sin embargo que, seducido por la belleza de una cosa sustraída, se atrevió a violar el juramento de obediencia. Y cuando quiso comer, al primer bocado que tomó se le atragantó en la garganta y estuvo a punto de morir ahogado, pero por la misericordia de Dios se libró del peligro confesando el delito y restituyendo después fielmente lo que tenía oculto. Pasada la fiesta de

Todos los Santos (1.º de noviembre), después de haber entregado la fortaleza a los hermanos de La Espada, todo el ejército cristiano regresó a Lisboa, donde los lagares se hallaban repletos de frutos. Y esto fue un milagro digno de recuerdo, pues por todas las comarcas y lugares los habitantes obsequiaron y regalaron a los peregrinos con toda clase de alimentos, mientras en la patria, después de su partida, se padeció mucha hambre. Pero Dios veló especialmente por los clérigos, porque en Lisboa encontramos a un teólogo muy sabio, el cual dando de lado toda mundana preocupación para dedicarse tan sólo a la vida contemplativa, por medio de su doctrina, nos confortó en la dulcedumbre de la sagrada página.

* * *

La conquista de Alcácer do Sal, recogida por la *Crónica regia Coloniense* y la *Historia de las expediciones a Tierra Santa*, complementa el derrotero de los expedicionarios frisones que, con su relator, prefirieron continuar rumbo a Palestina, mientras los condes de Holanda y de Wied permanecieron en Lisboa con los rhenanos y westfalianos para el asedio de la fortaleza del Sado, coronado con éxito gracias a la decisiva contribución por tierra de las tres Órdenes militares, en las que se destacaron la de Santiago al frente del comendador de Palmela Martín Peláez Barragán y la del Temple con su Maestre Pedro Albitiz. Esta victoria conseguida frente a un enemigo muy superior en número es un ejemplo más de la literatura apologética dominante en la Edad Media. Los milagros son la justificación de la causa, y en este caso, los reflejos del sol naciente en los cascos y en los petos de los combatientes y las cruces rojas en las albas vestiduras de los templarios, que los vencidos, para congraciarse con los vencedores, aseguraban haber visto como algo prodigioso, allanaban el camino de una fantasía predispuesta a dar por buena la intervención de ángeles guerreros que siembran la confusión entre los enemigos. Por último la abundancia de productos con que son agasajados los cruzados en Portugal, en contraste con la carestía y penuria reinante en su patria, se interpreta también como un signo de la divina protección. Es igualmente aleccionador observar los paralelismos de esta narración y sus episódicas semejanzas con las de la epístola sobre la conquista de Lisboa setenta años antes, por ejemplo la reminiscencia entre la torre ideada por el ingeniero pisano en el cerco de Lisboa y la erección de los «Himmelhohen» construidos por los sitiadores de Alcácer. También ahora como entonces se pone especial cuidado en señalar la rendición coincidiendo, sin duda con deliberado propósito, con la festividad de las Once mil Vírgenes auxiliaadoras de los navegantes. No hay duda de que en la presente ocasión los cruzados tenían sobrado motivo para asociar la victoria de Alcácer con la obtenida por sus compatriotas en 1147 ante los muros de Lisboa, y dar gracias a sus santas tutelares por tan señalado triunfo.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 12
DE FEBRERO DE 1999, FESTIVIDAD DE SANTA
EULALIA, EN LOS TALLERES DE IMPRENTA
TARAVILLA, MESÓN DE PAÑOS, 6.
28013 MADRID